
Una
JEFA
MUY TENTADORA
DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Una JEFA MUY TENTADORA

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Una jefa muy tentadora

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©julio, 2025.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo

Capítulo 1



Clara

Jueves por la noche. Dos días antes de la boda de mi prima Vera, y yo ya estaba deseando que llegara el domingo solo para poder dormir. Pero ahí estábamos las cuatro, sentadas en el comedor de casa de mis padres, como si aún fuéramos adolescentes compartiendo secretos bajo las sábanas. Bueno, con algunas canas de más, muchas más anécdotas y una botella de vino en el centro de la mesa.

—¿Y ya tienes el conjunto sexy para la noche de bodas? —preguntó Lucía, con ese brillo travieso en los ojos, justo cuando Vera acababa de dar un sorbo a su copa de vino.

—¡Lucía! —exclamó mi madre, Carmen, justo antes de atragantarse con su propio trago. Tosió, se abanicó con la mano libre y nos miró con indignación— ¡Esas cosas no se preguntan!

Nos reímos las tres mientras mi madre seguía recuperándose de la emboscada verbal. Vera, como siempre, no tenía pelos en la lengua.

—Ay, tía Carmen, por favor, no seas tan antigua. Solo tienes sesenta y seis años, no noventa. Seguro que tú también te compras cositas para sorprender al tío Antonio.

—¡No! —gritó Lucía tapándose los oídos— ¡No necesitaba esa imagen mental! Mi madre en lencería y papá mirándola con ojos de pervertido… Qué horror, por favor. Me voy a enjuagar el cerebro con lejía.

Volvimos a reír como crías. Era uno de esos momentos raros, tan genuinos, donde se te olvidaba todo: los problemas, el trabajo, los exmaridos…

Éramos cuatro mujeres muy distintas. Carmen, mi madre, con su cabello castaño y algunas betas perladas por las canas y el paso de los años, recogido en un moño siempre impecable, la piel clara y esa elegancia natural de otra época. Parecía frágil, pero era una roca. Había trabajado como enfermera más de treinta años, y podía quitar una astilla del pie sin parpadear, aunque ahora prefiriera cuidar plantas y cotillear con sus amigas del barrio.

Lucía, en cambio, era la revolución. Veinticinco años, *influencer*, modelo, creadora de contenido o como quiera que se llamasen ahora. Rubia, de ojos verdes escandalosamente grandes y pestañas eternas, siempre vestida como si fuera a salir en la portada de una revista. Decía lo que pensaba sin filtro, y aunque a veces me sacaba de quicio, era la alegría de nuestras reuniones. Y mi hermana pequeña.

Vera, mi prima, era un torbellino de simpatía. Castaña clara, con rizos salvajes y unos ojos color miel que te hacían confiar en ella sin pensarlo. A sus treinta años, iba a casarse con el hombre que le hacía reír hasta llorar. David. Trabajábamos juntas en *Eterna Joya*, mi empresa, y aunque a veces me desesperaba su caos creativo, no podía imaginar mis días sin ella.

Y luego estaba yo, Clara San Román, con mis treinta y cinco años recién cumplidos, el pelo castaño oscuro recogido siempre en una coleta desordenada, y ese sarcasmo que había desarrollado como mecanismo de defensa tras el divorcio. Me gustaba pensar que era elegante sin esfuerzo, aunque mi hermana insistía en que era más bien "sofisticada en modo deprimido". Pero bueno, tenía una empresa de diseño de joyas, un piso precioso en el centro y la autoestima lo bastante restaurada como para llevarlo todo con dignidad.

—¿Y tú, Clara? —me preguntó Vera de repente, girándose hacia mí con una sonrisa pícara— ¿Nunca pensaste en casarte otra vez?

—Pensarlo, sí. Actuar en consecuencia… no tanto —dije encogiéndome de hombros, mientras giraba la copa entre los dedos— Con un divorcio a cuestas, una empresa que devora mi tiempo y el historial amoroso que tengo… ¿Tú te casarías conmigo?

—Solo si me prometes que el catering lo elegiré yo —bromeó Lucía.

Nos reímos de nuevo y yo aproveché ese instante de calor, de vino y de confianza para contar algo que pocas veces sacaba a la luz.

—La verdad es que siempre supe lo que quería hacer. Desde pequeña, me fascinaban las joyas de mamá. ¿Te acuerdas, mamá, de aquel collar con perlas azules? Lo sacaba del joyero y me lo ponía como si fuera una princesa.

Ella asintió, ahora con la copa llena y una sonrisa nostálgica.

—Sí, hija. Siempre fuiste tan cuidadosa, nunca rompiste nada. Bueno, salvo aquel broche de oro blanco que metiste en una caja de galletas.

—¡Tenía cinco años! —protesté entre risas— Era mi "tesoro escondido".

—Y papá quería que estudiaras medicina —dijo Lucía volteando los ojos —. Como si fueras a soportar a pacientes quejándose todo el día.

—Exacto. O enfermería, como mamá. Pero no. Me empeñé en diseño, joyería, piedras preciosas… Contra todo pronóstico, terminé montando *Eterna Joya*, y aquí estamos.

—Con una tienda que brilla en medio de Cádiz y una lista de espera para encargos que ni los restaurantes con estrella Michelin —añadió Vera con orgullo—. Eres la jefa más temida y más querida.

—Gracias. Me hacéis sonrojar —dije irónicamente, aunque en el fondo, esas palabras me calentaban el corazón.

—¿Sabes quién estaría orgullosa? —añadió mi madre con un suspiro— Tu tía Elena. Le encantarían tus diseños. Ella era como tú; le gustaban mucho las pulseras y los anillos.

Vera bajó un poco la mirada, con una sonrisa triste.

—Sí. Mamá se fue demasiado pronto.

Mi tío Alfonso, su padre, había quedado viudo cuando Vera tenía solo dos años. Nunca volvió a rehacer su vida. Se dedicó en cuerpo y alma a criar a Vera, a ser padre, madre y hasta costurero cuando hacía falta coserle los disfraces del colegio. No era de hablar mucho, pero cuando lo hacía, era como si cada palabra pesara.

Después de un rato de sobremesa, entre postres, chistes malos y planes para el sábado, decidimos salir a tomar una copa. Vera decía que necesitaba "desestresarse", y yo, sinceramente, necesitaba algo más fuerte que vino casero.

El bar estaba animado. Era uno de esos locales con luz tenue, música latina y decoración muy tropical. Pedimos mojitos, ocupamos una mesa cerca de la pista y nos dedicamos a lo nuestro: hablar, reír, recordar.

—Ese chico está mirando hacia aquí —me dijo Vera en voz baja.

—¿Cuál?

—El de la camisa azul. Pero no es a ti, es a tu madre.

—¿Qué? —me giré y, efectivamente, uno de los hombres del grupo que había en una mesa contigua, todos rondando los cuarenta, y ya algo pasados de copas, se acercó a nuestra mesa, directo hacia mi madre.

—Buenas noches —dijo con una sonrisa que pretendía ser encantadora—. Solo quería decirte que estás radiante esta noche.

Mi madre parpadeó, sorprendida, y luego se rio, una de sus risas nerviosas.

—Ay, muchas gracias, joven, pero podría ser su madre. Y, además, estoy felizmente casada desde hace más de cuarenta años.

—¡Uy, perdone! Lo siento mucho —contestó el hombre, retrocediendo con una sonrisa amable.

Nosotras estábamos muertas de la risa.

—Mira, mamá, para que veas que sigues en la flor de la vida —dije levantando mi copa.

—¿Ves, tía Carmen? Tú todavía levantas pasiones —añadió Vera.

Mi madre se echó a reír, visiblemente sonrojada.

—No sé si debería sentirme halagada o asustada.

En ese momento empezó a sonar una bachata de esas clásicas que siempre nos levantaban de la silla. Ni siquiera lo pensamos. Vera se levantó primero, luego Lucía, y entre las dos arrastraron a mamá hacia la pista.

—¡Vamos, señora sexy! —gritó Lucía entre carcajadas.

Yo las seguí, contagiada por esa energía que solo las mujeres de mi familia sabían generar, y bailamos como si no hubiera un mañana. Mi madre, entre nosotras, reía, giraba y seguía los pasos con una gracia que ni ella misma sabía que tenía. Hicimos mil fotos. Vera las subió a sus redes, y en cuestión de minutos empezó a recibir comentarios.

—Mis seguidores dicen que parecemos actrices de una serie de televisión —dijo mostrándonos la pantalla—. ¡Estáis arrasando!

—¿Actrices? Yo más bien parezco la madre de la protagonista en la telenovela —murmuré con una sonrisa.

Lucía se acercó y me abrazó por detrás.

—Tú pareces la jefa sexy con pasado misterioso. Siempre.

Reímos, bailamos un poco más y luego, agotadas, pero felices, decidimos que era momento de volver.

El taxi nos dejó una por una. Primero Vera, luego Lucía, después mi madre. Me despedí con besos, abrazos y promesas de que el sábado todo sería perfecto. Cuando por fin llegamos a mi edificio, a la una y media de la madrugada, me bajé en silencio, agradeciendo el aire fresco de la noche.

Mi piso estaba como siempre: amplio, moderno, lleno de luz… aunque a esa hora, solo el resplandor tenue de la farola de la calle se colaba por las cortinas. Todo decorado con toques en rosa claro, verde menta y amarillo pastel. Siempre pensé que los colores suaves suavizaban también los días duros.

Dejé las llaves sobre el aparador y me descalcé de camino al dormitorio. El silencio me golpeó con fuerza, como cada vez que volvía sola. A veces me gustaba. Otras, como esa noche, se sentía demasiado grande.

Pensé en Alejandro, en nuestras cenas tardías, en las veces que discutíamos por tonterías y terminábamos riéndonos como tontos en el sofá. Seis años divorciados, y aún aparecía en mi cabeza como un eco. No con dolor, pero sí con cierta melancolía.

Me quité el vestido, dejé el sujetador colgado de la manilla de la puerta y me puse aquella camiseta vieja de la universidad que aún olía un poco a otro tiempo. Me metí en la cama, apagué la lámpara y suspiré.

—Solo quedan dos días —murmuré al techo—. Que todo salga perfecto, por favor.

Cerré los ojos. Fuera, Cádiz dormía tranquila. Y por primera vez en semanas, yo también.

Capítulo 2



Clara

El sábado amaneció con ese tipo de sol que hacía que Cádiz pareciera una postal viva. Ni una nube, ni un viento inoportuno. Todo brillaba, como si el universo entero supiera que hoy era un día especial. El día de la boda de Vera.

Llegué temprano a casa de mi tío Alfonso con una bolsa llena de maquillaje, horquillas y un termo de café que ya estaba medio vacío para cuando entré por la puerta. La habitación de Vera seguía exactamente igual a como la recordaba: las paredes malva, el póster de un grupo pop de principios de los años dos mil colgado al lado de una estantería llena de libros y figuritas, y ese aire de adolescencia congelada en el tiempo.

Allí estaban las tres: Vera sentada frente al espejo, Lucía en el suelo con un rizador de pelo en la mano y mi madre de pie junto al armario, revisando por enésima vez que no faltara nada.

—Ya era hora, dormilona —dijo Vera sin mirarme, con una sonrisa torcida reflejada en el espejo.

—Dormilona no, estratégica. Sé que, si llegaba antes, me tocaba aguantar los nervios de todas —respondí, dejando la bolsa sobre la cama y dándole un beso en la mejilla.

—Tienes suerte de que estoy de buen humor y no te lance el esmalte de uñas —añadió.

Lucía se levantó como un resorte y me abrazó efusivamente.

—¡Mi hermana favorita del mundo mundial!

—Soy tu única hermana.

—Eso no le quita mérito.

Nos reímos mientras me arrodillaba para ayudar a Vera con el maquillaje. Habíamos decidido que entre nosotras nos lo haríamos todo, como cuando jugábamos a “salón de belleza” con un set de sombras que seguramente estaba caducado.

—Vas a estar espectacular —le dije, mientras le aplicaba iluminador en los pómulos—. Ya verás.

—Solo espero no parecer una tarta de bodas humana.

—Ni de lejos —interrumpió mi madre—. Estás radiante.

Y lo estaba.

Cuando se puso el vestido, todas nos quedamos en silencio durante unos segundos. El tipo de silencio que solo aparecía cuando algo, o alguien, te dejaba sin palabras. El vestido era un sueño: blanco marfil, de encaje fino en el escote con forma de corazón, con mangas caídas y una caída suave que acariciaba el suelo. Un cinturón con detalles en pedrería marcaba su figura, y la espalda se abría en un escote bajo que la hacía parecer una diosa griega.

—Madre mía… —murmuró Lucía con los ojos brillantes— Te juro que, si David no llora al verte, lo hago yo por él.

—¿En serio soy yo? —preguntó Vera mientras se miraba al espejo, tocando el tul con dedos temblorosos.

—Eres tú. Pero más tú que nunca —le respondí.

Nos miramos las cuatro en el espejo. Mi madre llevaba un vestido largo azul oscuro con bordados discretos, el pelo recogido con elegancia y labios rosa claro. Lucía estaba impresionante con un conjunto verde esmeralda ajustado, con la espalda al aire y pendientes dorados. Yo llevaba un vestido color salmón de escote cruzado y falda vaporosa, sencillo, pero con ese punto de sofisticación. Vera, en el centro, parecía flotar.

—Vale, no lloréis todavía —dijo Vera, ya con la voz temblorosa.

—Imposible —susurró mi madre.

Entonces ocurrió algo que no esperábamos. Mi madre se acercó a mi prima con un pequeño estuche forrado de terciopelo gris. Sus manos temblaban ligeramente mientras lo abría y se lo mostraba.

—Tu madre quería que esto fuera para ti el día de tu boda —dijo con voz suave, casi en un susurro—. Me lo dio cuando estaba en sus últimos días, y me pidió que lo guardara para este momento. Es la pulsera que Alfonso le regaló cuando naciste.

Mi prima la abrió. Era preciosa. De oro blanco, fina y delicada, con dos pequeños diamantes engarzados al centro.

Vera la miró como si fuera un tesoro recién descubierto y sus ojos se llenaron de lágrimas al instante.

—No voy a quitármela nunca —susurró—. Nunca. Gracias, tía.

Mi madre la abrazó fuerte y las dos se quedaron así durante un momento eterno. Lucía y yo no pudimos evitar llorar también. Nos abrazamos las cuatro, entre risas y lágrimas, sabiendo que ese instante quedaría para siempre en nuestra memoria. Era uno de esos momentos que no necesitaban foto para permanecer vivos.

—¿No crees que deberías ponerte algo más? —preguntó Lucía, mirando el reloj y luego a mi prima.

—¿Cambiarme? ¿Estás loca? ¿Es que se ha manchado? ¡¡Porque ya no tengo tiempo!! Me estás poniendo nerviosa, Lucía.

—A mí no me culpes, que ya lo estabas.

—Mentira.

—Pero si se nota que estás nerviosa desde que entré —repliqué yo—. Oye, ¿quieres que te ayude a respirar? Podemos hacer el ejercicio ese que nos enseñaron en el taller de *mindfulness*.

—¿*Mindfulness*? ¿Ahora? —preguntó Vera.

—Claro, vamos, cinco respiraciones profundas. Inhala por la nariz… y exhala por la boca.

Hasta mi madre cerró los ojos y se unió. Lucía se rio, y yo sentí que ese pequeño momento nos calmaba a todas.

—Gracias, chicas —susurró Vera cuando abrió los ojos—, me hace bien teneros cerca hoy.

—Eso es lo que somos —le dije—, un equipo.

—El mejor equipo —confirmó Lucía, lanzándome una mirada cómplice.

—¡Chicas! —gritó una voz tras la puerta en ese momento— ¿Está lista la novia?

Era mi tío Alfonso, puntual como siempre. Vera se secó las lágrimas, se ajustó la falda del vestido, respiró hondo y gritó:

—¡Lista!

Entonces se abrió la puerta. Nos giramos todas al mismo tiempo y le dimos un beso en la mejilla. Él sonrió, más emocionado de lo que dejaba ver.

—Estás… como tu madre. Igual de bonita —le dijo a su hija, y entonces se volvió para no mostrarnos la humedad en sus ojos.

—Te vemos abajo, cariño —dije antes de salir de su habitación y cerrar la puerta.

El jardín estaba de película. La casa de mi tío siempre había tenido ese encanto rústico, con paredes blancas y buganvillas trepando por las columnas. Pero hoy era otra cosa. En el centro del jardín, un arco floral decorado con hortensias, rosas blancas y rosas marcaba el lugar donde Vera y David se darían el “sí, quiero”.

A ambos lados del pasillo de pétalos, las sillas estaban vestidas con fundas crema y lazos verdes. Bajo toldos blancos ondeando suavemente con la brisa, las mesas del banquete esperaban, decoradas con centros florales y servilletas perfectamente dobladas. A un lado, la zona del cóctel estaba ya preparada con camareros sirviendo copas y bandejas de canapés. Todo olía a verano, a limonero, a felicidad.

Caminé entre los invitados, saludando a algunos conocidos, hasta que vi a David, de pie bajo una sombrilla, visiblemente nervioso. Llevaba un traje azul marino con chaleco a juego y una flor blanca prendida en la solapa. Se peinó más de lo habitual, pero un mechón rebelde ya luchaba por escaparse.

—¿Estás bien? —le pregunté, acercándome.

—Estoy de los nervios, Clara. Me sudan las manos. ¿Eso es normal?

—Tranquilo. Si la novia fuera a dejarte plantado, lo sabríamos ya —contesté y se rio, aunque a medias.

—Es que la quiero tanto… No quiero estropear nada.

—No vas a estropear nada —le aseguré, poniéndole una mano en el brazo —. Eres perfecto para ella. Lo ha sabido desde el primer día. Y tú también.

Me miró con gratitud. Habíamos construido una amistad sólida desde que lo contraté como director de Recursos Humanos de *Eterna Joya*. David no tenía familia, ni padres, ni hermanos. Solo amigos que eran como hermanos

y una novia que ahora iba a ser su esposa. Por eso, cuando Vera me pidió que le acompañara en la ceremonia, como madrina honoraria, no lo dudé.

—Gracias por estar conmigo hoy, Clara —me dijo en un susurro cargado de emoción.

—Siempre. Vamos a hacer que este día sea inolvidable.

Y lo sería. Porque, a pesar de todo, de los errores y del pasado, hoy era el día de Vera. Y nada, absolutamente nada, iba a enturbiarlo.

Poco después se acercó el cura para saludar al novio, y nos quedamos allí con él esperando la llegada de la novia, hasta que nos avisaron que era el momento de colocarnos en el altar.

Unos minutos después, oímos que la puerta del jardín se abría. Mi tío Alfonso entró con paso firme, con mi prima agarrada de su brazo y una sonrisa de oreja a oreja.

—Joder —murmuró David a mi lado, y sonreí al ver cómo miraba a su futura esposa.

—La baba, que se te cae y vas a parecer un caracol —dije, y se rio por lo bajo.

En el momento en el que mi prima y mi tía dieron el primer paso para venir hacia el altar, comenzaron a sonar las primeras notas de la canción

que había elegido Vera para su entrada.

La música de *"A Thousand Years"* de Christina Perri era dulce y envolvente.

"But watching you stand alone, all of my doubt suddenly goes away somehow…"[1]

Vera caminaba sonriente mientras mi tío la miraba con orgullo y lágrimas contenidas. Ella me buscó con la mirada y me dedicó una sonrisa que me partió el alma.

David salió a su encuentro, y por un segundo, todo el mundo quedó en silencio. Parecía que el tiempo se hubiera detenido.

—¿Me lo prometes? —susurró David, al coger la mano de Vera.

—Sí. Para siempre —contestó ella, con la voz entrecortada.

El cura comenzó la ceremonia, pero yo no pude evitar fijarme en los detalles: las mariposas blancas que revoloteaban entre las flores, el viento suave que despeinaba a algunos invitados, las lágrimas sinceras que corrían por las mejillas de mi madre.

—Clara —me susurró Lucía—, ¿te imaginas qué habrá pensado mamá todo este tiempo, guardando esa pulsera para hoy?

—Que era un símbolo de que el amor de nuestra familia nunca se pierde —contesté, emocionada.

—Sí. Y que a veces, los mejores regalos vienen en pequeñas cajas de terciopelo.

Capítulo 3



Clara

El jardín se transformó en un suspiro colectivo mientras la melodía de la canción seguía sonando y los novios caminaban juntos hacia el altar. Era como si cada flor, cada rayo de sol y cada latido de los corazones presentes se sincronizaran con la música.

Mi tío estaba impecable: traje gris marengo, camisa blanca y corbata color burdeos, con la flor blanca que todos los hombres de la familia llevaban prendida. Caminaba erguido, con dignidad, aunque se notaba en su mirada que iba tragando emoción a cada paso mientras se acercaba hacia donde estaban sentados mis padres.

El vestido de Vera, ese sueño de encaje y caída perfecta, se movía con ella como si la abrazara. El tul se balanceaba suavemente, y la pulsera de oro blanco con los dos diamantes, esa preciosa joya de su madre, brillaba bajo el sol como si también celebrara el momento. Llevaba un ramo de flores silvestres, con lavanda, rosas blancas, peonías y hojas de eucalipto, sencillo y absolutamente perfecto.

David la miraba como si no pudiera creer que era real.

Respiré hondo. A mi lado, Lucía ya lloraba sin disimulo, con un pañuelo en la mano y el rímel ligeramente corrido. Mi madre también lloraba, silenciosa, con los labios apretados y los ojos clavados en Vera. Me giré hacia ella un instante, y entonces vi algo que me hizo sonreír.

Mi padre, Antonio, le cogía la mano con delicadeza, entrelazando los dedos con los suyos como si lo hubiera hecho millones de veces, porque lo había hecho, claro. Él, con su cabello casi gris peinado con esmero, la piel tostada por el sol de Cádiz y su elegancia discreta. Miraba a mi madre como si el tiempo no hubiera pasado desde que se casaron.

Pensé, mientras los observaba, que quizás ese era el tipo de amor que todos soñábamos: uno que no se marchitaba, uno que sobrevivía a la rutina, a las peleas, al paso de los años. Uno que no necesitaba grandes gestos porque se sostenía en los pequeños.

Suspiré, y no pude evitar pensar en mí misma. En cómo, a pesar de todo, aún conservaba esa nostalgia por el amor. No por el pasado con Alejandro, mi exmarido y ahora amigo, sino por lo que alguna vez creí que tendría. Por lo que aún deseaba, en el fondo.

El sacerdote comenzó a hablar, dándole la bienvenida a todos, y yo aproveché para mirar alrededor. El jardín estaba lleno de rostros conocidos y desconocidos. En la segunda fila, a la derecha, estaban tres de mis empleadas más cercanas en *Eterna Joya*. Nuria, Sonia y Marta.

Nuria, mi responsable de ventas y distribución, tenía el cabello negro azabache, siempre peinada como si saliera en una revista de moda, y una sonrisa encantadora que ocultaba un carácter tan fuerte como el acero. A su lado, Sonia, diseñadora junior, con sus trenzas pelirrojas y su estilo bohemio, parecía sacada de un cuento de hadas moderno. Marta, mi jefa de contabilidad, estaba vestida impecablemente como siempre, con un conjunto en tonos malva y pendientes discretos. Rubia platino, seria en apariencia, pero con un sentido del humor ácido que solo se dejaba ver en confianza.

Con ellas estaban Ismael, Tomás e Iván. Ismael, el jefe de taller, un gaditano de metro noventa con brazos como columnas y una precisión quirúrgica para trabajar metales nobles. Tomás, mi responsable de atención al cliente, bajito, simpático y con una paciencia de santo, siempre con algo divertido que decir. E Iván, nuestro *community manager*, que parecía más un surfero californiano que un experto en redes sociales, pero que sabía exactamente cómo vender una joya con una foto y un par de emojis.

Todos sonreían, algunos también con los ojos húmedos.

—Qué guapa va Vera —susurró Lucía a mi lado.

—Y David no está tan mal, ¿eh? —bromeé.

—Queridos hermanos y hermanas, nos hemos reunido hoy en la presencia de Dios, en este lugar sagrado, para acompañar con alegría y con fe a David y a Vera, que han venido a sellar ante el Señor su amor y

compromiso mutuo a través del sacramento del matrimonio. Es un día de profunda alegría, no solo para ellos, sino también para todos nosotros que somos testigos de este paso tan importante. En este momento, les invito a que pongamos nuestros corazones en disposición de oración, agradeciendo a Dios por este encuentro y pidiéndole que bendiga esta nueva unión que está a punto de comenzar…

El sacerdote continuó su discurso, emotivo, sencillo, con pequeñas bromas que arrancaron risas suaves. Habló del amor, de los caminos que se cruzaban, de cómo cada uno de ellos, Vera y David, había encontrado en el otro una segunda casa.

Me costaba contener las lágrimas, pero lo estaba logrando. La boda de mi prima y mi amigo sin duda estaba siendo una de las más bonitas que había tenido el placer de presenciar, y eso que a lo largo de los años había asistido a la boda de muchas de mis antiguas amigas, esas con las que desgraciadamente ya no tenía contacto porque la vida, el trabajo y las responsabilidades familiares de cada uno nos habían acabado alejando.

Después llegó el momento de las palabras personales. David fue el primero. Se aclaró la voz, miró a Vera con intensidad y habló con el corazón.

—*No sé cómo explicar lo que siento por ti* —dijo, con la voz casi rota al principio—. *Eres la primera persona con la que sentí que podía ser yo mismo. Cuando me reía contigo, entendí lo que era ser feliz de verdad. Y cuando me abrazabas, entendí lo que era estar en casa. Te prometo que voy*

a cuidarte todos los días, incluso en los que me dé por roncar más de la cuenta u olvidarme de bajar la tapa del váter.

Todos rieron, y Vera lo hizo con lágrimas cayéndole por las mejillas.

—*Prometo darte todos mis desayunos cuando no me gusten* —añadió él, provocando más risas—. *Y te prometo que, si alguna vez me pierdo, siempre volveré a ti.*

Vera se mordió el labio, emocionada, y le apretó la mano antes de empezar a hablar ella.

—*Nunca creí en el destino* —dijo—. *Siempre pensé que el amor era una construcción que había que levantar a pulso. Pero contigo… contigo entendí que el destino sí existe, y que te pone delante a la persona correcta cuando estás lista. Eres mi risa más sincera, mi calma después de un día largo, mi fuerza cuando dudo de mí. Te prometo que voy a estar para ti en los días de sol y en los días de tormenta. Incluso cuando no me dejes elegir película, incluso cuando me olvide de sacar la ropa de la lavadora.*

Se miraron en silencio, como si ya se hubieran dicho todo. El sacerdote sonrió, cómplice, y asintió antes de proseguir.

—*Y ahora, las alianzas.*

Me acerqué con una sonrisa, llevando la cajita que contenía las dos alianzas que yo misma había diseñado.

Era un honor que me costaba describir. Saber que mis manos habían creado ese símbolo, que lo llevarían toda su vida, era algo que me emocionaba más de lo que esperaba.

Las alianzas eran sencillas y delicadas. De oro blanco pulido, con una fina línea de diamantes microscópicos engastados en el centro de la de Vera, y una grabación secreta en el interior de ambas: *"Para siempre, desde hoy"*.

David y Vera se miraron mientras las cogían. Se pusieron los anillos entre lágrimas y risas. Vera tuvo que girar la mano de David porque él se estaba equivocando de dedo, y todos rompimos a reír otra vez. Fue uno de esos momentos espontáneos, y tan bonitos por ser reales.

El sacerdote respiró hondo, con ese tono solemne que todos esperábamos.

—David, ¿aceptas a Vera como tu esposa, para amarla, respetarla y compartir la vida con ella todos los días, tanto los buenos como los difíciles?

—Sí. Sin ninguna duda —respondió él, emocionado.

—Vera, ¿aceptas a David como tu esposo, para amarlo, respetarlo y compartir la vida con él todos los días, tanto los buenos como los difíciles?

—Sí, y lo repetiría cada día —dijo ella, sin pestañear.

—Entonces, con la alegría de todos los que hoy os acompañamos… os declaro marido y mujer.

El jardín estalló en aplausos, silbidos, lágrimas y alegría.

David besó a Vera con esa mezcla de ternura y urgencia que tenían los besos que sellaban una promesa. Los pétalos empezaron a volar sobre sus cabezas, y el aire se llenó de amor, literal y figuradamente.

Yo miré a mi madre y la vi con las mejillas empapadas. Mi padre la abrazaba por los hombros. Lucía aplaudía como una loca, sin importarle que el maquillaje ya no estuviera en su sitio.

Y yo… yo solo podía sonreír. Porque el amor, de verdad, cuando llegaba, lo llenaba todo.

Capítulo 4



Clara

El jardín estaba lleno de luz dorada, bañando cada rincón con un resplandor cálido que hacía que las flores parecieran aún más vibrantes y que el aire se llenara de ese aroma inconfundible a verano y a promesas felices. La ceremonia había quedado atrás y ahora el ambiente se transformaba en una mezcla perfecta de fiesta, emoción y alegría contenida.

Sostenía una copa de vino blanco que alguien acababa de servirme, mientras miraba a mi alrededor y disfrutaba del murmullo feliz de los invitados, la música que brotaba suavemente de un grupo que tocaba en vivo y las risas que se entrelazaban con el canto de los pájaros. Por un momento, dejé que esa escena se grabara en mí, porque sabía que aquella boda sería uno de esos recuerdos que uno guardaría para siempre.

Sentí que alguien tiraba suavemente de mi vestido y me giré para encontrar a Nuria, Sonia y Marta, mis tres empleadas favoritas de *Eterna Joya*, acercándose con esa energía chispeante que siempre las acompañaba.

—¡Clara! —dijo Nuria con una sonrisa de oreja a oreja— ¿No te parece que Vera está espectacular? ¡Como una princesa de cuento!

—Y David… —añadió Sonia suspirando— Nunca lo había visto tan nervioso y feliz a la vez. Se nota que están hechos el uno para el otro.

—La ceremonia ha sido simplemente perfecta —agregó Marta—. Esa canción, las palabras… Hasta a mí se me han escapado un par de lágrimas.

—Gracias, chicas —les respondí, sonriendo con sinceridad—. Ha sido mucho trabajo, pero veros así hace que todo haya valido la pena.

Ellas asintieron y comenzaron a repartirse por el jardín para saludar a otros invitados, dejando que la música siguiera llenando el aire.

Los camareros comenzaron a pasar con bandejas llenas de canapés que olían increíblemente bien y copas de cava que burbujeaban en la luz del sol poniente. Me levanté y decidí hacer un recorrido para asegurarme de que todo iba bien. Quería que la boda de Vera fuera perfecta, sin contratiempos.

Mientras caminaba, saludaba a grupos de amigos y conocidos que charlaban animadamente. Algunos eran compañeros de la comisaría de mi tío Alfonso, que conocían a Vera desde que era una niña pequeña. Me sorprendió lo cariñosamente que la trataban y cómo todos celebraban su felicidad.

Entre los invitados vi a varios empleados de *Eterna Joya*, tanto hombres como mujeres, que sonrieron al verme. Sabía que para ellos también era un

día especial, no solo por la boda, sino porque muchos habían trabajado duro para ayudar a que la empresa brillara.

A mi derecha, me crucé con Tomás. Siempre bromeaba conmigo sobre que había que tener paciencia con los clientes, pero hoy se le notaba emocionado.

Más adelante, Iván e Ismael estaban hablando con Sonia y Marta. Siempre tenían ideas geniales para las nuevas colecciones.

Mientras seguía mi ronda, sentí de nuevo un tirón de mi vestido. Esta vez era Lucía, mi hermana, que apareció con su móvil en la mano y una sonrisa traviesa.

—¡Clara, ven aquí! —me dijo— Vamos a hacer unas fotos para las redes. No puedo perder la oportunidad de mostrar lo guapas que estamos y lo increíbles que son las joyas.

No pude resistirme y la seguí a un rincón donde la luz era perfecta para sacar fotografías. Lucía comenzó a disparar imágenes, capturando nuestros rostros felices y los detalles de nuestras joyas.

—Mira esta —me dijo mientras me enseñaba la pantalla, donde se veían las manos entrelazadas de Vera y David mostrando las alianzas—. Ya la he subido con un texto que dice: “Diseños únicos para momentos únicos”. Los comentarios no paran de llegar, dicen que somos las mujeres más guapas de Cádiz y que las joyas son una maravilla.

—Tendré que contratarte de verdad para el departamento de *marketing* —bromeé.

—¡Ni loca! Prefiero seguir siendo la modelo oficial —contestó ella riéndose, para luego alejarse entre los invitados.

Me quedé un instante más mirando la pantalla, antes de tomar una copa de vino y dirigirme a la zona donde Vera y David se habían casado momentos antes. Me senté en una silla bajo un toldo, rodeada por macetas llenas de flores de colores vivos, y dejé que el bullicio continuara a mi alrededor, mientras mi mente empezaba a ir por su cuenta.

El jardín parecía un lienzo lleno de vida y color, pero mi corazón se había desplazado a otro lugar y tiempo: mi propia boda, hacía ya varios años.

Recordé ese día con una sonrisa nostálgica. La emoción, los nervios, la luz que parecía brillar solo para nosotros y la sensación de que el futuro nos esperaba con los brazos abiertos. Pensé en Alejandro, en sus ojos cuando me vio llegar, en las promesas que nos hicimos y en cómo la vida nos había llevado por caminos inesperados.

Sabía que nuestro matrimonio no había funcionado, pero también sabía que me había dejado algo invaluable: la familia que habíamos construido.

Pensé en Lucas, el hijo de Alejandro y Elena, la mujer con la que él se casó hace cinco años. La pareja era feliz, y desde que la conoció solo meses después del divorcio, se habían convertido en un núcleo de cariño que me hacía sentirme parte, aunque no fuera de la familia de verdad.

Una lágrima solitaria se escapó, y la retiré rápidamente con el dorso de la mano. Me permití ese momento de vulnerabilidad porque, a fin de cuentas, el amor se manifestaba de muchas maneras y formas.

Fue entonces cuando sentí una mano cálida en mi cintura. Era mi tío Alfonso, con esa sonrisa amplia y ese brillo en los ojos que solo un hombre enamorado podía tener.

—Eres la segunda mujer más guapa de esta boda —me dijo con un guiño, y no pude evitar reírme.

—Espero que la primera sea Vera —respondí, soltando una carcajada.

—Si dijera lo contrario, creo que mi hija me lanzaría un zapato de tacón en la cabeza —contestó con humor, y ambos reímos aún más fuerte.

—Mejor no —le dije—. Cuando me lanzó una zapatilla deportiva con seis años, tuve la frente morada una semana.

Alfonso me dio un beso en la frente, como hacía desde que era pequeña, y me agradeció por ayudar a Vera a organizar una boda tan maravillosa.

—No podía hacer menos —respondí con sinceridad—. Vera es como una hermana para mí.

Mi tío se despidió y se alejó entre la multitud, dejándome de nuevo con mis pensamientos.

Alrededor, la música seguía sonando y las conversaciones fluían con naturalidad. Las risas y los brindis se mezclaban con el susurro de la brisa de verano.

Apoyé la copa en la mesa y por un instante, me permití sentir que todo estaba bien. Que la vida, con sus altibajos, aún me ofrecía momentos preciosos para atesorar.

Cogí aire profundamente y me levanté, decidida a seguir celebrando ese amor que, aunque diferente al mío, me llenaba el alma.

Porque, al final, el amor era eso: un puñado de momentos, un mosaico de historias que se entrelazaban y que hacían que todo valiera la pena.

La celebración avanzaba y, poco a poco, la hora de la cena fue acercándose. La música bajó un poco de volumen para dejar espacio a las conversaciones animadas y los brindis que se multiplicaban entre los invitados. Los camareros empezaron a servir un menú cuidadosamente seleccionado por los novios, con la ayuda de mi prima Vera y mi madre, que se había encargado de que todo fuera perfecto hasta el último detalle.

El menú era un verdadero deleite para los sentidos. De entrante, ofrecieron una refrescante ensalada de langostinos con mango y vinagreta de maracuyá, que resultaba fresca y llena de sabor, ideal para el caluroso día de verano. Luego llegó un plato principal que era un lomo de merluza al

horno con salsa de mariscos, acompañado de un risotto cremoso con setas y espárragos verdes. Para los amantes de la carne había una opción alternativa: solomillo de ternera en salsa de vino tinto con un toque de romero, servido con patatas gratinadas y verduras asadas. Y para cerrar con broche de oro, un postre ligero y dulce: mousse de maracuyá con crujiente de almendra, acompañado de frutos rojos.

Los invitados degustaban cada plato con entusiasmo, las risas y las charlas seguían en aumento, y la atmósfera se volvía cada vez más cálida y cercana. Poco después llegó la tarta nupcial, un pastel de varios pisos decorado con flores rosas y delicados detalles en fondant blanco. Vera y David habían insistido en que ellos mismos cortarían la tarta, y cuando al fin lo hicieron, lo hicieron con una sonrisa que iluminó todo el jardín. La mirada que se lanzaron fue un reflejo perfecto del amor que los unía, y todos los presentes no pudimos evitar sonreír al verlos tan felices.

Finalmente, llegó la hora del primer baile como marido y mujer. La música cambió a algo más íntimo y delicado, y las luces se atenuaron, creando una atmósfera mágica. Empezó a sonar *"You Are The Reason"* de Calum Scott, una melodía que parecía escrita para ese momento.

Vera apareció en el centro de la pista, agarrada del brazo de David, que la miraba con una mezcla de adoración y alegría. Bailaban muy juntos, sus cuerpos se movían al ritmo de la música con una armonía perfecta, como si llevaran años practicando ese baile a escondidas. Se sonreían y se miraban con complicidad, sus ojos brillaban y sus labios se rozaban en pequeños besos cargados de ternura. De vez en cuando, se susurraban palabras dulces

el uno al otro que no llegaban a oídos de nadie más, pero que parecían sellar un pacto silencioso de amor eterno.

Desde donde estaba, sonreí sin poder evitarlo. Había algo en la forma en que se veían que transmitía un amor puro y genuino, un sentimiento que iba mucho más allá de las palabras. En ese instante entendí que no solo estaban unidos por un contrato o una ceremonia, sino por cada gesto, cada mirada y cada suspiro compartido.

Cuando la canción terminó, Vera se apartó suavemente y fue a buscar a su padre para bailar la siguiente pieza. David, en cambio, se acercó a mí con una sonrisa traviesa y extendió su mano.

—¿Me concederías el honor de este baile? —preguntó en broma.

Sonreí y acepté sin dudar. Él me cogió de la mano y me llevó a la pista, donde la siguiente canción empezó a sonar.

Mientras bailábamos, hablamos de la novia, de lo radiante que estaba y lo feliz que se veía. David no paraba de hacer bromas que me hicieron reír a carcajadas, y me agradeció una vez más que le hubiera ayudado a elegir el destino perfecto para la luna de miel.

—Por mis primos —dije con sinceridad—, siempre haré lo que necesiten. Sois mi familia.

Al acabar la canción, me besó en la frente y añadió con tono serio:

—Ojalá algún día encuentres al hombre que te vea de verdad, que te valore y te ame como mereces.

Me quedé sin palabras un instante, con el corazón latiendo un poco más rápido.

—Cállate, David —le dije entre risas—. No me hagas llorar.

—Es lo que pienso —contestó—. Te conozco desde que te casaste y he estado a tu lado en los peores momentos. Solo quiero verte feliz, como tú querías verme a mí.

—Vete a bailar con tu mujer, que yo me voy a tomar una copa —le dije.

Le di un beso en la mejilla y me dirigí hacia la zona de las mesas del cóctel, buscando un momento de tranquilidad entre tanta emoción.

Me senté en una silla apartada, con la copa de vino en la mano, disfrutando de la fresca brisa de la noche. Fue entonces cuando alguien me preguntó si estaba disfrutando de la boda. Miré hacia la voz y me quedé impactada al ver al hombre que me sonreía con una mezcla de seguridad y misterio.

Alto, de complexión atlética, con cabello oscuro y ligeramente despeinado que le daba un aire despreocupado, pero atractivo. Sus ojos, de un azul profundo, parecían brillar con una intensidad que hacía que la piel se me erizara. Tenía una sonrisa tan abierta y encantadora que era imposible no sentirse atrapada por ella.

—Soy Sergio —se presentó mientras se levantaba de la silla y me tendía la mano para saludarme.

Sentí una corriente eléctrica recorrer mi cuerpo al coger su mano. Nuestros ojos se encontraron, y cuando él sonrió, no pude evitar pensar que esa era, sin duda, una sonrisa peligrosa… Una sonrisa llena de alto voltaje.

Capítulo 5



Sergio

No solía emocionarme en las bodas. No porque no creyera en el amor, sino porque la mayoría me parecían una coreografía ensayada hasta el hastío: mismas frases, mismos brindis, misma sonrisa congelada de los novios. Pero esta boda, esta era distinta.

Quizá porque era la de David. Y David no era cualquier hombre para mí.

Mi amigo. Mi hermano de la vida. El que me cubrió la espalda tantas veces, que había perdido la cuenta. El mismo que, hace un par de años, me habló por primera vez de una tal Vera, con ojos brillantes y voz bajita, como si al nombrarla invocara algo sagrado. Aún recordaba que esa noche me dijo:

"Sergio, esta mujer me está jodiendo los esquemas. Y no sé si quiero arreglarlos."

Hoy lo vi ahí, de pie junto al altar, nervioso como un crío antes del primer partido, y entendí por qué. Cuando Vera apareció del brazo de su padre y sonó aquella canción de Christina Perri, lo supe sin lugar a dudas: esa mujer era su casa. Su norte. Su paz.

Y entonces la vi a ella. A la madrina.

No iba a mentir. Desde el momento en que esa mujer entró en escena, se me fue al demonio cualquier intento de concentración. Ni me fijé en los centros de mesa, ni en el sol que bajaba perfecto entre las copas de los árboles, ni en la minúscula ampolla que me estaba matando en el talón gracias a los zapatos nuevos. No. Yo solo la miraba a ella.

Había algo en cómo caminaba. Tenía esa gracia natural que no se fingía. Ese aire elegante sin esfuerzo. Y esa sonrisa… Joder, esa sonrisa podía desarmarte de la cabeza a los pies. No era escandalosa ni perfecta. Era real. Tenía algo de ironía, de melancolía, de ternura. Como si cada vez que sonreía estuviera recordando algo que dolía un poco, pero merecía la pena.

Observé, sin querer parecer un acosador, lo juro, que se rascaba el cuello con los dedos, de forma disimulada, cada vez que alguien la halagaba o le pedía una foto. Como si no supiera muy bien qué hacer con los cumplidos. Me pareció tierno. Me pareció humano, pero también me pareció que era una mujer con muchas capas.

Y también noté que, a pesar de sus risas y del brillo en sus ojos, había momentos en los que la tristeza se le asomaba. No como algo trágico, sino

como alguien que había vivido. Que había perdido y sobrevivido después. Me gustó eso. Me hizo querer conocer su historia.

Intenté acercarme un par de veces, pero no encontraba el momento. Estaba rodeada de gente, de risas, de flashes, de copas en alto. Siempre alguien llegaba antes que yo. Y yo, que era el tío más directo del mundo en todos los aspectos de mi vida, con ella titubeaba como un adolescente en su primera cita.

Hasta que fue ella la que se acercó.

Yo estaba sentado en una de las mesas de la zona del cóctel, fingiendo mirar el jardín mientras me tomaba una copa de vino blanco, cuando la vi acercarse.

Estaba radiante. Increíble. Su vestido dejaba al descubierto los hombros, su cabello recogido dejaba ver la curva de su cuello, sí, el mismo que se había rascado más de una vez.

Y cuando se sentó y supe que no iba a marcharse, al menos por el momento, decidí que ahora sí era mi turno para entablar una conversación con ella.

—¿Estás disfrutando de la boda? —pregunté, y me miró al fin, y por cómo lo hacía supe que le había impactado—. Soy Sergio —me presenté mientras me levantaba y le tendía la mano para saludarla, sonriendo.

—Clara, un placer —dijo unos segundos después, justo cuando esa corriente que nos recorrió la mano se disipó.

—El placer es mío —sonreí aún más—. Mucho más ahora que me hablas.

—¿Eres amigo de David o trabajas en la comisaría de mi tío Alfonso? —preguntó con curiosidad.

—Lo segundo —dije—. Uno de los humildes agentes al mando del mejor comisario de Cádiz.

Ella soltó una carcajada que me hizo sentir como si el mundo se hubiera detenido solo para mí.

—Uy, eso lo dice cualquiera delante de él, pero lo cierto es que mi tío Alfonso es un fenómeno.

—Y tú —añadí sin pensar demasiado—, también lo eres, por cierto.

Se sonrojó ligeramente. Un mechón de cabello suelto cayó sobre su rostro y lo apartó detrás de la oreja. Un gesto sencillo, cotidiano, pero que a mí me pareció jodidamente sexy. Como si pudiera ver cada nervio en su piel al hacerlo.

Nos sentamos juntos en una de las mesas altas. La música de fondo seguía suave, los invitados charlaban a lo lejos y nosotros comenzamos a hablar. Primero de la boda. De lo bonita que había sido, de lo especial que había

estado todo. Luego pasamos a hablar de mi vida como policía. Le conté alguna que otra anécdota graciosa, como la vez que un ladrón se metió en una casa y, al huir, se quedó atrapado en la chimenea durante horas.

—¿En serio? ¿Como un Papá Noel torpe? —me preguntó, riendo.

—Exacto. Y cuando por fin lo sacamos, lo primero que pidió fue una cerveza negra, para compensar lo del hollín, según él.

Nos reímos tanto que por un momento olvidé que estábamos en una boda. Me encantaba esa sensación de ligereza, esa conexión. Pero también había algo más. Había tensión, pero de la buena. La que se sentía en el ambiente cuando sabías que el otro también te estaba viendo como tú lo veías.

Cada vez que movía la mano o giraba el cuerpo, rozaba su brazo. Nada invasivo, nada calculado. Solo toques sutiles. Y cada vez, ella se estremecía. Un pequeño gesto. Un suspiro apenas audible. Pero yo lo notaba.

Y entonces, no aguanté más.

—¿Tienes pareja? —le pregunté, bajando un poco la voz, como si estuviéramos en una burbuja.

Ella negó con la cabeza, con una sonrisa pícara.

—No. Salí con alguien hace unos seis meses, pero fue… anecdótico —respondió, y arqueé la ceja.

—¿Y desde entonces nada de sexo?

Ella abrió los ojos, sorprendida, y luego soltó una carcajada nerviosa.

—¡Vaya forma directa de preguntar!

—Soy policía —dije encogiéndome de hombros—. Me entrenan para ir al grano.

—No, nada, estoy en sequía. Solo he tenido algo de acción con el vibrador que me regaló mi prima Vera… —Se detuvo de golpe, llevándose la mano a la frente— ¡No! No puedo creer que te acabe de contar eso. ¡Es culpa del vino!

Reímos los dos, y me acerqué un poco más, bajando la voz en un susurro que le hizo erizarse.

—Si tú quieres… esta noche estoy dispuesto a ayudarte a romper esa racha.

La miré directamente a los ojos. Ella me devolvió la mirada, mordiéndose el labio inferior después de tragar saliva. Lo vi. Lo supe. Su respiración se había vuelto más rápida. Ese brillo en sus pupilas no mentía.

—Por el brillo en tus ojos y cómo respiras, tengo claro que te lo estás pensando —le susurré.

Ella carraspeó, dio otro sorbo de vino y justo cuando iba a responder, alguien la llamó desde el otro lado del jardín.

—¡Clara! ¡Ven, que va a ser el lanzamiento del ramo!

Se disculpó con una sonrisa y se levantó. Me quedé ahí, viendo cómo se alejaba, meneando ligeramente las caderas con cada paso. Tenía claro que ella había sentido lo mismo que yo.

Y que esa noche… iba a ser nuestra.

Desde mi sitio, vi cómo se formaba el típico corro de solteras. Vera se subió a una tarima, con el ramo en alto, riendo con emoción mientras todas las chicas levantaban las manos, gritando.

—¿Preparadas? —preguntó Vera mirando por encima de su hombro.

—¡¡¡Síiii!!! —gritaron a coro las demás.

Pero mi mirada estaba puesta solo en una de ellas, una que sonreía junto a otra chica más joven con la que la había visto antes en más de una ocasión. Y sí, Clara también me miraba a mí con disimulo, pensando que yo no la veía hacerlo.

—¡A la de una! —gritó Vera— ¡A la de dos! ¡A la de… dos y media! —se echó a reír al igual que las demás.

—¡¡Prima, por Dios!! Lánzalo ya, que no estamos esperando a que salga un cohete de la NASA —replicó la chica joven que estaba con Clara.

—¿Tienes prisa porque te caiga a ti, Lucía? —preguntó Vera entre risas.

—Madre mía, al final voy yo y lo lanzo por ella —resopló de nuevo la que ahora sabía que era Lucía, y era prima de la novia.

—¡Y a la de tres! —gritó Vera de repente.

Lanzó el ramo con fuerza, en un giro perfecto. Las flores volaron por el aire y, como si el destino hubiera tenido algo que ver, aterrizaron justo en los brazos de Clara.

Ella miró el ramo, con los ojos como platos, como si le acabaran de lanzar una bomba. Vera y Lucía corrieron hacia ella, gritando que sería la siguiente. Clara negaba con la cabeza, divertida y en shock.

Sonreí, di un sorbo a mi copa y comencé a caminar. Porque esta vez ya no pensaba dejar que se alejara.

Capítulo 6



Sergio

Caminé hacia ella despacio, sin prisa, como si cada paso sirviera para asimilar lo que estaba ocurriendo. Clara aún tenía el ramo en las manos, mirándolo como si se tratara de un artefacto que no sabía muy bien cómo manejar. Vera y Lucía, que en ese momento llamaba hermana a Clara, estaban a su alrededor, riéndose y gritando cosas como: "¡Te toca a ti!" o "¡El universo ha hablado!".

Clara me vio acercarme y sus ojos se agrandaron un poco más. Dio un paso hacia atrás, como si pensara huir, pero Lucía la empujó sutilmente hacia delante, entre risas.

—Parece que el destino está de tu lado esta noche —le dije, cuando estuve a menos de un metro de ella.

Ella soltó una risita nerviosa, se pasó el ramo a la otra mano y levantó la barbilla con aire desafiante, como si quisiera recuperar el control de la situación.

—¿Y qué sabrás tú del destino?

—Bueno —dije encogiéndome de hombros—, el destino me puso en esta boda, justo a tiempo para ver a una mujer increíble atrapando ese ramo.

Ella ladeó la cabeza y me estudió con esa mirada suya que era mitad curiosidad, mitad sarcasmo.

—Tienes una gran puntería para los halagos, ¿sabes?

—Me entrené en la comisaría para apuntar bien —respondí, con una sonrisa ladeada—. Y créeme, tú has sido el blanco más interesante que he tenido en mucho tiempo.

Ella bajó la mirada, mordiéndose otra vez el labio. Era un gesto inconsciente, como si se estuviera conteniendo. Quise saber qué pasaba dentro de su cabeza en ese momento. Quise leerle el alma.

—¿Me acompañas a dar una vuelta? —le pregunté, tendiéndole el brazo como un caballero de los de antes.

Clara me miró, miró el jardín, luego el ramo… y finalmente asintió.

—Solo si prometes no hacerme más preguntas comprometidas sobre mi vida íntima.

—No prometo nada —le susurré, guiñándole un ojo.

Caminamos despacio entre las mesas, los farolillos encendidos colgaban de las ramas, lanzando una luz cálida sobre nosotros. El cielo estaba despejado, y las estrellas brillaban como si hubieran sido invitadas también a la boda.

Pasamos junto a la carpa de postres y Clara me señaló con la cabeza un carrito de helados artesanales.

—¿Sabías que Vera insistió en poner eso solo porque de niñas nos comíamos los helados, escondidas en el trastero de su padre?

—¿Escondidas?

—Sí, mi tío Alfonso nos prohibía comer más de uno al día. Así que los robábamos del congelador y nos íbamos a comerlos en secreto, sentadas en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho. Nos reíamos tanto que creo que ni el helado sabía igual sin eso.

La miré de reojo. Me gustaba cómo hablaba de su infancia, cómo se le iluminaba el rostro y le brillaban los ojos con los recuerdos.

—¿Eras muy traviesa?

—¿Yo? —Fingió sorpresa— ¡Jamás! Solo era… creativa.

—¿Y lo sigues siendo?

—Depende de para qué lo preguntes.

La tensión volvió a flotar entre nosotros como una neblina dulce. Nos detuvimos frente a una fuente pequeña, decorada con velas flotantes y pétalos de flores. Era un rincón tranquilo, apartado del bullicio. Clara se sentó en el borde de piedra, todavía con el ramo entre las manos. Yo me acomodé a su lado.

—No te voy a mentir, Clara. Llevo horas queriendo hablar contigo —dije, y ella me miró, en silencio.

—Te he estado observando desde que te vi. Y algo en ti… no sé, fue como si el tiempo hiciera un pequeño salto. Como si te hubieras colado en mi campo de visión para no salir nunca más.

—¿Siempre eres así de intenso con las mujeres que acabas de conocer?

—No —admití—. Solo con las que me dejan sin aliento.

Se quedó callada unos segundos. El ramo descansaba ahora sobre su regazo, y sus dedos jugaban con los tallos. Por fin habló, pero con un tono más suave.

—Yo también te vi. En la ceremonia. Estabas en la segunda fila, con el traje azul marino, la camisa sin corbata, el pelo algo despeinado… —sonrió

— Y con esa mirada que parecía buscar algo.

—Y ahora sé que te buscaba a ti.

Ella dejó escapar un suspiro y me miró. De cerca, su rostro era una obra de arte. No en el sentido clásico. Tenía imperfecciones, arrugas pequeñas en los bordes de los ojos, un pequeño lunar cerca de la mandíbula. Pero todo en ella hablaba de vida. De fuerza. De belleza real.

—Sergio, hace mucho que no dejo que nadie se acerque tanto —me confesó—. No porque no quiera, sino porque... me cuesta confiar. Y porque a veces tengo miedo de sentirme otra vez como cuando me rompieron.

—No te voy a prometer que no te romperé —dije con sinceridad—. Pero sí te prometo que, si me dejas entrar, lo haré despacio. Sin prisa. Sin presión. Como quien entra a un lugar sagrado.

Sus ojos se humedecieron un poco, pero no lloró. Solo asintió levemente, como quien escuchaba algo que ya sabía, pero necesitaba oír en voz alta.
Y entonces lo hice.

Me acerqué más. Puse una mano sobre su rodilla y ella no se apartó. Al contrario, apoyó su mano sobre la mía.

—¿Vas a seguir mirándome así mucho más tiempo? —me preguntó, con una media sonrisa.

—Hasta que me dejes besarte —susurré.

Ella no respondió, pero sus ojos bajaron a mis labios, luego subieron otra vez. Me acerqué más, muy despacio, esperando cualquier gesto que me detuviera. No hubo ninguno. Y cuando nuestras bocas finalmente se tocaron, juro que el mundo dejó de girar.

Fue un beso suave al principio, lento. Como si los dos estuviéramos tanteando un terreno que ya sentíamos propio. Pero luego, cuando nuestras respiraciones se agitaron y sus dedos se cerraron sobre mi camisa, supe que no había marcha atrás.

Me separé un poco, pegando mi frente a la suya.

—Dime que no me lo he imaginado —murmuró.

—No te lo has imaginado —respondí.

Nos miramos durante unos minutos sin hablar, no hacía falta. Y entonces, alguien la llamó desde el jardín.

—¡Clara! ¡Vengan, que empieza el baile grupal!

Nos miramos, riendo, y ella se levantó.

—Me prometiste una noche sin presión —dijo con picardía.

—Y lo mantengo. Pero eso no significa que no vaya a bailar contigo cada canción hasta que amanezca.

—Acepto.

Volvimos juntos al centro del jardín, donde la música subía el volumen y los invitados ya comenzaban a formar un círculo. Vera y David estaban en medio, bailando como dos adolescentes enamorados, rodeados de amigos y mucha felicidad.

Clara se giró y me cogió la mano. Y en ese momento, juro que lo supe.
Esa mujer me iba a cambiar la vida.

El círculo de baile se estrechó a nuestro alrededor. Las luces colgantes, los focos suaves de colores pastel, la música animada que empezó a sonar, una versión remix de un clásico ochentero, todo parecía formar parte de una película con final feliz. Clara estaba frente a mí, moviéndose al ritmo de la música sin perder su elegancia natural. Tenía una mezcla perfecta de sensualidad y soltura, como si su cuerpo supiera exactamente qué hacer para dejarme completamente hipnotizado.

—¿Siempre bailas así o es solo porque estoy mirando? —le pregunté al oído, casi sin poder evitarlo.

Ella rio mientras giraba sobre sí misma, y al volver a quedarse frente a mí, me dedicó una sonrisa de lo más sensual.

—No lo hago por ti —dijo—. Lo hago por mí. Porque me gusta bailar.

—Entonces sigue. Estoy disfrutando del espectáculo.

La música subió de nivel. En algún momento, la pista de baile se convirtió en un mar de cuerpos riendo, girando y saltando. Vera bailaba con su padre, Alfonso, que no podía dejar de sonreír. Lucía, hacía un dúo cómico con un camarero que parecía encantado con la improvisación. Y Carmen, la que supe en ese momento que era la madre de Clara, bailaba una bachata con una soltura increíble con un chico que aún no debía haber cumplido los treinta.

—Tu madre baila bien, se ve que has heredado sus dotes —comenté riendo, y ella se giró.

Al ver la escena, soltó una carcajada tan auténtica que todos los músculos de mi cuerpo se tensaron.

—¡Ay, Dios! —exclamó llevándose una mano a la frente— No voy a superar esto nunca. Ese chico es el más joven de la comisaría; lo vi una vez con mi tío.

—Tu familia es maravillosa —dije, y ella me miró de reojo, con un brillo distinto.

—Lo sé, y a veces me sacan de quicio, pero no los cambiaría por nada.

La canción cambió a una más lenta. No era lenta de bailar pegados, pero sí lo suficiente como para que las parejas empezaran a balancearse con más

suavidad. Clara y yo seguimos el ritmo con movimientos sincronizados, y yo me atreví a poner mi mano sobre su cintura. Ella no se apartó.

En ese momento, me sentí… completo.

Había pasado años volcado en mi trabajo. Horas interminables de mucho trabajo, para ser exactos, días y noches duras que me vaciaban por dentro. Había tenido algunas relaciones, pero nunca nada que realmente me llenara. Y, sin embargo, esa noche, en medio de esa boda, con esa mujer que apenas conocía y que me tenía el corazón girado del revés, sentí que podía volver a empezar.

—¿Te has dado cuenta de que llevamos horas hablando y bailando sin parar? —le pregunté.

—Sí —respondió—. Y no me había dado cuenta… hasta ahora.

—¿Cansada?

—Un poco, pero me niego a irme todavía.

—¿Y si nos sentamos un rato? Te invito a una copa. O agua. O lo que te pida el cuerpo —le hice un guiño, y ella asintió con una sonrisa.

Nos alejamos de la pista y nos sentamos en una mesa pequeña, junto a la zona donde aún quedaban algunas bandejas de postres. Pedí dos copas de

vino blanco y un plato de fruta fresca. Cuando volví, Clara se había quitado los tacones y masajeaba sus pies discretamente bajo la mesa.

—¿Te duelen?

—Solo lo justo para recordarme que soy humana.

—¿Puedo ayudarte?

Ella me miró con la ceja arqueada.

—¿Eres policía o fisioterapeuta?

—Policía con habilidades ocultas —le respondí, guiñándole un ojo.

Ella se echó a reír, pero luego se inclinó hacia delante.

—Sergio, ¿esto que está pasando entre nosotros… tú lo ves como algo puntual, de esta noche, o como algo que podría ser… algo más?

La pregunta me desarmó. Me pilló sin defensa alguna, pero no me eché atrás.

—Clara, desde que te vi, no he podido pensar en otra cosa que en conocerte más. No soy de los que se obsesionan rápido, pero tú… tienes algo. Y no me refiero solo a lo que se ve por fuera —dije, aunque lo de fuera me volvía loco, sí—. Hablo de eso que se nota en tu voz, en tus

silencios, en tus gestos. Y no, no lo veo como algo puntual. Pero no te voy a presionar. Tú marcas el ritmo.

Ella bajó la mirada. Su expresión era una mezcla de emoción, incredulidad y algo más. Miedo, tal vez.

—Hace mucho que nadie me dice algo así. Y no quiero hacerme ilusiones… pero me gustaría conocerte. Paso a paso. Sin prisa. Pero sin esconderme.

Le cogí la mano, y sus dedos se entrelazaron con los míos.

—Sin esconderte. Eso me parece perfecto.

Pasamos así un rato más, hablando en voz baja, riendo con anécdotas del trabajo, del pasado, de la vida. Me contó cómo había montado su empresa, cómo había luchado contra todas las expectativas familiares, cómo había sufrido con su divorcio, pero también cómo había aprendido a quererse más.

Cuando se levantó para ir al baño, me quedé solo en la mesa y la seguí con la mirada. Cada paso que daba era como si el aire alrededor se volviera más denso. Esa mujer tenía algo… magnético.

En ese momento, David se acercó y se sentó frente a mí.

—¿Ya te ha robado el corazón? —me preguntó, sin rodeos.

—Desde el minuto uno.

—Ya me lo imaginaba, Clara tiene ese efecto en la gente. Pero te advierto una cosa —añadió, poniéndose más serio—. Es una mujer fuerte, pero también frágil en algunas cosas. No juegues con ella.

—Nunca lo haría —le aseguré.

David asintió, satisfecho.

—Entonces, suerte, amigo, porque si consigues que te deje entrar… vas a conocer lo que es amar a una mujer de verdad.

Cuando Clara regresó, su expresión era más suave, más segura. Me acerqué, le ofrecí mi brazo y le susurré:

—¿Nos damos un último baile antes de que esta noche acabe?

—Solo si prometes que no será el último —respondió.

Y así volvimos a la pista, donde quedaban pocas parejas, donde la música se había vuelto más lenta, más íntima. Bailamos en silencio, sus manos en mi pecho, mi mejilla apoyada sobre su frente. El mundo podía haberse detenido ahí, y no habría importado.

Pero lo mejor aún estaba por venir.

Capítulo 7



Clara

La música se fue apagando poco a poco, como si incluso las notas supieran que la noche había llegado a su fin. El jardín empezaba a vaciarse; los manteles ya estaban arrugados por tantas historias compartidas, por tantas risas, por el peso de una noche que, sin exagerar, se había convertido en una de las más mágicas de mi vida.

Vera seguía con su vestido de novia impecable, aunque ya sin tacones, bailando descalza con David, que tampoco llevaba chaqueta. Parecían sacados de una postal de felicidad. Los vi besarse de nuevo y me pregunté si alguna vez yo volvería a mirar a alguien con esos ojos. Si me atrevería a hacerlo, siquiera.

Me acerqué a ellos para despedirme, y Vera me abrazó fuerte, como si le costara soltarme.

—Gracias por todo, Clarita. Has hecho que este día sea perfecto —dijo, y en su tono de voz noté esa mezcla de alegría y llanto contenido que tantas

veces había escuchado.

—Lo ha sido porque te lo mereces, Vera —le acaricié el pelo—. Descansa y disfrútalo. Y no olvides lo que hablamos… —Le advertí a mi prima señalándola— Nada de trabajar ni un minuto en la luna de miel.

—Palabra de novia —sonrió y me guiñó un ojo.

David me abrazó también, más breve, pero tan cálido como siempre.

—Gracias, madrina. Por todo. Por estar siempre.

—Gracias a ti por querer tanto a mi prima. Cuídala.

—Hasta el último día de mi vida.

Me despedí también de mis padres, de mi hermana Lucía, que ya tenía ese punto alegre por el alcohol y seguía sacándose selfis, del tío Alfonso, de algunos compañeros de trabajo, todos con rostros que mezclaban cansancio y felicidad. Me sentía extrañamente plena, con el corazón contento, como decía esa vieja canción. Como si cada despedida dejara un sello invisible de cariño en mi piel.

Salí de la casa, cruzando el porche aún adornado con guirnaldas, y justo al bajar los tres escalones hacia la entrada, lo vi. Sergio.

Apoyado con aire informal contra su coche, con las manos en los bolsillos del pantalón oscuro, la chaqueta colgando del retrovisor, la corbata deshecha alrededor del cuello, los tobillos cruzados con una facilidad insultante y una sonrisa… Esa sonrisa de "esta noche es nuestra", que me erizó la piel sin que nadie me tocara.

—¿Has estado esperándome? —pregunté, con una media sonrisa contenida.

—No quería que te fueras sola —dijo con voz ronca, suave, peligrosa en su dulzura—. Y además… me pareces la mejor parte de esta boda. No quería que se terminara, así como así.

No supe si reír o morderme el labio. Opté por la primera.

—Eres muy directo, ¿lo sabías?

—Sí —abrió la puerta del copiloto—. ¿Te llevo?

Negué con la cabeza, más por inercia que por convicción, pero mis pies ya se movían.

—Está bien —cedí—. Pero si intentas secuestrarme, gritaré.

—Prometo no usar cinta americana. Te dejaré elegir la emisora.

Reí bajito mientras me subía al coche. Cerró la puerta con suavidad y dio la vuelta para ocupar su asiento, con ese andar seguro de quien tenía todo bajo control. Nos miramos apenas un segundo, antes de que encendiera el motor.

—¿Dónde vives? —preguntó.

Le di la dirección, y él asintió. Condujo tranquilo, con una mano en el volante y otra descansando sobre el cambio de marchas, aunque de vez en cuando notaba cómo me lanzaba miradas rápidas de soslayo. Como si quisiera asegurarse de que no me evaporaba, de que seguía allí.

En el interior del coche flotaba esa clase de silencio cómodo e íntimo que no molestaba. Yo jugueteaba con un mechón de pelo, y él tarareaba muy bajo una canción de fondo.

—Ha sido una boda preciosa —dije finalmente.

—Lo ha sido. Pero ya sabes lo que más me ha gustado.

—¿El bacalao confitado?

—Tú —giró levemente la cabeza—. Lo digo en serio, Clara.

Me giré hacia la ventanilla para ocultar la sonrisa tonta que se me había dibujado en los labios. Llevaba tiempo sin sentirme tan... deseada, y no me refería a un deseo físico únicamente. Había algo en su mirada, en su tono,

que iba más allá del cuerpo. Que hablaba de admiración. De intriga. De ganas.

Llegamos a mi edificio, y mientras Sergio apagaba el GPS del coche, yo me desabroché el cinturón.

—¿Quieres subir a tomar algo? —pregunté, con voz más tranquila de lo que yo misma me sentía.

Él me miró. Sus ojos se oscurecieron un poco, como si la temperatura de la conversación acabara de subir.

—Es lo que he deseado toda la noche.

Esa respuesta me desarmó. El modo en que lo dijo, sin arrogancia, sin prisa. Solo deseo. Confianza. Una promesa implícita.

Asentí, bajó del coche y vino a abrirme la puerta para ayudarme a salir. Sonreí ante ese gesto tan caballeroso, y cuando nuestras miradas se encontraron de nuevo, ahí estaba otra vez ese escalofrío recorriéndome el cuerpo. Sergio me miraba con deseo, sí, pero también con hambre.

Subimos juntos. Él a mi lado, sin tocarme, pero con una energía que parecía envolverme como una ola. Mientras abría la puerta de mi piso, sentí cómo el corazón me latía con fuerza, más de la que nunca antes había sentido. Cerré detrás de él, giré la llave y, al darme la vuelta…

Sus manos me atraparon por la cintura y me besó.

Fue un beso directo, hambriento, como si lleváramos toda la vida esperando ese momento. No hubo tanteos, ni dudas. Su boca contra la mía, firme, intensa, húmeda. Mis dedos se enredaron en su camisa mientras sentía su cuerpo pegado al mío, sólido, caliente, seguro.

Mis labios se entreabrieron sin resistencia, y su lengua se deslizó con una caricia lenta que me arrancó un gemido bajo. Me apretó más contra él, noté sus dedos deslizándose por mi espalda, mi cadera, y el mundo desapareció.

Solo existíamos nosotros.

Él me cogió en brazos sin esfuerzo, como si no pesara nada, y yo envolví sus caderas con mis piernas. Reí contra su cuello, jadeando ligeramente.

—¿Dormitorio? —susurró.

—A la izquierda —respondí, nerviosa y con la sonrisa aún en los labios.

Nos movimos como un solo cuerpo, entrando en la habitación aún a oscuras, salvo por la luz suave que entraba desde el pasillo. Me dejó caer con delicadeza sobre la cama, y se quitó la camisa con un solo gesto. Yo me incorporé ligeramente, llevando mis dedos temblorosos hacia los botones de mi vestido, mientras sus manos se deslizaron por mis muslos y tiraron de la tela hacia arriba, ayudándome.

En ese momento nuestros cuerpos hablaban por nosotros. Las palabras no eran necesarias.

Él volvió a besarme, esta vez más lento, acariciando mi cuello, mis clavículas, mi pecho mientras me desnudaba con cuidado. Me sentí expuesta, vulnerable y, por primera vez, más viva que nunca.

Su boca descendió por mi cuerpo, dejando una estela de fuego allí donde pasaba. Yo gemía, arqueando la espalda, aferrándome a sus hombros. Mis manos bajaron por su abdomen, sintiendo cada músculo, cada respiración.

Él se deshizo del pantalón y el bóxer, quedando desnudo frente a mí. Me mordí el labio, tragando saliva. Estaba impresionante. Salvaje. Intenso. Todo lo que una noche de verano como esta pedía.

—Clara —dijo, rozando mi piel con los labios—, dime si quieres que me detenga.

—Si te detienes, te mato —respondí entre jadeos.

Sergio se rio, y después hizo lo que los dos deseábamos que pasara.

Me besó con hambre, pero también con ternura. Había en su forma de tocarme una mezcla de deseo contenido y respeto. Como si llevara toda la noche imaginando lo que haría conmigo, y ahora que podía, no quisiera correr el riesgo de arruinarlo por ir demasiado rápido.

Mi espalda se arqueó cuando su boca descendió por mi abdomen, dejando besos suaves, interrumpidos por miradas que subían hasta mis ojos. No había prisa en sus movimientos, pero sí una seguridad férrea, masculina,

poderosa. Sergio sabía exactamente lo que hacía, y eso me volvía completamente loca.

—Eres preciosa —susurró con la voz cargada de deseo—. Más de lo que imaginé.

—Tú tampoco estás mal… —dije con una sonrisa entre jadeos, mientras mis dedos se enredaban en su cabello.

Cuando su lengua tocó justo donde más lo necesitaba, solté un gemido que no reconocí como mío. Un gemido lento, tan delicado y tan certero a la vez, que mi cuerpo se convirtió en un montón de nervios, de piel caliente y latido acelerado.

El corazón me iba a mil por hora, de eso no tenía duda, pero es que Sergio era capaz de acelerarlo de ese modo con cada toque de sus dedos, con esas lamidas que su juguetona lengua hacía en mi sexo.

Notaba mi clítoris palpitante, estaba excitada y a cada segundo que pasaba Sergio conseguía que me excitara aún más, haciendo que de mis labios saliera un gemido tras otro, mientras todo mi cuerpo seguía encendiéndose segundo a segundo.

Mis caderas se movían solas, buscando más de él, pidiéndole sin palabras que no se detuviera. Me sujetó por los muslos con un agarre fuerte, manteniéndome abierta para él, explorándome con una devoción que me desarmó. Como si cada centímetro de mi cuerpo fuera un tesoro que merecía ser venerado.

Cuando me llevó al borde del abismo con la lengua, no pude contenerme. Me sacudió un orgasmo profundo, húmedo, devastador. Me tapé la boca con una mano, ahogando un grito, y me estremecí bajo él mientras sentía cómo me deshacía, completamente expuesta.

Él subió despacio por mi cuerpo, besando mi pecho, mi clavícula, mi cuello, hasta que nuestras bocas volvieron a encontrarse. Me besó con el mismo sabor que yo tenía en la lengua, y me hizo sentir salvaje. Libre.

—Quiero que esta noche se quede en tu piel —murmuró—. Quiero que te acuerdes de cada rincón que ha sido mío.

—Ya lo estoy haciendo —susurré, acariciando su espalda, atrayéndolo hacia mí.

Se situó entre mis piernas, y lo sentí duro, fuerte, palpitante. Lo miré a los ojos, y solo asentí. No necesitábamos palabras. Me penetró despacio y con cuidado, sin apartar su mirada de la mía, con una profundidad que me hizo cerrar los ojos de puro placer.

—Mírame —me pidió, más como una súplica que como una exigencia.

Lo hice, y fue ahí donde todo cambió.

No era solo sexo. Era otra cosa. Una conexión intensa. Como si mi cuerpo lo reconociera antes que mi corazón.

Nos movimos al mismo ritmo, como si hubiéramos bailado mil veces. Yo gemía su nombre, él jadeaba el mío, y nuestros cuerpos se comunicaban con cada embestida, con cada caricia, con cada beso desesperado.

Sus manos estaban por todas partes. En mi cintura, en mis pechos, en mis mejillas. Las mías recorrían su espalda, su cuello, sus brazos ahora tensos por el esfuerzo. El sudor perlaba su frente y caía sobre mi piel, caliente y real, nada como lo que podría haber imaginado mientras tenía una de mis fantasías con un hombre cualquiera mientras usaba ese vibrador que guardaba en un cajón del armario.

—Clara… —murmuró, con la voz entrecortada— No sabes lo mucho que te he deseado esta noche.

—Sí, lo sé —dije, envolviendo sus caderas con mis piernas—. Porque yo también lo he sentido. Desde el primer segundo.

Aceleró el ritmo y ambos perdimos el control. Yo me dejé llevar, gimiendo cada vez más fuerte, cada vez más cerca del borde. Él se enterró más profundo, más firme, y sentí cómo mi segundo orgasmo se acercaba como una ola, inevitable.

—Sergio… —gemí, sin aire.

—Dámelo, Clara —susurró contra mi oído—. Déjate ir conmigo.

Y me dejé.

Volví a estallar, más fuerte que antes, aferrándome a sus hombros, enterrando el rostro en su cuello, susurrando su nombre con la voz ligeramente ronca. Él no tardó en seguirme. Su cuerpo se tensó, sus caderas se hundieron una última vez, y gimió mi nombre mientras se derramaba dentro de mí, con un estremecimiento salvaje y perfecto.

Y nos quedamos así, abrazados, jadeando, sudando, notando el latido acompasado de nuestros corazones.

El silencio después fue tan íntimo como el acto en sí. Me abrazó fuerte, como si no quisiera soltarme. Su respiración poco a poco se calmó, y yo apoyé la cabeza en su pecho, escuchando los latidos acelerados que marcaban el mismo ritmo que los míos.

—Ha sido… —empecé a decir, pero me quedé sin palabras.

—Lo sé —contestó él, besándome la frente—. Y no se quedará solo en esta noche.

Lo miré. Quise decir algo sarcástico, poner una de mis barreras habituales, pero no pude. Porque dentro de mí, algo había cambiado, y él lo supo. Porque me miró como si me conociera de antes. Como si me llevara esperando desde siempre.

Nos abrazamos, y por primera vez en mucho tiempo, me dejé caer. Sin miedo.

Capítulo 8



Sergio

Me desperté poco antes de las ocho. La habitación estaba bañada por una luz suave y dorada que se filtraba por las cortinas. Al primer parpadeo, sin tener que avisar a mi cerebro, la vi. Estaba a mi lado, envuelta en las sábanas, cubriendo parte de su cuerpo. Se había quedado dormida con la cabeza apoyada en la almohada, la mano asomando y un mechón de cabello cayendo sobre la frente.

La contemplé, aterrizando en la realidad con más suavidad y más vértigo que cualquier caída libre. Era perfecta. No había nada más estético, más hermoso, más humano. Todo en ella parecía una obra de arte hecha de imperfecciones: las pestañas que temblaban al respirar, las arrugas de expresión que el sueño acentuaba alrededor de los ojos, incluso esa cicatriz diminuta en el pecho que yo había notado anoche y que me pareció hermosa por ser solo suya.

Pensé en la noche que habíamos vivido. Cada beso, cada caricia, cada gemido quedaba grabado como un paisaje imposible de repetir. Esa pasión,

tan intensa, tan viva… había superado con creces lo que había imaginado al verla por primera vez. Y no mentía cuando le dije que deseaba algo más que una noche. Porque lo sentía con una fuerza que me asustaba: podía querer que esas horas fueran solo el comienzo de algo mucho mayor.

Pero también había una verdad que no le había contado. Algo que podría complicarlo todo. Algo que tal vez haría que ella se molestara al descubrir. No era grave, no era algo ruin… pero era un secreto. Y por primera vez en mucho tiempo, me debatía entre el impulso de ser completamente honesto y el miedo de perder lo que acababa de encontrar.

Recordé la frase que me dijo anoche, esa que me arrancaba sonrisas aún con los ojos cerrados: "Si así ha sido la noche, no sé qué vendrá después". Me dolió y me abrazó a la vez, porque sabía que el amanecer solo podía mejorar si era real.

Con cuidado, me aparté y salí de la cama. Dejé la camisa suavemente sobre el respaldo de la silla y me puse el bóxer. Al mirarme en el espejo, vi las marcas de la noche: mis labios algo hinchados, el pelo revuelto, algunos leves arañazos en los brazos. Sentí orgullo. Porque había pasado una noche real, con una mujer real que había elegido estar conmigo.

Salí de la habitación con pasos silenciosos. En la cocina, encendí la luz y la cafetera. Saqué el pan de la bolsa, corté unas rodajas finas y las puse a tostar. Abrí la nevera y encontré fruta fresca. Preparé dos cuencos con yogur natural, trozos de fresas, arándanos y un chorrito de miel al final.

Había algo casi poético en la rutina: mis manos cortando fruta, el pan tostándose, el aroma del café llenando el espacio. Y en medio de esa sencillez, ella. Siempre ella, en cada fibra de mi pensamiento.

Terminé de prepararlo todo y me apoyé en la encimera, con la cadera contra el mármol, y respiré. Sabía que faltaba el momento importante: su reacción al despertar. Podía estar dormida todavía o quizás se ponía nerviosa. Pero había algo que deseaba mucho: quería que supiera que esa mañana era mía también.

De pronto, oí pasos suaves y cerré los ojos un segundo. Vi su figura en el pasillo, con mi camisa puesta que le quedaba grande. Se detuvo en la puerta, mirándome con curiosidad.

—¿Estás haciendo un ritual o algo? —preguntó, frotándose un ojo con ternura.

Me incorporé y le sonreí con la ternura que ella despertaba en mí.

—Buenos días —dije, con voz suave.

Ella titubeó un momento. Luego sus labios se curvaron y se acercó cojeando un poco, con los ojos brillosos, sin haber terminado de despertarse.

—Buenos… ¿Es en serio? —preguntó con los ojos muy abiertos, sin acabar de darme los buenos días— ¿Me estás haciendo el desayuno?

Asentí despacio.

—Te lo mereces. Ningún hombre que merezca llamarse amante deja que una mujer empiece el día con el estómago vacío.

—¿Y si prefiero chocolate con churros? —preguntó, arqueando una ceja.

—Te los busco, aunque tenga que pelear con un ejército de panaderos.

Soltó una carcajada suave.

—Dios… Suenas como si hubieras escapado de un poema de Neruda. ¿Te sabes alguno?

—Solo si tú prometes no reírte.

—Prometo reírme mucho, pero solo si es contigo.

—*Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido* —comencé a recitar—. *Te amo como se aman ciertas cosas oscuras, secretamente, entre la sombra y el alma.*

—Vale, no me rio, palabra de madrina de recién casado —dijo mientras contenía la risa, pero con los ojos brillantes por ese poema.

—¿Concedes deseos?

—He dicho madrina, de boda, no hada madrina. ¿Dónde ves tú la varita mágica?

—Ah, esa la tengo yo —respondí haciéndole un guiño, y volteó los ojos mientras sonreía al tiempo que negaba.

Nos quedamos un segundo en ese punto exacto entre la broma y la ternura. Luego se sentó en el taburete de enfrente.

—Gracias. El único hombre que me hacía el desayuno era mi padre —dijo, con una nostalgia repentina que me acarició el pecho.

Me acerqué y la besé con ternura en los labios antes de responderle.

—Eso va a cambiar.

Sus mejillas se volvieron rojas de repente, y su mirada se suavizó. Se quedó en silencio un momento, observándome como si estuviera procesando el hecho de que algo tan natural como un desayuno podía ser el inicio de algo grande.

Le tendí la taza de café, sus dedos rozaron los míos al cogerla y sus ojos se ablandaron.

—Háblame de la boda —dijo mientras daba un sorbo—. ¿Te gustó todo?

—Fue perfecta. Todo, todo fue perfecto. Tu familia, la ceremonia, la fiesta… Y verte a ti. Eso fue lo mejor.

—No se me quita de la cabeza la imagen de uno de los amigos de David bailando sobre una mesa —hizo una mueca cómplice—. Fue... inolvidable.

—¿Antes o después de que se cayera?

—Durante. La mesa sobrevivió, él no tanto. Hoy seguro amanece con más de un moratón en el cuerpo.

Nos reímos. Y reímos de verdad, con el estómago, con los ojos. De esas risas que borraban el miedo.

—Les conseguí un lujoso crucero privado por el Caribe —dijo entonces, con una sonrisa traviesa.

—¿En serio?

—Sí. Mañana salen hacia un yate de lujo: tres semanas de mar, islas privadas, atardeceres infinitos...

—Podemos improvisar uno —dije, señalando la ducha—. Tiene agua caliente, eco…

Y Clara dejó escapar una carcajada.

—¡Nuestro crucero tiene un patito de goma! Imbatible.

—¿Y lo manejas tú o yo?

—Tú, pero solo si usas gorrito de capitán.

—Negociable, pero solo si tú llevas flotador con forma de unicornio.

—¿Sabes que tengo uno? —dijo con una sonrisilla en los labios.

—No me sorprende —respondí dando un sorbo al café.

Nos miramos, sonriendo. Había algo en esa ligereza que me hacía sentir más cerca de ella que cualquier caricia.

—Tienes una empresa, ¿no? *Eterna Joya* —me atreví a decir con cautela, y ella inclinó la mirada, tocando el borde de la taza con el dedo.

—Sí, es pequeña, pero tenemos bastante trabajo. Diseñamos joyas personalizadas.

—Eres la dueña, no una simple diseñadora —interrumpí suavemente.

—Gracias —susurró, y me miró con ese brillo que tenían los ojos cuando te dabas cuenta de que alguien realmente te veía.

Nos quedamos en silencio otro rato, comiendo juntos como si eso definiera nuestra historia. Y entonces, las manos volvieron a encontrarse. Sin presión, sin pausa, pero con una tensión latente.

—¿Puedo besarte? —susurré.

—Por favor —contestó con una sonrisa, como si de ese modo me dijera que anoche había hecho mucho más que besarla.

Lo hice con delicadeza, su piel se estremeció, sus párpados bajaron y suspiró.

—No quiero que esto sea solo una noche… —dijo en un susurro— No sé por qué, pero no quiero.

—Yo tampoco —dije, acariciando su mejilla—. Esta noche... esto... ya es algo para mí.

Fue entonces cuando las miradas, en su habitual silencio, me empujaron a un segundo momento íntimo. La besé de un modo más intenso, más urgente, y ella correspondió. Me rodeó con ambos brazos por el cuello, a sabiendas de que nuestras bocas no querían soltarse.

—¿Esto cuenta como desayuno completo? —preguntó contra mis labios.

—Si me dejas repetirlo mañana, diría que sí.

El beso fue escalando, fuerte, con lujuria, con emoción. Suave y tierno, pero también erótico y sin disimulo. Sus dedos bajaron por mi torso, acariciando cada centímetro que podían alcanzar.

—Voy a necesitar otra taza de café para sobrevivir a esto —murmuró, jadeando entre sonrisas.

—O dos. O una intravenosa.

Nos reímos, y nos fundimos en esa mezcla única de deseo y cariño.

Luego fuimos al baño decididos a ducharnos juntos. El agua caía caliente sobre nuestros cuerpos, dibujando surcos brillantes. Ella lavaba su cabello, yo el mío. Las manos se encontraban de forma casual. El jabón formaba espuma en su pecho, y yo me divertía acariciando sus músculos, apreciando el calor, el roce, el tacto.

Clara se alejó un poco y sus ojos me buscaron. Entonces puse una mano en su cadera y la llevé de nuevo contra mí. Por un instante, quedamos atrapados en esa agua tibia, sin palabras, solo haciendo contacto con los cuerpos.

Pero ninguno de los dos quería que ese momento acabara. Me incliné y la besé de nuevo, más urgente esta vez, y ella gimió en respuesta. Deslicé una mano despacio por su muslo, acariciándolo, hasta que encontré ese lugar en el que quería volver a estar una vez más.

Gimió más fuerte mientras flexionaba una pierna y me rodeaba con ella por la cintura, dejando que mi mano tuviera más libertad de movimientos. Comencé a tocarla sin pudor, deslizando mis dedos entre sus pliegues, jugando con su clítoris hasta que la escuché gemir y la noté moverse en busca de más. Y se lo di.

La penetré con dos dedos sin dejar de tocarle el clítoris con el pulgar, llevándola al orgasmo sin prisa, pero sin pausa porque deseaba escuchar cómo se corría otra vez para mí. Aumenté el ritmo, la penetré más fuerte y más profundamente, y noté cómo se estremecía antes de que rompiera nuestro beso y dejara caer la cabeza hacia atrás para correrse en mi mano, gritando y con los ojos cerrados.

No esperé a que se disipara su momento, y en un movimiento rápido la cargué en brazos y la penetré con una certera embestida. Clara me miró con los ojos muy abiertos y con ese brillo del deseo y el orgasmo recién liberado mientras gritaba al sentirme de nuevo.

Besé su cuello, su clavícula y mordí ligeramente su hombro mientras seguía embistiendo sin parar, una y otra vez, aferrado a sus nalgas con fuerza mientras la escuchaba gemir en mi oído. Me volvía loco; esta mujer me volvía loco desde la primera vez que la vi y no había dejado de pensar en este momento, en estar así con ella.

—Sergio —dijo entre jadeos mientras sus dedos se clavaban en mi espalda.

Busqué su boca y me apoderé de esos labios que había pasado toda la boda queriendo besar, esos que me recibieron con la misma urgencia y necesidad que yo sentía. La besé con hambre y furia, la penetré una y otra vez y me dejé ir justo en el momento en el que ella llegaba al clímax.

Cuando terminamos, nos secamos despacio, mirándonos con una sonrisa sincera.

—Si me vieran mi hermana y mi prima, dirían que estoy viviendo mi propia novela romántica —dijo.

—La nuestra tiene mejores diálogos, seguro.

—Eso no es difícil. Solo falta que empiece a sonar una canción de fondo.

—Veamos… —Entrecerré los ojos, fingiendo que pensaba en alguna canción.

—No me digas que además de recitar a Neruda, también sabes cantar.

—No te lo digo.

Y se rio, de ese modo que me gustaba y me volvía loco a partes iguales.

Me vestí primero. Camisa, pantalón, zapatos. Ella se puso una camiseta de su armario.

Al salir del baño, me giré.

—Tengo que irme.

—¿Tan pronto? —preguntó en voz baja, y asentí.

—Pero esto... —Me acerqué, besé sus labios lenta y profundamente, y susurré contra ellos— No ha sido una casualidad.

Ella me devolvió el beso.

—Vuelve cuando quieras —dijo mientras me acompañaba hacia la entrada, donde había dejado mis llaves la noche anterior.

Las cogí y la rodeé por la cintura, pegándola a mí, besándola una última vez.

—Volveré siempre que tú quieras volver a verme —dije con sinceridad.

—Prométemelo.

—Lo juro.

Y con eso, me fui. Entré al ascensor y me despedí con una última mirada a través del cristal.

Al subir al coche, cerré los ojos un segundo. Esa había sido, sin duda, la mejor noche y el mejor despertar que había tenido en muchos años. Y esperaba que no fuera la última.

Capítulo 9



Clara

Martes. Dos días. Cuarenta y ocho horas exactas desde aquella despedida. Desde aquel beso final que no supe si fue una promesa o una despedida.

Lo supe en cuanto abrí los ojos: no me había escrito. Ni una llamada, ni un mensaje. Pero, ¿cómo iba a hacerlo, si ninguno de los dos fue lo suficientemente inteligente, o valiente, como para intercambiar nuestros teléfonos? Ni una tarjeta, ni un papel con un número escrito a mano. Nada. Parecía casi irreal, pero era verdad: habíamos vivido una noche de película… y al final no hubo créditos. Solo un fundido a negro.

Y entonces, me dije: “esto ha sido cosa solo de una noche”. Lo repetí como quien aprendía una lección de memoria. Pero por dentro, no terminaba de creérmelo.

El sol apenas asomaba por la ventana, pero yo ya estaba sentada en la cama, con el cuerpo presente y la mente en otra parte. Hacía tiempo que no

me ocurría: esa sensación de haber dormido, pero no descansado. Como si todo mi interior siguiera en actividad, rumiando, recordando, preguntando.

Me duché en silencio, me vestí con un pantalón blanco y una blusa azul cielo, cómoda, pero profesional. Me recogí el pelo en una coleta baja y me maquillé lo justo. Quería verme bien, aunque no sabía para qué.

Llegué a la oficina y saludé a los empleados que ya estaban entrando. El edificio olía a café y papelería nueva, como cada mañana. Subí las escaleras en vez de coger el ascensor. Necesitaba movimiento. Algo físico que alejara las emociones.

Al entrar en mi despacho, vi que Olga ya había dejado el correo clasificado sobre mi mesa. Esa chica era un tesoro. Discreta, eficaz, leal. Con esos ojos grandes y marrones, siempre parecía estar a punto de disculparse por existir, pero cuando hablaba, se notaba que estaba más atenta a todo de lo que dejaba ver.

Revisé papeles. Respondí correos. Firmé documentos. Y entonces llegó la hora. La reunión con el equipo para hablar de la nueva colección de verano.

Salí del despacho y crucé el pasillo de vidrio hasta la sala de juntas. La mesa de roble ya estaba llena de carpetas, Tablets y botellas de agua. Todos estaban sentados, esperándome. Me sentí un poco como una directora de orquesta entrando en una sinfonía que apenas habíamos empezado a componer.

—Buenos días —dije con una sonrisa.

—Buenos días, jefa —respondió Tomás, como siempre con ese tono chispeante que usaba para relajar el ambiente.

Me senté a la cabecera.

A mi derecha estaba Nuria, mi responsable de ventas y distribución. Impecable como siempre, con su melena negra azabache recogida en una trenza perfecta y ese perfume caro que dejaba huella. Sonreía, pero sus ojos no perdían detalle. Nuria era elegancia y estrategia a partes iguales.

A su lado, Sonia, la diseñadora junior, con sus trenzas pelirrojas, falda larga de lino y una blusa con bordados florales. Parecía más una ilustración salida de una serie que una diseñadora, pero sus ideas eran modernas, frescas y, a menudo, sorprendentes.

Al otro lado, Marta, nuestra contable, vestida en tonos pastel y con sus pendientes pequeños y discretos. Su cara de póker escondía un humor que solo afloraba en los almuerzos compartidos, cuando soltaba comentarios que hacían escupir el café a más de uno.

Junto a ella, Ismael, el jefe de taller, ese gaditano que siempre olía a metal y colonia fresca.

Tomás, nuestro responsable de atención al cliente, estaba a mi izquierda. Su camisa estampada y gafas redondas le daban un aire de eterno estudiante simpático. Y lo era. El alma del equipo. Capaz de calmar hasta al cliente más iracundo con una broma oportuna.

Y, por último, Iván, el *community manager*, con su look de surfero retirado: pelo rubio desordenado, camiseta minimalista y mirada relajada.

—Bueno —empecé, abriendo la carpeta—, vamos a revisar cómo vamos con la colección de verano. Sonia, ¿quieres empezar?

Sonia se incorporó con su habitual entusiasmo.

—He terminado los bocetos de los pendientes inspirados en conchas marinas y el anillo en espiral. También tengo avances en los collares con piedras naturales, usando turquesa, cuarzo rosa y ágata blanca. Son piezas muy orgánicas. Me basé en los paseos por la playa al atardecer.

—Sirenas *millennial*, me gusta —dijo Iván, tomando una foto rápida del boceto—. Con eso hago magia para Instagram.

—Perfecto —dije, mientras Nuria asentía al lado.

—Yo ya estoy cerrando las proyecciones de distribución para los primeros lotes. Si llegamos a tiempo con la producción, podríamos tener todo listo para lanzar la campaña el primer fin de semana de julio.

—¿Y los proveedores?

—Confirmados. Solo falta el cierre de cantidades.

—Bien —respondí, anotando mentalmente la fecha.

Marta intervino con su voz firme.

—En cuanto tenga las cantidades, lanzo el presupuesto final, pero ya he reservado margen en las cuentas para imprevistos. Y conociéndonos… habrá alguno —dijo, y todos reímos.

—¿Y marketing? —preguntó Tomás— ¿Quién coordinará la campaña?

Todos miraron hacia mí.

—El nuevo director se incorpora el lunes. En cuanto llegue, empezaremos con la estrategia. Ya tengo algunos borradores, pero quiero dejarle espacio para que proponga. A fin de cuentas, David lo contrató por su frescura, ¿no?

—Sí, frescura y abdominales —murmuró Iván, en tono de broma.

Risas en la sala. Incluso Marta soltó un, “ay, por favor” entre dientes.

—A mí que el tío esté bueno me da igual —dijo Nuria—, mientras venda. Pero si está bueno y vende, entonces me caso con él.

—Primero, que entre por la puerta —respondí con media sonrisa, ya que ninguno le conocíamos, salvo David, quien me dijo que tenía al candidato perfecto para el puesto que dejaba nuestro director al jubilarse—. Y luego ya vemos si os organizamos turnos.

Seguimos revisando detalles: tiempos de producción, fotos para catálogo, *influencers* que podrían colaborar con Lucía, estrategias de contenido para Instagram y TikTok. Había mucho por hacer, pero también mucha ilusión.

Lo siguiente que hicimos fue repasar los informes del trimestre.
Nuria tomó la palabra enseguida.

—Las ventas del mes pasado superaron las proyecciones un doce por ciento. Los collares de la línea "Brisa" están funcionando mejor de lo esperado, especialmente en Madrid y Barcelona. Las alianzas personalizadas también han subido, sobre todo después de la boda de Vera. Las fotos generaron un montón de tráfico.

—Claro, todo el mundo quiere casarse con una joya de *Eterna Joya,* ahora —bromeó Tomás.

—Tú ríete, pero recibimos tres pedidos con la frase "como la de Vera" —añadió Marta, moviendo las cejas.

Seguimos hablando de todo: control de stock, fechas de entrega, proveedores, incidencias del taller, análisis de las interacciones en redes, nuevos canales de venta... La reunión fue productiva, fluida, con ideas que me entusiasmaban. Me gustaba ver al equipo así, comprometido, creativo, con ganas. *Eterna Joya* no era solo una empresa. Era mi proyecto, mi refugio, mi identidad.

—Buen trabajo —dije una hora después, cuando finalizamos.

Recogí mis cosas y salí de la sala de reuniones. Al cruzar la puerta, lo primero que vi fue el mostrador de recepción, perfectamente organizado como siempre. Detrás de él, Olga me miró y me sonrió con ese gesto tímido tan suyo.

Tenía apenas veinticuatro años, el pelo castaño lacio y una voz suave. Siempre llevaba camisas lisas y pendientes pequeños, nada llamativo. Era dulce, educada y algo insegura aún, pero trabajadora como ella sola. Su eficiencia me salvaba de más de un desastre semanal.

Mientras pasaba, le devolví la sonrisa. En la pared detrás de ella, el logo de nuestra empresa brillaba con elegancia dorada: “Eterna Joya”. Y debajo, nuestro eslogan: *"Donde el diseño cobra vida y la elegancia se vuelve inolvidable"*.

Respiré hondo. A veces me costaba creer que todo aquello lo había creado yo.

Entré en mi despacho, solté la carpeta sobre la mesa y encendí el portátil. Comencé a responder correos con la agilidad de quien llevaba mil batallas de oficina en la espalda.

Cinco minutos después, entró Olga tras llamar suavemente a la puerta.

—Tu café, Clara. Y no te olvides que en media hora tienes la visita de Lucía.

—Gracias, Olga. Siempre estás en todo —le dije, cogiendo la taza—. Eres un ángel con zapatos de oficina.

Ella se sonrojó, me dio una media sonrisa y salió con discreción.

Seguí trabajando hasta que, media hora después exacta, como un reloj suizo, la puerta se abrió de golpe y Lucía apareció con una explosión de energía.

—¡Hermana mayor! —exclamó— Vengo cargada de amor, fotos y café frío.

—¿Y esa entrada dramática?

—Quería asegurarme de que no te habías convertido en estatua de mármol con tanto trabajo.

A sus veinticinco años, Lucía tenía un millón de seguidores en redes, una sonrisa contagiosa y más ideas por minuto que yo cafés al día. Venía vestida con un vestido blanco vaporoso, botines dorados y un bolso de lentejuelas. Su estilo era como ella: imposible de ignorar.

Se dejó caer en la silla y sacó el móvil.

—Mira las fotos que subí ayer con los pendientes “Alba”. Han reventado los *likes*. Ciento veinte mil en menos de doce horas.

—¡Vaya! —Me senté a su lado— Estás hecha una máquina.

—La máquina oficial de *Eterna Joya*, no lo olvides —dijo haciéndome un guiño—. Ya sabes que soy la modelo más barata del mercado. Me pagas en pulseras y helado.

Reímos juntas. Siempre era así con ella, un montón de risas fáciles y cariño sin medida.

—Oye, Vera nos mandó un vídeo de su luna de miel. ¿Querrá darnos envidia? —preguntó, y me salió una carcajada.

Puso el móvil entre las dos. Vera, sonriente, aparecía en un catamarán, con el mar turquesa de fondo y David abrazándola por detrás. Se les veía felices. Radiantes.

—Qué suerte han tenido —dije en voz baja—. Se encontraron en el momento exacto.

Lucía me miró con la ceja arqueada.

—¿Y tú cuándo te vas a dejar encontrar?

—*Pasapalabra* —respondí, automáticamente.

—¡Cobarde! —me empujó el brazo con una carcajada.

Lucía tuvo que irse poco después. Tenía que grabar y editar dos vídeos para sus redes.

—¿Comemos juntas? —preguntó mientras recogía sus cosas.

—No, me iré a casa a trabajar desde allí por la tarde.

—Qué aplicada. ¡Te quiero, señora CEO!

Me dio un beso en la mejilla y salió con esa energía caótica y preciosa que era solo suya.

Y yo me quedé sola. Trabajando. Pensando.

El silencio volvió a adueñarse del despacho cuando Lucía se fue. Agradecí ese momento de paz. Terminé de responder algunos correos, revisé una factura de proveedores, corregí un par de descripciones de producto para el catálogo de verano, y cuando vi que el reloj se acercaba a las dos, cerré el portátil.

Cogí mi bolso y salí del edificio. Olga me despidió con una sonrisa tímida y un “que tengas buena tarde” que respondí con un guiño.

Me subí al coche y encendí el aire acondicionado para no asarme como un pollo en un horno industrial. Me ajusté el cinturón, abrí la app de música y seleccioné una lista de Malú que me acompañaba casi siempre. Cuando

sonó *“Blanco y negro”*, suspiré. Era inevitable: esa voz, esas letras… Parecía que alguien había espiado mi cabeza para escribirlas.

Conduje sin destino fijo. Al principio, solo buscaba una cafetería donde comprar algo para llevar, pero el trayecto se volvió automático. Tan automático que ni me di cuenta de hacia dónde me dirigía… hasta que vi el edificio de ladrillo claro frente a mí.

La comisaría.

Frené en seco al doblar la esquina y me detuve al otro lado de la calle. ¿De verdad había terminado allí? Sin pensarlo. Sin decidirlo. Como si mi subconsciente hubiera tomado el volante solo para ver si él estaba allí. Él. Sergio.

El nombre me atravesó como un suspiro.

Estaba a punto de dar la vuelta cuando vi a mi tío Alfonso salir por la puerta principal. Me reconoció al instante y caminó hacia mí con esa sonrisa que siempre me hacía sentir como una niña otra vez.

—Pero bueno, ¿qué hace mi sobrina favorita por aquí?

Bajé la ventanilla.

—Venía… —Me lo inventé al momento— A visitar a un posible cliente, pero me ha dado plantón y ya que estaba cerca, pensé en saludarte, aunque

solo fuera con el pensamiento.

Mi tío ladeó la cabeza como si no se creyera del todo mi excusa. Pero sonrió y me dio un beso en la frente.

—Estás guapísima. Siempre tan elegante. ¿Te vas a casa?

—Sí, voy a trabajar desde allí esta tarde. Tengo cosas pendientes del lanzamiento.

—¿Y comes sola?

—Hoy sí.

—Te voy a tener que buscar novio, aunque sea uno provisional para los martes —bromeó.

—No, gracias, bastante tengo con los hombres que desaparecen después de noches perfectas —murmuré, bajito.

—¿Perdón?

—Nada, cosas mías.

Nos reímos.

—Anda, vete a casa. Y cuidado con el calor.

—Lo mismo te digo.

Arranqué el coche y me alejé, con una mezcla de vergüenza y resignación. ¿De verdad había conducido hasta allí solo por si acaso? Me sentía ridícula, pero también… un poco triste.

Suspiré fuerte cuando llegué a casa. Subí, me quité los zapatos y me preparé algo sencillo: un tazón de gazpacho bien fresquito, con tropezones de pepino, y un sándwich vegetal con aguacate, rúcula y tomate seco.

Me senté en el sofá del salón con la bandeja sobre mis piernas. La brisa entraba por la ventana abierta y la casa olía a verano. Comí en silencio, acompañada solo por el sonido de la ciudad a lo lejos. Agradecí ese momento de calma.

Capítulo 10



Clara

Después del café, encendí el portátil de nuevo, dispuesta a avanzar con la parte final del catálogo de la nueva colección, pero entonces, el móvil vibró a mi lado. Alejandro.

El nombre de mi exmarido apareció en la pantalla y, por instinto, sonreí.

—Hola —respondí.

—Hola, Clara. No te interrumpo, ¿verdad?

—No, dime.

—Lucas me ha preguntado esta mañana si puede verte el sábado. Dice que quiere pasar tiempo con su tía favorita.

Sentí que el corazón se me ablandaba. Lucas era el hijo de Alejandro, pero para mí siempre sería más que un sobrino político. Lo había visto nacer. Lo había abrazado cuando lloraba. Le había leído cuentos y enseñado a montar en bici. No había nada en el mundo que me hiciera más feliz que pasar tiempo con él.

—Pues claro que sí —dije—. Ahora ya sí tengo plan para el sábado.

—Perfecto. Comemos aquí, ¿te parece?

—Hecho.

Colgamos, y me quedé un momento mirando la pantalla del móvil antes de dejarlo en el sofá. Pensé en Alejandro, en su nueva esposa, en la familia que había construido, y por primera vez en mucho tiempo, sentí alegría verdadera por él. Porque, aunque no funcionamos como pareja, siempre lo recordaría con cariño. Y ver que había encontrado el amor otra vez me hacía sentir que quizás, solo quizás, yo también podría.

Algún día.

Pero por ahora… solo tenía silencio, trabajo y un domingo que se sentía más lejano de lo que era.

El piso estaba silencioso, en calma, pero mi cabeza era un hervidero de pensamientos, recuerdos y preguntas sin respuesta.

Dos días y aún no sabía nada de él.

Me levanté y recogí la bandeja del almuerzo. Llevé los platos a la cocina, enjuagué todo con rutina automática y regresé al salón. Me acomodé otra vez frente al portátil y forcé la concentración. Abrí el archivo del catálogo y revisé las imágenes que Lucía había compartido en la sesión del día anterior.

Lucía era muchas cosas, pero cuando se trataba de trabajar, no dejaba nada a medias. Cada foto estaba impecable: luz natural perfecta, poses espontáneas, joyas que brillaban justo lo necesario para parecer irresistibles sin exagerar. Sabía cómo contar una historia con la mirada. Y, además, tenía esa facilidad para conectar con su audiencia que ninguna campaña pagada podría lograr.

Mientras revisaba una de las fotos donde lucía un collar con perlas asimétricas sobre un vestido de lino blanco, pensé en lo distinta que era ella de mí. Lucía era impulso, color, energía desbordada. Yo, control, estrategia, precisión. Y, sin embargo, nos entendíamos con una mirada.

Lo opuesto complementario, como decía nuestra madre. Yo, la brújula. Ella, el viento.

Volví a perder el hilo, como me pasaba últimamente cuando pensaba demasiado. Cerré el portátil, me estiré en el sofá y apoyé la cabeza en el respaldo.

Y entonces, como si fuera inevitable, recordé.

Su voz. Su risa. El sonido del café burbujeando en la cafetera mientras él preparaba el desayuno. Su camisa sobre mi piel. El beso que me dio antes de irse. El tacto cálido de sus manos sobre mi espalda. Y lo más frustrante de todo: la absoluta certeza de que había algo más allí. De que no fue una noche cualquiera. De que lo que había entre nosotros podría haber sido algo serio. O importante. O al menos… algo que merecía un intento.

Pero no lo había vuelto a ver. Y no sabía su número. Ni su apellido. Ni siquiera estaba segura de cómo buscarlo.

Y por más que intentaba convencerme de que había sido solo una aventura, algo en mi pecho no quería aceptarlo. Algo que me hablaba con una mezcla de ansiedad y esperanza.

Cerré los ojos y me forcé a descansar, a vaciar la cabeza por unos minutos. Pero no lo logré.

Así que me puse de pie, fui a la estantería del salón y saqué una libreta. Era un viejo hábito: cuando no podía pensar, escribía, sin plan, sin filtros. Solo dejaba salir lo que tuviera dentro.

Abrí la libreta en una página en blanco y escribí, sin pensarlo.

"Domingo, ocho y media de la mañana.
Desperté y él seguía allí. No sabía que el amor podía tener esa forma tan simple: una sonrisa dormida, un mechón de pelo en la frente, el olor del café mezclado con la piel".

Me detuve y cerré la libreta. Tal vez, si volvía a escribir, las piezas empezarían a encajar. O tal vez no, pero era un comienzo.

Me levanté otra vez y volví al escritorio. Había trabajo pendiente, e-mails que responder, decisiones por tomar. No podía dejarme arrastrar por un fantasma. Ni siquiera por uno con ojos como los de Sergio.

El resto de la tarde se deslizó entre documentos de Excel, notas escritas a mano en papeles sueltos y cafés fríos que no terminaba. Traté de sumergirme en el trabajo. Intenté olvidarlo a fuerza de productividad. Pero incluso las joyas más brillantes no podían competir con el recuerdo de su risa en mi oído.

Cada vez que me concentraba en algo, algún detalle me lo traía de vuelta.

Un tono de voz en un anuncio. Un pequeño silencio en medio de una canción. Un olor en el aire que me recordaba a su colonia. ¿Qué colonia era? ¿A qué sabía esa mezcla entre madera, café y promesas?

Dos días. Solo dos. Y parecía una eternidad.

Cerré el portátil al caer la tarde y me apoyé en el respaldo del sofá. La luz se había vuelto dorada y proyectaba líneas largas sobre el suelo. Esa hora me gustaba, siempre me había parecido mágica, pero hoy… se sentía más vacía.

Cogí el móvil sin pensar demasiado. Revisé mis mensajes. Nada suyo, por supuesto. ¿Cómo iba a haberlo, si ni siquiera habíamos intercambiado teléfonos?

—Qué idiota eres, Clara —me dije en voz baja, con una sonrisa amarga.

¿Cómo podía haber sido tan idiota de no pedirle su número? ¿Cómo alguien tan meticulosa como yo, que no dejaba un solo fleco suelto en su empresa, podía haber sido tan descuidada con algo así?

"Porque no pensé que hiciera falta", me respondí a mí misma. Porque en ese momento, cuando lo vi salir de mi casa con esa sonrisa y ese "Volveré siempre que tú quieras volver a verme", estaba tan segura de que iba a volver… que no creí necesario atarlo a un dato.

Confié en el impulso. En la conexión. Y ahora, estaba en silencio.

Apagué las luces del salón y me quedé unos segundos mirando por la ventana. Los edificios de enfrente ya tenían sus luces encendidas. Alguna familia cenaba. Otra, veía la televisión. Una niña jugaba en su habitación, vestida de princesa. La ciudad seguía sin pausa, sin importar si alguien tenía el corazón y la cabeza llenos de dudas.

Mi móvil vibró de nuevo y lo miré con desgana. Era un mensaje de mi hermana con una sola palabra.

Lucía: *¡Bum!*

Y una imagen adjunta: un pantallazo del video que Vera había mandado desde el crucero.

Abrí el archivo, y ahí estaban: Vera y David, besándose frente a un atardecer caribeño. Detrás, el mar como un espejo de fuego. Vera saludaba a la cámara riéndose, diciendo lo feliz que estaba, que todo era un sueño, que no podía imaginar mejor forma de empezar su vida juntos.

Sonreí sin poder evitarlo. Se les veía enamorados. De esos amores serenos y sólidos que no hacían ruido, pero se sentían en los huesos. Vera se lo merecía. Siempre había sido de las que daban todo sin esperar nada. Verla así… me llenó de una ternura cálida, de esa que a veces se confundía con nostalgia.

Respondí a mi hermana.

Clara: *Están radiantes. Me alegro mucho por ellos.*

Lucía: *Yo también, pero ahora mismo odio a nuestra única prima. ¡Nos quiere dar envidia!*

Clara: *¿Tengo que recordarte aquel viaje que hiciste el verano pasado por Grecia para publicitar una marca de ropa?*

Lucía: *Pasapalabra.*

Y me reí sola, sacudiendo la cabeza.

Clara: *Te quiero, enana.*

Ella respondió con un emoji de corazón y uno de unicornio, como si eso resumiera todo.

Volví a quedarme en silencio y aunque sabía que debería despejar la mente, darme una ducha fría o ver una serie tonta, solo me quedé allí. Respirando.

Pensando en cómo, en tan solo una noche, alguien podía incrustarse tan profundamente en tus pensamientos. En cómo el silencio posterior dolía más que un adiós explícito.

Ojalá fuera más ligera, como Lucía. Ojalá pudiera tomarme esa noche como una aventura y seguir adelante.

Pero yo no era así. Yo me acordaba. Yo me quedaba. Yo esperaba.

Casi a las nueve, decidí cenar. Nada elaborado. Un poco de queso, pan de centeno y un tomate cortado con sal y aceite, acompañado con una copa de vino blanco. Me lo serví con la ilusión de que eso hiciera la escena más reconfortante. No lo logró, pero al menos me sentí un poco más humana.

Mientras masticaba, me imaginé a Sergio en su rutina. ¿Estaría trabajando? ¿Sería de los que se llevaban el trabajo a casa? ¿O de los que desconectaban a la perfección?

Pensé en escribirle un mensaje. Luego recordé que no tenía cómo.

Podría haberle pedido su número. O al menos su maldito Instagram.

—Bravo, Clara. Premio a la empresaria del año, pero un cero en gestión amorosa —me dije en voz alta.

Volví al sofá. Puse una película, pero no vi ni diez minutos. Me pasé la mayoría del tiempo mirando el reflejo del televisor apagado, como si ahí fueran a aparecer las respuestas.

Antes de dormir, encendí una vela. Lavanda. Mi favorita. Y mientras la mecha chispeaba y la habitación se llenaba de ese aroma suave, pensé una vez más…

Dos días. Y nada. Pero quizás mañana, al despertar, él me escribiría. Quizás…

Capítulo 11



Clara

Era sábado por la mañana y el sol ya calentaba con fuerza cuando cogí la carretera hacia las afueras de Cádiz. Tenía las ventanas bajadas y el pelo recogido de cualquier manera, como siempre que no tenía ganas de fingir que me importaba. En el asiento del copiloto llevaba una bolsa con unos dulces que sabía que a Lucas le encantaban, y una botella de vino blanco que había enfriado desde la noche anterior.

Lo de llevar vino era una excusa: sabía que Alejandro ya tendría todo bajo control, pero me gustaba aportar algo. Aportar, aunque fuera poco, me hacía sentir parte de ese rincón suyo que, aunque ya no era mío, aún me recibía con los brazos abiertos.

La casa de Alejandro estaba en una urbanización tranquila, de esas con calles anchas, casas blancas y buganvillas que trepaban por los muros. Cuando giré la esquina y vi la fachada, no pude evitar sonreír. La habían reformado hacía dos años y la fachada ahora tenía un tono marfil precioso. El jardín era amplio, con una piscina rectangular de borde infinito que

parecía un espejo bajo el cielo limpio de Cádiz. A un lado estaba la zona de juegos que habían montado para Lucas: columpios, una casita de madera y un pequeño tobogán azul. El césped estaba perfectamente cuidado y olía a jazmín. Siempre decía que ese jardín era su pequeño logro, y no le quitaba razón.

Ni un minuto después de aparcar, vi a Lucas correr descalzo por el césped, con el pelo alborotado y una camiseta de dinosaurios que parecía una talla más pequeña. Era la versión en miniatura de su padre desde que nació. Detrás venía Elena, que reía mientras intentaba seguirle el ritmo. Me bajé del coche justo a tiempo para que Lucas me saltara encima.

—¡Tía Claraaa! —gritó, mientras me abrazaba con fuerza.

—Pero ¡qué grande estás ya, por favor! —le dije mientras lo giraba en el aire y nos reímos los dos, él como si fuera el mejor momento de su día, yo, como si no quisiera que terminara nunca.

Elena llegó segundos después, jadeando levemente.

—Hola, Clara. Está como una moto hoy —me dijo sonriendo, mientras me daba dos besos.

Elena era el equilibrio perfecto entre serenidad y firmeza. Llevaba una blusa blanca de lino, pantalones cortos y el pelo recogido en una coleta alta. Su rostro siempre tenía ese aire de paz que te hacía confiar. Era ginecóloga y tenía su propia clínica en el centro de Cádiz, algo que admiraba profundamente. Siempre me pareció una mujer brillante, y aunque en otro

contexto podría haberla visto como "la otra", con ella nunca fue así. Con Elena fue diferente desde el principio. Supo respetar lo que Alejandro y yo fuimos, sin competir, sin invadir, y quizás por eso terminamos queriéndonos tanto.

Alejandro apareció desde la zona de la barbacoa, con un delantal negro que decía: "Rey de la Paella" y una espátula en la mano.

—Llegas justo a tiempo para probar el sofrito —dijo, sonriendo.

Lo vi y el corazón me dio un vuelco inevitable. Seguía siendo Alejandro. Moreno, con ese cabello algo despeinado que le quedaba mejor así, barba de dos días y esos ojos que siempre parecían saber más de lo que decían. Estaba igual que cuando lo conocí, pero distinto. Más hombre. Más sereno.

Era un arquitecto de renombre, uno de los más reconocidos de la provincia, llevaba años dejando su sello en medio Cádiz, y no me extrañaba. Siempre tuvo una visión estética impecable, incluso cuando diseñaba garabatos en servilletas.

—¿Seguro qué sabes lo que haces? —le dije, bromeando.

—Te recuerdo que esta receta es mía —respondió, guiñándome un ojo.

—Te recuerdo que la perfeccioné yo.

—Y te recuerdo que estás en mi casa.

Nos echamos a reír los tres. Era fácil, siempre lo era con ellos. Como si el tiempo no hubiera dejado heridas, o como si las que dejó hubieran sanado con el cariño sincero que ahora nos unía.

Lucas corrió hacia los columpios y me gritó para que le empujara. Elena se sentó junto a mí en una tumbona y me ofreció una limonada.

—¿Cómo estás, de verdad? —me preguntó en voz baja.

La miré. Y supe que lo decía desde un lugar genuino. Asentí, sin querer contar mucho, pero agradeciendo que alguien preguntara así.

—Estoy bien, o intentando estarlo. Hoy me apetece disfrutar, sin pensar demasiado.

—Pues entonces, bienvenida. Hoy es un día para eso.

Y tenía razón.

El olor a sofrito inundaba el aire, mezclándose con el del césped mojado por el riego automático y el jazmín que trepaba por una de las columnas del porche. Alejandro se movía por la cocina exterior con esa seguridad que siempre tuvo al cocinar, como si el fuego y los ingredientes le obedecieran solo a él. Lo vi añadir el arroz con ese gesto preciso de quien había hecho eso muchas veces y, aun así, lo disfrutaba. La paella chisporroteaba alegre en la gran paellera de hierro mientras el sol caía a plomo y Lucas chillaba desde el columpio para que lo empujara más alto.

—¡Más fuerte, tía Clara! ¡Quiero tocar el cielo! —gritaba, entre carcajadas.

—¡A ver si luego me vas a culpar si sales volando! —le respondí, riendo.

Lo empujé un poco más y sentí cómo el aire cálido me daba en la cara. Lucas soltaba esas risas limpias, sin filtros, que solo los niños sabían tener. Me detuve un segundo a mirarlo: sus ojos eran tan parecidos a los de Alejandro que me sorprendía, pero en su sonrisa estaba Elena, sin duda. Era una mezcla preciosa de ambos. Y lo quería... lo quería como si fuera mío.

Al rato, nos llamaron a la mesa. Alejandro había puesto todo con esmero: platos hondos, servilletas de tela, una jarra de sangría con frutas flotando dentro y una ensalada fresca con granada y queso feta. Me senté entre Lucas y Elena, mientras Alejandro repartía las raciones.

—¿Está buena? —preguntó él, con cara de “más te vale decir que sí”.

—Está increíble —dije después de probar un bocado—. Y no lo digo por compromiso.

—Te iba a echar de la casa si decías lo contrario —respondió, fingiendo seriedad.

Lucas empezó a comer con los dedos y Elena lo reprendió con dulzura.

—Lucas, cubiertos. Ya sabes que, si comes con las manos, luego la paella se esconde de ti en el estómago.

—¿Se esconde? —preguntó él, con cara de susto.

—¡Claro! —respondí yo enseguida— Se va a los pies y hace que corras más lento. ¿No lo sabías?

—¡Nooo! —gritó, dejando el tenedor y llevándose las manos a la cabeza — ¡Me voy a volver lento como un caracol!

Nos reímos los tres, y Alejandro se inclinó hacia mí.

—Gracias por seguir jugando así con él.

—No me cuesta nada. Es... —Lo miré— Es muy fácil quererle.

Lucas me abrazó de pronto por la cintura.

—Eres la mejor tía Clara del mundo.

—Eso espero —le respondí, acariciándole el pelo.

Después de comer, mientras recogíamos la mesa entre los tres adultos, Lucas apareció con el bañador puesto, unas gafas de bucear al revés y los manguitos colgando de los brazos.

—¡A la piscina! ¡Tía Clara, ven conmigo!

—Ay, no, que me acabo de sentar —bromeé, pero ya estaba levantándome —. No me das ni un respiro.

Elena me lanzó una toalla y me guiñó un ojo.

—Es tu turno.

Me quité la ropa y me quedé con el bikini debajo. Lucas ya se había tirado en bomba al agua y chapoteaba como si no hubiera un mañana. Me sumergí después de él, dejando que el agua fresca me envolviera. Fue un alivio inmediato. Lucas nadó hasta mí y me abrazó con fuerza.

—¡No me sueltes!

—Nunca —le dije, y lo abracé más fuerte.

Estuvimos así un rato, jugando a carreras, haciendo el muerto, riéndonos como si nada más importara. En un momento dado, me cogió la cara con las dos manitas mojadas y empezó a darme besos por toda la cara.

—¡Te quiero muchísimo, tía Clara!

Sentí un nudo en la garganta. Lo apreté contra mí con fuerza y cerré los ojos.

—Y yo a ti, mi vida.

Hubo un silencio breve, como si incluso él hubiera notado algo. Luego volvió a reír, salpicándome, y yo me dejé mojar, riéndome con él. El sol caía con suavidad ahora, dorando el agua, tiñéndolo todo de ese color cálido que tenían los días felices.

Fue uno de esos momentos que sabías que ibas a guardar para siempre. No por lo que pasó, sino por cómo te hizo sentir. Por lo que dejó dentro.

Y con Lucas cada momento era así, especial y único, diferente, pero siempre lleno de risas, de cariño y de ese amor que él sentía por mí y que era mutuo. No era su tía de verdad, no tenía nada que ver con ninguna de sus familias, pero Alejandro para mí siempre sería mi familia, a pesar del pasado, a pesar del dolor y de los años. Siempre seríamos expareja, sí, pero también seríamos amigos como lo habíamos sido desde que nos conocimos.

Capítulo 12



Clara

Cuando salimos de la piscina, el cielo empezaba a tornarse en tonos naranjas y rosados. Elena puso música suave en el altavoz bluetooth y abrió una botella de vino mientras Alejandro se dedicaba a encender la barbacoa. El olor a brasas se mezcló con el del jazmín y el cloro del agua que aún sentía en mi piel. Lucas, envuelto en una toalla con forma de tiburón, correteaba por el jardín con su coche de juguete, y yo lo seguía con la vista desde una tumbona mientras me secaba el pelo con otra toalla.

—¿Te he dicho ya que me encanta este rincón? —le dije a Elena, cuando se sentó a mi lado.

—Unas… ¿Cincuenta veces? Pero nunca sobra escucharlo —respondió, brindando conmigo.

—Lo digo en serio. Este sitio… transmite algo. Es paz. Hogar.

—Queríamos que Lucas creciera en un lugar con espacio, verde, aire. Y también queríamos que cuando tú vinieras te sintieras cómoda.

La miré con ternura. A veces me costaba creer que no hubiera conflicto entre nosotras, pero no lo había. Nunca lo había. Solo respeto. Solo cariño sincero.

—Gracias por eso —le dije, y chocamos suavemente las copas.

La cena fue sencilla, pero deliciosa. Verduras a la parrilla, brochetas de pollo, chorizo criollo, queso fundido y pan tostado. Alejandro sabía manejar bien el fuego, como todo lo demás. Era meticuloso sin ser pesado, detallista sin presumirlo. Durante la cena hablamos de todo un poco, como siempre: trabajo, redes, recuerdos.

—He visto las fotos de la boda de Vera —comentó Elena, mientras pasaba el plato del chorizo—. Las que colgó Lucía en Instagram. Qué pasada de ceremonia.

—Sí, fue preciosa —asentí.

—¿Diseñaste tú las alianzas? —preguntó Alejandro, sirviéndose vino.

—Claro. Las eligieron juntas Vera y Lucía. Fue bonito trabajar en eso.

—Pues te digo una cosa —intervino Elena, sonriendo—. Mis amigas están encantadas con las pulseras que les regalé. Algunas me han

preguntado si haces cosas por encargo. Una incluso quiere que le diseñes un colgante para su aniversario.

—Cuando quieras, dales mi contacto. Me encanta hacer piezas con historia.

Lucas comía distraído, ya algo cansado, pero aún con ganas de no dormirse. Jugaba con el tenedor, empujando los trozos de pollo como si fueran naves espaciales.

—Lucas, ya va siendo hora de ir a dormir —le dijo Elena con dulzura, cuando acabamos de comer, levantándose para recoger su plato.

El niño frunció el ceño, hizo un puchero exagerado y se abrazó a mi brazo.

—¡Nooo! ¡Quiero quedarme hasta que se vaya la tía Clara!

—Ay, mi amor… —Le acaricié el pelo— Pero si me quedo mucho más, me convierto en rana. Mira, ya estoy bostezando… —contesté, y exageré un bostezo tan teatral que Lucas empezó a reírse.

—¡Eres una rana dormilona!

—Exacto —le dije, sonriendo—. Así que me voy ya, ¿vale?

Me abrazó con una fuerza que no esperaba. Me apretó con todo su cuerpo pequeño y sentí cómo algo se me removía por dentro. Los ojos se me llenaron de lágrimas en segundos, pero respiré hondo para disimularlo.

—No llores, tía Clara. Te doy un millón de besos —me dijo, y empezó a darme besos por toda la cara otra vez.

Reí entre lágrimas contenidas y le di un beso muy fuerte en la mejilla.

—Nos veremos pronto, ¿vale? —le prometí.

—¡No se me va a olvidar que me lo has dicho! —respondió él, serio, como si guardara mi promesa en un lugar sagrado.

Volví a reír porque Lucas siempre conseguía eso: arrancarme una sonrisa incluso cuando me costaba.

Elena nos dejó solos en la terraza para ir a acostarlo después de que se despidiera de su padre. Me quedé sentada en el sofá de mimbre, abrazada a mis rodillas, con el vaso aún en la mano. Alejandro se sentó a mi lado, en silencio, y me pasó el brazo por los hombros.

—¿Qué te pasa? —me preguntó, sin rodeos.

—Nada —respondí, con un tono que no me convencía ni a mí misma.

—Clara… no me mientas. Te conozco demasiado bien.

Suspiré y me quedé en silencio unos segundos antes de hablar.

—Conocí a alguien en la boda de Vera —dije al fin—. Fue… inesperado. Conectamos. Mucho. Bailamos, reímos… Al final, me acompañó a casa. Y bueno, pasó lo que tenía que pasar.

—¿Lo que tenía que pasar? —dijo él, arqueando la ceja y sonriendo de medio lado.

—No pongas esa cara, Alejandro.

—¿Cuál? ¿Esta? —siguió con la misma sonrisa.

—Sí, esa. La de "te lo dije". No me seas así.

Él se rio bajo, casi para no hacer ruido.

—¿Y luego qué? ¿No lo has vuelto a ver?

—No —dije, mirando el vaso entre mis manos—. Me dijo que me volvería a ver siempre que yo quisiera. Pero no he vuelto a saber nada de él desde el domingo. Y han pasado seis días.

—¿Ni una llamada, un mensaje?

—No intercambiamos teléfonos —confesé, y Alejandro se echó a reír, incrédulo.

—Clara… así no te va a poder llamar.

—Dime algo que no sepa, Einstein —dije, volteando los ojos.

Me abrazó más fuerte y me dio un beso en la sien, ese gesto suyo tan antiguo, tan nuestro, tan protector.

—No le des más vueltas —murmuró—. Si está de aparecer de nuevo en tu vida, lo hará. Y si no, pues llegará otro. Hay más hombres en el mundo.

—Sí, pero el que está destinado a mí debe ser que se ha perdido… o no ha nacido todavía.

Los dos nos echamos a reír. Fue una risa de complicidad, de alivio, de esos momentos que parecían sacarte de tu tristeza sin que lo notaras.

—Echo de menos estas conversaciones —dijo él—. Y tu humor. Aunque te quiera de otra manera, sabes que te sigo queriendo mucho, ¿verdad?

—Y yo a ti, pero no me presentes a nadie, por favor.

—¿Cómo lo sabías? —dijo riendo— Te iba a decir que tengo un amigo…

—Alejandro.

—Vale, vale. Lo pillo.

Me dio otro beso en la sien y me hizo apoyar la cabeza en su hombro.

—Estoy seguro de que el hombre que te vea de verdad, que te quiera como yo no supe… llegará antes de lo que piensas.

En ese momento, apareció Elena desde el interior con una copa en la mano y una sonrisa cómplice.

—¿Queréis que os deje la habitación de invitados para la intimidad? Solo os pido que no gritéis mucho, que el niño está dormido.

Los dos nos echamos a reír.

—Si volviera a acostarme con mi exmarido —dije—, sería porque estaría muy, pero que muy borracha.

—¿Perdona? —Alejandro se hizo el ofendido.

—No es por el físico, que conste. Sigues estando buenísimo. Pero no lo haría jamás. Salvo con las defensas bajas y el juicio nublado.

—Entonces bebamos —dijo Elena, levantando la copa—. Y si quieres, hacemos un trío.

Me puse roja como un tomate. Ella se rio y me dio un beso en la mejilla.

—Estoy bromeando, Clara. Pero lo de la copa sí va en serio. El niño duerme. Es hora de relajarnos.

Y así fue. Nos sentamos los tres juntos, hablando, bebiendo, riendo. Como una pequeña familia, aunque no lo fuéramos en los papeles.

La noche se asentó sin hacer ruido. El jardín se había llenado de pequeñas luces solares que iluminaban los bordes del césped y la piscina, y una brisa ligera traía olor a sal. El mar no estaba lejos. Podía imaginarlo, oscuro y en calma, tan cerca que, si me esforzaba un poco, casi lo oía.

Los tres seguíamos en la terraza, cada uno con una copa, hablando de cosas sin peso. De películas, de viajes que nunca hicimos, de nombres ridículos para mascotas. Alejandro estaba tumbado con los pies sobre una silla, y Elena tenía una pierna cruzada sobre la otra, su copa apoyada en el brazo del sillón. Yo estaba entre ellos, recogida en mí misma, pero sin sentirme sola. Era como estar en un lugar que no era tuyo, pero en el que siempre tenías una manta esperándote.

Una hora después, el sueño me ganó. No de cansancio físico, sino de esa paz que te dejaba sin energía para más estímulos.

—Creo que ya es hora —dije, levantándome con cierta pereza—. De verdad, gracias por este día.

—Gracias a ti por venir —dijo Elena, mientras se ponía en pie también y me daba un abrazo cálido.

Alejandro fue a por mis cosas mientras yo me ponía las sandalias y buscaba las llaves. Me acompañó al coche en silencio, con las manos en los bolsillos. El aire era fresco, y el cielo estaba limpio, lleno de estrellas. Abrí la puerta del coche y dejé la bolsa en el asiento del copiloto.

—¿Me prometes algo? —dijo, deteniéndose junto a la puerta.

—Depende. ¿Es legal? —arqueé la ceja y él sonrió.

—Prométeme que me vas a contar qué pasa si ese tipo aparece otra vez. El de la boda.

—No va a pasar nada, Alejandro. Si quisiera verme, ya habría aparecido. Hasta le habría dado por llegar por sorpresa a mi casa.

—Nunca se sabe. A veces los hombres somos lentos —respondió, encogiéndose de hombros.

—Y otras veces desaparecéis sin decir ni adiós.

—Por eso. Si vuelve, dímelo. Y si no, también. A veces ayuda que alguien lo escuche desde fuera.

Lo miré, de verdad. Como tantas veces lo hice antes, cuando éramos nosotros. Y supe, sin necesidad de palabras, que lo decía desde el corazón.

—No pudiste encontrar una mejor mujer que Elena para formar una familia —le dije, sin avisar.

Él bajó la mirada, y sonrió con esa mezcla de orgullo y ternura que solo tenían los hombres cuando sabían que habían hecho algo bien.

—Tú también formarás una. A tu manera. Como debe ser. Y créeme, el que lo consiga… será un hombre con suerte.

Nos dimos un abrazo largo, sin prisa. Fue como cerrar un ciclo, pero sin dolor. Como decirnos, sin decirlo, que nos íbamos a tener siempre, en lo que fuera que ahora éramos.

—Nos vemos pronto —murmuré.

—Aquí te esperamos.

Subí al coche y arranqué. Mientras conducía por las calles dormidas de la urbanización, pensé en todo lo que no había dicho. En lo que no pasó. En lo que podría haber pasado con aquel hombre al que ni siquiera pude escribir porque no tenía su número.

"Quizá algún día", pensé. O quizá no. Pero hoy había sido un día bueno. Un día de esos que te sostenían en los días grises y a veces, con eso basta.

Capítulo 13



Clara

Era lunes y el sonido de mis tacones resonaba con fuerza sobre el suelo brillante de mármol del pasillo central. La semana estaba empezando y ya presentía que algo no iba a ir como debía. El aire acondicionado funcionaba demasiado fuerte para mi gusto, y el café de la máquina me había salido más aguado de lo habitual. Mal augurio.

—Buenos días, Clara —me saludó Olga, mi secretaria, en cuanto crucé el umbral de la oficina. Tenía esa expresión de quien guardaba un secreto, o peor aún, de quien ya había visto algo que a mí todavía me faltaba por descubrir—. El nuevo director de marketing ya está esperándote en tu despacho.

Me detuve un segundo frente a su escritorio, arqueando la ceja.

—¿Tan pronto?

—A las ocho en punto estaba aquí.

Suspiré, asintiendo. No podía quejarme de puntualidad, pero tampoco estaba mentalmente preparada para conocer a un nuevo directivo tan temprano un lunes. Cogí el dosier que Olga me extendía y me dirigí hacia mi despacho.

La puerta estaba entreabierta. Lo primero que vi al empujarla del todo fue una figura masculina alta, de espaldas a mí, frente al ventanal. Llevaba un traje oscuro perfectamente entallado, tenía las manos en los bolsillos del pantalón y la postura relajada. El cielo de Cádiz comenzaba a despejarse tras una madrugada nublada, y la luz del sol comenzaba a filtrarse por los cristales.

—Buenos días —dije, entrando al despacho con paso firme.

La figura se giró con lentitud, y el corazón me dio un vuelco.

—¿Tú? —pregunté, quedándome paralizada junto al escritorio— ¿Qué haces tú aquí?

Sergio. El mismo Sergio con el que había bailado, reído y acabado en la cama hacía solo ocho días, en la boda de Vera y David. El mismo que me había dicho que era policía. El mismo en el que no había podido dejar de pensar desde entonces.

—Soy el nuevo director de marketing —respondió con una sonrisa leve, como si nada de lo que había pasado entre nosotros alterara el hecho de

estar allí, delante de mí, en mi oficina, como si fuera completamente normal.

—No puede ser… —balbuceé— Dijiste que eras policía.

—Te conté una pequeña mentira —admitió sin perder la compostura—. No quería que supieras que mi mejor amigo y responsable de Recursos Humanos de esta empresa… o, mejor dicho, de la empresa de la prima de su novia, me había recomendado para este puesto.

Me senté lentamente en la silla tras el escritorio, aún sin poder creerlo.

—Estoy flipando —murmuré—. No entiendo por qué me mentiste… y mucho menos por qué acabé acostándome contigo pensando que eras otra persona. ¿De verdad te llamas Sergio? ¿O eso también es mentira?

—Sergio Herrera. Cuarenta años. Experto en marketing. Con la carrera y más de quince años de experiencia profesional a mis espaldas. Vengo de Londres. Antes de eso estuve aquí en Cádiz. Y antes en Madrid, y en Barcelona.

—¿Y Vera lo sabía?

—No. Solo David.

Resoplé, abriendo la carpeta con gesto brusco mientras dejaba mis cosas sobre el escritorio.

—Deberíais habérmelo contado —protesté—. ¡Me lo deberíais haber dicho!

Sergio rodeó el escritorio con decisión y me rodeó suavemente por la cintura. Me giró hasta quedar frente a él. Sus ojos, como siempre, tenían esa mezcla extraña de seguridad y calidez que conseguía hacerme tambalear.

—No queríamos que pensaras que iba de enchufado. Estoy aquí porque soy un buen candidato. Porque puedo aportar mucho a esta empresa, no porque David me regalara el puesto.

Mi cuerpo se estremeció. Sus manos eran cálidas, su cercanía peligrosa. Tan solo ocho días, y su ausencia había dejado un hueco enorme.

—Deberíais habérmelo dicho el día de la boda —dije entre dientes—. Así al menos me habría ahorrado acostarme con un empleado.

—Si te sirve de consuelo —respondió bajando el tono de voz—, me habrías llamado la atención igual si nos conociéramos hoy por primera vez.

Se inclinó y me besó. Un beso suave, contenido… al menos al principio. No supe cómo ni por qué, pero me dejé llevar. El corazón me golpeaba el pecho. Lo había deseado, mucho más de lo que quería admitir. No podía negarlo. Aun así, me aparté, con esfuerzo.

—No —le dije, bajando la mirada—. No puedes seguir. Podrías haberme llamado o escrito. Podrías haber dicho la verdad en vez de hacerme creer

que me mentiste con lo de volver a vernos.

—No intercambiamos teléfonos, Clara. Y he estado muy ocupado con la mudanza.

—¿Qué mudanza?

Suspiró, apoyando una mano en el respaldo de mi silla.

—He vuelto a Cádiz después de cinco años. Trabajé en una empresa importante en Londres. Me fui después de que mi madre muriera. No me quedaba más familia. Mi padre nos dejó cuando yo tenía cuatro años. Ellos nunca se casaron. Mi madre nunca rehízo su vida. Se dedicó a trabajar y a cuidar de mí. Me ayudó a estudiar, a sacar la carrera, a convertirme en lo que soy. Cuando David me dijo que el director de marketing de *Eterna Joya* se jubilaba y pensó en mí… acepté. Era el momento de volver.

Lo miré en silencio. Era tanta información, tanta verdad concentrada de golpe. Pero nada justificaba que no me lo dijera antes.

—Deberías habérmelo contado —insistí—. No solo por respeto, sino porque eso habría evitado que me acostara contigo.

Volví a sentarme tras el escritorio y me quedé hablando sola, como si él no estuviera delante.

—Fue un error. Un error que no debería haber pasado. No puede volver a pasar. Esto no es profesional. ¿Quién en su sano juicio se acuesta con un empleado? O con un jefe. Es absurdo. Es...

—Clara —dijo, volviendo a rodearme por la cintura.

—No, Sergio, no puedo. Esto es surrealista. Es una locura. Un error de los grandes.

No respondió con palabras, sino que me besó. No como antes, sino como aquella noche. Con la misma pasión, la misma urgencia, la misma maldita intensidad que me había vuelto loca y me había hecho olvidarme del mundo durante unas horas. Le devolví el beso. Cómo no hacerlo. Era como intentar parar una tormenta con las manos.

Pero al separarme, lo supe.

—Sí —dije, con un nudo en la garganta—. Fue un error. No puede volver a pasar. Nuestra relación tiene que ser estrictamente profesional.

Sergio asintió despacio, como quien aceptaba una sentencia sin posibilidad de apelación. Se sentó en una de las sillas frente a mi escritorio, cruzando un tobillo sobre la rodilla y entrelazando las manos en su regazo.

—Entonces dime —dijo sin rastro de enfado en la voz—, ¿qué esperas de mí como director de marketing?

Tomé aire. Una. Dos veces. Y me obligué a centrarme.

—Estamos terminando la nueva colección de verano. Quiero que te centres en ella. Necesitamos una campaña fuerte. Que impacte. Que nos haga destacar. No quiero algo típico ni convencional. Quiero creatividad. Quiero resultados.

Sergio asintió con convicción. Se levantó al mismo tiempo que yo y esperó a que le dijera algo.

—Vamos, te enseño la empresa —dije, obligándome a dejar mis emociones encerradas en un cajón.

Caminamos juntos por los pasillos. Le mostré la sala de juntas, el taller, el departamento de diseño, el de contabilidad y el de ventas, y le presenté uno a uno a los jefes de departamento.

—Él es Ismael, jefe de taller. Nuria, responsable de ventas y distribución. Tomás, atención al cliente. Sonia, diseñadora junior. Marta, contabilidad. Iván, nuestro *community manager*.

Sergio fue cordial con todos. Seguro. Encantador, como siempre. Yo intentaba mantenerme al margen de lo que sentía. Solo era una presentación, una ronda protocolaria. Eso era todo.

Al final del recorrido, lo llevé hasta el que sería su despacho, justo frente al mío.

—Si quieres cambiar algo, o necesitas cualquier cosa, no dudes en decírselo a Olga. Es mi secretaria, y ahora también la tuya.

—Gracias —dijo, entrando en su nueva oficina.

Lo observé sentarse frente a su escritorio, abrir el portátil y comenzar a teclear con rapidez. Supuse que estaba revisando información sobre la nueva colección. Le oí murmurar algo sobre hablar con Sonia e Iván sobre la campaña de publicidad.

Asentí y me giré. Salí de su despacho con el estómago hecho un nudo.

Esto no podía estar pasando. No podía haberme acostado con un empleado.

En cuanto crucé la puerta de mi despacho, cogí el móvil y le mandé un audio a David, con la voz cargada de indignación.

—No puedo creer lo que has hecho —le solté, sin filtro—. ¿Por qué no me dijiste quién era? ¿Cómo se te ocurre traer al nuevo director de marketing sin avisarme de que es el mismo hombre con el que hablé, bailé y me acosté en la boda? ¡Tu mejor amigo! ¡El nuevo director de mi empresa! No te lo perdono, David. Estoy muy enfadada contigo. Ya me las pagarás por esta jugarreta.

Dejé el móvil sobre la mesa, aún con el corazón acelerado. Me obligué a abrir el ordenador y centrarme en el trabajo, pero era inútil.

Saber que el hombre que me había hecho sentir viva tan solo unos días atrás estaba a escasos metros de mí, trabajando a tan solo unos pasos… no me dejaba respirar.

La mañana continuó, o al menos lo intentó. Cerré la puerta de mi despacho como si eso fuera suficiente para alejar a Sergio de mi mente, como si su presencia no estuviera grabada en mi piel desde hacía ocho días. Me concentré en leer informes, revisar presupuestos y repasar los plazos de entrega de la colección de verano. Intenté incluso responder correos atrasados. Todo, con tal de no pensar en él.

Pero cada vez que alguien pasaba por el pasillo, cada vez que escuchaba un paso, un saludo, una risa… me sobresaltaba.

¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué se presentó como un policía cualquiera, como un desconocido más en la boda de Vera y David? ¿Por qué no fue sincero desde el principio? Quizá porque si lo hubiera sido, yo no habría bajado la guardia. Y si no lo hubiera hecho, no habría sentido lo que sentí.

Maldita sea. Maldita boda. Maldita noche perfecta y malditos ojos azul profundo que me hacían olvidar quién era yo.

La voz de Olga por el interfono me sobresaltó.

—Clara, Sergio quiere saber si tienes diez minutos para revisar la propuesta inicial que ha preparado para la campaña de verano.

Tragué saliva.

—Sí. Que pase.

No pasaron ni dos segundos antes de que él abriera la puerta. Seguía con ese aire tranquilo, seguro de sí mismo. El portátil en la mano, la chaqueta del traje colgada sobre el brazo. Se había remangado la camisa, y su perfume era el mismo que me desarmó aquella noche: madera, algo cítrico… y peligroso.

—He preparado una propuesta base —dijo, sin rodeos—. Todavía es un borrador, pero quiero saber si voy en la dirección correcta.

Se sentó frente a mí, abrió el portátil y giró la pantalla para que pudiera verla. Hablaba con claridad, con ideas sólidas. Había hecho un análisis de la competencia, propuesto una campaña visual fresca, moderna y con enfoque digital que encajaba a la perfección con nuestra línea de productos. Había elegido incluso un nombre tentativo para la campaña: “Verano eterno”.

No pude evitar sentir una punzada de orgullo. Maldita sea, era bueno, jodidamente bueno.

—Está muy bien —admití, sin poder evitarlo—. Me gusta el enfoque. Quiero que lo trabajes directamente con Sonia e Iván. Id desarrollando los conceptos visuales y cómo podemos trasladar esto a redes sociales, eventos y prensa digital.

—Perfecto.

Se quedó mirándome un segundo de más. Esa forma en la que sus ojos se detenían en los míos, como si pudiera ver detrás de mis palabras, me desconcertaba.

—¿Algo más? —pregunté, cruzando los brazos.

—No. Solo eso.

Se levantó y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se giró un instante.

—Gracias por confiar, Clara. A pesar de todo.

No dije nada, tan solo asentí, pero cuando salió, solté el aire que había estado conteniendo.

Las horas pasaron con lentitud. Intenté centrarme en otras áreas: logística, pagos pendientes, cierre de presupuestos. Reuní al equipo directivo a mediodía para repasar los objetivos del trimestre. Sergio participó con soltura, intervino con ideas inteligentes y aportó datos sin intentar destacar, pero sin esconderse tampoco. Encajaba demasiado bien. Demasiado rápido.

A las dos, la mayoría del equipo fue saliendo para comer. Algunos se quedaron en la sala de descanso. Yo regresé a mi despacho con la idea de comer algo rápido y seguir trabajando. Olga me dejó un sándwich y una botella de agua sobre la mesa.

Me senté con desgana y revisé una lista de tareas, pero mis pensamientos se desviaban una y otra vez hacia la oficina frente a la mía.

¿Estaría él comiendo? ¿Habría salido?

Me levanté para ir al baño. Cuando salí al pasillo, lo vi. Estaba apoyado contra el marco de la puerta de su despacho, con un café en la mano y hablando con Sonia e Iván. Reían. Sergio tenía esa facilidad para hacer que la gente se sintiera cómoda, como si lo conocieran de toda la vida. Sonia le estaba enseñando algo en su Tablet, e Iván asentía con entusiasmo.

Me quedé unos segundos observando la escena sin ser vista. No podía negar que el equipo lo había aceptado rápidamente. Y yo… yo era la única que no sabía cómo gestionar todo esto.

Volví a mi despacho antes de que me vieran.

Capítulo 14



Clara

A las cuatro de la tarde, decidí reunir al equipo de diseño y marketing para una lluvia de ideas con respecto a la campaña. Era una excusa perfecta para centrarme en lo profesional, para ver cómo trabajaba Sergio en equipo. Y también, para mantenerlo bajo control.

Clara: *Reunión en la sala de juntas en cinco minutos.*

Le escribí por mensaje interno y respondió enseguida.

Sergio: *Allí estaré.*

Nos reunimos con Sonia, Iván y Nuria. En la sala de juntas, desplegaron bocetos, ideas, paletas de colores y conceptos preliminares. Sergio presentó algunas propuestas gráficas de las que había hecho bocetos rápidamente. Me sorprendió ver cómo Sonia y él ya trabajaban en sintonía. En solo unas horas, habían conectado.

La reunión duró casi una hora. Salí de allí con la cabeza llena de imágenes, pero también con una pregunta persistente martilleando en mi mente: ¿y ahora qué?

Cuando regresé a mi despacho, tenía dos mensajes sin leer. Uno era de Vera, con un corazón. El otro, de David.

David: *Sé que estás enfadada, pero tenías que conocerlo. Y no, no te dije nada porque sabía que habrías puesto un muro de entrada. A veces, Clara, hay que dejarse sorprender.*

Bufé. *Dejarse sorprender*. ¿Eso era lo que había hecho? ¿Dejarme llevar como una adolescente con las hormonas revolucionadas?

Contesté rápido y sin dudar.

Clara: *No voy a perdonártelo todavía. Y tu amigo va a tener que demostrar que es tan bueno como tú dices. Porque esto no va a ser fácil.*

Suspiré y dejé el móvil bocabajo sobre la mesa.

A las seis, el edificio empezó a vaciarse. La mayoría del equipo tenía jornada intensiva los lunes. Yo, como siempre, me quedé hasta tarde. Sergio también. Lo vi por la ventana de mi despacho, revisando papeles, con su portátil abierto y el ceño ligeramente fruncido mientras escribía notas en un cuaderno.

A las siete no pude más y fui a por un café. Me lo encontré en la sala de descanso, apoyado contra la encimera, con una taza en la mano. Sonrió al verme.

—Sigues aquí.

—Siempre.

—Pensé que tú también te ibas con jornada intensiva.

—Yo soy la intensiva —contesté y él se rio.

—¿Puedo unirme a tu café?

Asentí sin pensar y nos sentamos en la pequeña mesa junto a la máquina. Estábamos solos.

—¿Has pensado más en lo que te conté esta mañana? —preguntó en voz baja.

—¿Sobre qué eres el nuevo director de marketing y no un poli guapete que baila salsa como un dios?

—Sobre por qué te mentí.

—Sí. Y no te lo voy a perdonar pronto.

—¿Por qué?

—Porque me hiciste sentir como una idiota. Porque me acosté contigo sin saber quién eras realmente. Porque no se hace eso. No a alguien que vas a volver a ver días después en tu empresa.

—¿Y si no hubiéramos vuelto a vernos?

—Pues entonces habría sido un error sin testigos, pero ahora te tengo enfrente cada día, eso cambia las reglas del juego.

Bebió un sorbo de café y me miró por encima del borde de la taza.

—¿Y tú realmente crees que fue un error?

Lo odié un poco por esa pregunta. Porque me obligaba a recordar. A sentir.

—Fue un error —dije— y no debe repetirse.

—¿Aunque lo desees?

—Aunque lo desee.

Nos quedamos en silencio. La tensión era tan densa que podía cortarse con el filo de una tarjeta de visita.

—Sergio, esto tiene que ser profesional —insistí—. Total, y absolutamente profesional.

—Entendido.

Se levantó con su taza, me sonrió con esa mezcla de calma y picardía que me volvía loca, y volvió a su despacho.

Yo me quedé allí, con las manos alrededor de mi taza, preguntándome cómo diablos iba a sobrevivir a esta nueva rutina con él tan cerca.

El martes llegó con la misma puntualidad que mis remordimientos. Dormí poco, mal, y, aun así, me desperté antes de que sonara el despertador.

Me vestí con el primer conjunto que encontré: pantalón negro de pinzas y blusa de seda blanca. Me recogí el cabello en una coleta pulida, como si eso fuera suficiente para atar también las emociones que hervían dentro de mí.

Al llegar a la oficina, Olga ya estaba allí, como siempre.

—Buenos días, Clara.

—Buenos días.

Me pasó la agenda del día, pero lo único que me importaba realmente estaba justo al otro lado del pasillo. Evité mirar hacia su despacho. No

quería saber si ya había llegado. No quería preguntarme si había dormido bien, si había recordado cómo me estremecí entre sus brazos o si se había arrepentido.

Pero claro que lo había hecho. ¿Cómo no arrepentirse?

Encendí mi ordenador, abrí los correos y traté de comenzar la jornada con disciplina. Me esforcé por ser la jefa. La profesional. La que tomaba decisiones frías, estratégicas, sensatas.

Todo iba relativamente bien… hasta que alguien llamó a mi puerta.

—¿Sí?

Sergio apareció, esta vez con un gesto serio, una carpeta en la mano y un cuaderno bajo el brazo. Llevaba americana clara, camisa abierta en el cuello y una mirada serena que solo me alteraba más.

—¿Cinco minutos?

Asentí. No podía decir que no. Se sentó frente a mí y desplegó la carpeta.

—Reunión con el equipo creativo. Sonia tiene tres líneas visuales para la campaña y quiere validación para seguir desarrollándolas con Iván. También quiere confirmar los colores principales para la colección de verano y saber si la fotografía de exteriores se hará en Cádiz o nos iremos a localizaciones costeras distintas.

—Dile que quiero verla en mi despacho a las once. Y la sesión será aquí. Playa, mar, luz. Es lo que vendemos. No hace falta ir más lejos.

—Hecho —respondió e hizo una nota en su cuaderno.

Se notaba que estaba en su terreno. Trabajaba con eficiencia, con visión. Yo lo observaba intentando no recordar su boca sobre la mía. Pero aquello era imposible, porque todos y cada uno de los momentos de nuestra noche juntos volvían a mi mente con fuerza.

—¿Algo más? —pregunté.

—No. Solo eso.

Se levantó, pero justo antes de salir, se volvió hacia mí.

—Clara.

—¿Sí?

—Sé que estás intentando hacer lo correcto, pero no puedes pasarte la vida entera negando lo que sientes solo porque no entra en tus planes.

—Esto no es una cuestión de planes, Sergio. Es una cuestión de límites. De ética. De imagen. Y de no volver a cometer errores que se nos escapen de las manos.

Él me sostuvo la mirada un segundo más y luego se marchó sin decir nada más. Cuando cerró la puerta, me quedé en silencio, como si el aire se hubiera vuelto denso.

Mi móvil vibró sobre el escritorio. Era un mensaje de Vera.

Vera: *David me ha dicho que estás que trinas. ¿Qué ha pasado exactamente?*

Le grabé un audio sin pensarlo dos veces.

—¿Que qué ha pasado? ¡Lo que no me contó, Vera! ¡Que el hombre con el que me acosté en tu boda, el que me dijo que era policía y con el que conecté como con nadie en años… era en realidad el nuevo director de marketing de mi empresa! ¡Su amigo Sergio! ¡El mejor amigo de David! ¿Tú te das cuenta? Me hizo creer que era un desconocido, cuando los dos sabían perfectamente que lo iba a ver días después en mi oficina. ¡No me lo dijo! Y si tú lo sabías, ¿por qué no me dijiste nada? Somos familia, Vera, familia. ¿Por qué no me lo dijisteis? ¿Para reíros después? ¿Para ver cómo reaccionaba? Estoy muy, pero que muy enfadada.

Envié el audio y lancé el móvil sobre el escritorio. Ni Vera ni David tenían derecho a jugar conmigo de esa manera. Y lo peor era que no lo hicieron con maldad. Lo hicieron porque creían que sería “una buena sorpresa”. Qué idiotas.

El día transcurrió con reuniones, firmas, revisiones de la campaña. Sonia me presentó los conceptos con entusiasmo. Sergio se mantuvo en un segundo plano, dejando que ella liderara la presentación, pero yo sabía que muchas de esas ideas llevaban su sello. Lo reconocía en los detalles.

A la hora del almuerzo, me encerré en mi despacho y comí una ensalada delante del portátil. A las tres, salí a revisar el taller. Ismael me explicó el avance de la producción y las pruebas de estampado. Al salir, me crucé con Sergio en el pasillo.

—Voy a reunirme con Iván —me dijo—. Estamos terminando el calendario de publicaciones para redes.

—Perfecto. Que también hable con Nuria, quiero que la estrategia de distribución esté coordinada con la campaña.

—Ya se lo pedí esta mañana.

Asentí, sin mirarlo demasiado. Me dolía la cabeza, me dolía el cuello… y me dolía, sobre todo, la verdad que se me clavaba como una espina en la garganta: lo deseaba. Cada palabra que salía de su boca me recordaba que no lo había superado. Que no era tan sencillo. Que no bastaba con decir "fue un error" para dejar de sentir.

Al final del día, cuando la oficina volvió a vaciarse, fui por un té. Al volver a mi despacho, el reflejo del atardecer iluminaba suavemente el pasillo. Me detuve frente a la ventana del despacho de Sergio. Él estaba ahí

dentro, frente a la pantalla, con gafas de lectura puestas y una expresión de concentración absoluta.

Me giré, entré en mi despacho y cerré la puerta. Cogí el móvil y volví a grabar otro audio para David.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? No es que me lo ocultaras. No es que me dejara llevar. Lo peor es que ahora no puedo dejar de pensar en él. Y está a unos metros de mí. Cada día. Cada hora. Y me recuerda lo que pasó. Y no sé si podré aguantar mucho más sin cometer otro error. Esta situación es insostenible, David. Y tú eres el responsable. Así que más te vale buscar una solución, porque si no, voy a terminar echándome a llorar o a besarlo de nuevo. Y ninguna de las dos cosas sería profesional.

Guardé el móvil, me tapé el rostro con las manos y respiré hondo. No podía seguir así.

Salí del despacho con la intención de irme, ya era tarde y Olga se había ido. El edificio estaba casi en silencio. Pasé frente al despacho de Sergio y esta vez me detuve y toqué la puerta.

—¿Sí? —preguntó y entré.

—Solo quería decirte algo —le dije, con la voz más firme que pude—. Si necesitas algo, lo que sea… házselo saber a Olga. Como te dije, es mi secretaria, pero ahora también es la tuya. No tienes que preguntarme todo. Tienes autonomía.

—Gracias, Clara —dijo mientras asentía. Después volvió la vista a su portátil, pero yo no me moví.

—¿Qué estás viendo?

—El catálogo de la colección. Quiero revisar los productos clave para la campaña. Mañana quiero hablar con Sonia para definir qué piezas tendrán protagonismo.

—Bien. ¿Necesitas que te envíe algo?

—No, ya lo tengo todo. Estoy entrando en el grupo del equipo de diseño.

—Entonces… buenas noches.

—Buenas noches, Clara.

Salí de su despacho, crucé el pasillo, abrí la puerta del mío y me senté frente al escritorio.

Me quedé mirando el móvil. Pensé en enviarle otro audio a David, pero ya había dicho bastante. Así que lo dejé sobre la mesa y cerré los ojos.

Habían pasado solo dos días. Solo dos. Y ya me sentía agotada. En conflicto. Culpable. Atraída. Confundida.

¿Cómo iba a sobrevivir a una semana?

Lo supe en ese momento. Sergio había llegado para quedarse, no solo en la empresa, sino también, de alguna manera, en mi cabeza, en mi espacio, en mi memoria corporal. Cada roce accidental, cada cruce de miradas, cada sonrisa escondía un temblor que me costaba disimular.

Tenía que aprender a vivir con eso. Tenía que mantener el control. Tenía que recordarme cada día que lo que pasó… no debía repetirse.

Y, sobre todo, tenía que evitar quedarme a solas con él demasiado tiempo. Porque cuando Sergio me miraba como aquella noche, todas mis decisiones se tambaleaban.

Y eso, precisamente eso, era lo que no podía permitirme.

Capítulo 15



Sergio

Esa noche, al llegar a casa, lo primero que hice fue quitarme los zapatos y respirar hondo. El silencio me recibió como siempre, con esa calidez invisible que solo tenía mi refugio. Cerré la puerta tras de mí y me apoyé un instante sobre la madera, como si necesitara ese gesto para anclarme a la realidad. El día había sido largo. Intenso. Y Clara… Bueno, Clara había sido todo.

Mi casa estaba en las afueras de Cádiz, una sola planta rodeada de jardín. Pequeña, sí, pero suficiente. Había tardado años en permitirme un espacio como ese, después de tantas mudanzas y tantos pisos compartidos en Londres. Necesitaba algo que fuera completamente mío. Techos altos, luz natural en cada rincón, paredes blancas, suelo de madera clara. Minimalismo cálido, lo llamaban algunos. Yo lo llamaba, paz.

Fuera, una terraza acogedora daba a la piscina, rodeada de grava blanca y buganvillas que colgaban desde la valla del fondo. Unas tumbonas, una mesa de madera y una hamaca colgante que casi nunca usaba. Desde allí, en

noches como esa, se podía ver el cielo limpio y una luna que parecía más cerca de lo normal. La brisa traía olor a sal y tierra mojada.

Encendí un par de luces bajas y fui directo a la cocina. Abrí el mueble de las copas, saqué un vaso bajo y serví un whisky sin hielo. Me lo llevé al salón, donde todo seguía tan ordenado como lo había dejado esa mañana. Ni una revista fuera de lugar, ni una manta mal doblada. Mi madre me enseñó que el orden en casa ayudaba a mantener el orden en la cabeza. Claro que esa noche, ni la casa ni el silencio lograban calmar el caos que llevaba dentro.

Me senté en el sofá y apoyé el vaso sobre el muslo. Miré por la cristalera hacia el jardín y respiré hondo. Sabía que no iba a tomárselo bien.

Desde que la vi en aquella boda, tan distinta, tan llena de energía, tan magnética… supe que iba a ser un problema. Y, aun así, no me alejé.

Tendría que haberle dicho quién era. Lo sé. En el momento en que me preguntó si trabajaba con los policías de su tío Alfonso, podría haber aclarado las cosas, pero no lo hice. Me limité a seguirle el juego. O peor aún… me escondí detrás de esa verdad a medias porque pensé que, si sabía quién era en realidad, levantaría un muro. Uno de esos muros que la protegían del mundo. Y yo no quería que lo levantara.

La quería cerca.

No imaginaba, claro, que acabaríamos enredados entre sábanas, perdiendo la noción del tiempo, de la lógica, del mundo. No imaginaba que sería la

mejor noche de mi vida, pero una vez que ocurrió, me di cuenta de que no podía borrarlo. No iba a olvidarla, pero ya había aceptado el puesto como director de marketing que David me ofreció en la empresa en la que él trabaja, la empresa de la que la prima de su futura mujer era la dueña, y no iba a echarme atrás.

Quería el puesto, y quería volver a casa, al lugar en el que nací y crecí, ese en el que tan buenos recuerdos tenía con mi madre, y del que me marché tras perderla.

El móvil vibró sobre la mesa y lo cogí sin prisa. Era un audio de David. Lo puse en altavoz.

—Tío, dime que no es verdad. ¿De verdad te la llevaste a la cama la noche de mi boda? Porque Clara está echando humo. Vera dice que está a punto de matarme. Y que no te dirigirá la palabra más de lo necesario. ¿Pero qué hiciste, loco?

Me pasé la mano por la barba y sonreí con pesar. Grabé un audio.

—Sí. A ambas cosas. Nos acostamos aquella noche. Y sí, está muy enfadada. No le conté quién era. Le dije que era policía, uno de los de la comisaría de su tío. Y una vez solté eso, ya no hubo vuelta atrás. Me arrepiento de no haber sido claro desde el principio, pero… no pensé que se dejaría llevar conmigo. No tan pronto. No así. Y ahora estoy aquí, intentando reparar el desastre.

Envié el mensaje y bebí un sorbo largo del whisky. No había hielo, no lo necesitaba. Ya tenía suficiente frío dentro.

Unos segundos después llegó otro audio.

—Sergio… ten paciencia. Clara no es como las demás. Tiene la cabeza blindada y el corazón encerrado en una fortaleza. Pero si alguien puede hacer que se ablande… eres tú. No te rindas. Lo que pasó no fue un error. Fue real. Lo sé. Y ella también lo sabe, aunque no quiera admitirlo.

Cerré los ojos al escuchar eso. David siempre había tenido esa forma suya de leer entre líneas. De ver lo que otros no querían ver.

Reí por lo bajo y le respondí.

—Disfruta de tu luna de miel, cabrón. Y no te metas tanto. A tu vuelta te contaré si sigo vivo o si Clara me ha lanzado por la ventana del despacho. Nos vemos pronto.

Dejé el móvil sobre la mesa, ya sin ganas de hablar. El vaso me pesaba en la mano. Salí a la terraza y me senté en una de las sillas mirando hacia la piscina. El agua quieta reflejaba el cielo estrellado. Hacía una brisa suave, de esas que rozaban los brazos como dedos invisibles y no dejaban dormir.

Me quedé mirándola mucho tiempo. Imaginé a Clara ahí. Caminando descalza sobre las baldosas, riendo, quitándose la blusa con esa seguridad elegante que la envolvía. No sabía en qué momento me había quedado tan enganchado, pero lo estaba y no pensaba esconderlo.

Apuré el whisky y regresé al interior. Dejé el vaso en la encimera y me fui quitando la ropa mientras caminaba por el pasillo hacia la habitación. Camisa fuera. Pantalón. Reloj. Ropa interior. Entré en el baño y abrí el grifo de la ducha. El agua caliente me envolvió como un abrazo que no tenía dueño.

Apoyé las manos en la pared de azulejos y cerré los ojos.

Clara.

Su nombre me venía a la mente como una melodía. Clara de noche. Clara desnuda. Clara diciéndome que no podía volver a pasar. Clara en su traje de ejecutiva esa mañana, tan perfecta, tan erguida, tan enfadada, tan ella.

Joder. No había dejado de pensar en ella desde aquella noche. Ocho días. Ocho. Y ni uno solo había sido tranquilo. Me levantaba pensando en cómo habría sido despertarme a su lado. Me acostaba imaginando si ella también recordaba cómo la toqué. Cómo tembló. Cómo me arañó la espalda cuando llegó al clímax.

No era solo el sexo. Era todo. La conexión. La risa. La complicidad. Como si nos conociéramos de antes. Como si el universo hubiera hecho una pausa para que pasara eso. Y luego… luego todo se desmoronó.

Pero yo estaba dispuesto a recomponerlo. Ella creía que esto había sido un error. Un accidente. Un impulso. Yo sabía que no.

Yo sabía que Clara era mía, aunque todavía no lo supiera. Y no pensaba dejar que se me escapara entre los dedos.

El teléfono volvió a vibrar. Era David, otra vez. Esta vez, mensaje escrito.

David: *Vamos a ver, tío… ¿Ya le has pedido perdón? ¿O vas a esperar a que explote? Porque si sigue así, no respondo de lo que puede pasar en la próxima reunión.*

Suspiré, frotándome las sienes. Tenía que llamarlo. No podía dejar que este lío creciera sin más, así que marqué su número.

—Dime —contestó David al tercer tono, con esa voz relajada que siempre ponía para disimular estrés.

—Estoy en modo desastre total, David. Clara no quiere saber nada de mí y yo no sé cómo arreglarlo sin parecer un imbécil que la manipula.

—Pues empieza siendo un imbécil sincero —respondió sin dudar—. Mira, ella te conoce mejor de lo que crees, aunque no lo admita. Eso que pasó no fue solo sexo de una noche. Lo siente. Solo que su orgullo y su miedo le dicen que no es posible. Que alguien como tú no encaja en su mundo.

—¿Y qué hago? ¿Me convierto en el tipo aburrido que le repite hasta la saciedad que la quiere?

—No. Sé tú mismo, Sergio, pero dale tiempo. Déjala pensar y que vea que estás ahí. Sin presiones. Sin juegos. Que sepa que puede confiar en ti, aunque eso suponga ser vulnerable.

—Eso suena a misión imposible, y yo no soy Tom Cruise.

—Eres más feo, sí.

—Cabrón —reí.

—Ahora en serio, tranquilo y paciencia. Y a mi vuelta me cuentas cómo vas destruyendo los muros de nuestra jefa.

Reí, a pesar de todo.

—Vale, vale. Prometo no mandarte mensajes a medianoche llorando.

—Ni te atrevas. Ahora déjate de rollos y disfruta de esa casa, no todos tienen la suerte de tener un refugio así.

Colgué y me quedé un rato mirando el móvil, pensando en lo que acababa de decir. Disfrutar de la casa. Lo intentaría, pero en el fondo sabía que esa casa ya no era solo un refugio. Se había convertido en una especie de prisión, porque no me dejaba escapar de mis pensamientos sobre Clara.

El teléfono vibró de nuevo.

—No me vas a dejar tranquilo, ¿verdad? —murmuré al ver que era otro mensaje de David.

David: *Por cierto, ¿qué tal la piscina? ¿Te animas a nadar esta noche? A veces el agua, limpia más que cualquier terapia.*

Suspiré y contesté con un audio.

—Si me tiras un salvavidas, lo mismo me animo.

David respondió con un emoji de brazo musculoso. Cerré el móvil y me dejé caer en el sofá. La luna seguía alta, implacable.

Pensé en Clara de nuevo. En su forma de mirarme, como si pudiera leerme y juzgarme al mismo tiempo. En lo que no me dijo aquella mañana. En lo que probablemente estaba pensando ahora.

Me pregunté si ella también estaba ahí, en algún lugar, mirando la luna, preguntándose qué había pasado entre nosotros, y si valía la pena.

Porque yo ya había decidido que valía. Más de lo que jamás había imaginado.

Y antes de que me fuera a la cama, me llegó otro mensaje.

David: *Te dejo esta frase para que medites: 'Lo que es verdadero no puede ser destruido, solo puesto a prueba.' Tú y Clara estáis en esa prueba.*

Cerré los ojos y sonreí. Tenía mucho por hacer y mucho que perder, pero también mucho por ganar.

Capítulo 16



Sergio

El sol de Cádiz siempre me despertaba antes de tiempo, incluso con las cortinas echadas. Abrí los ojos poco después de las seis. No necesitaba mirar el reloj para saberlo. El cuerpo me lo decía, cargado de tensión.

Dormí mal, y soñé con Clara.

Con su voz, con su piel, con la forma en la que me empujó el primer día por la mañana, como si quisiera sacarme de su vida de un solo empujón. Como si no le costara, como si yo no hubiera sido más que un capricho. Una mala decisión de una noche de fiesta. Una mancha que había que borrar rápido.

Pero yo sabía la verdad. Lo que ocurrió entre nosotros no fue algo vacío. No fue simple deseo. Fue conexión. Fue intensidad. Fue destino, si me permitía sonar cursi por una vez.

Aun así, no podía forzarla a verlo. Iba a tener que ganármelo con paciencia y con respeto.

Me levanté, me duché y me vestí con calma. Traje gris oscuro, camisa blanca, corbata azul marino. Imagen profesional. Limpia. Impecable. No iba a darle ni una excusa para dudar de mi valía como director de marketing.

Antes de salir, desayuné rápido: café solo y una tostada con aceite. El aire fresco de la mañana se colaba por la ventana abierta de la cocina. Las buganvillas del jardín todavía estaban dormidas. Por un segundo, me quedé mirando el cielo despejado y pensé en lo fácil que sería rendirme, evitar complicaciones, buscar otra empresa, otra ciudad. Pero no. Quería estar allí. Quería trabajar en *Eterna Joya*. Y, aunque Clara no lo supiera todavía, también quería estar con ella.

El trayecto en coche fue breve, unos pocos minutos escuchando música instrumental para calmar la mente. Cuando llegué, Olga ya estaba en su sitio, como siempre. Me saludó con una sonrisa cortés, pero en su mirada noté la curiosidad contenida. Sabía que la tensión entre Clara y yo no era precisamente profesional.

—Buenos días, Sergio —dijo, sin levantar del todo la vista del teclado—. Clara ya está en su despacho. Tenéis reunión con el equipo de diseño a las diez.

Asentí, agradeciendo su neutralidad.

—Gracias, Olga. ¿Ella ha preguntado por mí?

—No directamente, pero ha cerrado la puerta de su despacho antes de que yo llegara —respondió sin cambiar el tono.

Entendido. El despacho de Clara hoy era una zona de guerra.

Caminé hacia mi nuevo despacho, el que ya me pertenecía oficialmente desde hacía unos días. Todo estaba en orden: el portátil conectado, una carpeta con la documentación interna sobre la nueva colección de verano, un pequeño ramo de flores frescas en un jarrón de cristal, detalle de bienvenida, seguramente de Vera, y vistas al mismo ventanal que tanto me impresionó la primera vez que estuve allí.

Encendí el portátil y comencé a revisar los correos pendientes. Correos de Iván con propuestas iniciales para la campaña, una presentación de Sonia con avances de la línea “Amanecer”, e incluso una nota breve de Nuria, proponiendo una reunión para hablar de los puntos de venta.

Intenté centrarme en eso. En lo laboral. En lo que necesitaba. Pero cada vez que escuchaba pasos del otro lado del pasillo, me ponía tenso. No podía evitarlo.

A las nueve y media, Clara golpeó suavemente la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Tenemos diez minutos antes de la reunión —dijo, con tono firme, sin una pizca de emoción en el rostro—. Quiero que vayas preparado. Iván es

rápido, pero algo disperso. Sonia tiene buenas ideas, pero necesita dirección clara. Y no quiero que la reunión se alargue más de lo necesario.

Me puse de pie en cuanto la vi, como un reflejo. Imponente, seria, implacable. Vestía un conjunto beige con tacones bajos, elegante como siempre. Llevaba el cabello recogido en una coleta baja que le enmarcaba la mandíbula de forma hipnótica.

—Entendido. Ya he leído parte del material que dejaron en mi bandeja de entrada —respondí, evitando sonar demasiado amable.

No me sonrió, obviamente, y tampoco lo esperaba. Se limitó a asentir y volvió a girarse para salir.

—Nos vemos en la sala de juntas.

La observé alejarse sin decir más. Quería decirle algo, lo que fuera. Tal vez un “me alegra verte” o “te sienta bien ese color”, pero no me atreví. No ahora. No cuando todavía tenía los escudos en alto.

La reunión transcurrió sin sobresaltos. Clara habló lo justo, me dejó liderar la parte de análisis de mercado, y solo intervino para redirigir algún comentario fuera de lugar de Tomás o para matizar una propuesta de Sonia que, según ella, no era realista a nivel de producción. Ni una sola mirada entre nosotros. Como si nada hubiera pasado.

Pero cada vez que me dirigía a ella en medio de la conversación, sentía cómo el aire se tensaba. Como si todo el equipo pudiera notar algo bajo la

superficie. Afortunadamente, todos estaban demasiado concentrados en la colección como para prestarle atención a nuestra energía cruzada.

Una hora y media más tarde, regresamos a nuestros respectivos despachos. Ella fue la primera en salir, yo me detuve unos segundos a hablar con Sonia, que quería revisar conmigo algunos conceptos visuales para la campaña digital. Tomé nota mental de reunirnos después del almuerzo.

A las doce y cuarto, volví a mi escritorio, donde Olga me dejó un café recién hecho. Esa mujer era un tesoro.

Mientras bebía, miré por la ventana.

¿Cómo se resolvía algo así? ¿Diciéndole que me equivoqué, que lamentaba haber mentido, pero que no me arrepentía de haber estado con ella? ¿O simplemente callando y trabajando como si nunca hubiera sentido lo que sentía?

Aún no lo sabía. Pero lo que sí tenía claro era que no pensaba desaparecer. Ni renunciar. Ella lo valía.

Cuando el reloj marcó las siete y cuarto, apagué el portátil. El equipo había trabajado bien. Había avanzado más de lo esperado con Iván y Sonia, y tenía ya una idea clara del enfoque para la campaña de verano. Aun así, nada de eso logró sacarme del todo de la nube oscura que me había acompañado todo el día.

Clara no había vuelto a dirigirme la palabra desde la reunión de la mañana. Y yo, por respeto, había mantenido las distancias.

Guardé mis cosas, saludé a Olga al salir, que ya recogía su bolso con gesto cansado, y me dirigí al parking subterráneo. Subí al coche, cerré la puerta, puse las manos en el volante… y no arranqué. Me quedé ahí, unos segundos, respirando.

No quería ir directamente a casa. No podía.

Así que conduje sin pensar demasiado. Terminé bajando hasta el paseo marítimo, donde solía venir de adolescente a despejarme cuando algo no iba bien. El aire del mar era distinto a cualquier otro. No solucionaba las cosas, pero ayudaba a verlas con otra perspectiva.

Aparqué cerca de la playa y comencé a caminar por el paseo. El cielo tenía un tono anaranjado, y el aire empezaba a refrescar. No había demasiada gente, pero sí lo justo como para no sentirme solo.

Me metí en un bar discreto, uno de esos con terraza de madera frente a la arena. Pedí una cerveza y me senté de cara al mar. No tenía hambre. Solo quería estar allí. Mirar el mar. Pensar.

Llevaba apenas diez minutos allí cuando escuché una voz conocida detrás de mí.

—¿Tú también vienes aquí a huir del mundo?

Me giré despacio y vi a Clara. Estaba de pie, con el cabello suelto ahora, algo revuelto por el viento. Había cambiado su ropa formal por unos vaqueros oscuros y una blusa blanca que se pegaba ligeramente a su cuerpo por la humedad del ambiente. No llevaba tacones. No había ni rastro de la CEO implacable.

—A veces —dije, sorprendido, pero sin querer parecerlo—. Aunque no pensé que tú fueras del tipo que huye.

—No huyo —respondió, dando un paso más cerca—. Solo necesitaba aire. Pensar. Y no quería hacerlo en casa.

—¿Te molesta si me quedo?

—¿Te molestaría si me siento?

Negué con la cabeza y le señalé la silla vacía frente a mí. Se sentó sin decir nada más. Durante unos segundos, el silencio fue más cómodo de lo que esperaba. Dos adultos cansados de aparentar. Dos personas que no sabían cómo volver a hablar sin que el pasado reciente lo enturbiara todo.

—No fue mi intención hacerte daño —solté, sin rodeos.

Ella bajó la mirada a su vaso de agua, que el camarero acababa de dejarle.

—Lo sé, pero lo hiciste igual —respondió y asentí, aceptando su verdad.

—Y lo lamento. Mucho.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque me gustabas. Desde el principio. Y tenía la sensación de que si sabías quién era, te alejarías y no quería eso.

—Y en lugar de darme una razón para confiar en ti, me diste justo lo contrario.

—Lo sé —reconocí, con la voz más baja—. Fue un error. Uno muy estúpido.

Volvió a mirarme a los ojos esta vez.

—¿De verdad crees que esto puede solucionarse?

—No lo sé, pero no me voy a rendir. Sé que lo que pasó entre nosotros fue real. Clara, yo no te estoy pidiendo nada ahora. Solo que no cierres la puerta del todo.

Ella apoyó los codos en la mesa y se frotó las sienes con gesto cansado.

—He trabajado demasiado para que me tomen en serio como para perderlo todo por… esto.

—¿Esto?

—Una noche. Un desliz. Una mentira.

Me incliné un poco hacia ella, sin tocarla, sin invadir su espacio, para hablarle con voz firme.

—No fue solo una noche. No para mí. Y lo que pasó no tiene que definirnos si tú no quieres. Podemos trabajar juntos. Ser profesionales. Y, si en algún momento decides darme otra oportunidad… ahí estaré. Pero no voy a presionarte.

Ella se quedó callada. Respiró hondo. Luego dirigió la mirada hacia el mar.

—No sé si me duele más que me mintieras o que no me hayas dejado elegir.

—Lo entiendo —dije, con sinceridad—. Y si pudiera volver atrás, lo haría de un modo distinto, pero no puedo. Solo me queda demostrarte, con el tiempo, que soy el hombre que creíste conocer.

Clara se levantó entonces. Me sobresalté un poco, pero ella no se marchó. Se acercó al borde de la terraza, mirando las olas. Me levanté también, sin saber si debía seguirla o quedarme.

—¿Te pasa a ti también? —preguntó, sin girarse.

—¿El qué?

—Que cada vez que cierro los ojos… me acuerdo de esa noche —confesó en un tono más bajo del que esperaba, y tragué saliva.

—Sí.

Se giró y me miró con una mezcla de rabia y deseo, de confusión y nostalgia.

—Maldita sea, Sergio. No puedes besarme como lo hiciste. No puedes tocarme como lo hiciste y después, aparecer en mi despacho con ese traje, como si nada.

—Y tú no puedes mirarme así —respondí, casi sin pensar—. Como si aún me quisieras cerca.

Hubo un instante de tensión. Un segundo en el que ninguno respiró. El viento se llevó nuestras excusas.

Entonces ella dio un paso atrás, y volvió a ser Clara, la CEO. Clara la firme.

—Esto no puede volver a pasar —dijo, como si se lo repitiera a sí misma.

—Lo sé, pero no puedo prometerte que dejaré de desear que pase.

Ella suspiró. Se llevó las manos a los bolsillos del pantalón y caminó hacia la salida de la terraza. Antes de marcharse, se detuvo.

—Hasta mañana, Sergio.

—Hasta mañana, Clara.

La vi alejarse. No corrí tras ella. No insistí, pero tampoco me moví hasta que desapareció de mi vista.

Porque, aunque me lo negara, su voz temblaba un poco al final. Y ese temblor, esa grieta, era todo lo que necesitaba para seguir creyendo.

Capítulo 17



Sergio

Era jueves, y el ambiente en la oficina estaba cargado. No por el ritmo de trabajo, que iba en ascenso con la colección de verano a punto de entrar en fase de promoción, sino por algo más denso. Más invisible. Más peligroso, mucho más. Clara.

Desde que crucé la puerta de la empresa a las ocho y cuarto de la mañana, la había visto exactamente dos veces. Una, al pasar frente a su despacho con la puerta entreabierta. La otra, en la sala de descanso, cuando fui a servirme un café y ella ya estaba allí, con la mirada clavada en la pantalla de su móvil, ignorándome por completo.

Y, sin embargo, cada vez que estaba cerca de ella, la tensión era insoportable.

Era como estar en medio de una tormenta eléctrica, esperando a que cayera el rayo. Pero el rayo nunca caía. Solo el zumbido del aire, el nudo en el estómago, la certeza de que algo podía explotar en cualquier momento.

Sabía que me odiaba por haberle mentido. También sabía que, muy en el fondo, aún no me había sacado del todo de su piel ni de su cabeza. Yo tampoco había logrado sacármela de la mía.

A las diez en punto, estaba sentado en la sala de reuniones del segundo piso con mi portátil abierto, preparado para revisar con Iván y Sonia la estrategia de campaña para la nueva colección. Había pedido que me enviaran los materiales con antelación, y los había repasado varias veces. Necesitaba estar enfocado. Profesional. Impecable.

Sonia llegó primero. Como siempre, cargando su portátil, una libreta llena de garabatos de ideas y un bolígrafo mordido en la mano.

—Buenos días —dijo, sonriendo con naturalidad.

—Buenos días, Sonia. ¿Traes inspiración veraniega?

—Traigo más de la que esperaba. Anoche se me ocurrieron tres ideas nuevas para el enfoque visual de la campaña digital. No sé si todas son viables, pero… ya sabes cómo es esto.

Asentí. Me gustaba su entusiasmo. A veces caótico, sí, pero honesto. Era buena. Joven, pero con garra.

Poco después entró Iván, siempre con su aire despreocupado y ese look informal que se había ganado a pulso: vaqueros negros, camiseta blanca y gafas redondas. Venía con su Tablet en la mano y una carpeta bajo el brazo.

—Buenos días, jefes creativos —bromeó al entrar—. ¿Listos para cambiar el mundo con collares, anillos y pulseras?

—Mientras vendamos bien el verano, me doy por satisfecho —le respondí con media sonrisa.

Nos sentamos y comenzamos a trabajar.

Sonia abrió su presentación y proyectó una primera serie de imágenes conceptuales. Colores cálidos, texturas naturales, muchas tomas exteriores con luz al atardecer. El nombre de la campaña ya estaba decidido desde antes de mi llegada: “Amanecer”.

—¿Qué opinas de mantener el enfoque en mujeres reales? Nada de modelos de catálogo —comentó Sonia mientras pasaba a la siguiente diapositiva—. Queremos transmitir autenticidad. Elegancia natural. Algo cercano, pero aspiracional.

—Me parece el camino correcto —respondí, tomando nota—. ¿Tenéis perfiles pensados?

—Tres perfiles locales —dijo Iván, sacando su Tablet—. Una empresaria joven, una madre primeriza y una mujer de cincuenta años que acaba de comenzar un nuevo negocio en redes. Historias reales. Con nombres y contextos.

—¿Has hablado con ellas? —pregunté, mirándole con interés porque me parecía buena idea.

—Con dos. Están dispuestas. La tercera aún no me ha confirmado, pero tengo plan B.

Revisamos los nombres, los tonos, los conceptos. Les propuse varios ajustes: simplificar la paleta cromática, buscar un nexo más claro entre las tres historias y reforzar el mensaje de "valor interno" más allá de la joya en sí.

La reunión fue productiva. Estuvimos casi una hora debatiendo, anotando, proyectando. Pero justo cuando Sonia empezaba a explicar su propuesta para el vídeo promocional principal, la puerta se abrió.

Clara entró con paso firme, sin mirar a nadie más que al centro de la sala.

—Perdonad —dijo, con voz clara—. ¿Puedo quedarme un momento? Me interesa ver el enfoque audiovisual.

Sonia asintió con una sonrisa. Iván se puso un poco más recto en su silla. Y yo… Yo tragué saliva. Clara no me miró. No me dirigió ni un solo gesto. Se sentó frente a mí, cruzó las piernas con calma y colocó el móvil sobre la mesa sin desbloquearlo.

—Adelante, Sonia —dijo.

Sonia retomó su explicación. Yo intenté concentrarme, de verdad que sí, pero tenerla tan cerca y tan distante al mismo tiempo me desestabilizaba. Olía a vainilla y algo cítrico. El mismo perfume de la noche en que la llevé a su casa. El mismo que me había perseguido durante ocho malditos días.

Intenté no mirarla, pero cada vez que levantaba la vista, la encontraba mirando la pantalla con el ceño fruncido o anotando algo en su libreta de cuero. Profesional, como siempre. Intachable. Implacable.

Y yo… jodidamente tentado.

Terminamos la reunión con una lista clara de tareas. Iván se ocuparía de planificar el calendario de publicaciones en redes, mientras Sonia afinaría las propuestas gráficas para entregarlas al equipo de producción.

—Gracias a los dos —dije, incorporándome—. Buen trabajo. Vamos a lograr algo potente si mantenemos este ritmo.

Ambos asintieron y recogieron sus cosas. Clara también se levantó, y se quedó la última en salir. Justo cuando me disponía a cerrar el portátil, se volvió hacia mí.

—Una sugerencia, Sergio —dijo, en tono seco—. La próxima vez que hables de conectar emocionalmente con el público… procura no sonar como si fuera algo personal.

Y se fue. Así. Fría. Afilada. Clara en estado puro.

Me quedé solo en la sala, respirando hondo, con las manos apoyadas en la mesa. Me estaba matando lentamente. Y lo peor es que yo me estaba dejando.

Volví a mi despacho con el pulso acelerado. El comentario final de Clara me había sacudido más de lo que quería admitir. No solo por el contenido, que era una indirecta tan clara como si me hubiera arrojado un archivador a la cara, sino por cómo lo dijo. Con calma. Con hielo en la voz. Como si no le doliera.

Pero sabía que le dolía. Yo también estaba dolido. Por lo que no pudimos ser. Por lo que tal vez nunca seríamos.

Encendí el portátil de nuevo y me obligué a centrarme en los correos que se acumulaban. Dos proveedores esperando confirmación para participar en la campaña. Una posible colaboración con una *influencer* de Barcelona que Iván había contactado, además de la de Lucía, que era la modelo oficial de la empresa. La documentación del departamento legal sobre los contratos para las modelos locales.

Pasé casi una hora sumergido en eso, sin levantar la vista, sin pensar. Sin dejar espacio para que el recuerdo de Clara, con su blusa blanca y sus ojos esquivos, volviera a instalarse en el centro de mi cabeza.

Pero el reloj seguía avanzando, y cada minuto que pasaba me resultaba más difícil mantener el autocontrol.

A las doce y veinte, Olga llamó suavemente a la puerta y entró con un dosier en la mano.

—Perdona que interrumpa, Sergio. Clara me pidió que te entregara esto en mano. Son los informes de ventas trimestrales. Quiere que los tengas en cuenta antes de definir el presupuesto para la campaña.

—Gracias, Olga —asentí cogiéndolo de sus manos—. ¿Te ha dicho si quiere que lo veamos juntos?

—No, solo que lo estudies, pero… —Dudó un segundo, con esa diplomacia sutil que la caracterizaba— Quizás no estaría de más que lo comentaras con ella antes del lunes.

Asentí de nuevo, y Olga se retiró.

Revisé el documento durante media hora. Estaba bien estructurado, claro, con anotaciones a mano en los márgenes. Clara tenía una letra firme, elegante, ligeramente inclinada a la derecha. Me sorprendí deteniéndome en una de sus notas.

"Ver qué podemos hacer para recuperar ventas en junio. Potenciar piezas clave. Urge enfoque emocional."

"Urge enfoque emocional", qué ironía.

Me levanté de la silla y caminé hasta el ventanal. Desde allí podía ver parte del jardín interior de la empresa. Pequeño, pero bien cuidado. Al fondo, cerca de la cristalera del departamento de diseño, vi a Sonia hablando con Nuria. Las dos reían por algo, y me sentí por un instante ajeno a esa normalidad.

Decidí que necesitaba salir un rato. Caminar. Estirar las piernas. Me puse la chaqueta, agarré el dosier de ventas y bajé a la cafetería que estaba cruzando la calle. Una pequeña terraza con mesas de madera, buena sombra y el mejor café del barrio.

Capítulo 18



Sergio

Estaba sentado, leyendo el informe por segunda vez, cuando noté una sombra detenerse frente a mi mesa.

Levanté la mirada, y ahí estaba ella. Clara.

—¿Puedo sentarme? —preguntó y me encogí de hombros.

—Es una ciudad libre.

No se rio, ni siquiera sonrió levemente. Solo se sentó frente a mí con una taza en la mano. Un cortado. Como el que pidió aquella noche en la boda, antes de que todo se desbordara.

—¿Has leído todo?

—Sí. Dos veces —respondí, dejando el dosier sobre la mesa.

—¿Y?

—Tienes razón. Junio fue un mes flojo. Demasiado para una marca con el nombre de *Eterna Joya*.

—No se vendieron las piezas nuevas. La gente compró básicos, pero la colección "Mar de Cristal" fue un fracaso —dijo, sin rodeos.

—Visualmente era potente, pero no conectaba con el público —añadí—. Demasiado conceptual. Demasiado frío. No se puede vender emoción si no la transmites desde la raíz —contesté, y Clara arqueó una ceja.

—Curioso que digas eso. Tú, que sabes tanto de ocultar lo que sientes.

El dardo me atravesó con precisión y velocidad.

—Estoy aquí, ¿no? Dando la cara. Intentando hacer bien mi trabajo, a pesar de que cada conversación entre nosotros es una caminata por el filo de la navaja.

Clara bajó la vista, bebió un sorbo de su café y luego lo dejó con cuidado sobre el platito.

—No te odio, Sergio —dijo de pronto, y me quedé helado.

—No sabía que eso estaba sobre la mesa.

—Lo está. Aunque no me lo hayas preguntado —continuó, mirándome—. Pero no es odio. Es decepción. Y eso… a veces duele más.

Tragué saliva, y me costó mantener la voz firme cuando volví a hablar.

—Lo entiendo. Solo quiero que lo sepas: no he venido a jugar contigo. Ni con esta empresa. Estoy aquí porque valgo para este puesto. No porque David sea mi amigo. No porque tú…

—¿Porque yo qué? —interrumpió, desafiante.

La miré y vi que sus ojos estaban encendidos. No de rabia, sino de algo más peligroso: emoción contenida.

—Porque tú y yo tuvimos una noche inolvidable.

El silencio se volvió espeso y el mundo desapareció por unos segundos. Solo quedábamos ella, yo… y esa frase que colgaba entre ambos como una cuerda tensa.

—No deberíamos hablar de eso aquí —dijo finalmente.

—Tú has empezado.

—Yo solo he venido a hablar de números.

—Y yo solo estoy intentando no mirarte como te miré aquella noche.

Clara se levantó entonces, tan rápido que casi volcó su taza.

—Esto es una locura.

—Sí. Lo es —dije, también poniéndome de pie—, pero negar que ocurrió no va a hacer que desaparezca.

Ella me sostuvo la mirada un par de segundos; luego, respiró hondo.

—Reúne al equipo creativo mañana a las nueve. Quiero ver las primeras pruebas gráficas. Todo lo que tengáis sobre la campaña. Quiero tomar decisiones antes del fin de semana.

—¿Y tú?

—Yo intentaré no explotar —murmuró, y se marchó sin mirar atrás.

Me quedé en medio de la terraza, con el corazón latiendo en la garganta. Estábamos a un milímetro del desastre, pero también, a un solo paso del milagro.

Regresé a mi despacho y pasé el resto del día tan concentrado como podía en el trabajo, en la campaña, en los números del dosier y en pensar en una buena estrategia para que las ventas de este mes fueran superiores al mes anterior.

Pero, como cada día desde que empecé a trabajar para ella, cualquier ruido en el pasillo, pasos, murmullos o risas me hacían mirar hacia la puerta pensando en si sería ella.

Cuando crucé el umbral de casa esa noche, el silencio fue lo primero que me recibió.

Silencio, y ese leve aroma a madera, limón y lavanda que impregnaba las paredes de mi refugio gracias a Dolores, la mujer que había contratado y que se encargaba de dejar la casa recogida y de llenar la nevera de comida dos veces por semana. Lo llamaba así porque, desde que volví de Londres, este lugar se había convertido en mi salvavidas.

Era simple. Sin pretensiones. Cómoda.

Entré dejando las llaves sobre el mueble de la entrada y solté la chaqueta en el respaldo de la silla del comedor. Me quité los zapatos y caminé descalzo hasta la cocina, abrí la nevera y saqué una botella de agua. Pero al ver la botella de whisky a medio terminar sobre la repisa, cambié de idea.

Esa noche necesitaba algo más fuerte que agua.

Vertí dos dedos en un vaso bajo, me lo llevé conmigo a la terraza trasera y me dejé caer en uno de los sillones de ratán. El cielo estaba despejado. Las estrellas salpicaban el firmamento como pequeñas joyas lejanas. Ironías cósmicas.

Me incliné hacia atrás, dejando que la cabeza descansara sobre el respaldo, y cerré los ojos un momento. Pero en lugar de relajarme, la vi a ella, a Clara.

De pie frente a mí en la sala de reuniones. Sentada en la cafetería, con el ceño fruncido. Su voz, su mirada, su forma de escupirme verdades como si fueran cuchillas envueltas en seda.

Y ese perfume.

Me estaba volviendo loco.

La conversación en la cafetería me había dejado más tocado de lo que admití al principio. Clara no me odiaba. Me lo había dicho con sus propias palabras. Pero eso no lo hacía más fácil. Al contrario. Saber que aún me tenía dentro de su piel lo complicaba todo. Porque yo también la tenía dentro de la mía. Y muy profundo.

Tomé un sorbo del whisky y encendí una luz tenue en la terraza. La piscina reflejaba la luna como un espejo vibrante. Siempre me había gustado ese rincón. No era grande, pero tenía lo que necesitaba. Un espacio para nadar de noche, desconectar, ordenar el caos mental que a veces me devoraba por dentro.

Dejé el vaso sobre la mesa auxiliar y agarré el móvil. Tenía un mensaje de David. Un audio. Lo reproduje con un simple toque.

—Tío, Olga me ha escrito. Me ha dicho que Clara está rarísima desde el lunes. ¿Tan mal están las cosas? ¿Esto es porque os acostasteis, o es que solo se le ha ido la olla por otra cosa?

Solté una risa breve, sin humor, y pulsé para responderle.

—Sí, David. A las dos cosas. Y sí, Clara está muy jodida conmigo. Supongo que yo también. Aunque… yo soy el que la jodió a ella. Literal y emocionalmente. No lo vi venir. Ni que me gustara tanto. Ni que me doliera tanto tenerla tan cerca y tan lejos a la vez.

Pulsé enviar. Pasaron un par de minutos. Luego, otro audio suyo.

—Escúchame bien, capullo. Clara no es fácil. Lo sabes. Es la mujer más terca, intensa y brillante que he conocido. Pero también es una de las más auténticas. Tiene miedo. Mucho. Pero si alguien puede hacerle bajar la guardia, ese eres tú. No lo jodas más. Ten paciencia. Y si de verdad la quieres, ve a por ella. Aunque tengas que ir con armadura.

Me reí. Esta vez sí. Porque, joder, cómo conocía a su jefa y amiga.

—Gracias, idiota —le respondí en un nuevo audio—. Tú sigue disfrutando de tu luna de miel, que la guerra la tengo yo aquí.

Apagué el móvil y lo dejé bocabajo.

Después me levanté. Caminé hasta el borde de la piscina, donde el agua se movía ligeramente, y me quedé ahí, mirando el reflejo de las estrellas. Me imaginé cómo sería verla nadar ahí. Clara, sumergida en ese azul nocturno. Sin juicios. Sin tensión. Solo ella. Solo yo.

Deslicé los dedos por el agua y sonreí al sentirla fría, como Clara en estos últimos días.

Volví dentro y me dirigí al dormitorio. Mientras caminaba, me quité la camiseta y la dejé caer en el suelo. Los pantalones también. En el baño, abrí la ducha y dejé que el agua caliente cayera sobre mi cuerpo, llevándose el estrés, el deseo contenido, la frustración. Todo, menos su imagen.

Porque no podía borrarla. Ni siquiera quería hacerlo.

Me enjaboné despacio, repasando mentalmente los puntos clave de la reunión del día siguiente. Quería impresionar a Clara. No como hombre, sino como profesional. Que supiera que estaba allí por méritos. Que entendiera que, si bien la deseaba con cada célula de mi cuerpo, no necesitaba acostarme con ella para validarme en el cargo.

Pero la verdad era otra. Necesitaba tocarla otra vez como necesitaba el aire.

Salí de la ducha y me envolví en una toalla. Frente al espejo, vi mis propios ojos cansados. Ojeras. Mandíbula tensa. Pero también determinación.

Me puse unos pantalones de chándal y una camiseta gris. Después, me senté frente al portátil y abrí los documentos de la campaña. Ajusté algunas cosas. Reescribí la presentación que usaríamos en la reunión de la mañana y detallé cada propuesta con precisión. Quería dejarlo todo claro, quería que fuera algo sólido e impecable.

A las dos de la madrugada, cerré el portátil.

—Vas a enamorarla con trabajo, con respeto… y si tienes suerte, con tiempo —me dije en voz baja mientras apagaba la luz de la mesita.

Y si no podía… Dormir con su recuerdo me tendría que bastar.

Capítulo 19



Clara

Era jueves por la noche y yo aún no lograba despegarme de la sensación extraña que había arrastrado durante toda la semana. Estaba siendo una semana de trabajo intensa, de miradas furtivas, de palabras contenidas y silencios demasiado elocuentes cada vez que Sergio y yo coincidíamos en la oficina.

No podía negar que la tensión entre nosotros era palpable, una corriente eléctrica invisible que nos hacía tropezar con nuestras propias palabras y que ponía a prueba mis límites profesionales.

En la oficina, en las reuniones, en los pasillos… Cada encuentro con él removía algo dentro de mí que no lograba controlar. Había momentos en los que sentía que estaba al borde de perder el control, y otros en los que me castigaba a mí misma por haberme dejado llevar aquella noche en la boda, por haberme entregado a un hombre que, hasta entonces, creía desconocido.

Y, sin embargo, ¿de verdad era tan desconocido? Cada gesto, cada mirada, cada pausa cuando me hablaba… me hacían preguntarme si realmente lo conocía más de lo que estaba dispuesta a admitir. A veces me sorprendía sonriendo sola al recordar cómo me sostuvo la mirada en la barra del bar aquella noche, cómo me rozó apenas con los dedos al servirme una copa, como si el contacto le importara más de lo que él mismo podía decir.

Pero esta semana… esta semana estaba siendo un campo minado.

Intentábamos mantener la distancia, fingir que lo que pasó no nos había cambiado, pero cada vez que pasaba por su oficina y lo encontraba leyendo algo con el ceño fruncido, con esa concentración que le daba un aire casi inaccesible, no podía evitar preguntarme cómo sería volver a perderme en él. Aunque no debía. No debía bajo ninguna circunstancia.

Al final del día, salí de la oficina con la mente agotada y el corazón a mil. Tenía que despejarme, así que llamé a mi hermana Lucía para cenar juntas. Ella era mi refugio, mi confidente, y más allá de la complicidad familiar, era la voz sensata que siempre sabía cómo poner todo en perspectiva.

Nos encontramos en un pequeño restaurante de la ciudad, un lugar íntimo y tranquilo, perfecto para poder hablar sin interrupciones. Lucía llegó puntual, radiante y con una sonrisa que iluminaba el lugar. Nos sentamos, pedimos la cena y comenzamos a hablar, primero de cosas triviales, pero poco a poco la conversación fue girando hacia el trabajo.

Me mostró las fotos que había subido esa tarde de algunas de las joyas de las últimas colecciones. Ella, como modelo e *influencer*, siempre estaba

atenta a cada detalle y al impacto que podrían tener en las redes sociales. Fue una charla animada, llena de risas y consejos.

Pero en cuanto terminamos de cenar, no pude aguantar más. Tenía que contarle lo que realmente me rondaba la cabeza.

—Lucía —comencé en voz baja—, tengo que contarte algo. Algo que me está volviendo loca.

Ella me miró con curiosidad, ladeando un poco la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Le conté cómo conocí a Sergio en la boda, cómo me dijo que era policía y cómo, en esa noche de fiesta, terminé acostándome con él sin saber quién era en realidad.

—Pero eso no es todo —añadí, bajando un poco más la voz—. Resulta que no es policía. Es el nuevo director de marketing y publicidad de *Eterna Joya*.

Lucía se quedó boquiabierta. Durante varios segundos no dijo nada, solo me miraba con los ojos abiertos como platos, intentando procesar la información. Y entonces, sin previo aviso, estalló en una sonora carcajada.

—¡Dios mío, Clara! —exclamó entre risas— Tienes que organizar una reunión con él, quiero conocer a ese hombre misterioso que se ha metido en

tu vida y en la empresa. Además, como soy la modelo exclusiva y la mejor *influencer* que tenéis, ¡esto es material para una buena historia!

Reí conmigo misma, agradecida por su capacidad de quitarle hierro a las cosas.

—No te preocupes —me dijo después, aun sonriendo—. No vas a ser la primera jefa que tiene una aventura de una noche con un empleado sexy. Ya sabes cómo es esto.

Yo volteé los ojos, fingiendo molestia.

—No me lo recuerdes —respondí—. No quiero mortificarme.

Ella se acercó y me dio un beso en la mejilla, con ternura.

—Lo hecho, hecho está. Y si disfrutaste de esa noche de pasión ardiente, eso es lo que importa. Ahora, a seguir adelante.

Después de la cena, nos despedimos con besos y abrazos como si no fuéramos a volver a vernos y me fui a casa.

Tras quitarme los zapatos, me senté en el sofá, mirando el móvil y pensando en Sergio. En que tendría que verlo de nuevo al día siguiente, viernes, en la presentación de la campaña publicitaria de la nueva colección de verano.

Suspiré, caminé hacia la habitación para darme una ducha, me puse el pijama y apagué la luz mientras me metía en la cama. Mañana sería otro día.

Aunque me quedé despierta un buen rato, repasando mentalmente cada palabra que le había dicho, cada gesto de Sergio durante esa semana. No podía quitarme de la cabeza la imagen de él parado frente a la ventana de mi despacho el lunes por la mañana, tan serio, tan… intimidante. Y cómo después, al acercarse, la tensión entre nosotros había crecido hasta casi ser insoportable.

Quería odiarlo por haberme mentido. Pero ¿y si no fue una mentira, sino un juego? ¿Una forma de escapar? Yo también me escondí esa noche, fingí que era solo una mujer más, sin la responsabilidad de dirigir una empresa. Nos encontramos los dos en ese margen borroso entre la verdad y el deseo. Y ahora, la realidad había venido a reclamar su lugar.

Me preguntaba si él también estaba pensando en todo lo que había pasado. En la mentira, en la atracción, en lo que podía significar para nosotros el hecho de trabajar juntos día tras día. La duda me quemaba, pero la verdad era que, aunque me repitiera una y otra vez que no debía mezclar las cosas, sentía que estaba cayendo en un terreno demasiado peligroso.

Y lo peor… es que no estaba segura de querer salir de él.

Al día siguiente, viernes, me desperté temprano, con la mente clara, aunque el corazón todavía lo tenía un poco revuelto. Me vestí con cuidado, escogiendo un conjunto que transmitiera autoridad, pero que también me

hiciera sentir segura. Negro, sobrio, elegante. Tenía que dar lo mejor de mí en la presentación de la campaña publicitaria de la nueva colección de verano, y quería que Sergio viera que estaba ahí por algo más que por… nosotros.

Y después de un café rápido y una tostada para desayunar, salí decidida para ese último día de trabajo con la idea de que no vería a Sergio en dos días.

En la oficina, el ambiente estaba cargado de expectativas. Los nervios de la presentación se mezclaban con la tensión personal que él y yo habíamos creado sin proponérnoslo. Intenté mantener la compostura, saludando a los compañeros, revisando los últimos detalles en los documentos y repasando mentalmente lo que iba a decir.

Cuando Sergio llegó, ambos sentimos la electricidad en el aire. Nos saludamos con una formalidad cortante, pero sus ojos hablaban otra cosa. Yo sentí el impulso de acercarme, de romper ese muro invisible, pero me contuve.

La reunión con Sonia e Iván estaba programada para media mañana. Sonia, con su energía contagiosa y sus ideas frescas para el diseño, e Iván, siempre atento a las tendencias y a las redes sociales, nos esperaban en la sala de juntas. Sergio tomó la palabra primero, exponiendo su visión para la campaña y resaltando la importancia de la coherencia entre diseño, mensaje y público objetivo.

Yo observaba cómo se desenvolvía, lo claro que tenía el proyecto y cómo, a pesar de la frialdad que a veces proyectaba, se notaba la pasión que ponía en lo que hacía. Me gustaba verlo así. Concentrado, mostrando la pasión que sentía por su trabajo. Y eso solo lo hacía más difícil.

Sonia e Iván aportaron ideas que encajaban perfectamente con la estrategia, y juntos fuimos construyendo un plan sólido y prometedor.

Sin embargo, cada vez que cruzábamos miradas, sentía que la tensión crecía, que había demasiadas palabras sin decir entre nosotros.

En un momento, Sergio propuso un pequeño descanso y, cuando nos levantamos, casi chocamos. Nuestros ojos se encontraron y, por un segundo, el mundo se detuvo.

—Clara —me dijo con voz baja—, sé que esto es complicado, pero tenemos que ser profesionales.

Asentí, aunque sabía que no sería fácil.

—Lo sé —respondí—. Pero también sé que podemos hacerlo.

Quise decirle que me costaba, que me dolía esa distancia forzada. Que a veces deseaba que no nos hubiéramos conocido en aquella boda... y al mismo tiempo, no me arrepentía ni un segundo de esa noche.

Salimos de la sala y mientras me tomaba el café, pensaba en que ojalá el resto de la mañana transcurriera con calma.

Pero dentro de mí, una parte seguía recordando el momento en que creí conocer a un desconocido y acabé entregándome a un hombre que ahora resultaba ser algo mucho más complicado.

Porque no, hoy no sería el último día en que tendría que enfrentarme a ver a Sergio en la empresa; sabía que aún tenía muchos más días por delante, pero estaba decidida a mantener el control.

O al menos, intentarlo.

Capítulo 20



Sergio

Había esperado este viernes con una mezcla de nervios y determinación. La presentación de la nueva campaña de marketing para la colección de verano era el momento clave para demostrar no solo lo que yo podía aportar a la empresa, sino también para dejar claro que estaba comprometido con el éxito de *Eterna Joya*.

Al entrar en la sala de juntas, me encontré con Clara y el resto del equipo: Sonia, Iván, algunos responsables de ventas y distribución y unos cuantos colaboradores más. El ambiente era profesional, cargado de expectativa. Clara me miró con esa mezcla de autoridad y reserva que ya empezaba a resultarme familiar.

Inicié la presentación con una diapositiva que mostraba el concepto general: “Luz y esencia del verano”, un enfoque pensado para captar la frescura, el brillo y la elegancia que quería transmitir la nueva colección. Sabía que teníamos que conectar emocionalmente con nuestro público y hacer que cada joya se convirtiera en un deseo.

Sonia tomó la palabra después para mostrar los diseños finales. Su pasión por cada detalle era contagiosa. Explicó las elecciones de materiales, los tonos escogidos y cómo cada pieza tenía un mensaje sutil.

Iván aportó su visión desde el punto de vista digital y de redes sociales. Propuso una campaña en Instagram y *TikTok* con *influencers* clave, vídeos cortos que mostraran la versatilidad de las piezas y una interacción directa con los seguidores para crear una comunidad fiel.

Y cuando se me hizo un poco más insoportable estar con Clara en la misma sala y ver el modo en el que me miraba, o no me miraba, propuse un descanso, al que salí después de pedirle a Clara que teníamos que ser profesionales.

Me tomé un café en mi despacho, frente al ventanal contemplando las vistas, haciéndome a la idea de que aún quedaba mucha jornada por delante. Hasta que vi en mi reloj que habían pasado los quince minutos acordados y regresé a la sala.

Durante el resto de la reunión, intercambiamos opiniones con respeto y profesionalidad, discutiendo detalles de diseño, posibles ajustes en la estrategia de marketing y puntos para potenciar lo que queríamos transmitir de cada joya. Clara estuvo atenta, aportando ideas puntuales y preguntando por métricas y plazos.

Propuse un calendario detallado para el lanzamiento, con fases claras: prelanzamiento para generar expectación, lanzamiento oficial con eventos

online y en vivo, y seguimiento para mantener el interés y la fidelización.

Al terminar, había consenso. La campaña era sólida, creativa y tenía potencial para convertirse en un éxito rotundo. Clara me miró y, con una sonrisa, me felicitó.

—Buen trabajo, Sergio —dijo.

Le devolví la sonrisa, agradecido.

—Gracias, Clara.

Entonces, con una cierta timidez que no esperaba, le pregunté si le gustaría cenar conmigo esa noche para celebrar.

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—No es buena idea —respondió—. No debemos mezclar el trabajo con lo personal. No debe volver a pasar lo que pasó la noche de la boda.

Yo entendí perfectamente la firmeza en su voz.

—Si crees que no puedes respetar eso —añadió—, será mejor que me lo digas y te vayas de la empresa.

Mi corazón se aceleró, pero mi respuesta fue clara.

—Me ceñiré a una simple relación profesional —prometí.

Clara asintió y salió de la sala de juntas dejando una estela de profesionalidad y tensión palpable.

Me quedé solo, pensando que nunca antes en mi vida había tenido algo tan difícil como eso. La había visto, había sentido cómo me miraba, cómo su cuerpo reaccionaba al tenerme cerca. Sabía que ella sentía lo mismo, y no estaba dispuesto a rendirme.

Al regresar a mi despacho, me llegó un audio de Vera. Su voz alegre y directa rompió el silencio.

—¿Cómo estás, Sergio? ¿Y con Clara? —preguntó.

Le respondí contándole todo.

Ella me dijo que Clara era una mujer muy simpática y con una sensibilidad para el diseño fuera de serie, pero que era veinte veces más cabezota. Me pidió paciencia y me recordó que Clara fue quien había cogido su ramo de novia en la boda y que sería la próxima en casarse.

Reí al escucharla y me centré de nuevo en el trabajo, aunque no podía dejar de pensar en la mujer que estaba a solo unos metros, la que me volvía loco con una sola mirada y una leve sonrisa.

Tenía frente a mí una campaña que había nacido de la creatividad, el esfuerzo y, sin duda, la complicidad de un equipo unido.

Pero también tenía a Clara, la mujer que me volvía loco con solo una mirada, y a la que no estaba dispuesto a renunciar.

Mientras abría el portátil para preparar el siguiente paso, su imagen apareció en mi mente, una mezcla de fuerza y vulnerabilidad que me impulsaba a seguir adelante, no solo como director de marketing, sino como alguien que había encontrado en ella algo mucho más grande.

Tras la reunión, la oficina volvió a su rutina habitual, aunque para mí nada volvía a ser igual. La presencia de Clara en cada pasillo, en cada reunión, hacía que la tensión entre nosotros fuera tan frágil como una cuerda a punto de romperse o de afianzarse con más fuerza.

Decidí aprovechar ese impulso para avanzar con el equipo en los últimos detalles de la campaña. Sonia y yo pasamos horas revisando cada diseño, asegurándonos de que todo transmitiera exactamente el mensaje que queríamos: frescura, elegancia y una conexión con el espíritu del verano que fuera irresistible para nuestros clientes.

Iván, por su parte, preparaba los guiones para los vídeos promocionales y las publicaciones en redes sociales, buscando ese toque auténtico que atrajera a un público joven y exigente.

En cada reunión, la colaboración fluía, pero cuando Clara estaba cerca, yo notaba cómo nuestras miradas se cruzaban en momentos inesperados. Había

un silencio cargado de palabras no dichas, de preguntas que ninguno se atrevía a formular.

Por la tarde, mientras revisábamos con el equipo el plan de lanzamiento, Clara y yo nos quedamos a solas un momento. Ella me miró fijamente, y aunque su expresión era seria, sus ojos tenían un brillo diferente.

—Sergio —dijo despacio—, esto tiene que funcionar. Por nosotros, por la empresa.

—Lo hará —respondí al tiempo que asentía—. Y aunque sea difícil, nos ceñiremos a lo profesional.

Ella asintió de nuevo, pero la tensión en el aire no desapareció.

Esa semana, cada encuentro con Clara estaba siendo un equilibrio entre lo profesional y lo personal, un juego peligroso en el que ambos caminábamos con cuidado, pero sin perder el impulso.

La campaña tomaba forma y la fecha del lanzamiento se acercaba con rapidez. Sabía que cuando todo se pusiera en marcha, sería el momento en que nuestras decisiones se pondrían a prueba.

Pero por ahora, sólo quedaba seguir trabajando, sosteniendo ese delicado equilibrio entre la pasión y la razón, entre lo que queríamos y lo que debíamos hacer.

Los días que siguieron a la presentación fueron una vorágine de ajustes, llamadas y revisiones. La campaña de la colección de verano se convirtió en el centro absoluto de mi mundo laboral, y aunque me mantenía concentrado, la presencia de Clara siempre estaba en el fondo de mis pensamientos.

Cada mañana, al entrar en la oficina, la veía llegar con esa determinación que la hacía brillar. En las reuniones, mantenía su porte firme, sus observaciones siempre acertadas y, en cada intercambio, ese roce sutil entre profesionalidad y algo más que ninguno de los dos terminaba de nombrar.

Con Sonia e Iván trabajé hasta el último detalle: los vídeos, las imágenes para redes sociales, el calendario de publicaciones, el plan para eventos de lanzamiento… Todo debía ser perfecto, un reflejo fiel del espíritu de la colección y de la marca.

Una tarde, justo cuando revisábamos el guion para el vídeo principal, Clara se acercó y se quedó observando la pantalla. Sin decir palabra, pero con una mirada que decía mucho, me hizo entender que estaba satisfecha, pero también que esperaba que todo saliera bien, no solo para la empresa, sino para nosotros.

El viernes por la tarde, poco antes de cerrar, me quedé en mi despacho repasando todo una última vez. Sabía que el lunes la campaña arrancaría con fuerza y que cada esfuerzo de la semana se vería reflejado en los resultados.

Pensé en Clara, en cómo nuestras interacciones habían sido un constante tira y afloja. Nunca antes me había costado tanto mantener la distancia, y aunque ella había pedido ese espacio, también percibía que era solo una barrera que los dos queríamos derribar, pero que ninguno se atrevía.

Esa noche, mientras apagaba las luces de la oficina y salía, me sentí más decidido que nunca. Iba a respetar su espacio, sí, pero no iba a dejar pasar la oportunidad de demostrar que, más allá de lo profesional, lo nuestro tenía un sentido que merecía la pena explorar.

El lunes siguiente la campaña se lanzó con éxito, y el impacto fue inmediato. El trabajo de todo el equipo dio sus frutos, y las primeras reacciones en redes sociales, tiendas y eventos fueron muy positivas. Era la confirmación de que habíamos creado algo especial, algo que conectaba con el público y que reforzaba la marca de *Eterna Joya*.

Pero, a pesar de ese éxito profesional, la tensión entre Clara y yo seguía presente. Aún recordaba la conversación que había tenido con ella después de la presentación aquel viernes, una conversación sincera que, aunque corta, dejó claro que ambos intentábamos poner límites para evitar que nuestra relación pasara al terreno personal.

Sin embargo, cuando Clara me felicitó por el trabajo bien hecho, no pude evitar preguntarle si quería salir a cenar, una invitación que ella rechazó con un suspiro y con la advertencia de no mezclar lo personal y lo profesional.

La verdad es que nunca antes había sentido que controlar mis emociones fuera tan complicado. Pero entendí la necesidad de respetar sus deseos,

aunque en mi interior supiera que esa barrera era temporal y que no tardaría en romperse.

Capítulo 21



Clara

El éxito había llegado como una ola poderosa, envolviéndonos sin darnos tiempo a procesarlo del todo. Esa mañana, al entrar en la oficina, el ambiente tenía algo diferente. Una electricidad sutil, como si todos estuviéramos caminando sobre una alfombra nueva, brillando sin saber bien si era por orgullo, asombro o ambas cosas.

La nueva campaña de verano de *Eterna Joya*, "Amanecer", había superado todas nuestras expectativas. En redes sociales, los reels, las imágenes y los hashtags no solo estaban siendo bien recibidos: estaban estallando.

Sonia me había enviado un pantallazo con el hashtag "#BrillamosContigoPorSiempre" en *trending topic* nacional y, más abajo, mezclado entre bromas y memes, estaba "#EternaJoyaAmanecer", seguido de una avalancha de emojis de soles, diamantes y corazones.

Las fotos de las tres modelos de la campaña lucían impecables. Sus rostros, bañados por esa luz dorada que habíamos querido captar, se habían vuelto icónicos. Y no solo ellas: la *influencer* de Barcelona que propuso Iván había logrado un alcance que ni en nuestros mejores planes habríamos previsto. Sus reels con las pulseras de conchas y collares de cristal marino estaban siendo replicados por otras *influencers* de moda, y los comentarios no paraban.

Lucía, por su parte, se había convertido en un canal de oro. Cada post suyo, elegante, fresco y espontáneo como siempre, generaba miles de *likes*. Su carisma natural, su manera de vestir y de posar, pero sobre todo su entusiasmo, eran un combustible invaluable. Me enviaba capturas casi a diario: "Doce mil *likes* en tres horas, hermana. Y subiendo."

Sin duda, el eslogan de Sonia, tan simple y tan preciso, *"Brillamos contigo, por siempre"*, había calado hondo. Era uno de esos aciertos que pasaban una vez cada mil años, como solía decirse, como una chispa creativa que prendía una mecha larguísima. No era solo un lema, era una promesa. Y eso, lo sabíamos, vendía.

Lo que no me había esperado eran los correos que Nuria, la responsable de ventas, me reenviaba a diario: personas de Francia, Italia, incluso Brasil y Estados Unidos, interesadas en hacer pedidos personalizados.

«Nos han descubierto por Instagram, Clara. No es una broma. Hay visitas desde más de veinte países a la web. Y ventas. Varias».

Me quedé leyendo el correo una vez más, sentada en mi despacho, con la taza de café medio frío en las manos. ¿Cómo habíamos llegado tan lejos, tan rápido? Porque sí, yo había trabajado duro, pero esto no lo había hecho sola.

No. Esto también era gracias a él. Gracias a Sergio.

No sabía si era orgullo, deseo o gratitud lo que me empujó a levantarme y cruzar el pasillo hasta su despacho, pero lo hice. Llamé suavemente a la puerta entreabierta.

—¿Tienes un minuto?

Sergio levantó la vista de la pantalla. Su camisa azul claro estaba ligeramente arrugada en las mangas, y el reloj dorado que llevaba hacía juego con el marco metálico de sus gafas de lectura. A veces me costaba recordar que era el mismo hombre de la boda. Ese que una vez me miró como si yo fuera el secreto mejor guardado del universo.

—Claro —dijo, apoyándose en el respaldo de la silla.

Entré, cerré la puerta y me quedé unos segundos de pie, como si necesitara encontrar las palabras exactas, pero terminé soltándolas con naturalidad.

—Quería darte las gracias —dije, y frunció ligeramente el ceño, curioso, mientras se quitaba las gafas.

—¿Por?

—Por esto —respondí, señalando la Tablet que llevaba en la mano, donde se veía una gráfica ascendente de visitas web—. Por implicarte, por lanzar una campaña tan fuerte y tan potente… Que ahora *Eterna Joya* esté sonando fuera de España, también es mérito tuyo.

Sergio sonrió, de ese modo en que sonreía cuando no quería reconocer que algo le emocionaba. Sí, después de varios días trabajando con él, ya lo conocía un poco.

—Solo he hecho mi trabajo.

—Sí, pero no todos lo hacen con tanta entrega.

Hubo un segundo de pausa. Luego, él dejó el portátil a un lado.

—Ya que estás aquí… quería comentarte algo —dijo, señalando la silla frente a su escritorio—. ¿Te sientas?

Me senté. Había algo en su tono que me inquietó ligeramente. ¿Qué iba a decirme ahora?

—Tengo un conocido en Londres. Se llama Nigel y tiene una cadena de joyerías boutique. No diseña, pero representa a varios diseñadores independientes. Le hablé de *Eterna Joya*, le envié algunas fotos de la

colección y le pasé los links de la campaña. Está interesado en vender tus diseños en todas sus tiendas.

Lo miré. Un segundo. Dos. Tres. Y aún seguía en shock por lo que había dicho.

—¿Fuera de España?

—Sí. De forma permanente, no solo esta temporada.

Me quedé en silencio, digiriendo la información como quien saboreaba algo demasiado bueno para ser verdad. Lo primero que pensé fue que esto sería una oportunidad inmensa. Pero también si de verdad estábamos listos para algo así.

—Tendría que pensarlo —dije al fin—. Hacer números, revisar logística…

—Claro. Solo te lo dejo sobre la mesa. Pero no tardes demasiado. Nigel está viendo otras propuestas también.

—Lo pensaré —asentí, aunque aún me costaba asumir la magnitud de lo que acababa de oír.

Justo cuando iba a levantarme, Lucía irrumpió en el despacho sin llamar, dando saltos como una adolescente emocionada.

—¡No os lo vais a creer! —exclamó, mostrando la pantalla del móvil— ¡Los *likes* están llegando a cifras de locura! ¡Este reel de las pulseras de conchas ya tiene treinta y cuatro mil en menos de una hora!

Sergio se rio, y yo también. Aquello era… un momento feliz. Hasta que mi hermana pequeña nos miró con una expresión traviesa.

—Tengo una idea: quiero una foto de los dos juntos. Aquí. En el ventanal. Vosotros, en plan ejecutivos del año. Así, con Clara llevando esa pulsera divina de la última colección, el vestido blanco ceñido y esos taconazos azul marino. Estáis perfectos.

—No, ni hablar —dije, levantando las manos—. No me parece buena idea.

—Al contrario —intervino Sergio, girándose hacia mí—. Es una fantástica idea.

Y de algún modo, acabé junto a él, frente al ventanal, posando. De reojo, lo vi mover su mano con suavidad, rozando la tela de mi vestido. Luego sentí su palma recorrerme la espalda desnuda hasta detenerse unos breves segundos a la altura de mis costillas y me estremecí.

Lucía estaba distraída con el móvil, y Sergio aprovechó el momento.

—Tu cuerpo aún me recuerda —susurró en mi oído, con voz baja y sensual.

Tragué saliva. Iba a responderle, pero Lucía levantó el móvil.

—¡Sonreíd! ¡Y no pestañeéis! —advirtió.

Entonces, el clic de la cámara del móvil nos indicó que la foto estaba hecha.

Y subida al instante, sin permiso, sin filtro, con un texto que mi hermana, mi querida hermana, iba diciendo mientras lo tecleaba.

—La CEO y el director de marketing que han dado vida a 'Amanecer'. Brillamos con ellos. #EternaJoya #BrillamosContigo #SergioDirectorSexy #ClaraSuperDiva.

—¡Lucía! —me giré hacia ella— ¡Ni se te ocurra subir eso!

—Tarde, hermanita —dijo riendo—. Ya está subido. Y va a ser *trending topic* también, ya lo veréis —y me hizo un guiño.

Sergio no pudo evitar soltar una carcajada. Yo… resoplé. Y salí del despacho sin mirar atrás.

Cerré la puerta del despacho de Sergio de un portazo suave, como si así pudiera contener el torbellino que se me había formado en el pecho. Caminé de vuelta al mío con pasos firmes, aunque por dentro temblaba. No solo por lo que Sergio me había susurrado, ni por lo que había provocado con tan solo rozarme la espalda.

Era por todo.

Por el éxito. La tensión. La foto. Él, siempre él.

Cuando entré en mi despacho, me dejé caer en la silla con un suspiro. Me llevé una mano a la frente y solté una risa nerviosa. ¿Cómo podía tener tanto control frente al equipo y tan poco frente a él?

Unos segundos después, la puerta se abrió sin previo aviso. Y, cómo no, Lucía entró como un huracán.

—¿Qué? —pregunté, antes de que dijera nada.

—Que el director de marketing tiene un buen repaso, Clara —dijo con una sonrisa pícara, apoyándose en el borde del escritorio—. Me lo comía de postre y repetía tres veces.

—Lucía, por Dios.

—Ay, no me mires así. Sabes que no soy la única que lo piensa. Y tú más que nadie. ¿Has visto cómo te mira?

—Por favor… —Suspiré.

—¿Me vas a decir que no quieres volver a acostarte con él? Porque si lo haces, te juro que te llevamos directa al médico, al loquero, porque la

cabeza no te funciona bien.

La miré y quise negarlo. Decir que eso estaba enterrado, que lo profesional iba primero, que no era una opción. Pero no me salió una sola palabra.

—Exacto —dijo, como si leyera mis pensamientos—. No digas nada. Lo llevas escrito en la cara. Mira, si no quieres reconocer que ese hombre te hace temblar como el agua congelada de la ducha en enero, estás ciega. Déjate de tonterías y acéptalo: queréis repetir. Los dos. Y si no lo hacéis, se va a notar más que si lo hicierais en medio del pasillo.

—Lucía —interrumpí, con un tono más bajo—. Es un empleado. Mi empleado. ¿Sabes lo que eso significa?

Ella se encogió de hombros.

—Pues despídelo. Y luego te lo tiras tranquila.

—No digas estupideces.

—No es una estupidez. Pero si no vas a hacer eso, prepárate para amargarte la existencia, porque el autocontrol con ese hombre te va a convertir en una gruñona insoportable. Y no te va a aguantar ni Nuria.

Reí, aunque no quería.

—Anda, vete ya —le dije, sin poder esconder una sonrisa—. Eres una impresentable.

Lucía se inclinó y me dio un beso en la frente.

—Y tú, una cobarde encantadora, pero te quiero igual.

Se fue, cerrando la puerta con un golpecito alegre. Y entonces, por fin, me quedé sola.

Y fue ahí, en ese silencio cargado de lo que no se decía, donde me di cuenta de algo importante.

No podía despedir a Sergio. Ni, aunque quisiera. Porque él había demostrado ser un profesional de los pies a la cabeza. Lo que había hecho con la campaña, su visión, su capacidad para unir creatividad, datos, diseño y estrategia… Era un activo para la empresa. Y yo no despedía a mis activos.

Así que solo me quedaba una opción. Aprender a convivir con el deseo. Con la tensión. Con el recuerdo de una noche. Y con la realidad de que no podía tenerlo.

Estaba en esa reflexión cuando el móvil sonó. Lo cogí sin mirar el número, creyendo que sería Nuria, o Iván, o alguna periodista de moda queriendo entrevistarme. Pero no. Era Alejandro.

—¿El de la foto es el de la boda? —preguntó con una curiosidad que nunca antes le había notado en la voz, y yo me quedé en silencio unos segundos.

—Sí —dije al fin—. Es él.

Alejandro soltó una carcajada breve.

—Ya me parecía. Por cómo te mira de reojo. Clara… no va a parar hasta que vuelvas a estar en su cama.

—Vete a la mierda, Alejandro —le solté, aunque no había rabia real en mis palabras.

—Encantado, pero antes, ¿vienes a comer el sábado? Lucas no deja de preguntar cuándo volverá a ver a su tía favorita, que le prometió que vendría pronto.

Mi expresión se suavizó al oír su nombre.

—El sábado estaré encantada. Dile que llevaré su postre favorito.

—Perfecto. Y tráete alguna joya de la nueva colección que te está haciendo famosa.

Colgó antes de que pudiera responder, y me quedé mirando la pantalla, sin saber si reír o llorar.

Famosa. Deseada. Exitosa. Pero todavía, y peligrosamente… perdida.

El día terminó como empezaban las noches que dejaban eco: con demasiadas cosas en la cabeza y un deseo inconfesable que me ardía bajo la piel. Me quedé un rato en mi despacho, mirando a través del cristal cómo algunos del equipo se marchaban, despidiéndose con sonrisas cargadas de satisfacción.

La campaña "Amanecer" había sido, sin duda, nuestro mayor éxito hasta ahora. Y aún estaba creciendo. Todo parecía estar en su lugar.
Menos yo.

Volví a repasar mentalmente lo que me había dicho Sergio: el contacto en Londres, la cadena de joyerías, el interés real en vender nuestras piezas fuera del país. Era más que una posibilidad… Era una expansión. Un salto. El futuro.

Y lo había traído él.

Me apoyé en el respaldo de mi silla, cerré los ojos y dejé que mi mente viajara por caminos que no quería admitir en voz alta. ¿Y si no fuera mi empleado? ¿Y si no hubiera límites? ¿Lo llamaría ahora, solo para volver a sentir su voz cerca de mi oído, su mano en mi espalda, su aliento sobre mi cuello?

Abrí los ojos de golpe. No. No podía tenerlo, pero sí podía desearlo. Y eso dolía más de lo que estaba dispuesta a aceptar.

Justo entonces, el sonido de una notificación me sacó del ensueño. Era un mensaje de Lucía, acompañado por una captura de pantalla.

Lucía: *Alucina… '#SergioDirectorSexy' acaba de alcanzar dieciocho mil menciones en menos de tres horas. ¿Estáis preparados para lo que habéis provocado?*

Me llevé las manos a la cara. No. No lo estábamos. Y lo peor era que una parte de mí lo disfrutaba.

Me levanté para apagar la luz cuando mi móvil volvió a vibrar. Esta vez era una notificación de Instagram. Cientos de ellas, en realidad. Reacciones a la foto que Lucía había subido con comentarios como: "¿Ella y él? Puro fuego". "Qué dúo más sexy y poderoso". "Objetivos de empresa y de pareja". "¿Esta CEO existe o es un personaje de película?"

Me froté las sienes, suspirando. Tenía que parar esto, lo sabía. Aunque, en realidad, no quería.

Capítulo 22



Sergio

Esa noche el edificio estaba casi en silencio. Podía oír, a través del ventanal, el murmullo lejano de la ciudad apagándose poco a poco mientras el reloj en mi pantalla pasaba de las once. Llevaba más de doce horas metido en el despacho, repasando contratos y cerrando números, y, aun así, mi mente no dejaba de divagar. Sobre ella. Sobre Clara.

Tenía ese efecto. Entraba en mi cabeza como una tormenta y se quedaba ahí, revolviéndolo todo. Y desde que Lucía subió esa foto a su perfil por la mañana, una imagen que apenas duró unos minutos antes de hacerse viral entre los clientes, proveedores, empleados y hasta algunos medios, no había dejado de pensar en lo que eso significaba. En lo que podía significar.

Estaba terminando de enviar un último correo cuando escuché un golpe suave en la puerta, casi una advertencia. Levanté la mirada justo cuando Clara la empujaba y asomaba la cabeza.

—¿Puedo pasar?

Asentí sin decir nada. Llevaba puesta una chaqueta fina negra, ajustada, y el cabello recogido de esa forma que dejaba a la vista su cuello. Ese cuello que tantas veces había mirado sin poder tocar.

Cerró la puerta tras de sí con un clic seco. Caminó hasta el centro del despacho, con pasos firmes, pero algo tensos. Tenía el rostro serio.

—Tenemos que hablar —dijo, y me recosté en el respaldo de mi silla, cruzando los brazos.

—¿Sobre qué?

—La foto. Los comentarios. Todo esto se está saliendo de control, Sergio.

Suspiré, me levanté y me acerqué a la mesa donde había dos vasos y una botella de whisky. Serví uno para mí y le ofrecí otro. Negó con la cabeza.

—Lucía la subió con esos hashtags que no me parecían bien. Y no es solo lo que la gente está diciendo… Es que ahora ya no hablan de la empresa, sino de nosotros.

—Y eso, créeme, no es necesariamente algo malo —respondí, bebiendo un sorbo mientras la observaba—. He visto este patrón antes. Cuando una marca tiene una historia detrás, cuando las personas se involucran emocionalmente… las ventas suben.

Ella frunció el ceño.

—¿Estás sugiriendo que aprovechemos esto? ¿Que dejemos que hablen?

—Estoy sugiriendo que no lo frenemos. Que, por una vez, dejemos que las cosas fluyan. ¿Sabes lo que comentan? Que hacemos una pareja perfecta.

Vi cómo su cuerpo se tensaba, cómo sus labios se apretaban con fuerza. La tensión entre nosotros era como un cable eléctrico, tirante, esperando que alguien lo cortara y todo explotara.

Me acerqué despacio. No dije nada. Solo rodeé su cintura con mis manos, sintiendo cómo su respiración cambiaba al instante. La miré. Clara tenía esa forma de estremecerse que decía más que cualquier palabra. Lo sentía en mis dedos.

—Sergio... —dijo en un susurro con voz temblorosa— No... no lo hagas.

—¿Qué no quieres que haga? —pregunté, sabiendo perfectamente a qué se refería.

Sus ojos se encontraron con los míos. Oscuros, encendidos.

—Lo que estás pensando —contestó, y sonreí levemente.

—Estoy pensando en muchas cosas —murmuré, acercando mis labios a los suyos—. Y deseo hacerlas. Todas —y la besé.

No fue un beso tímido ni medido. Fue un beso como los que uno se guardaba durante semanas, como una urgencia contenida que por fin se liberaba. Sus labios eran fuego y sus manos primero me empujaron, pero luego me buscaron. Una fue a mi cabello, tirando con fuerza. La otra bajó a mi camisa, desabrochando el primer botón con ansiedad.

Su cuerpo se pegó al mío. Nos besábamos como si el mundo fuera a acabarse esa noche, como si nos hubiéramos prometido romper todas las reglas solo por un instante.

Le quité la chaqueta con rapidez y ella me ayudó a quitarle los botones a mi camisa. Mis dedos bajaron por su espalda mientras nos devorábamos entre gemidos ahogados, hasta que ya no hubo más espacio entre nosotros. Solo deseo.

Las manos de Clara eran urgentes, como si de repente todo lo contenido estallara sin control. La tensión que arrastrábamos desde hacía semanas había encontrado un punto de fuga, y era esa habitación. Ese momento. Ese jueves en que ya no podíamos fingir más.

Desabroché su vestido sin cuidado, mientras ella me sacaba la camisa como si quemara. Su sujetador cayó al suelo en segundos. Tenía el cuerpo más hermoso que había visto jamás, y lo peor, o lo mejor, era que ya lo sabía. Había imaginado tantas veces ese instante que tocarla era como cumplir una fantasía obsesiva. Una necesidad física, urgente y violenta.

La levanté con facilidad y la senté sobre la mesa del despacho, empujando todo lo que había encima sin pensar. Papeles, informes, el portátil. Todo voló y cayó al suelo.

Ella jadeó, nerviosa y con los ojos muy abiertos, pero no me detuvo. Me miró, y eso bastó. Se aferró a mí, atrayéndome entre sus piernas mientras mis labios recorrían su cuello, su clavícula, sus pechos. Se estremecía bajo mi lengua, sus gemidos quedaban atrapados en mi oído, y cada sonido suyo era gasolina que prendía aún más el fuego que me consumía.

—No pares —susurró de repente, con la voz entrecortada—. No pares, Sergio… por favor.

Sostuve su rostro con ambas manos y la besé otra vez, salvaje, mientras mis caderas se apretaban contra las suyas. La necesitaba. La deseaba con una fuerza casi brutal. Ella me bajó la cremallera del pantalón sin dejar de besarme, y su mano me tocó con torpeza, con ansiedad. Casi perdí el control.

Mis dedos bajaron por su abdomen hasta su tanga, deslizándolo hacia abajo con desesperación. No había elegancia en nuestros movimientos, solo hambre. Clara se levantó un momento para ayudarme a quitárselo y luego volvió a sentarse sobre la mesa, ya desnuda, vulnerable y perfecta. Su piel temblaba.

Me miró con una mezcla de miedo, deseo y rendición.

—¿Estás segura? —pregunté, con la respiración entrecortada.

Ella no respondió, solo me besó. Con fuerza. Con necesidad. Con esa urgencia que tenía tanto de rabia como de deseo.

Nos unimos en un solo movimiento rápido, fuerte, profundo y adictivo. Clara gimió alto, agarrándose a mis hombros con fuerza. Se arqueó contra mí, completamente abierta, completamente entregada. Cada embestida era una maldición y una bendición. El escritorio crujía bajo nosotros, y, aun así, nada podía detenernos.

La sujeté de la cintura y me moví con ella, hundiéndome una y otra vez mientras nuestras bocas se buscaban, nos mordíamos y nos decíamos cosas que no recordaba del todo. Palabras sueltas. Malditas. Deseadas.

—Dios, Clara… —jadeé contra su cuello— No sabes cuánto te he deseado.

—Lo sé —murmuró entre gemidos, apretando sus piernas alrededor de mí —. Yo también… desde hace tanto…

Su voz se entrecortaba. Estaba cerca. Lo sentía. La llevé al límite con movimientos rítmicos, profundos, hasta que la oí romperse del todo. Gritó mi nombre en un orgasmo intenso, apretándose contra mí, temblando y arañándome la espalda.

Y eso me llevó al borde.

Empujé una última vez, profundo, dejándome ir con un gruñido que quedó atrapado en su boca, mientras la besaba con fuerza. Todo mi cuerpo se tensó y luego cayó sobre el suyo, sudoroso, temblando.

Permanecimos así, abrazados, respirando con dificultad. Su piel pegada a la mía, su perfume clavado en mi garganta, y el mundo se detuvo.

Quería quedarme así. Con ella. Solo con ella.

Me incorporé levemente y la besé otra vez. Un beso lento en esa ocasión. Como si pudiera convencerla de quedarse en ese instante para siempre.
Pero ella apartó el rostro.

—No debía pasar —dijo en voz baja, y me dolió más que cualquier golpe —. No debía pasar, Sergio. Prometimos que esto… que sería solo profesional.

Me alejé un poco, pero no me vestí. Me quedé ahí, observándola mientras se bajaba de la mesa y buscaba su ropa con prisa, evitando mi mirada.

—Llevo semanas conteniéndome —dije, con la voz ronca por el momento que habíamos vivido, respirando aún con dificultad—. Me estoy volviendo loco. Tú me vuelves loco. Te deseo a cada jodido segundo del día. Y si no quieres que esto vuelva a pasar, vas a tener que despedirme tú. Porque yo no voy a marcharme. No voy a renunciar a ti.

Ella se detuvo al oír eso. Me miró y vi que había lágrimas en sus ojos, pero se las tragó. Terminó de vestirse sin decir nada, recogió su bolso y fue

hacia la puerta.

Antes de salir, se volvió un instante. Dudó. Quise que dijera algo. Que regresara. Que me mirara como me había mirado hacía apenas unos minutos, cuando solo existíamos ella y yo.

Pero no lo hizo. Se fue, dejándome solo, desnudo, con el cuerpo aun ardiendo por ella.

Y, aun así, lo supe: Clara sentía lo mismo. Solo estaba huyendo de lo que quería, luchando contra lo que deseaba por encima de lo que creía que debía hacer.

Me quedé allí, en medio del despacho, con la ropa a medio poner, rodeado de papeles en el suelo y el aire aún cargado con su olor. Todo en esa habitación hablaba de ella: la piel marcada en la mesa, el perfume que había dejado al irse, el leve calor que aún sentía en las manos.

Pero ya no estaba.

Cerró la puerta tras de sí y el sonido fue como un disparo seco en la noche. Un recordatorio brutal de que aquello, para ella, no había sido más que un error, una ruptura del pacto.

Para mí, había sido otra cosa. Algo que ya no podía deshacer.

Me pasé las manos por el rostro, respiré hondo y traté de volver a centrarme, pero era imposible. Tenía el cuerpo sacudido y el pecho hecho un nudo. El deseo no se había ido, seguía ahí, arañando desde dentro, reclamando más.

La había tenido, por fin, y, sin embargo, ahora la sentía más lejana que nunca.

Me senté en el sillón, con el torso desnudo y el corazón latiendo como si acabara de correr una maratón. Encendí un cigarro, aunque hacía años que no fumaba. Algo tenía que ocupar el vacío que ella había dejado al irse, y pensé en sus palabras. “No debía pasar”.

Mentira. Ella también lo había querido. Lo supe en la forma en que me besó, en cómo se aferró a mí, en el modo en que me suplicó que no parara. Aquello no era una equivocación, era una verdad que llevaba demasiado tiempo encadenada, y que ahora se había liberado con violencia.

Apagué el cigarro en el borde del escritorio. Me vestí lentamente, sin prisa, como si cada prenda fuera una condena que me obligaba a volver a ese papel de jefe de algunos, de empleado, de directivo, de hombre calculador. Pero ya no me sentía nada de eso.

Me sentía de ella.

Y lo peor era saber que, al día siguiente, en cuanto cruzara la puerta de la oficina, Clara iba a fingir que nada había pasado. Lo sabía. Iba a evitarme, a

tratar de enterrar lo que habíamos hecho como si fuera una debilidad. Como si desearse tanto fuese un fallo profesional.

Me recosté en el sillón con la mirada fija en el techo. No podía quitarme de la cabeza la forma en que dijo: “prometimos que sería solo profesional”. Como si nuestras reglas fueran más importantes que lo que sentíamos. Como si fuera posible seguir fingiendo.

¿Y si, sí podía? ¿Y si ella era capaz de olvidarlo? Porque yo no. No podía. No quería. La deseaba demasiado.

Y no solo eso: la necesitaba. Su fuerza, su genio, su voz cuando discutía una estrategia, incluso cuando me corregía frente a los demás. Me encantaba que no me tuviera miedo, que me hablara como si fuera su igual… y luego ver cómo se derretía cuando la tocaba.

Tenía la imagen de su cuerpo grabada en la mente. La forma en que se arqueaba. El sonido exacto de su respiración cuando la hice llegar. No iba a poder borrar eso, aunque lo intentara. Ni quería.

Esa noche no dormí, di vueltas en la cama hasta las cinco de la mañana, y a las seis ya estaba en la oficina. Como un maldito adicto que quería volver al lugar del crimen, solo para ver si quedaba algo de lo que fue.

A las ocho, escuché sus pasos en el pasillo. Mi despacho tenía la puerta entornada y fingí revisar un contrato mientras ella pasaba de largo. No se detuvo. No me miró. Iba vestida de negro y se veía más fría. Más rígida. Como si llevara una armadura encima.

Y, sin embargo, sus dedos temblaban cuando tecleó su contraseña en el ordenador. Lo vi desde la rendija. Lo supe: no estaba bien, no tan firme como quería aparentar.

Pero jugaba a resistirse. A fingir que lo de anoche no existía. Y yo… yo ya no sabía si podía seguir ese mismo juego.

Por la tarde, cuando Olga vino a pedirme unos documentos, le pregunté con disimulo.

—¿Clara ha dicho algo de la reunión del lunes?

—No, pero pidió que me asegurara de que no la incluyas en ninguna presentación conjunta por ahora.

Por ahora… El golpe fue más fuerte de lo que quise admitir.

Así que ese era su primer movimiento. Alejarse. Evitarme. Encerrarse en su muro de jefa responsable y fría. No iba a darme una entrada fácil. Ni una palabra. Ni una mirada.

Me pasé el resto del día sin poder concentrarme. Cada maldito archivo en la pantalla tenía su cara incrustada. Cada palabra en los informes me parecía hueca. Todo me parecía irrelevante comparado con la certeza de que ella estaba allí, al otro lado del pasillo, sintiéndome igual que yo a ella y, aun así, fingiendo que no.

Era una guerra silenciosa. Una en la que solo uno de los dos podía rendirse primero. Pero yo no pensaba rendirme.

Ya había cruzado una línea, sí, pero no me arrepentía. Si volviera atrás, lo haría mil veces y no solo por cómo me había hecho sentir físicamente, sino por lo que eso decía de nosotros: que estábamos vivos. Que esto era real. Que no era solo deseo.

No sabía qué haría ella después. Si decidiría despedirme o ceder. Si me evitaría hasta reventar o si volvería una noche cualquiera, empujada por ese mismo fuego. Pero sí sabía una cosa.

Si me volvía a buscar, no iba a dejarla escapar. Otra vez no.

Capítulo 23



Clara

Era sábado, y aunque la semana había sido un torbellino de reuniones, e-mails, y decisiones que no siempre quería tomar, me sorprendí a mí misma con una sonrisa en los labios mientras conducía hacia casa de Alejandro. No era exactamente mi lugar favorito, por historia y por costumbre, pero también era donde vivían dos de mis personas favoritas en el mundo: Alejandro y, por supuesto, el pequeño terremoto de ojos enormes que era Lucas.

Aparqué frente a la casa, apagué el motor y respiré hondo antes de bajar del coche. El cielo estaba limpio, de un azul sin manchas, con un sol que calentaba sin agobiar. Julio podía ser inclemente en esta ciudad, pero ese día parecía hacer una excepción para nosotros.

Toqué el timbre, aunque sabía que Lucas me estaría esperando detrás de la puerta.

—¡Tía Claraaa! —gritó, antes de que el zumbido resonara. La puerta se abrió de par en par y un torbellino humano se lanzó a mis brazos.

—¡Hola, mi amor! —reí, atrapándolo en un abrazo apretado.

Lucas me rodeó con sus bracitos flacos y me llenó la cara de besos ruidosos, de esos que sonaban más que besaban.

—¡Te he echado de menos! ¡Mucho! —dijo, apretándome fuerte.

—Y yo a ti, enano. No sabes cuánto —le di un beso en la frente y él se abrazó a mí con aún más fuerza.

Me emocionó. Siempre lo hacía. Pero había algo diferente en la forma en la que me miró justo después, con esos ojos llenos de verdad.

—Clara... yo te quiero mucho. Muchísimo.

Me quedé en silencio un instante y sentí un nudo en la garganta. Le acaricié el pelo, deseando que pudiera entender cuánto significaban esas palabras para mí.

—Y yo a ti, pequeño. Más de lo que imaginas. —Le besé otra vez en la frente.

Elena apareció en la puerta, con su sonrisa cálida de siempre y una mirada cómplice.

—Al final acabaré teniendo celos —bromeó.

Me reí, igual que Alejandro, que salió de la cocina con una bandeja en las manos y una ceja arqueada.

—Te lo tengo dicho, Elena. Clara tiene ese imán —dijo, guiñándome un ojo.

—Lo que tengo es un pequeño admirador encantador —dije, dándole otro beso a Lucas antes de soltarlo.

Entré en la casa, ese lugar que todavía me resultaba familiar a pesar del tiempo. Seguía oliendo igual, a café, a pan recién hecho y a hogar. Elena había decorado todo con un gusto cálido, elegante, sin pretensiones. Las paredes tenían ahora fotografías nuevas, cuadros con tonos suaves, y la lámpara de la entrada, esa que tanto odiaba, milagrosamente ya no estaba.

—La tiré —me dijo Elena al ver mi mirada—. Sabía que algún día vendrías y no quería provocar un drama innecesario.

—Te amo por eso —dije, riéndome.

Nos fuimos a la terraza del jardín, donde ya estaba preparada la mesa. Todo era tan sencillo y a la vez tan perfecto. Elena y Alejandro funcionaban como un engranaje afinado: ella ponía la belleza y él el caos simpático. Y Lucas… Lucas era la mezcla perfecta de ambos, con una dosis extra de alegría que no sabía de dónde había salido.

—¿Cómo va la nueva campaña? —preguntó Alejandro, mientras servía unas cervezas sin alcohol.

—Va muy bien, de hecho, mucho mejor de lo que esperaba —respondí, sentándome junto a Lucas, que se aferró a mi brazo como si fuera un peluche.

—Tanto que en la clínica varias enfermeras me están preguntando si pueden hacerte encargos —añadió Elena, mientras se sentaba frente a mí—. De verdad, Clara, están encantadas. Dicen que es elegante, diferente… fresco.

Sonreí, sintiendo cómo se me encendía algo en el pecho.

—Entonces creo que te va a gustar esto. —Saqué una caja rectangular de mi bolso y se la di.

—¿Qué es? —preguntó Elena con curiosidad.

—Ábrela.

Cuando lo hizo, sus ojos se iluminaron. Dentro, había un conjunto de pendientes y pulseras con estrellas de mar en color azul turquesa, unas de las piezas más delicadas y especiales de la nueva colección.

—Clara… Es precioso. Me encanta —se levantó para abrazarme con fuerza—. De verdad, ¡gracias!

—Es solo una muestra. Eres parte de esto, Elena. Gracias a ti y a Alejandro por apoyarme siempre.

Y nos quedamos allí sentados, disfrutando de la fideuá que había preparado Alejandro, charlando como siempre y escuchando a Lucas, que pedía que ese año, por favor, le llevaran a Disney por vacaciones en vez de a la playa.

Adoraba a ese niño, y lo quería con locura; nadie se hacía una idea de cuánto.

—Voy por el café y las pastas —dijo Elena cuando acabamos, mientras recogía la mesa—. ¡Lucas, ven a ayudarme, cielo!

—¡Voy! —dijo, saliendo disparado, pero no sin antes darme otro abrazo rápido.

Cuando se fueron, el ambiente cambió ligeramente. No incómodo, pero sí más íntimo. Alejandro me miró de reojo mientras daba un trago a su cerveza.

—¿Y Sergio?

Lo miré, entre divertida y resignada.

—¿Qué pasa con Sergio?

—Solo digo que se nota que ese hombre sabe lo que quiere. Y que no va a parar hasta conseguirlo.

Me crucé de brazos, suspirando.

—El jueves por la noche… volvimos a acostarnos. En su despacho.

Alejandro abrió mucho los ojos y luego soltó una carcajada.

—¿En su despacho? Qué cliché más maravilloso.

—No es gracioso —repliqué, intentando mantener el tono serio, aunque una parte de mí también se reía.

—Un poco sí —dijo, moviendo las cejas—. ¿Fue un error?

—Un tremendo error. Es mi empleado, Alejandro. No debería tener sexo con él.

—Si el problema es que trabaja para ti, despídelo —dijo con sorna.

—¡Otro como Lucía! —me quejé, dándole un leve manotazo en el brazo, y él volvió a reír.

—Siempre me cayó bien tu hermana. Piensa como yo.

—No tiene gracia. Eres mi exmarido; se supone que deberías ayudarme a ser responsable.

—Es lo que estoy haciendo —dijo con tranquilidad—. Te estoy ayudando a entender que no estás cometiendo ningún pecado. ¿Sexo con un hombre que te gusta? ¿Y que trabaja contigo? No importa si es tu empleado o el rey de España. Ese hombre está donde está porque se lo ha ganado. La campaña habla por sí sola. No está contigo para "trabajarse a la jefa".

Resoplé, negando con la cabeza.

—A la mierda —dije, entre risas.

—Eso es. Mándame a la mierda, pero ríete mientras lo haces. Piensa menos, Clara. Déjate llevar un poco más y no seas tan tonta de no salir con él por el qué dirán. Vive tu vida. Sé feliz. Quiero verte feliz, por fin.

Me quedé callada unos segundos, mordiéndome el labio. Había algo en sus palabras que me tocaba profundamente. Me conocía demasiado bien.

En ese momento, Elena y Lucas regresaron con la bandeja del café y las pastas. La energía en la terraza volvió a subir como una ola. Lucas se subió a mi regazo con una galleta en la mano, hablándome de una serie de dibujos que yo apenas conocía, haciéndome reír a carcajadas con sus ocurrencias.

—¿Y sabes qué? Cuando sea mayor, voy a ser inventor. Y voy a hacer un coche que huela a chocolate.

—Prométeme que me darás uno de regalo —le dije.

—Te lo regalo todo —respondió con seriedad, tocándome la nariz.

Y entonces me abrazó otra vez, como si pudiera fundirse conmigo. Y por un momento, lo sentí mío. No por la sangre, sino por todo lo demás.

Después del café, me despedí con un abrazo fuerte para cada uno. Lucas me siguió hasta la puerta y me dio un último beso en la mejilla.

—No tardes mucho en volver —me susurró.

—No lo haré, prometido.

Salí de la casa con una mezcla de emociones. Alejandro tenía razón. Pensaba demasiado. Quizá era momento de dejarme llevar. Me subí al coche y conduje en silencio. Pensé en escribir a Sergio. En llamarlo. Proponerle una cena. Pero no lo hice. Solo conduje hasta mi casa, esperando no pensar en él durante todo el fin de semana.

El domingo amaneció con una pereza dulce. De esas mañanas en las que el cuerpo parecía pedir una tregua y la mente solo quería flotar entre sábanas suaves y pensamientos vagos, pero no fue así. Me desperté temprano, con el recuerdo del día anterior todavía flotando en mi cabeza como una nube de algodón. La risa de Lucas, las bromas de Alejandro, el brillo en los ojos de Elena al abrir la caja. Y esa conversación, esa que me había dejado dándole vueltas a todo.

Desayuné sin ganas, con un café demasiado cargado y tostadas que olvidé en la tostadora. Me propuse no pensar en Sergio, pero era como intentar no pensar en un elefante rosa. Estaba ahí, en cada rincón de mi mente. Cada vez que miraba el móvil, cada vez que me distraía mirando por la ventana. Incluso cuando intenté ver una serie, su cara apareció en mi cabeza en cuanto el protagonista se quitó la camisa.

Suspiré.

—*Piensa menos, Clara* —me repetí las palabras de Alejandro, mientras fregaba los platos—. Vive un poco. Déjate llevar.

Era fácil decirlo. Alejandro siempre había sido así: espontáneo, despreocupado, valiente hasta la imprudencia. Yo, en cambio, analizaba cada paso como si me fuera la vida en ello. Y quizás por eso nuestras vidas tomaron caminos distintos.

Por la tarde salí a caminar. El parque estaba lleno de familias, bicicletas, y ese aroma a verano que solo se sentía en julio. Vi a un niño que corría detrás de una pelota y pensé en Lucas. Me imaginé su risa, sus pies descalzos, sus abrazos que curaban más que cualquier medicina. Y sonreí. Me sorprendió cuánto podía amar a alguien que no había parido, pero que sentía tan mío.

Volví a casa con los pies cansados y la mente algo más despejada. Me serví una copa de vino blanco, puse música suave y abrí el portátil. Quería revisar algunos comentarios sobre la campaña. Los datos eran claros: estábamos teniendo un éxito rotundo. Las cifras de ventas, las menciones en

redes sociales, los correos pidiendo más piezas, más colores, más… de todo. Y sí, mucho de ese mérito era mío, pero también de Sergio.

Pensar en él era inevitable.

Me acordé de la noche del jueves. La forma en que me miró cuando estábamos solos en su despacho. Sus manos en mi cintura, su voz grave, contenida. La manera en que me acarició el cuello como si me conociera de toda la vida. Me estremecí.

Cerré el portátil de golpe.

—Basta —me dije casi gritando.

Porque tenía que olvidarme de él, porque tenía que dejar de pensar en lo que pasó y no podría ser. Porque él era mi empleado.

Pero no era tan simple. No podía apagar mi mente como apagaba el portátil, porque a cada segundo del día su imagen me venía a la cabeza. Porque, aunque no quisiera admitirlo, en el fondo sabía lo que sentía por ese hombre, y no iba a poder dejar de sentirlo tan fácilmente.

Capítulo 24



Sergio

No esperaba esa llamada. Era sábado, cerca del mediodía, y estaba en casa, con una taza de café frío y la cabeza todavía atascada en lo que pasó con Clara el jueves por la noche. No podía sacármela de la cabeza. Ni a ella, ni a lo que compartimos. Esa forma de tocarme con rabia, con deseo, como si el mundo se fuera a acabar. Y luego… su huida. Como si hubiera hecho algo terrible por acostarse conmigo.

El móvil vibró sobre la encimera. El nombre de Iván Moreno parpadeaba en la pantalla. No hablábamos desde hacía años, desde los días de universidad, cuando compartíamos cafés baratos, proyectos a medias y muchas noches sin dormir. Me extrañó tanto verlo, que tardé en contestar.

—¿Iván? —dije al descolgar, con la sorpresa aún instalada en mi voz.

—Sergio. Joder, cuánto tiempo —respondió con esa voz ronca que siempre tuvo, como si acabara de salir de una cueva.

—¿Todo bien?

—Sí, sí, tranquilo, no te llamo por nada personal. Bueno, sí… a ver. Es algo que me ha llegado por otro lado. Pensé que deberías saberlo.

—¿De qué hablas?

—De la empresa en la que trabajas. *Eterna Joya*, ¿no?

—Sí —dije, con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa?

—Mira, no quiero armar líos, ni estoy acusando a nadie, pero me comentaron algo y, siendo tú parte del equipo, pensé que querrías comprobarlo tú mismo antes de que la cosa vaya a más.

—¿Ir a más? —Me apoyé contra la encimera, ya con la espalda tensa.

—Se dice —bajó un poco la voz— que esa empresa está vendiendo imitaciones como si fueran piedras preciosas auténticas. Que las piezas se ofrecen como naturales, certificadas, pero son falsas. Bien hechas, pero falsas.

Me quedé unos segundos en silencio. Sentí cómo se me revolvía el estómago.

—Eso no tiene sentido. Yo mismo he visto los certificados de autenticidad. Cada piedra que entra en el taller viene con su documento.

Clara es escrupulosa con eso. No hay posibilidad de que se haga algo así.

—Solo te digo lo que he oído. No puedo confirmar nada, pero si fuera cierto… tu jefa se enfrenta a algo serio. Demandas, reputación hundida, incluso consecuencias legales.

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunté, más por reflejo que por intención real de saber.

—No puedo decirte más, Sergio. Me lo dijeron en confianza. Solo quería advertirte.

—Vale. Gracias. Lo investigaré —dije, aunque sentí que se me encogía el pecho.

—Hazlo, porque si tú no lo haces, lo hará alguien más. Y puede que sea más tarde de lo que crees.

Colgó y me quedé mirando la pantalla como si todavía pudiera sacar más palabras de ella. Luego dejé el móvil sobre la encimera y agarré las llaves del coche. Necesitaba respuestas.

El taller estaba silencioso cuando llegué. Era sábado, pero sabía que Ismael solía ir a veces, aprovechando la soledad y el silencio para organizar pedidos o terminar pulidos. Lo encontré en la mesa del fondo, con una lupa en un ojo y una pequeña esmeralda entre los dedos.

—¿Sergio? ¿Todo bien? —preguntó sorprendido al verme allí.

—¿Tienes un momento? Necesito ver los certificados de autenticidad. Todos. Quiero revisar las piedras que entran aquí antes de ser trabajadas.

Me miró extrañado, pero no protestó.

—¿Pasa algo?

—Nada grave… espero. Solo necesito asegurarme de algo.

Ismael asintió y se levantó sin más preguntas. Sacó tres carpetas grandes de un archivador metálico y las llevó a la mesa central. Estaban ordenadas por fechas, con cada lote de piedras acompañado de su certificado correspondiente. Piedras de la India, Brasil, Sri Lanka, Madagascar… todas con papeles firmados, sellados, perfectamente en regla.

—¿Alguna vez hemos trabajado con algo que no estuviera certificado? —le pregunté mientras pasaba hojas.

—¿Cómo? No, jamás. Todo lo que entra aquí viene con sus documentos. Si una piedra no trae su certificación, no la aceptamos. Clara fue clarísima con eso desde el principio.

—¿Y los metales?

—Oro de 18 quilates, plata de ley de 925 milésimas, platino. Siempre comprados a los mismos proveedores. ¿Quieres ver los albaranes?

—Sí.

Sacó otro archivador y me mostró facturas, documentos de procedencia y pruebas de calidad. Todo en orden. Todo como debía ser.

—¿Por qué me preguntas esto? —cuestionó al fin.

—Me ha llegado un comentario. Un rumor. Alguien dice que vendemos imitaciones como si fueran auténticas.

Ismael se quedó en silencio unos segundos. Luego negó con la cabeza.

—Eso es mentira. No sé quién está diciendo eso, pero se equivoca. Aquí no trabajamos con basura.

Asentí, pero la inquietud seguía ahí, en la base del estómago.

—Gracias, Ismael. Has sido muy claro.

—¿Vas a hablar con Clara?

—Aún no, primero quiero asegurarme de todo.

Salí del taller con una sensación de alivio parcial. Nada apuntaba a un problema interno, pero el simple hecho de que alguien hablara de ello me revolvía. Así que decidí hacer otra parada antes de volver al despacho.

—Tomás, ¿tienes un momento?

—Claro —respondió el jefe de atención al cliente mientras guardaba unas cajas en una estantería—. ¿Qué necesitas?

—¿Alguna vez has recibido quejas sobre la autenticidad de nuestras joyas?

—¿De clientes?

—Sí. ¿Alguno que haya dicho que la piedra no era real? ¿O que algo no coincidía?

—No, nunca. Y no te lo digo por decir. Tengo acceso a todos los formularios de contacto y las respuestas en redes sociales. Si alguien tuviera dudas, lo sabríamos.

—¿Y las respuestas en general?

—Excelentes. ¿No has visto las redes? Hay vídeos de *unboxing* por todas partes. Clientes contentos, etiquetándonos, hablando maravillas. Mira — sacó el móvil y me mostró varios reels recientes. Clientes sonriendo,

abriendo cajitas, llorando de emoción incluso—. Y eso no lo finges. Esa emoción es real.

—Gracias, Tomás.

Me fui hacia mi despacho con la cabeza dándome vueltas. Me senté en la silla y me quedé mirando el escritorio. Todo parecía estar en orden. Todo. Así que, ¿qué demonios estaba pasando?

Suspiré y saqué el móvil justo cuando este vibró. Era David.

—¿Cómo va todo, tío? —preguntó con su energía habitual.

—Bien, supongo.

—He visto que la campaña está siendo un éxito. ¡Enhorabuena! Clara tiene que estar flipando.

—Sí. Está funcionando. Mucho más de lo esperado.

—¿Y tú? ¿Cómo te va con la jefa? —curioseó, y me quedé en silencio unos segundos.

—Nos volvimos a acostar el jueves —confesé al fin—. En mi despacho.

—¿Y?

—Y luego salió corriendo como si hubiera matado a alguien.

David soltó un suspiro.

—Paciencia, Sergio. Es Clara. Tiene un caos emocional encima y tú lo sabes. Pero está claro que te desea, que siente algo.

—Estoy teniendo toda la paciencia del mundo —dije con un suspiro—, pero me estoy volviendo loco. No dejo de pensar en ella. La deseo como no he deseado a nadie en mi vida.

—Entonces espera. No la presiones. Dale tiempo.

—Lo intento —respondí, y hubo una breve pausa. Luego decidí contarle lo que había llegado a mis oídos—. Me ha llamado un antiguo compañero de la universidad. Me ha dicho que alguien está diciendo que *Eterna Joya* vende imitaciones como si fueran auténticas. Piedras falsas.

—¿Qué? Eso es imposible. Clara nunca haría algo así.

—Ya lo sé. Pero Iván, mi compañero, sonaba convencido. Me dijo que investigara. Que, si era cierto, Clara podría enfrentarse a demandas serias.

David se quedó en silencio un momento.

—¿Le has preguntado si puede conseguir más información?

—No, pero es buena idea.

—Hazlo. No puedes ir con esto a Clara sin estar seguro. Ella confía en ti.

—Vale. Te llamo luego.

Colgué y llamé a Iván al momento.

—¿Puedes conseguirme más información? Algo más concreto. Un nombre, una fuente, lo que sea.

—Haré lo que pueda. No prometo nada, pero moveré un par de hilos.

—Gracias. Te debo una.

Colgué. Me quedé un momento mirando la pantalla del móvil, luego abrí el portátil y comencé a teclear.

"Eterna Joya estafa". "Eterna Joya fraude". "Eterna Joya piedras falsas".

Nada. Solo comentarios positivos, reseñas de cinco estrellas, artículos de revistas de moda, vídeos, testimonios de *influencers*. Todo brillante, todo en orden.

Suspiré con fuerza.

No tenía sentido. Sabía que Clara no era así. La conocía. Sabía lo que significaba para ella la integridad, la excelencia en el trabajo. No vendería imitaciones. No engañaría a nadie.

Pero entonces, ¿por qué alguien estaba diciendo lo contrario?

Pasé el resto de la tarde revisando documentos internos. No era parte de mis funciones, lo sabía, pero no podía quedarme de brazos cruzados. Me movía una mezcla de nerviosismo, rabia y una extraña necesidad de proteger a Clara, aunque ella ni siquiera supiera que había un peligro rondando.

Tenía que saber si algo se me había escapado.

Revisé correos, informes de compras, contratos de proveedores. Todo parecía sólido. Impecable. Más de una vez me sorprendí admirando la estructura que Clara había construido: meticulosa, elegante, ética. Cada paso, cada producto, cada detalle. Su mano estaba en todo, incluso en lo que no tocaba directamente.

Y cuanto más revisaba, más me convencía: esa acusación era absurda. Malintencionada o mal informada, pero absurda.

Aun así, algo en mí se resistía a dejarlo pasar.

Miré el reloj. Pasaban de las ocho. El despacho estaba vacío, como casi todos los fines de semana, pero el silencio me servía para pensar.

Cogí el móvil y abrí el chat con Clara.

"¿Estás bien?"

Lo escribí. Lo miré. Lo borré. Era una estupidez escribirle solo para saber cómo estaba cuando ni siquiera podía explicarle por qué yo no lo estaba.

Decidí llamar a Noemí, la encargada de control de calidad. Si alguien sabía algo más, si algún pedido había levantado una mínima sospecha en los últimos meses, sería ella.

—¿Sergio? ¿Todo bien? —preguntó tras un par de tonos.

—Perdona la hora. ¿Tienes un minuto?

—Claro, dime.

—Necesito saber si alguna vez has tenido alguna sospecha sobre la autenticidad de las piedras. Aunque haya sido una duda mínima.

—¿Sospecha? —dijo, confundida— No. Jamás. De hecho, tú sabes que yo reviso cada lote con lupa. Literalmente. Y Clara no permite que ni una sola pieza pase si no tiene su validación.

—¿Y algún proveedor que te haya parecido poco fiable?

—No. Hemos trabajado siempre con los mismos. Son de los más reconocidos del sector. Nunca tuvimos ni una queja. ¿Por qué me preguntas esto?

—Es solo por precaución —mentí.

Colgué con un nudo en el estómago. Cada confirmación me daba paz y, al mismo tiempo, me inquietaba más. Si todo estaba tan en orden, ¿de dónde había salido el rumor?

Cogí aire, me serví un café que no necesitaba y me quedé mirando por la ventana. La ciudad se apagaba lentamente mientras mi mente seguía trabajando como una máquina en marcha. No dejaba de pensar en Clara. No solo en la acusación, sino en cómo podría afectar esto a su mundo si fuera cierto, si algo estuviera mal.

Y no lo estaba.

Conocía a esa mujer mejor de lo que había conocido a nadie en mi vida. Y no hablaba solo de su cuerpo, de cómo reaccionaba a mi tacto, de cómo me buscaba con desesperación en las sombras. Hablaba de su ética, de cómo se le iluminaban los ojos cuando hablaba de una nueva colección, de su obsesión por la calidad, por la transparencia, por el prestigio bien ganado.

Esa no era una mujer que vendiera mentiras. Esa era una mujer que vendía belleza honesta.

Entonces, ¿por qué no podía soltarlo?

Quizá porque sabía cómo funcionaba el mundo. No siempre ganaba la verdad. A veces, solo hacía falta un rumor bien lanzado para que todo se viniera abajo. Y no iba a permitir que eso ocurriera. No con ella. No con la empresa. No después de todo lo que habíamos construido.

Revisé el móvil otra vez. Nada de Iván. Ni un mensaje, ni una llamada. Pero lo entendía. Si quería mover hilos, necesitaría tiempo.

Suspiré, me levanté de la silla y comencé a caminar de un lado al otro. La cabeza me iba más rápida que el cuerpo.

Me detuve frente a una de las vitrinas del *showroom*. Allí, bajo la luz precisa y dorada, reposaban varias piezas de las últimas colecciones: anillos con zafiros azules, collares de diseño orgánico con granates, pendientes de ópalos pulidos a mano.

No eran imitaciones. Lo sabía. Podía sentirlo.

Me acerqué más y recordé uno de los primeros días en la empresa, cuando Clara me llevó al taller y me explicó cómo diferenciaban cada gema. Me hablaba como si las piedras respiraran, como si tuvieran alma. Y quizás por eso me enamoré de ella. Porque todo lo que tocaba lo hacía respirar.

Sonreí amargamente.

No, no podía permitir que ese rumor se extendiera. Y aunque todo apuntara a que era una confusión, no iba a parar hasta desmentirlo por completo.

Miré el móvil. Seguía sin sonar. Me senté de nuevo, abrí el buscador y tecleé algo diferente esta vez.

"Falsificaciones joyería alta gama España rumores actualidad"

La mayoría de artículos eran antiguos. Un escándalo en una firma menor en Valencia, otro caso cerrado en Zaragoza… nada reciente. Nada que mencionara a *Eterna Joya*.

Eso me tranquilizó, al menos un poco. Entonces sonó el móvil. Era Iván.

—¿Tienes algo? —pregunté al instante.

—Sí. Te conseguí un nombre. No es oficial, pero es el que se ha estado escuchando entre algunos distribuidores.

—Dímelo.

—*Lombardi & Co***.** Una casa de subastas pequeña en Barcelona. Al parecer, hace un par de semanas alguien entregó una joya que compró en *Eterna Joya*, y uno de los tasadores dijo que la piedra parecía sintética.

—¿"Parecía"?

—Sí. No confirmaron nada, pero ya sabes cómo es esto. Una duda se convierte en una afirmación en cuestión de horas.

—¿Sabes quién fue el cliente?

—No, solo que era una pulsera con esmeraldas. Poca cosa, según me dijeron.

—Gracias, Iván. De verdad.

—Sergio… ten cuidado. Si esto es un ataque, puede ir a más. Y si no lo es… necesitas saberlo cuanto antes.

Colgué y me quedé mirando la pantalla, con el nombre *Lombardi & Co.* dando vueltas en mi cabeza como una campana.

Tenía un nuevo destino. Y muchas preguntas por responder.

Capítulo 25



Sergio

Busqué el número de *Lombardi & Co.* sin perder un segundo. En su web, una página sobria y bien diseñada, aparecía un correo de contacto general y un teléfono directo para consultas de tasaciones. Apreté el móvil en la mano mientras me debatía. Podía mentir. Podía llamar haciéndome pasar por un cliente curioso, por un interesado más. Pero algo dentro de mí se rebelaba. No era así como quería manejar esto.

Respiré hondo y marqué.

—*Lombardi & Co.*, buenas tardes. Le atiende Gloria, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, buenas tardes. Mi nombre es Sergio Herrera. Trabajo en *Eterna Joya*, una empresa de diseño de alta joyería con sede en Madrid. Me gustaría hablar con alguien del departamento de tasaciones. Es… un asunto delicado.

Hubo un silencio.

—Un momento, por favor.

Esperé. Al fondo, se oía el murmullo apagado de un lugar de trabajo elegante, demasiado limpio para pertenecer al mundo real. Finalmente, una voz masculina contestó.

—¿Sí? Soy Álvaro Jiménez, jefe de tasaciones. ¿En qué puedo ayudarle?

Me aclaré la garganta.

—Le llamo porque hace poco llegó a mis oídos un rumor relacionado con una pieza tasada en su casa. Al parecer, una joya supuestamente vendida por nosotros, *Eterna Joya*, fue evaluada por uno de sus expertos, y se planteó que las piedras podrían no ser auténticas.

Y tras unos segundos de silencio que me tuvieron con el alma en vilo, volvió a hablar.

—Ah… ya. Sí. Me suena. Fue una pulsera. El cliente decía haberla adquirido hace unos meses. Era una pieza bastante delicada, con varias esmeraldas pequeñas.

—¿Y qué ocurrió?

—Uno de nuestros tasadores dijo que una de las piedras parecía tratarse de una esmeralda hidrotermal, pero no lo confirmamos. Solo fue un comentario preliminar, antes de la prueba completa. El cliente decidió no continuar con la tasación formal. Se marchó molesto.

Me pasé una mano por el rostro.

—¿Tienen algún informe escrito?

—No. Como no se completó la solicitud, no se generó ningún documento oficial.

—¿Tienen algún modo de saber el nombre del cliente?

—Lo siento, no puedo compartir esa información sin una orden o una petición formal por escrito.

—Lo entiendo —dije, frustrado, pero necesito que sepa algo. He revisado cada lote de piedras que hemos comprado. Cada certificado. Esa pieza, si era nuestra, fue hecha con esmeraldas auténticas. Nunca usamos imitaciones. Nunca.

—Lo sé —dijo el tasador, y sonó sincero—. Conozco vuestra firma. He visto vuestras colecciones. Por eso me sorprendió el comentario de mi compañero. Pero tampoco lo afirmó como hecho. Fue una suposición visual.

—Y ya ve el daño que ha hecho.

—Los rumores se mueven rápido —dijo, con resignación—. ¿Quiere que le avise si volvemos a ver una pieza suya?

—Sí. Le agradecería mucho si me mantiene al tanto.

Colgué con el pecho apretado. No había nada concluyente, pero la simple duda había abierto una grieta.

Y si esa grieta se hacía más grande, Clara sería la primera en pagar el precio.

Encendí el portátil otra vez y abrí el archivo con la ficha de cada pieza vendida en los últimos seis meses. Busqué por tipo: pulseras con esmeraldas. Aparecieron cuatro. Una de ellas, vendida en Barcelona hacía tres meses. Cliente: Raúl Aguilar. No tenía teléfono registrado, pero sí un correo.

Copié la dirección y dudé unos segundos. Luego escribí.

«Estimado Sr. Aguilar.

Me llamo Sergio Herrera y formo parte del equipo de Eterna Joya.
Le escribo porque recientemente surgió un malentendido relacionado con una joya adquirida por usted. Queremos asegurarnos de que todo esté en orden y a su entera satisfacción. Si pudiera ponerse en contacto con

nosotros para confirmar que la pieza cumplió sus expectativas, le estaríamos muy agradecidos.

Quedo a su disposición. Un saludo cordial.
Sergio Herrera.»

Le di a enviar. Me quedé mirando la bandeja de entrada, como si el mensaje fuera a responderse en cuestión de minutos.

Pero nada.

Miré la hora y la imagen de Clara en su casa, recostada en el sofá viendo alguna película, me hizo sonreír. Yo, mientras tanto, me encontraba atrapado entre rumores y la necesidad absurda de protegerla de algo que quizás ni siquiera existía.

Me eché hacia atrás en la silla y cerré los ojos. No sabía en qué momento exacto había dejado de ser solo trabajo. Quizá nunca lo fue.

Quería escribirle. Quería decirle lo que estaba pasando. Pero sabía que ella, con su orgullo de acero, se sentiría traicionada por mi duda, por mínima que fuera.

Así que no lo hice.

Simplemente apagué la pantalla y me quedé en la oscuridad del despacho, solo con mis pensamientos. Solo con ella en mi cabeza.

La mañana del domingo llegó como una carga que no quería soltar. Dormí mal, soñando con vitrinas vacías, joyas que se deshacían en las manos y clientes señalando con el dedo mientras Clara me miraba con decepción desde lejos. Me desperté empapado en sudor.

Me senté en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. La había cagado.

No por investigar, eso era necesario, sino porque no podía ignorar lo que realmente me empujaba: el miedo de verla hundirse. No era profesionalidad. No era solo lealtad. Era algo más profundo y más desordenado.

Era amor, sí. Y también culpa.

Ella había confiado en mí más que en nadie. Me había abierto las puertas de su empresa, de su vida, de su cuerpo. Y yo ahora dudaba. Aunque fuera una duda diminuta. Aunque cada prueba dijera lo contrario.

Encendí el móvil. Nada de Iván. Nada del cliente. Solo un mensaje de David.

David: *¿Alguna novedad?*

Sergio: *Todavía nada. Todo apunta a que fue solo un malentendido, pero sigo dándole vueltas.*

No tardó en contestar.

David: *¿Se lo has dicho a Clara?*

Sergio: *No.*

David: *¿Y por qué no?*

Sergio: *Porque no quiero que piense que no confío en ella.*

David tardó más esta vez. Cuando respondió, lo hizo con una sola frase.

David: *¿Y qué pesa más, tu orgullo o su seguridad?*

Dejé el móvil bocabajo. Esa era la pregunta, ¿no?

Salí a caminar. Era lo único que podía hacer sin volverme loco. Crucé calles que ni miraba, con la mente en otro lugar. Clara. Siempre ella. Su risa. Su forma de apartarse el pelo cuando pensaba. La manera en que se mordía el labio cuando algo no le cuadraba. Su pasión por lo que hacía. Su obsesión por la verdad. Si había una persona incapaz de vender una mentira, era ella.

Y, sin embargo, yo no podía dejar de temer por ella.

Cuando regresé a casa, había un correo nuevo. Raúl Aguilar. Abrí con un clic tembloroso.

«Buenas tardes.

Gracias por escribir. En efecto, adquirí una pulsera con esmeraldas hace unos meses. La llevé a una tasación porque tenía interés en venderla en una subasta local. El tasador dijo que una de las piedras "parecía" sintética. No llegó a confirmarlo y, como no tenía tiempo para seguir con el proceso, no insistí.

Sinceramente, no me molesté. La pieza sigue siendo preciosa, y no tengo ninguna queja. Solo lo mencioné en una conversación con alguien del sector, nada más.

Un saludo. Raúl»

Me dejé caer en la silla con un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. No había intención de perjudicar. Solo un comentario. Una percepción. Y esa percepción se había deformado, había viajado de boca en boca hasta acabar en los oídos de Iván como una posible bomba de relojería.

El maldito efecto dominó.

Cerré el portátil. Estaba claro: no había fraude. No había engaño. Solo una anécdota, una suposición sin confirmar, pero el daño estaba hecho, aunque solo fuera dentro de mí. Porque ahora lo sabía: ni toda la

documentación, ni todos los certificados, ni todas las palabras tranquilizadoras de mis compañeros me habrían calmado si no investigaba hasta el final.

Y ahora tenía que tomar otra decisión. ¿Le decía a Clara lo que había pasado? ¿Le contaba lo cerca que estuve de dudar? ¿O me callaba y protegía su paz como mejor podía?

Me pasé la mano por la cara. Tenía el corazón en guerra. Tal vez fuera mejor decírselo. Tal vez no.

Pero lo que sí sabía era que no podía seguir viendo nuestra relación como una especie de secreto sucio. Como algo que debía esconderse tras la puerta de mi despacho. Quería que me mirara sin miedo. Que no saliera corriendo después de besarme. Que dejara de pensar que estaba haciendo algo mal por desearme.

Quería que me eligiera. O al menos, que no se negara a hacerlo. Abrí el móvil y escribí. *"¿Puedo verte?"*

No me convencía, así que lo borré y volví a escribir. "*Necesito hablar contigo".*

Borré de nuevo. "*¿Estás libre esta noche?"*

Nada me convencía. Nada era suficiente. Volví a dejar el móvil sobre la mesa y me levanté. Me acerqué a la ventana. El cielo estaba encapotado, de ese gris blando que no prometía tormenta, pero sí melancolía.

Me dije que tal vez no era el momento. Que había sido un malentendido y que no tenía por qué cargarla con eso. Pero también sabía que estaba postergando lo inevitable: decirle lo que sentía, con todas las consecuencias.

Y eso, eso me daba mucho más miedo que cualquier rumor.

A las siete de la tarde me rendí. Llevaba todo el día intentando no escribirle, no llamarla, no pensar en ella. Había salido a correr, había limpiado la cocina, había contestado correos irrelevantes solo para mantenerme ocupado.

Pero daba igual. Cada pensamiento terminaba en ella y no quería seguir escondiéndome, ni de mis sentimientos, ni de la posibilidad, por pequeña que fuera, de que algo le hiciera daño. Clara no era cualquier mujer. Clara era la mujer que había desordenado todo lo que yo creía tener bajo control.

Sergio: *¿Estás en casa? Me gustaría verte un rato. Solo para hablar.*

Esperé, y no tardó ni un minuto en llegarme su respuesta.

Clara: *Sí. Vente si quieres.*

No dijo más. No necesitaba decir más.

Agarré las llaves y salí antes de que el impulso se desvaneciera. En el camino, el cielo amenazaba lluvia, pero no llovía. Era como si todo

estuviera en pausa, esperando a que tomara esa decisión que llevaba semanas postergando.

Cuando llegué, Clara abrió la puerta en vaqueros y una camiseta blanca, con el pelo suelto y una expresión difícil de leer. Había algo de sorpresa en sus ojos. Y algo de cansancio también.

—Hola —dije.

—Hola.

Nos quedamos unos segundos en silencio, hasta que ella se hizo a un lado para dejarme pasar.

—¿Quieres algo? ¿Café? ¿Un whisky?

—No. Solo quería verte.

Ella asintió y cruzó los brazos. Nos quedamos de pie en el salón, frente a frente, como si estuviéramos en un campo de batalla invisible.

—¿Qué pasa, Sergio?

—Nada malo —le aseguré—. Al contrario.

—¿Entonces?

Me costó. No por miedo, sino por respeto. Porque lo que iba a decir no era una frase más. Era una verdad, cruda y absoluta.

—He estado pensando mucho en ti.

—¿Y eso es nuevo? —dijo con una sonrisa cansada.

—No. Lo nuevo es que esta vez quiero dejar de pensar y empezar a actuar.

Ella arqueó la ceja y esperó.

—Sé que esto entre nosotros ha sido complicado —continué—. Que tú no quieres cruzar ciertas líneas. Qué crees, que estás haciendo algo mal. Pero no lo estás, Clara. No hay nada sucio en esto. No es un error. Lo que tenemos, lo que pasó entre nosotros, no fue un accidente. Y no quiero seguir escondiéndome. Ni esconderte a ti.

Su expresión se suavizó y bajó los brazos. Sus labios temblaron un poco, pero no dijo nada.

—No te estoy pidiendo que decidas nada ahora —añadí—. Solo quiero que sepas que estoy aquí. Que quiero estar contigo. Fuera del trabajo, del despacho, de las normas. Quiero salir contigo. Quiero invitarte a cenar. Quiero cogerte de la mano sin mirar a los lados.

—Soy tu jefa —me recordó.

—Una jefa muy tentadora.

El silencio volvió, pero era distinto. Más cálido. Más íntimo.

—¿Y si me vuelvo a asustar? —preguntó al fin, en voz baja.

—Entonces esperaré.

Ella bajó la mirada. Luego la subió de nuevo, como si me estuviera estudiando.

—¿Por qué ahora?

Podría haberle contado lo del rumor. Lo de la joya. Lo del miedo a perderla, pero no lo hice.

Porque esto no se trataba de eso.

—Porque no quiero dejar que el miedo me robe algo que podría ser extraordinario —dije, simplemente.

Nos quedamos ahí, frente a frente, sin movernos. Sin romper el momento. Hasta que ella se acercó, muy despacio, y puso una mano en mi pecho.

—Estoy hecha un lío —murmuró.

—Lo sé.

—Pero también pienso en ti. Cada maldito día.

Sentí que el aire volvía a mis pulmones. Que todo lo que no había dicho, todo lo que había callado durante semanas, había valido la pena solo por escuchar eso.

Ella se acercó más. Me apoyé suavemente en su frente.

—No vamos a tenerlo fácil, ¿verdad? —susurró.

—Las cosas buenas nunca lo son —respondí.

Nos quedamos así unos segundos. Sin besos. Sin prisas. Solo el latido del corazón de ella junto al mío.

Y por primera vez en mucho tiempo, supe que todo lo demás podía esperar.

Capítulo 26



Clara

No lo pensé demasiado. Estaba ahí, frente a mí, diciéndome cosas que me habían dejado sin palabras y, por primera vez en semanas, no sentí la necesidad de correr.

Solo sentí que quería alargar el momento.

—¿Te quieres quedar a cenar? —pregunté, con la voz un poco más suave de lo normal— Podemos pedir algo. ¿Te apetece comida china, mexicana, italiana… tailandesa?

Sergio sonrió, de ese modo que siempre me desarmaba.

—Me quedo. Y voto por tailandesa —dijo, con los ojos fijos en los míos.

Asentí y cogí el móvil para abrir la app de comida a domicilio. Le pasé el teléfono para que eligiera y, como siempre, fue más rápido de lo que yo

hubiera sido.

—Vamos con esto —dijo, marcando con el dedo algunos platos—. *Pad Thai* con gambas, curry verde de pollo, rollitos de primavera, arroz jazmín y estos *satay* de pollo con salsa de cacahuete. Ah, y de postre… mango *sticky rice*.

—Perfecto —dije, intentando no mirar sus manos demasiado—. Eso suena a comida de celebración.

—¿Y no lo es? —preguntó y arqueé una ceja, divertida.

—¿Celebramos que has declarado tus intenciones sin que me diera un ataque de pánico?

—Exactamente —rio—. Y porque por fin estamos solos sin pretender que somos solo compañeros de trabajo.

Sonreí, aunque por dentro una parte de mí aún dudaba de si estaba haciendo bien. Otra parte, más visceral, solo quería perderse en la noche.

Mientras esperábamos la comida, serví dos copas de vino tinto. Sergio se quitó la chaqueta y se acomodó en el sofá, relajado, como si estuviera en casa.

—¿Has visto las estadísticas de la campaña hoy? —preguntó, mirando su móvil, y negué con la cabeza, mintiendo porque sí había echado un vistazo

mientras intentaba no pensar más en él.

—No he querido obsesionarme.

—Pues te aviso que vas a alucinar.

Se acercó y me mostró la pantalla. Las cifras eran de locura: más de setecientas cincuenta mil visualizaciones en los reels, miles de comentarios, y las fotos estaban siendo compartidas por *influencers*, artistas y hasta por una estilista de una serie de televisión muy conocida.

—Madre mía… —susurré.

—Y esta es la que más comentarios tiene —dijo, como si no supiera por qué, señalando la foto que mi hermana nos había hecho en su despacho.

Leí algunos. *"¿Son pareja?" "Necesito esta tensión en mi vida". "¿Están actuando o están juntos de verdad?"*

Sentí el calor subir por mi cuello.

—Esto es surrealista.

—¿El qué? ¿Que la gente vea lo que no decimos? —contestó, y la miré de reojo.

—Que me sonroje como una adolescente cada vez que haces eso.

—¿El qué?

—Hablarme así —murmuré.

En ese instante sonó el timbre. La comida llegó como una bendición. Puse la mesa del salón de forma informal: platos, servilletas, copas de vino. Abrimos los envases y nos sentamos uno frente al otro, cruzados en el sofá con la comida entre ambos.

Todo olía delicioso: el *Pad Thai* con gambas desprendía ese aroma ahumado a cacahuetes y lima; el curry verde olía a leche de coco y albahaca; el *satay* de pollo era intenso y dulce, y el arroz jazmín humeaba con suavidad.

Durante un rato, solo hablamos de sabores, de texturas, de comida. Sergio probó un poco del curry y me ofreció con sus propios palillos.

—Tienes que probar esto.

Me incliné, acepté el bocado y cerré los ojos.

—Está buenísimo —dije, relamiéndome instintivamente.

Fue en ese momento cuando lo vi mirarme con una intensidad que me hizo tragar saliva.

—Tienes un poco de salsa aquí —dijo, señalando la comisura de mis labios.

No me dio tiempo a reaccionar. Acercó la mano, con suavidad, y me limpió el rastro de curry con el pulgar. Luego, sin apartar la vista de mí, se llevó el dedo a la boca y lo chupó, despacio.

Me atraganté levemente con el vino y me lo tragué de golpe.

—¿Estás bien? —preguntó, divertido, aunque sabía perfectamente lo que había hecho.

—Perfectamente —dije, sin poder evitar una sonrisa nerviosa.

Sergio se acercó un poco más y su rodilla rozó la mía.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó.

—¿Qué?

—Esto —susurró.

Alzó la mano y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Luego dejó que su palma reposara apenas un segundo sobre mi mejilla.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido —dijo, muy serio.

Sentí el rubor cubrirme entera y bajé la vista avergonzada. Cuando volví a mirarlo, él ya estaba más cerca. Sus labios a pocos centímetros de los míos.

—Clara… —susurró mi nombre como una plegaria— Si cruzamos esta línea, lo profesional dejará de ser la prioridad.

—Lo sé… —respondí en apenas un hilo de voz.

—No puedo prometerte que no habrá consecuencias —dijo—. Pero no puedo decirte que no te deseo. Porque lo hago. Con todo mi ser.

Y entonces me besó. Un beso lento, profundo, como si no tuviera prisa por ir a ninguna parte. Como si supiera que yo me iba a rendir.
Y lo hice.

Nos dejamos llevar. Ahí mismo. En el salón. Entre cajas de comida tailandesa, copas de vino y todo lo que aún no habíamos dicho.

Sus labios sobre los míos fueron como una llave que abría una puerta que yo había intentado mantener cerrada durante semanas.

Era un beso lento, sin prisa, como si quisiera saborearme. Como si me estuviera preguntando sin palabras si estaba segura. Y yo lo estaba. Por fin lo estaba.

Le rodeé la nuca con los brazos y me acerqué más a él, sintiendo su calor, su olor, el latido firme de su pecho contra el mío. Su lengua rozó la mía,

suave primero, después más segura, como si ya no pudiera contener el deseo. Y yo… yo tampoco quería contener nada.

Sergio deslizó una mano por mi cintura, hasta apoyarla en mi cadera, con firmeza, como si me reclamara.

El beso se volvió más profundo, más hambriento. Noté cómo su cuerpo se tensaba contra el mío, cómo me rodeaba con los brazos, cómo sus dedos se deslizaban por mi espalda, acariciando mi piel por debajo de la camiseta.

Me apartó apenas unos milímetros y me miró con los ojos encendidos.

—Dime que pare si no estás segura —dijo con voz grave, ronca, tan cargada de deseo que me hizo temblar.

—No pares —susurré, y volví a besarlo antes de que pudiera dudar.

Nos tumbamos sobre el sofá, yo encima de él, nuestras bocas encajadas, nuestras respiraciones mezcladas, rápidas, desordenadas. Sentí cómo sus manos exploraban mi cuerpo, cómo agarraba el dobladillo de mi camiseta, cómo me la quitaba con una urgencia contenida, dejando mi piel completamente expuesta.

—Estás preciosa —susurró al ver mis pechos desnudos, y bajó la cabeza para besarlos, lamerlos y saborearlos con una lentitud exquisita.

Arqueé la espalda, cerré los ojos y me aferré a su cabello.

Sus labios bajaron por mi estómago, dejando un rastro de fuego. Me desabrochó el botón del vaquero sin dejar de besarme, sin dejar de mirarme. Me quitó los pantalones con suavidad, con cuidado, como si desenvolverme fuera parte del ritual.

Quedé en ropa interior, vulnerable… y completamente encendida.

Lo atraje hacia mí y comencé a desnudarlo también, sintiendo el calor de su cuerpo bajo mis dedos, la fuerza de sus músculos, la tensión en su abdomen. Me detuve un momento para mirar lo que tenía frente a mí: a Sergio, medio desnudo, con los ojos oscuros de deseo, su boca entreabierta, su pecho subiendo y bajando con cada respiración agitada.

—Dios, Clara… —murmuró cuando me senté sobre él, rozando mi centro contra su cuerpo aún vestido con el pantalón.

Nos movíamos al ritmo del deseo, sin palabras, con la urgencia de quien ya no quería fingir.

Sergio me tumbó de nuevo, esta vez con él encima. Me besó el cuello, la clavícula, cada centímetro de piel que encontraba. Me quitó la ropa interior lentamente, mirándome como si fuera la cosa más hermosa que había visto nunca.

—Eres perfecta —murmuró, y me besó entre las piernas.

Solté un gemido ahogado, llevándome una mano a los labios para no gritar su nombre, pero no servía de nada. Él me conocía, conocía mi cuerpo, lo había estudiado con hambre y paciencia, y ahora lo adoraba con la boca, con la lengua, con los dedos, con cada parte de sí.

Lamía entre mis pliegues, despacio, con la única intención de torturarme con lo que me hacía sentir y que le deseara más. Lamía y mordisqueaba mi clítoris, tirando de él suavemente mientras mis gemidos salían sin control alguno de mis labios. Y cuando sus dedos llegaban con esas penetraciones fuertes a lo más profundo de mi ser… gritaba y arqueaba la espalda presa del deseo y el placer que me daba tenerlo así, tal como había imaginado los últimos días al recordar las dos veces que habíamos tenido sexo.

Cuando llegué al borde del abismo, me aferré a sus hombros y su nombre escapó de mis labios como una súplica.

—Sergio…

—Shhh —susurró contra mi vientre—. Déjate llevar.

Y lo hice. Me rendí a él, a lo que sentía, a lo que me provocaba.

Cuando subió de nuevo a mi altura, me besó en los labios con ternura. Nos miramos a los ojos, y no hacía falta decir nada más. Me ayudó a abrir su pantalón, a liberarlo, a dejarlo completamente desnudo frente a mí. Estaba tan duro, tan listo… y me deseaba con la misma urgencia con la que yo lo necesitaba dentro.

Y por fin nos fundimos en uno. Su cuerpo entró en el mío en un movimiento lento, profundo, y todo se volvió silencio, respiraciones entrecortadas y miradas intensas. Nos movimos al mismo ritmo, como si hubiéramos nacido para eso. Como si lleváramos una vida entera esperando esa noche.

No era solo sexo. Era mucho más. Era deseo, sí, pero también confianza. Era sentir que todo encajaba, que ya no hacía falta huir ni fingir.

Él se inclinó sobre mí y me besó mientras se movía con fuerza controlada, con esa mezcla perfecta de dulzura y pasión que me volvía loca.

Mis caderas se movían al ritmo que él marcaba, pero mi cuerpo me pedía más, necesitaba más. Le rodeé con las piernas por las caderas y lo atraje más dentro de mí, me mordí el labio y entendió, sin que dijera una sola palabra, lo que quería de él. Sergio sonrió, esa media sonrisa ladina de quien sabía que iba a hacer algo malo; me besó con urgencia y no tardó en retirarse y ponerse de pie.

Con una facilidad increíble me cogió por la cintura como si no pesara nada y me colocó en el sofá como él quería. Quedé de rodillas en él, dándole la espalda, con ambas manos apoyadas en el respaldo del sofá. Sentí su cuerpo cerca del mío y, mientras me besaba el cuello, su miembro duro y erecto volvió a entrar con fuerza hasta lo más hondo de mi ser.

Gemí, me estremecí y me agarré con fuerza al sofá mientras Sergio me penetraba una y otra vez, con fuerza y muy rápido, haciendo que mi cuerpo se sintiera cada vez más y más sensible.

Lo miré por encima del hombro y lo atraje hacia mí con una mano en su nuca, lo besé con hambre y necesidad y siguió penetrándome sin parar mientras los dos nos movíamos al mismo ritmo, mientras mi cuerpo se preparaba para el tsunami que se aproximaba y amenazaba con arrasarme por completo.

—Sergio, sigue —dije entre jadeos con mis labios pegados a los suyos.

—No pensaba parar, pequeña —respondió, y lo besé de nuevo.

Siguió penetrándome con esas embestidas fuertes y certeras y llegué de nuevo al orgasmo, gimiendo en su boca mientras los dos nos movíamos sincronizados, como si la nuestra fuera una coreografía ensayada miles de veces.

Antes de que el orgasmo se disipara por completo, Sergio se retiró y me cogió en brazos, caminó hacia detrás del sofá y, tras sentarme en el respaldo, volvió a enterrarse tan profundamente en mí, y mi grito al sentirlo dentro debió escucharse en todo el edificio.

Me besaba el cuello, me lamía los pezones y los mordisqueaba mientras sus manos se aferraban con fuerza a mis caderas y me penetraba fuerte y rápido.

Gemía, le arañaba la espalda, me agarraba a sus brazos, le pedía más y más, y él me lo daba.

El clímax nos alcanzó poco después, al mismo tiempo, como una ola que arrastraba todo a su paso. Me aferré a su espalda, sentí cómo temblaba dentro de mí, cómo su cuerpo se entregaba sin reservas.

Y después… el silencio. No el incómodo, sino ese que había aprendido a apreciar estando con él.

El que solo aparecía cuando todo lo demás ya había sido dicho con el cuerpo.

Me acurruqué contra él, sintiendo su respiración aún agitada en mi cuello. Me acariciaba la espalda con una lentitud casi reverente.

—Esto no ha sido un error —murmuró.

—No. No lo ha sido.

Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí completamente en paz.

Capítulo 27



Clara

El salón estaba en penumbras. Las velas del centro de mesa se habían apagado solas, y el aroma de jengibre y albahaca de los restos de comida tailandesa aún flotaba en el aire, como si todo el espacio guardara memoria de lo que acabábamos de vivir.

Yo estaba tumbada en el sofá, cubierta con una manta que Sergio me había traído sin decir una palabra. Él estaba a mi lado, sentado, con una pierna recogida y el brazo colgado detrás de mí, como si su cuerpo estuviera aún decidido a no alejarse.

Y el silencio aún nos acompañaba. Ese tipo de silencio en el que no hacía falta hablar. En el que respirar a la vez ya era una conversación.

Me pasé una mano por el pelo, todavía con el cuerpo sensible, las mejillas encendidas, el corazón latiendo más despacio, pero aún consciente de su cercanía.

—¿Estás bien? —me preguntó, con la voz baja, casi ronca por lo que acababa de pasar entre nosotros, y asentí despacio.

—Sí. Muy bien. ¿Y tú?

—Estoy donde quería estar desde hace mucho —dijo sin rodeos—. Aunque no sabía si algún día llegaría a estar aquí, contigo, así.

Me giré hacia él, apoyando la cabeza en su muslo. Él empezó a acariciarme el cabello con una ternura que me erizó la piel.

—No sé en qué momento dejé de pelear contra esto —dije—. Quizá esta noche. O quizá hace semanas, y solo estaba fingiendo que no pasaba nada.

—¿Te arrepientes? —preguntó y negué sin pensarlo.

—No. Aunque no tengo ni idea de qué va a pasar ahora.

Sergio sonrió y me miró con esos ojos que siempre parecían querer mirar más allá de la superficie.

—Ni yo —confesó—, pero sí sé que no quiero esconder lo que siento por ti. Y que no quiero que esto sea solo una noche.

Sentí un nudo en la garganta y le cogí la mano, entrelazando nuestros dedos.

—Yo tampoco quiero que lo sea, pero me da miedo que mezclemos lo profesional con lo personal y que todo se vuelva un caos.

—¿Y si no se mezcla? ¿Y si simplemente fluye? —preguntó— Lo profesional no va a dejar de importarnos. No somos de esas personas que se abandonan a la improvisación total. Pero tampoco podemos seguir fingiendo que no pasa nada cada vez que nos rozamos, o que no estamos deseándonos cada vez que coincidimos.

—Lo sé —dije, bajando la voz—. Solo… tengo que aprender a no huir.

—Entonces quédate —susurró, con una dulzura que me rompió por dentro—. Quédate en esto conmigo. A tu ritmo. Con tus tiempos. Pero no huyas más, Clara.

Me senté despacio, quedando frente a él. Lo miré como si no le hubiera mirado nunca, y quizás era así. Quizás hasta ahora no había querido ver con tanta claridad lo que tenía delante.

—¿Y tú? —le pregunté— ¿No tienes miedo?

—Claro que sí, pero me dan más miedo los días sin ti que cualquier conflicto laboral. No quiero que me sigas apartando como si esto fuera algo que no debería pasar. Lo único que no debería pasar… es perderte.

Me mordí el labio, emocionada, porque esa sinceridad suya me estaba desmontando capa por capa.

—No estoy acostumbrada a esto —dije—. A alguien que me habla así, con el corazón abierto.

—Pues acostúmbrate, porque no pienso callarme más.

Sonreí, y esa sonrisa fue un alivio. Una pequeña rendija por la que se coló la esperanza.

Apoyé la cabeza en su pecho, cerrando los ojos, dejándome envolver por el sonido de su corazón, por la forma en la que me rodeaba con los brazos, como si todo el mundo pudiera quedarse fuera de ese abrazo.

Estuvimos así mucho rato. No sabría decir cuánto, solo que no quería que terminara. Que esa noche no fuera un punto y aparte, sino el principio de algo más real.

Algo que, por primera vez, estaba dispuesta a vivir.

El primer pensamiento que tuve al abrir los ojos fue que no estaba sola. El segundo fue que no me importaba.

La luz tenue de la mañana se colaba por las rendijas de las cortinas. Olía a sábanas limpias, a piel cálida, a un perfume masculino que ya reconocía como suyo. Estábamos en mi cama, desnudos bajo la sábana. Él dormía a mi lado, tranquilo, con el brazo extendido sobre mi cintura como si no quisiera soltarme.

Y, curiosamente, yo tampoco quería moverme.

Me quedé mirándolo en silencio. Tenía el cabello revuelto, la barba un poco más crecida de lo normal y esa expresión relajada que solo había visto en él cuando bajaba todas las defensas.

Acaricié con la yema de los dedos su pecho, despacio, intentando no despertarlo, pero fue inútil. Al primer roce, sus pestañas se agitaron y sus ojos se abrieron, aún adormecidos, pero brillantes al encontrarme allí.

—Buenos días —murmuró, con la voz ronca y grave, esa voz que me calaba hasta los huesos.

—Buenos días.

—¿Estás bien? —curioseó y asentí, sonriendo.

—Mucho mejor de lo que pensé que estaría.

Sergio me atrajo suavemente hacia él y me besó la frente, luego la mejilla y después… la comisura de los labios. Sus dedos se deslizaron por mi espalda descubierta, haciendo que me estremeciera.

—Me gusta despertarme contigo.

—No estoy segura de si esto es real o si aún estoy soñando —le dije.

Él se apoyó en el codo, su cuerpo medio cubierto por la sábana, la otra mano deslizándose por mi cintura desnuda.

—¿Quieres que te convenza de que es real?

Mis ojos se clavaron en los suyos. No necesitaba palabras. Lo besé.

Y lo que comenzó como un roce suave se convirtió en una necesidad creciente. Su lengua se entrelazó con la mía, su mano descendió por mi cadera hasta apretarme contra él. Pude sentir lo despierto que estaba, la firmeza de su erección rozando mi muslo, cálida, palpitante, urgente.

Mi cuerpo reaccionó de inmediato.

—Dios… —murmuré, cuando su boca se deslizó por mi cuello.

Sergio apartó la sábana lentamente, dejando mi cuerpo completamente expuesto a la luz de la mañana. Sus ojos recorrieron cada centímetro como si quisiera memorizarlo todo.

—Eres arte —susurró, besando la curva de mi pecho, bajando hacia mi vientre—. No sabes las veces que he soñado con esto.

Me arqueé hacia él, sus caricias encendiendo cada rincón de mí. Cuando su boca llegó a mi entrepierna, no me contuve. Me abrí a él sin reservas, sin miedo, sabiendo que estaba segura en sus manos, en su lengua, en su deseo.

Me adoró con una devoción que me rompió en mil pedazos.

Lamía, mordisqueaba, jugaba con la punta de su lengua en mi clítoris, me penetraba con ella y después lo hacía con dos dedos hasta conseguir que me estremeciera por completo mientras arqueaba la espalda y le pedía que siguiera.

Me llevó al borde con lentitud, con una precisión que solo él tenía, y cuando estallé, su nombre escapó de mis labios como una exhalación.

—Sergio…

Él subió de nuevo, con los labios húmedos, con esa sonrisa de medio lado que me deshacía por dentro.

—Necesito estar dentro de ti —susurró con la voz más baja y más grave que nunca—. Ahora.

Le rodeé con las piernas y lo atraje hacia mí.

—Hazlo.

Y él me tomó.

Su miembro me llenó por completo, de nuevo, pero esta vez fue distinto. Esta vez fue más lento, más profundo, más intenso. Nos mirábamos a los

ojos mientras nos movíamos, conectados en un ritmo perfecto, como si estuviéramos bailando una coreografía escrita solo para nosotros.

Me aferré a sus hombros, sentí el sudor perlar su espalda, oí sus gemidos roncos junto a mi oído y me estremecí al tiempo que cerraba los ojos, dejándome llevar por todo lo que Sergio me hacía sentir.

—Estás tan jodidamente perfecta, Clara… tan perfecta.

Nos movimos más rápido, con más fuerza. Me mordí el labio, me arqueé, le arañé la espalda con las uñas.

Y cuando alcanzamos el clímax, juntos, fue como si el mundo desapareciera por unos segundos. Solo quedaban nuestros cuerpos y ese temblor compartido que parecía eterno.

Se desplomó suavemente sobre mí, sin aplastarme, aún dentro, aun jadeando. Nos quedamos así, abrazados, piel con piel, respirando como si el aire escaseara.

Pasaron varios minutos antes de que alguno hablara.

—No sé qué va a pasar con nosotros —dije, en voz baja.

—Yo sí —respondió, sin dudar—. Lo que tenga que pasar. Pero contigo.

Apoyé la cabeza en su pecho, dejando que su corazón me arrullara.

Y en ese momento supe que ya no iba a seguir huyendo. Habíamos cruzado esa línea y no pensaba volver atrás.

—¿Tienes hambre? —preguntó, y asentí— Voy a preparar el desayuno, tú quédate aquí —dijo y me besó en la frente antes de levantarse.

Lo vi desnudo, caminando por mi habitación como si fuera suya, y salió así tal cual porque los dos habíamos dejado nuestra ropa en el salón la noche anterior. Sonreí nerviosa y me tapé la cabeza con la sábana, avergonzada de lo que habíamos hecho, otra vez.

Pero tenía que acabar con esa vergüenza, tenía que dejar de pensar en que esto era un error, y él me lo había dejado claro. Además, tenía que hacer caso a mi ex, dejar que la vida fluyera y ser feliz.

Mi móvil sonó con un mensaje en la mesita, lo cogí y vi que era mi hermana.

Lucía: *Buenos días de lunes, querida hermana mayor y jefa. ¿Has visto el Instagram de la empresa? Los likes y las visualizaciones están alcanzando récords absolutos. Y por si te interesa… la que más reacciones y comentarios tiene es vuestra foto en el despacho de Sergio. Todos piden un Sergio y una Clara en sus vidas. Lo estáis petando, Clara. Sois sin duda la pareja del año. ¿Vas a hacer algo al respecto? ¿O piensas esperar a que alguna "roba hombres" te lo quite?*

Me eché a reír a carcajadas al leer esa última parte. Adoraba a mi hermana pequeña, pero me volvía loca que no tuviera filtros a la hora de hablar.

Clara: *Buenos días, mi influencer favorita. Sí, estoy al tanto de los likes y los comentarios. Sergio vino anoche a verme y lo hablamos. En cuanto a hacer algo… Anoche hicimos algo más que hablar, cuando hemos despertado, también, y ahora él está preparando el desayuno. ¿Eso responde a tu pregunta?*

Después de leerlo, en vez de responder, me llamó.

—¿Te has acostado otra vez con ese dios del Olimpo? Te odio, y te envidio. ¿No tiene un hermano o un primo? Tienes que dejarme poner un comentario en la foto diciendo que estáis felices y con muchos planes de futuro; no quiero que te roben a tu hombre.

—Estás loca —reí.

—Calla, y cuéntame cómo fue la noche. Dame envidia, que tengo menos sexo que un monje tibetano —suspiró.

Sonreí y le dije lo que había pasado, hablando tan bajito como podía para que Sergio no me escuchara. Lucía no hablaba, solo hacía leves sonidos de sorpresa, escuchándome sin una sola interrupción.

—Entonces me da que hoy llegaréis tarde a la oficina —dijo—. Vale, me hago cargo de todo hasta que lleguéis. Diré que estáis… reunidos.

—No hace falta, llegaremos bien de tiempo.

—Hermana, si se te ocurre dejar que ese hombre salga de tu piso sin echar un tercer polvo de campeonato, te interno en un psiquiátrico y hago que tiren la llave de tu habitación. Te está preparando el desayuno, Clara, dale un buen postre, por el amor de Dios.

—Lucía…

—Calla, y hazme caso por una vez en tu vida, que no pasa nada porque llegues un poquito más tarde un lunes. Disfruta de tu desayuno y de la salchicha de Sergio.

Y colgó antes de que pudiera replicar, la muy loca.

—¿Quién dijo que tenía hambre? —preguntó Sergio, entrando en ese momento con una bandeja en las manos.

Había café, zumo, tostadas y fruta. Sonreí al verlo y cuando se sentó en la cama a mi lado con la bandeja sobre las piernas, se inclinó para darme un beso en los labios.

—Si me vas a preparar el desayuno todas las mañanas, te pido que te mudes conmigo —dije, mientras cogía una tostada para darle un bocado.

—Mejor te mudas tú a mi casa.

—Tenemos que darnos prisa si no queremos llegar tarde a la oficina —contesté cambiando de tema, porque lo de mudarme con él me daba vértigo.

—Tranquila, que vamos bien de tiempo —hizo un guiño y cogió un trozo de piña que me llevó a la boca.

Aquel gesto me pareció de lo más sensual, y el modo en el que me miraba…

Sí, todo apuntaba a que, por primera vez desde que fundé mi empresa, iba a llegar tarde al trabajo un lunes por la mañana.

Capítulo 28



Sergio

Había terminado una larga jornada en la oficina cuando decidí llamar a Clara. Necesitaba hablar con ella personalmente, sin intermediarios, sin correos ni mensajes. La preocupación por aquella pulsera con la posible piedra falsa no me dejaba en paz.

La encontré en su despacho, revisando bocetos y diseños, con la concentración que siempre la caracterizaba. Al verme entrar, levantó la vista y me regaló una sonrisa cálida que, por un instante, me calmó.

—¿Qué tal todo? —preguntó, apartando los papeles.

—Tenemos que hablar —respondí con seriedad—. Sobre una pulsera que me ha hecho dudar.

Clara frunció el ceño, pero me hizo señas para que continuara.

—Un cliente ha comentado que una piedra en una pulsera no parece auténtica —le conté—. No hay más detalles, pero me ha llegado por otros canales un rumor sobre posibles falsificaciones.

Ella suspiró, dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Confío en Ismael y en el equipo, pero sé que no podemos cerrar los ojos. Si hay algo que no encaja, tenemos que investigar hasta la última piedra —dijo con voz firme.

Asentí. Sabía que esto podía ser un golpe duro para la empresa, y sobre todo para Clara, que había puesto tanto de sí en esta campaña.

—¿Qué propones? —preguntó, mirándome a los ojos.

—Revisar cada certificado, cada pieza, y hablar otra vez con Ismael y Tomás —contesté—. Tenemos que asegurarnos de que ninguna joya haya pasado sin pasar los controles.

—De acuerdo —respondió ella, ya con la expresión decidida que la hacía única—. No podemos permitirnos perder la confianza de nadie, y menos de nuestros clientes.

Por un momento, nos miramos en silencio, compartiendo esa tensión que nos unía no solo como socios, sino como algo más profundo.

—¿Sabes? —dije— Esto no es solo un problema de empresa. Es personal.

Ella sonrió, un poco triste.

—Lo sé. Por eso tengo que llegar hasta el fondo. Por mí, por ti y por todos los que han confiado en *Eterna Joya*.

Y con esa promesa sellamos el comienzo de una investigación que pondría a prueba no solo la compañía, sino también nuestra relación.

—¿Te apetece salir a cenar? —pregunté, y negó.

—Apetecerme, me apetece, pero voy a cenar con mis padres —dijo, mientras recogía sus cosas.

—Otro día, entonces. —Me acerqué y la besé en los labios como deseaba hacerlo desde que nos despedimos en su casa el día anterior—. Y prometo volver a prepararte el desayuno por la mañana —susurré.

—Vas a conseguir que quiera casarme contigo —sonrió.

—Pues conozco una empresa perfecta para el diseño de tu anillo de compromiso y las alianzas —contesté, y ella me miró con los ojos muy abiertos. Le hice un guiño y la besé de nuevo antes de irme—. Nos vemos mañana, preciosa.

Mientras salía del despacho, me llegó un mensaje de David, me avisaba que en unos días regresaban de la luna de miel y me ayudaría en lo que

necesitara sobre el asunto de la pulsera. Le respondí que me avisara de la hora y pasaría a recogerlos al aeropuerto, y dijo que así lo haría.

Me marché a casa y en cuanto llegué, me quité la corbata y me serví un whisky. La certeza con la que tanto Ismael, como Tomás y Noemí, me dijeron que todas las piedras eran auténticas y habían llegado con sus correspondientes certificados no se me iba de la cabeza. No dudaba de ellos, pero estaba claro que el comentario de Raúl Aguilar había llegado a los oídos equivocados y que quien fuera pretendía usar esto con malas intenciones.

No sabía por qué, solo podía sospecharlo, pero no iba a permitir que nadie destruyera la reputación de Clara y su empresa, esa que tanto esfuerzo le había costado y con la que tanto cariño había levantado.

Al día siguiente, me levanté temprano con la sensación de que ese asunto no se iba a resolver solo. Necesitaba verlo con mis propios ojos, sentir la certeza que me faltaba.

Llegué al taller justo cuando Ismael estaba revisando varias cajas de joyas bajo la luz intensa de los focos. El ambiente olía a metal, a barniz y a esfuerzo concentrado.

—Ismael —dije, acercándome—. Necesito que me muestres todos los certificados de autenticidad de las piezas que habéis recibido para la campaña.

Él levantó la vista, sorprendido por la urgencia en mi voz, pero no dudó.

—Por supuesto, Sergio. Aquí está todo —me dijo, extendiendo un grueso archivo lleno de documentos—. Nunca hemos tenido una sola pieza sin certificar, como ya te dije el sábado.

Empecé a revisar los papeles con atención, comparando números, sellos y firmas. Todo parecía en orden, pero no podía evitar que un pequeño cosquilleo de duda me invadiera.

—¿Alguna vez habéis trabajado con alguna piedra que no fuera auténtica? —pregunté, más para calmarme que por verdadera curiosidad.

—Jamás —respondió Ismael, con un tono que pretendía ser contundente —. Todo lo que usamos es oro, plata o platino de la mejor calidad, y las piedras tienen sus certificados. Siempre guardamos copias para entregarlas junto a las joyas.

Asentí, aunque mi mente seguía dándole vueltas a aquel rumor. Después, llamé a Tomás para revisar el historial de reclamos de la última campaña.

—¿Ha llegado algún cliente insatisfecho o que haya devuelto joyas por sospechas de falsedad? —le pregunté.

—Ninguno —contestó sin dudar—. Todos están encantados, como puedes ver en las redes y la web. La campaña ha sido un éxito rotundo, y no hemos tenido un solo problema con la calidad.

Aquello me sorprendió y, a la vez, aumentó la confusión. No había ninguna queja real, ninguna devolución, ninguna señal clara.

El resto del día lo pasé centrado en una nueva campaña para las antiguas colecciones y que tuvieran más visibilidad, y pensando en cómo había corrido tan rápido un rumor por un simple comentario que alguien hizo de pasada, sin tener una sola prueba clara y fundada de lo que le habían dicho.

Al caer la noche, llamé a Clara para contarle lo que había visto.

—Todo parece estar en orden, pero sigo sin poder quitármelo de la cabeza —le dije—. Quiero revisar con más detalle algunos proveedores externos.

Ella estuvo de acuerdo.

—Tenemos que ser exhaustivos, Sergio —me recordó—. No podemos permitir ni la más mínima sombra sobre *Eterna Joya*.

Colgamos con un plan: investigar a fondo y no parar hasta que la verdad saliera a la luz.

Mientras colgaba el teléfono, me pregunté cuánto de mi confianza estaba poniendo en Clara y en mí mismo. La presión comenzaba a hacerse insoportable.

La investigación nos llevó más allá de lo que esperaba. Cuando Clara y yo comenzamos a revisar a fondo la cadena de proveedores, descubrimos que

algo no encajaba.

Habíamos pedido un informe detallado al proveedor principal de las piedras turquesa para la última colección. Al principio, todo parecía correcto, pero al comparar la documentación, notamos pequeñas discrepancias en las fechas y los números de lote. Algo que, a simple vista, parecía un error administrativo, pero que podía ocultar algo más serio.

Llamé al proveedor, tratando de mantener la calma.

—Necesitamos aclarar algunas inconsistencias en los certificados —le dije—. Es crucial para nosotros mantener la confianza de nuestros clientes.

La respuesta fue evasiva. El hombre que atendió parecía incómodo y cambió de tema rápidamente, lo que me alertó aún más.

Compartí lo que estaba pasando con Clara, que, a pesar de la tensión, mantuvo la serenidad que tanto admiraba en ella.

—Tenemos que mantener la calma y actuar con cuidado —me dijo—. Pero debemos ir hasta el fondo, sin importar lo difícil que sea.

Al día siguiente, enfrentamos al equipo en una reunión urgente. El ambiente estaba cargado. Nadie quería pensar que algo así pudiera ocurrir, pero la realidad era innegable.

Yo sentí una mezcla de rabia y frustración, pero también una enorme responsabilidad. Clara también lo notaba.

—No podemos permitir que esto dañe lo que hemos construido —sentenció—. Vamos a proteger a nuestros clientes y a la empresa a toda costa.

En ese momento, pensé en lo mucho que confiaba en Clara, no solo como jefa, sino como la mujer con la que había empezado a construir algo especial.

Por primera vez, abrí un poco más mi corazón y le confesé mis miedos.

—No solo tengo miedo por la empresa —le dije—. También por ti, por nosotros.

Ella me cogió la mano, con una fuerza tranquila.

—Lo superaremos, juntos.

Y en esa promesa encontré un motivo más para seguir adelante, aunque el camino se hiciera cada vez más difícil.

Tras la reunión con el equipo y la confrontación con el proveedor, Clara y yo decidimos tomar medidas concretas. No podíamos dejar que la sombra de una posible falsificación manchara el nombre de *Eterna Joya*.

Durante días, revisamos cada certificado, cada pieza de la colección. Finalmente, encontramos que una pequeña partida de piedras turquesa, comprada a un intermediario poco conocido, no contaba con la documentación completa. No podíamos afirmar que eran falsas, pero sí que no estaban debidamente certificadas.

—Esto es un problema serio, pero no un desastre —dijo Clara—. Tenemos que comunicárselo a nuestros clientes, explicar la situación y ofrecerles garantías adicionales.

Así lo hicimos. Preparamos un comunicado transparente y nos comprometimos a revisar aún más rigurosamente cada adquisición. Sabíamos que la confianza era nuestro mayor capital.

Esa noche, en su despacho, Clara me miró con una mezcla de cansancio y esperanza.

—Gracias por estar aquí —me dijo—. No habría podido hacerlo sola—
Sentí que el peso de la responsabilidad se aligeraba con su apoyo.

—Esto es solo el principio —respondí—, pero lo superaremos juntos.

Mientras apagábamos las luces de la oficina, pensé en cómo esa crisis nos había unido más, no solo en lo profesional, sino también en lo personal.

Había incertidumbre, sí, pero también una renovada determinación. Sabía que, pasara lo que pasara, con Clara a mi lado, nada sería imposible.

—Hoy acepto esa cena, si sigue en pie —dijo con una sonrisilla en los labios, y a mí se me dibujó una mucho más amplia.

—Por supuesto que sigue en pie. ¿Chino, mexicano, italiano o tailandés? —pregunté mientras subíamos al ascensor, y la pegaba a mí para besarla.

—Si vuelves a besarme así, paso directamente al postre —susurró.

—Estoy de acuerdo, podemos dejar lo de comer para el desayuno —se rio con cierto nerviosismo y la besé de nuevo.

No sabía qué me pasaba con ella, qué tenía que no hubieran tenido otras mujeres antes, pero no podía evitar desearla a cada segundo del día y quererla en mi cama y en mi vida.

Capítulo 29



Sergio

Nunca olvidaré cómo se cerró la puerta detrás de nosotros. Ese sonido seco, íntimo, como un eco de lo que llevábamos reprimiendo durante días, semanas más bien. El clic del cerrojo fue la única señal que necesitaba.

Me giré hacia ella y nuestros ojos se encontraron. Clara me sostuvo la mirada, como si en su expresión pudiera leer lo mismo que yo sentía: urgencia, necesidad, hambre. No hubo palabras. Me incliné hacia ella y la besé.

Un beso profundo, lleno de todo lo que nos habíamos callado. Mis manos la rodearon con fuerza, queriendo sentir cada línea de su cuerpo contra el mío. Ella se aferró a mis hombros, devolviéndome el beso con la misma intensidad desesperada.

La levanté en brazos sin romper el contacto entre nuestras bocas. Pesaba poco, como si el deseo me hubiera dado más fuerza de la que realmente tenía. Sus piernas se enredaron en mi cintura con naturalidad, como si el

cuerpo de Clara ya supiera lo que venía después. Caminé con ella hacia mi habitación, a tientas, tropezando con una alfombra, con el respaldo de una silla, sin dejar de besarla, mientras ella reía nerviosa en mis labios.

La recosté sobre la cama con suavidad y me quedé un instante de pie, contemplándola. Tenía el rostro encendido, los labios húmedos y los ojos cargados de una chispa que me atravesó. Se incorporó y me atrajo hacia ella con un gesto lento, pero certero. Sus dedos desabotonaron mi camisa mientras los míos acariciaban el contorno de sus caderas. Nos desnudamos con la torpeza de los que ya no podían esperar más, y cuando por fin nuestras pieles se encontraron sin nada de por medio, nos perdimos.

Lo que siguió fue hambre. Un deseo tan vivo que nos consumía con cada movimiento. Mi boca recorrió su cuello, sus clavículas, cada rincón de su cuerpo que ella me ofrecía sin reservas. Clara se arqueaba bajo mis manos, con gemidos suaves que se convertían en suspiros rotos. Se aferraba a mí como si temiera perder el control, pero también como si supiera que conmigo podía hacerlo sin miedo.

Nos exploramos con la urgencia de los cuerpos que se reconocían, que se buscaban desde hacía demasiado tiempo. Hubo jadeos, caricias que se volvían presión, besos húmedos, susurros entrecortados. Nos dejamos llevar, sin pausas, sin censura.

Besaba, lamía y mordía, provocando que su cuerpo se estremeciera bajo mis manos, que sus gemidos resonaran en mi oído y mi cuerpo deseara y necesitara más.

La llevé al orgasmo saboreando cada rincón de su sexo sin pudor ni vergüenza y la penetré con fuerza, haciendo que un grito ahogado saliera de sus labios.

No me detuve hasta que se corrió por segunda vez, y cuando lo hizo, me retiré para acomodarla de rodillas en la cama, la contemplé y acaricié su cuerpo mientras ella se movía, mirándome por encima del hombro con los ojos cargados de deseo, y la penetré de nuevo. Más fuerte y profundo esta vez, agarrado a sus caderas mientras los dos nos movíamos acompasados.

En cuanto Clara se corrió por tercera vez, me hizo recostar en la cama y tomó el mando. Sentí el calor de sus labios alrededor de mi miembro y cerré los ojos, haciendo acopio de todo mi autocontrol para no correrme como un adolescente, porque estaba a punto de hacerlo.

Clara lamía desde la punta a la base y volvía a engullirme, haciendo que mi cuerpo se tensara a punto de explotar. La observé y vi cómo le brillaban los ojos mientras me acogía en su boca, mientras sus labios se deslizaban por toda mi erección. Clara era puro fuego, igual que yo, y eso me gustaba.

Cuando se dio cuenta de que no iba a aguantar mucho más si seguía así, lamió una última vez y se acomodó a horcajadas sobre mis piernas, guiando mi miembro erecto, duro y cubierto de su saliva hacia la entrada de su sexo, y comenzó a bajar mientras me abría paso en ella.

Gimió dejando caer la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y las manos apoyadas en mi torso. Llevé las mías a sus pechos y los masajeé, haciendo que gritara al sentir mis dedos pellizcándole los pezones. Nos

miramos y comenzamos a movernos, al unísono, ella subiendo y bajando y yo embistiendo con fuerza.

La habitación se llenó de gemidos roncos por mi parte y gritos de lo más excitantes por la suya. Clara se inclinó y me besó con esa necesidad que yo también sentía, con la urgencia de que a los dos nos quedara claro que estábamos ahí para el otro, no solo en ese momento, sino para todo.

Cuando finalmente colapsamos el uno junto al otro, con los cuerpos aún entrelazados, no había más sonido que nuestra respiración. Clara se acurrucó contra mí, su cabeza sobre mi pecho, y yo rodeé su cuerpo con un brazo mientras mi otra mano acariciaba lentamente la piel de su brazo desnudo. Tenía los ojos cerrados, pero sonreía. Y yo también.

—¿Sabes? —murmuró, con la voz aún adormecida por el placer— No dejo de pensar en las piedras.

—¿Las piedras? —repetí, sorprendido, acariciándole el cabello.

—Las que hemos estado usando en la empresa. Para las piezas… las joyas. A veces me pregunto si son realmente tan auténticas como nos las vendieron.

Me quedé en silencio un momento, procesando lo que decía. Había habido rumores, sí. Algunas irregularidades en los certificados de procedencia. Pero nada lo bastante sólido como para investigar en serio.

—¿Y si no lo son? —preguntó ella, con un susurro. Abrió los ojos y me miró— ¿Qué pasaría si todo eso saliera a la luz?

—Podría ser un escándalo —dije, siendo sincero—. Demandas, pérdida de confianza en la marca, incluso cargos legales si se prueba que hubo negligencia o engaño.

Clara desvió la mirada, tragando saliva, y la noté tensarse.

—Pero —añadí enseguida, acercando mi rostro al suyo— no dejaré que te pase nada. No mientras yo esté aquí.

Ella me miró, con esa mezcla de vulnerabilidad y determinación que tanto me desarmaba. La besé con suavidad, y esta vez no hubo prisa. Fue un beso lento, lleno de promesas. Nos besamos así hasta que volvimos a fundirnos el uno en el otro, esta vez con una calma deliciosa, explorándonos con ternura, con esa dulzura que solo llegaba cuando todo lo demás ya había sido dicho con el cuerpo.

La noche siguió su curso con nosotros abrazados, sin necesidad de palabras. En sus silencios, Clara me confiaba más que nunca. Y yo, simplemente, no podía imaginar un lugar mejor que ese instante.

Me desperté antes que ella. Era temprano, pero el sol ya se filtraba a través de las cortinas en líneas doradas sobre la cama. Clara seguía dormida, con el rostro relajado, una pierna por encima de las mías y la respiración tranquila y acompasada. La observé unos segundos, sin moverme. Era

hermosa y estaba serena. Y juro que en ese momento me pareció que el tiempo se había detenido para dejarnos respirar juntos.

Deslicé mi brazo con cuidado para no despertarla y salí de la cama. Me puse unos pantalones de pijama y fui a la cocina. Aún sentía el eco de su cuerpo sobre el mío, el recuerdo de sus labios, de su voz ronca susurrando mi nombre. Sonreí mientras ponía agua a hervir y sacaba los ingredientes para el desayuno. Café, tostadas y algo de fruta.

No escuché pasos, pero la sentí. Me giré y ahí estaba ella, de pie en la puerta de la cocina, con mi camisa blanca puesta, esa que había quedado tirada por el suelo de la habitación la noche anterior. Le llegaba a medio muslo y estaba ligeramente arrugada. El cabello suelto, revuelto. Descalza. Fue como recibir un golpe al pecho.

—¿Tienes idea de lo sexy que estás ahora mismo? —dije, sin disimular mi expresión.

Clara sonrió, caminó hacia mí despacio y se acercó lo suficiente como para que sintiera el calor de su cuerpo.

—¿Sí? —preguntó, rozando apenas mis labios con los suyos.

Y la besé. Esta vez no hubo palabras ni planificación. La besé como un hombre que no había terminado de saborear lo que ya tuvo. La apoyé contra la encimera, mis manos acariciando sus muslos bajo la camisa, sus dedos enredados en mi pelo. La cocina se llenó de respiraciones agitadas y jadeos apenas contenidos.

Era diferente, más desenfadado, más inmediato. Su cuerpo respondía al mío como si estuviéramos hechos a medida, y esa mezcla de ternura y lujuria me encendía más que cualquier fantasía. Clara se dejó llevar, murmurando mi nombre, aferrándose a mí, mientras se arqueaba sobre el borde de la encimera. Fue un momento suspendido entre lo cotidiano y lo salvaje. Cuando terminamos, ambos respirábamos entrecortadamente, sonriendo con la frente apoyada en la del otro.

—¿Y el desayuno? —murmuró, riendo.

—Esto era el desayuno —respondí, robándole otro beso.

Preparamos lo demás entre bromas y roces, cómplices y ligeros, como si nada más existiera. Luego, mientras Clara recogía los platos, sentí vibrar el móvil en el bolsillo. Lo saqué sin pensarlo, y en cuanto vi el mensaje, solté un bufido.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Es David. Estamos en el aeropuerto. ¿Vienes ya o te han secuestrado? —leí en voz alta y Clara se rio con la taza en la mano.

—¿Ya han llegado?

—Joder. Me escribió anoche para que fuera a buscarlos y no lo vi —suspiré y lo llamé enseguida. David respondió casi al instante.

—¡Hombre! Ya pensábamos que te habías mudado a otra ciudad —dijo con tono burlón.

—No vi el mensaje, juro que no fue a propósito. Dame media hora. Voy con Clara.

—Ajá… —su voz se alargó con picardía— Ahora todo tiene sentido. No te preocupes, te esperamos. Vera quiere ver a su prima más que al *duty free*.

Corté entre risas. Clara ya estaba saliendo del baño con el pelo recogido en una coleta improvisada.

—¿Nos vamos?

—Sí. Pero antes… ducha rápida. Si no, no salimos nunca de esta casa.

Nos duchamos juntos, y no fue un momento erótico, sino íntimo. Risas, besos entre el vapor, cuerpos rozándose mientras compartíamos el agua caliente. La ayudé a secarse el pelo con la toalla; ella me abotonó la camisa. Todo tan simple, tan cotidiano, que parecía que lleváramos años en esa rutina.

Cuando llegamos al aeropuerto, los vi enseguida: David, alto, desaliñado como siempre, con su sonrisa amplia; y Vera, con gafas de sol y una maleta

color vino. Clara corrió hacia su prima y se abrazaron con fuerza. Yo choqué los cinco con David y luego nos dimos un apretón de manos que terminó en un abrazo de esos que duraban más de lo que uno esperaba.

—¿Te trató bien el paraíso? —le pregunté.

—Me trató tan bien que me planteé no volver —dijo él, mientras miraba a Clara y Vera—. Aunque veo que tú también encontraste el tuyo.

—No digas tonterías —le respondí, con una sonrisa de medio lado.

—Madre mía, qué morena vienes —le dijo Clara a Vera.

—¿Verdad qué sí? Voy a tener que irme unas semanitas al Caribe de crucero todos los años —rio Vera.

—Me tienes que contar todo con detalle —Clara cogió la maleta de su prima.

—Oye —interrumpí—, ¿qué os parece si pasáis el fin de semana con nosotros? Hay sitio de sobra. Así hablamos tranquilos del viaje, de la luna de miel… y de lo que viene.

David asintió enseguida.

—Perfecto. Teníamos pensado irnos a casa y pasar el fin de semana descansando, pero mucho mejor con buena compañía.

En el coche, Vera se sentó junto a Clara y empezó a enseñarle fotos del viaje en su móvil. Islas, cenas románticas, paisajes de ensueño…

—Te juro que ha sido el viaje de mi vida —dijo Vera con una sonrisa—. No tengo palabras para agradecerte lo que hiciste por mí, Clara.

—Te lo mereces —respondió ella, también sonriendo.

Hubo un momento de silencio; luego Vera bajó la voz y le habló de nuevo, mirándola de reojo.

—¿Y tú? ¿Qué tal con Sergio?

Clara sonrió, mirando por la ventana.

—En la empresa, todo sigue siendo profesional… donde debe serlo.

—¿Y fuera de la empresa? —preguntó Vera con curiosidad y las cejas levantadas.

—Muy, muy personal —dijo Clara, y las dos rieron.

Desde el asiento del conductor, las escuchaba con una mezcla de orgullo y ternura. Algo en esa conversación ligera me hizo pensar que todo estaba encajando.

Capítulo 30



Sergio

La casa se llenó de vida nada más cruzar la puerta. David dejó su maleta en el recibidor y se estiró como si llevara días encerrado en un avión, mientras Vera corría a abrazar a Clara por segunda vez, como si en el aeropuerto no hubiera bastado.

—¡Esta casa es enorme! —dijo Vera, girando sobre sí misma— ¡Y tiene jardín! ¿Por qué no vivimos todos aquí?

—Solo si aceptas que cocinarás tú —respondí desde la cocina, sacando unas cervezas para todos.

—Trato hecho —gritó ella, y Clara rio.

El resto del día fue igual, con risas, anécdotas del viaje, pidiendo la compra por Internet para no salir del pequeño paraíso que Vera decía que era mi casa y que a Clara le encantaba, y comimos en la cocina, más bien

tapeamos entre vinos, quesos, jamón y el pescado frito que Vera había encargado en el bar cerca de su casa.

Esa noche la pasamos en la terraza, con una cena sencilla, vino, música baja y conversaciones que se deslizaban desde anécdotas absurdas hasta recuerdos íntimos. Vera contaba historias del viaje como si fueran cuentos de otro mundo: playas solitarias, comidas exóticas, noches interminables en la cubierta del barco. David asentía con mirada brillante, completamente enamorado.

—Fue como vivir dentro de una película —dijo él—. Pero sin guion. Todo lo escribíamos nosotros.

En un momento, mientras ellos hablaban entre sí, Clara me cogió de la mano bajo la mesa. Su pulgar acarició el dorso de mi mano con suavidad, casi distraída, pero sentí esa caricia como una corriente directa al pecho.

Más tarde, cuando David y Vera se fueron a dormir a la habitación de invitados, Clara y yo nos quedamos en el sofá. Ella se había puesto mi sudadera y estaba acurrucada a mi lado, con las piernas bajo su cuerpo.

—¿Crees que deberíamos hablar con alguien? —me preguntó de pronto, con la mirada fija en la chimenea apagada— Sobre las piedras.

Sabía que esa conversación volvería. Había algo en su voz que no era miedo, sino responsabilidad.

—¿Tienes alguna prueba? —le pregunté.

—No, solo… dudas. Y un par de facturas que no cuadran con los certificados. Nada concluyente, pero lo suficiente como para hacerme sentir incómoda.

—¿Crees que alguien lo sabe dentro de la empresa?

—No lo sé. A veces pienso que sí. Que hay miradas, comentarios, que algunos sospechan, pero prefieren callar.

Asentí despacio. Era un terreno delicado.

—Si saliera a la luz, Clara, tendrías que responder. Legalmente. Podría haber auditorías, investigaciones, incluso demandas si se demuestra que la autenticidad de las piedras fue falseada con conocimiento de causa.

Ella se encogió ligeramente, como si cada palabra pesara.

—Pero —añadí, girándome hacia ella—, no permitiré que te arrastren por algo que quizás ni siquiera sabías. Y si resulta que es verdad, buscaremos la forma de enfrentarlo juntos. ¿Entiendes? No estás sola en esto.

Clara me miró, y sus ojos brillaban. No por miedo, sino por algo más profundo. Me besó sin decir nada. Largo, silencioso, como si ese beso fuera su respuesta.

Nos levantamos del sofá sin necesidad de hablar. De la mano, fuimos al dormitorio. Esta vez no hubo urgencia ni hambre. Fue un reencuentro de almas antes que de cuerpos. La forma en que nos desvestimos fue lenta, íntima. Como si cada prenda que caía al suelo dejara al descubierto algo más que piel.

La hice mía con lentitud, con devoción. Sus suspiros eran suaves, sus manos buscaban las mías. Nos movíamos al mismo ritmo, como si estuviéramos bailando en silencio. Me perdí en su cuello, en su espalda, en la curva de su cintura. Clara murmuraba mi nombre con los ojos cerrados, su frente pegada a la mía. Fue una conexión distinta: más allá del deseo, más allá del cuerpo. Era entrega. Era confianza.

Después, nos quedamos abrazados en la oscuridad y le acaricié el pelo hasta que se quedó dormida sobre mi pecho. Sentía su respiración en mi piel, su calma envolviéndome como una manta invisible. Me quedé así mucho tiempo, sin querer cerrar los ojos, guardando en la memoria cada segundo de esa noche.

Me desperté con el murmullo de los pájaros y el sol colándose por las cortinas, tibio y amable. Clara aún dormía a mi lado, envuelta en las sábanas, el cabello despeinado sobre la almohada y una pierna desnuda colgando del borde del colchón. La observé un instante antes de deslizarme fuera de la cama con cuidado.

Bajé a la cocina en silencio, sin hacer ruido, y comencé a preparar el desayuno. Encendí la cafetera, corté fruta, puse pan a tostar. Todo con ese ritmo lento que tenía la mañana de un domingo sin planes urgentes. Sonreí

al recordar la noche anterior. Todo con ella se sentía más claro ahora, más honesto. Como si nos hubiéramos quitado capas sin darnos cuenta.

Escuché sus pasos antes de verla. Cuando giré, ahí estaba, en el umbral de la cocina, con mi camisa blanca otra vez, abrochada a medias, suelta sobre las piernas. El pelo aún revuelto, las mejillas levemente sonrojadas por el sueño. Se estiró con los brazos por encima de la cabeza y soltó un bostezo que me pareció más sensual que cualquier gesto estudiado.

—Buenos días —dijo con voz ronca.

—Así no se puede preparar el desayuno —le dije, mirándola de arriba abajo.

—¿Así cómo?

—Así de irresistible.

La atraje hacia mí y la besé. Ella se dejó llevar enseguida, rodeándome el cuello con los brazos, presionándose contra mi pecho. Fue un beso suave al principio, pero pronto se volvió más profundo. Sus labios se abrieron bajo los míos, y sus manos descendieron por mi espalda. La levanté con facilidad y la senté sobre la encimera, sin dejar de besarla.

La camisa se abrió un poco más, dejando al descubierto la curva de su pecho. Sus piernas se cerraron en torno a mi cintura, y nuestras respiraciones comenzaron a descompasarse.

—¿Y el café? —susurró, con una sonrisa ladeada.

—Después.

Fue un momento distinto al anterior, pero igual de íntimo. La luz del sol nos envolvía, la cocina olía a pan tostado y a ella. Todo se sentía real, honesto, nuestro. Entre risas y caricias, nos perdimos una vez más en ese lenguaje sin palabras que los cuerpos entendían mejor que nadie.

Después, desayunamos sentados en la mesa, descalzos, con las tazas humeantes entre las manos y las sonrisas aún en el rostro.

David y Vera bajaron poco después, con pinta de haber dormido a medias, pero felices. Se sumaron al desayuno con bromas, comentarios sobre el café y sobre lo rápido que Clara y yo parecíamos haber instalado una rutina juntos.

—¿Habéis dormido bien? —pregunté, sirviendo más café.

—Dormir, lo que se dice dormir... —respondió David, encogiéndose de hombros con una sonrisa torcida.

—Demasiada información —dijo Clara entre risas.

Nos sentamos los cuatro en la terraza más tarde, con la luz suave del mediodía colándose entre las hojas de los árboles. Vera tenía el móvil en la

mano, mostrando fotos de la luna de miel: mercados, playas, templos, un restaurante sobre el agua.

—De verdad, gracias otra vez —le dijo a Clara con sinceridad—. No sé cómo hiciste para conseguir ese viaje, pero fue perfecto. Cada detalle.

Clara le apretó la mano.

—Te lo mereces. Sabías cuánto lo deseabas y necesitabas.

Hubo un silencio tranquilo, lleno de cariño. Luego Vera bajó la voz, mirándola con picardía.

—¿Y tú? ¿Vas a contármelo todo de verdad o seguirás con lo de "muy profesional en la empresa"?

Clara sonrió y se llevó una mano al cuello como si quisiera ocultar el rubor en sus mejillas y la vergüenza genuina que tenía.

—Sigue siendo profesional… donde tiene que serlo.

—Y fuera —añadí yo, dándole un sorbo al café—, sigue siendo todo lo demás.

Vera y David soltaron una carcajada. El ambiente se volvió ligero, confiado, lleno de complicidad. Como si todos supiéramos que algo nuevo se estaba gestando entre nosotros.

Durante la tarde hablamos más sobre la empresa, sobre los posibles problemas con las piedras, sobre los pasos que podríamos tomar sin levantar sospechas. David, que tenía experiencia en el análisis de materiales, se ofreció revisar algunas piezas sin que nadie lo notara.

—Lo haremos bien —dijo, serio por un momento—. Y si hay algo raro, saldrá. Pero tranquilos, tenemos tiempo.

Me fijé en Clara en ese instante. Tenía la mirada fija en el horizonte, pero su expresión ya no era de preocupación, sino de firmeza, de decisión. Había en ella una nueva seguridad, como si lo que habíamos compartido esos días le hubiera dado un tipo distinto de fuerza.

Y lo entendí con claridad: estábamos empezando algo. No solo una relación. No solo un nuevo capítulo profesional. Era más grande, mucho más. Era nuestro futuro.

Capítulo 31



Clara

Era miércoles y, por primera vez en semanas, el despacho estaba en silencio. Un silencio denso, casi reconfortante. El único sonido era el leve zumbido del aire acondicionado y el roce del papel mientras pasaba las hojas del dosier.

Sonia me había dejado sobre la mesa una selección de bocetos para la nueva colección: líneas limpias, formas elegantes, colores arriesgados. Había algo prometedor en ese diseño que jugaba con el equilibrio entre lo clásico y lo provocador.

Apoyé el codo en el escritorio, sosteniendo la cabeza entre los dedos, y me permití un momento para admirar uno de los colgantes dibujados con tinta fina y acuarela. Una pieza sencilla, pero con un juego de simetrías que atrapaba la vista. Sonia tenía buen ojo, eso era innegable.

El golpe en la puerta fue suave, pero directo.

—¿Puedo pasar? —la voz de Vera se escuchó antes de que la viera entrar.

Levanté la vista y vi que su rostro traía algo. No preocupación exactamente, pero sí esa mezcla entre tensión y decisión que conocía demasiado bien.

—Claro, pasa. ¿Todo bien?

Cerró la puerta tras de sí y caminó hasta mi escritorio, dejando caer una carpeta en el borde, sin sentarse.

—Tenemos que hablar.

Le hice un gesto para que se sentara, aunque no lo hizo. Algo en su postura me hizo dejar el bolígrafo a un lado.

—¿Qué pasa?

—Estuve revisando los papeles con David. Los del proveedor que sospechamos que nos coló piedras falsas —abrió la carpeta, sacó una hoja y me la mostró—. Hay un nombre que… me suena mucho. Héctor Santisteban.

Fruncí el ceño al leerlo. Lo repetí en voz baja, como si masticarlo me ayudara a ubicarlo en la memoria.

—Santisteban… A mí también me suena, pero no sé de qué.

Vera me miró con seriedad, con ese tipo de intensidad que solo usaba cuando algo realmente importante se le cruzaba en el camino.

—¿Te acuerdas de Marta Santisteban? Tu antigua compañera de instituto.

El nombre golpeó como un eco en el fondo de mi cabeza. Lo conocía bien. Lo había intentado enterrar durante años, y ahí estaba, resurgiendo como una chispa encendida.

—Claro que me acuerdo. Marta… la del pelo rojizo y las uñas siempre perfectas. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Todo. —Vera se cruzó de brazos—. ¿Te acuerdas de que empezaste a salir con ese chico que te gustaba en segundo? Acuérdate de que Marta se molestó por eso, decía que le habías quitado a su chico.

La miré sin entender hacia dónde iba.

—¿Y eso qué tiene que ver con…?

—Después se cruzó con Alejandro —continuó, como si no pudiera detenerse—. También lo conocía. El día que te casaste, me lo dijo. Me miró y, con esa sonrisa suya, me soltó que te odiaba. Que otra vez le habías quitado algo que quería. Que algún día se lo pagarías.

Me quedé inmóvil y noté que un escalofrío me recorría la espalda.

—¿Estás insinuando lo que creo que estás insinuando?

Vera se acercó al escritorio, inclinándose hacia mí.

—No lo insinúo, Clara. Lo digo alto y claro. Héctor Santisteban es su primo mayor. Estudió en la misma universidad que David y Sergio. La misma carrera que Sergio, de hecho. Y por lo que vimos en las redes de Marta, ahora tiene una empresa de diseño de bisutería. Nada de joyas de alta gama, pero con diseños muy bonitos. Originales. Y adivina de dónde venía una de las partidas con las piedras supuestamente falsas. De la empresa de Marta.

—No puede ser… —murmuré.

—David también hizo algunas llamadas. Resulta que el tasador de la empresa de subastas de Barcelona, el que dijo que la esmeralda era sintética… es amigo de Marta.

Me llevé una mano a la frente, procesando todo aquello. Era demasiado perfecto. Demasiado retorcido.

—Entonces ni siquiera es seguro que la piedra fuera falsa…

—Exacto —Vera se incorporó—. Puede que todo esto haya sido una jugada para arruinarte. Para destruir tu credibilidad y la de la empresa.

—Tenemos que decírselo a Sergio.

—Ya lo creo que sí.

Me levanté de golpe y, sin perder tiempo, salimos del despacho. Caminamos por el pasillo sin cruzar una sola palabra. Las tapas de nuestros tacones resonaban como tambores sobre el suelo pulido. Cuando llegamos al despacho de Sergio, Vera ni siquiera llamó. Abrió la puerta directamente.

—Tenemos algo que enseñarte —dije sin rodeos.

Sergio levantó la mirada del portátil, y al ver nuestros rostros serios, se apoyó en el respaldo con atención. Le contamos todo. Desde Héctor hasta Marta, pasando por las redes sociales, la procedencia de la partida, la amistad con el tasador… cada detalle.

Cuando terminamos, Sergio se quedó en silencio unos segundos.

—Voy a enviarle un correo a Raúl Aguilar ahora mismo —dijo con firmeza—. Necesito hablar con él.

Lo vimos escribir. Solo una línea clara y directa: “Necesito hablar contigo con urgencia. Te dejo mi número”. El mensaje salió. Cinco minutos después, el móvil de Sergio vibró.

—Es él —nos dijo, y activó el manos libres.

—¿Sergio? —la voz de Raúl sonaba cordial— Vi tu correo. ¿Ha pasado algo?

—Sí. ¿Aún tienes la pulsera con la esmeralda?

—La tengo, sí. Mi hermana se enamoró de ella, así que decidí no subastarla y se la regalé.

—Me alegra oírlo. Verás, nos han surgido dudas. Nos gustaría tasarla de nuevo. Hay indicios de que esa valoración original podría haber estado manipulada.

—¿Manipulada?

—Hay demasiadas conexiones entre el tasador, la procedencia de la piedra y una persona con antecedentes de conflicto con Clara.

Hubo un breve silencio; luego Raúl respondió con tono sereno.

—Estaré en Madrid en un par de días. La llevaré conmigo. Me gustaría aclarar esto tanto como vosotros.

Cuando colgó, Sergio se giró hacia nosotras.

—Si esto es un sabotaje de esa tal Marta Santisteban, se va a arrepentir. Vamos a ir hasta el final y con todas las de la ley.

No pude evitarlo. Le di las gracias, y él, sin pensarlo, me besó. Ahí mismo, delante de Vera.

—Por mi chica haré lo que sea —dijo, sin rastro de vergüenza.

Me sonrojé. Vera soltó una risa suave y me dio un codazo cuando salimos del despacho.

—Su chica… qué bonito suena. A mí me huele a boda no tardando mucho.

—Vera… —la reprendí.

—¡Eh! No me mires así. Que te cayó mi ramo de novia, y siempre sale una boda de otra, ¿o no?

Solté un suspiro, entre divertida y nerviosa. Mientras caminábamos de vuelta a mi despacho, mi mente viajaba a otro tiempo. A esos días turbios del final del instituto. A cuando ocurrió lo de Marta Santisteban. A cuando empezó todo.

Entré en mi despacho con la cabeza llena de ecos. Nombres del pasado, imágenes antiguas que creía olvidadas, todo revoloteando como mariposas oscuras. Cerré la puerta con suavidad, como si al hacerlo pudiera aislarme del torbellino que me rodeaba. Me senté, pero no volví a mirar los bocetos. En lugar de eso, me apoyé en el respaldo de la silla y dejé que mi mente retrocediera.

Marta Santisteban. Siempre elegante. Siempre competitiva. Siempre rodeada de personas a las que lograba eclipsar con esa sonrisa afilada. No era malvada en apariencia, solo ambiciosa. Pero debajo de esa ambición había algo más… algo personal, algo que en su momento no supe ver.

Y ahora, todos estos años después, su nombre volvía a cruzarse en mi camino. Con la misma sombra venenosa de siempre.

Suspiré y apreté los ojos. La cabeza me latía suavemente cuando el teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa. Era Alejandro.

Mi primer impulso fue no contestar, pero no. Él merecía más que eso. Siempre lo había merecido.

—¿Sí?

—Hola, Clara.

Su voz me llegó como una brisa conocida. Suave. Cálida. Familiar.

—¿Todo bien? —pregunté, intentando sonar despreocupada.

—Sí, sí… bueno, más o menos. Te llamo porque Elena me ha vuelto loco esta mañana —contestó, y fruncí el ceño, confundida.

—¿Elena? ¿Qué ha pasado?

—Está obsesionada con saber qué pasa entre tú y Sergio. Me ha leído en voz alta los comentarios de vuestra foto, uno por uno. Y cuando le dije que sí, que hay algo… necesitó más. Así que me ha obligado a llamarte.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Sois unos cotillas, los dos.

—Ya me conoces. Pero ella… bueno, ella es peor —rio conmigo y luego se puso un poco más serio—. ¿Entonces? ¿Estáis juntos?

Me quedé en silencio unos segundos. Luego asentí, aunque él no pudiera verme.

—Estamos… empezando algo. Es pronto aún, pero sí.

—Me alegro mucho, Clara, de verdad —hizo una pausa, y luego habló de nuevo—. Y te aviso: quiero conocer al futuro marido de mi exmujer.

Me quedé paralizada.

—¿Perdón?

—Has oído bien. No creo que ese hombre se conforme con ser solo amigos con derecho a roce, y tú tampoco deberías. Así que quiero veros este sábado en casa. No acepto un no por respuesta.

—Alejandro… —resoplé— Eso dependerá de lo que diga él.

—Él, ya ha dicho que sí.

—¿¡Qué!?

—Sí, he hablado con él hace diez minutos. Muy simpático, por cierto. Me cae bien.

Me tapé la cara con la mano, incrédula.

—Voy a colgarte.

—Haz lo que quieras, pero el sábado te quiero aquí. Y trae tarta de limón. La del sitio ese que te gusta y a Lucas también. Elena lo agradecerá.

—Adiós, Alejandro.

Colgué justo en el momento en que la puerta se abría. Y ahí estaba Sergio. Apoyado en el marco, con una media sonrisa en los labios.

—¿Puedo pasar?

—Ya que has hablado con mi exmarido a mis espaldas, creo que sí —le lancé una mirada entre divertida y fulminante.

—¿Así que estuviste casada? —preguntó, cruzando los brazos con interés. No había juicio en su tono, solo curiosidad sincera.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo. ¿Me lo cuentas mientras comemos?

Asentí. Cogí mi bolso y salimos juntos de la oficina. No dijimos nada durante el trayecto en coche, no hacía falta. Había una calma entre nosotros que no necesitaba llenarse con palabras vacías.

Al llegar al restaurante, pedimos sin pensar demasiado. Yo apenas miré la carta. Tenía la boca seca y notaba el corazón latiendo a mil por hora.

—Conocí a Alejandro cuando tenía veinticuatro años —empecé—. Él tenía veinticinco. Fue… bonito. Natural. Nunca me había sentido tan entendida, tan cómoda con alguien. Nos enamoramos rápido. Nos casamos a los dos años.

Sergio me escuchaba con atención, con los codos sobre la mesa, sin interrumpir.

—Durante un tiempo, todo fue perfecto. Tuvimos nuestra casa, nuestros planes, incluso viajamos. Y luego me quedé embarazada.

Tuve que hacer una pausa porque sentí esa presión en la garganta que conocía tan bien.

—Estaba de cinco meses cuando lo perdí.

No levanté la vista, no podía ni quería ver compasión en sus ojos. Sentí cómo mis dedos jugaban con la servilleta sin control.

—Fue un dolor tan sordo y tan constante que dejó de doler. Empecé a encerrarme, a no salir de casa, a no hablar. Ni siquiera lloraba. Solo estaba… vacía —dije y respiré hondo—. Y perdí a Alejandro. Lo alejé sin querer. O quizá fue inevitable. Él intentó estar, al principio, pero la tristeza también lo devoró.

Sergio no decía nada, y yo seguía sin poder mirarlo.

—Años después nació Lucas, el hijo que tuvo con Elena. Y, curiosamente, eso me devolvió algo. Es como si la vida dijera: aún puedes querer, aún puedes dar amor. Lucas me llama "tía Clara" desde que empezó a hablar. Es un torbellino de luz.

Sergio me cogió la mano y me la acarició con delicadeza.

—¿Y ahora? —me preguntó en voz baja— ¿Cómo te sientes?

Tragué saliva.

—Recuperada. Feliz. Me dijeron que tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de volver a quedarme embarazada, pero… con el tiempo me

he hecho a la idea de que quizás no ocurra. Y no me duele tanto como antes —dije, y lo miré por fin—. Si algún día me siento preparada, me gustaría adoptar. Darle todo ese amor a alguien que lo necesite. Pero ahora… ahora estoy bien así.

Él asintió, con esa ternura que me desmontaba.

—Tú no sabes lo fuerte que eres, Clara. Lo mucho que admiro tu forma de seguir, de mirar hacia delante sin rencor, sin miedo. A veces creo que eres más valiente de lo que tú misma te permites creer.

Sus palabras me hicieron sentir algo que no sentía desde hacía años. Esperanza.

—Y si algún día quieres formar una familia, sea como sea… estaré a tu lado.

Se llevó mi mano a los labios y la besó. Luego me acarició la mejilla con el dorso de los dedos, con una delicadeza que me hizo contener el aliento.

—Te quiero —dijo, bajito, sin ceremonia. Sin dramatismo. Solo verdad.

Y yo sentí un vuelco en el corazón. Me quedé en silencio unos segundos, procesando. La emoción me cerraba la garganta, pero sonreí. Porque jamás pensé que volvería a escuchar esas palabras dirigidas a mí, así.

Y menos aún sentir que podía creerlas.

Capítulo 32



Clara

El viernes por la tarde el ambiente en la oficina era denso. Todo estaba aparentemente tranquilo, pero bajo la superficie se sentía la tensión contenida. Como si todos intuyeran que algo estaba a punto de estallar. El silencio no era apacible; era expectante, casi eléctrico. Cada paso en los pasillos, cada voz en tono bajo, parecía una nota dentro de una sinfonía contenida.

Yo apenas había dormido las últimas noches. Me acosté con la voz de Sergio resonando aún en mi mente mientras decía esas dos sencillas palabras, pero llenas de significado. “Te quiero”.

No había pronunciado esas palabras con prisa ni con temor. No se le escaparon, no tropezaron entre dientes. Fueron claras. Limpias. Reales. Y, sin embargo, yo sentía un vértigo enorme. No por lo que sentía por él, eso ya no estaba en duda, sino por la velocidad con la que el mundo parecía transformarse a mi alrededor. Como si alguien hubiese cambiado el decorado mientras yo dormía.

Y como si todo eso no fuera suficiente, ahí estaba el tema de Marta. De la pulsera. De esa partida maldita.

La misma Marta que un día fue mi amiga. La misma Marta que me abrazaba en el instituto cuando me rompían el corazón… o eso parecía. La misma Marta que, ahora sabía, nunca me perdonó del todo que el chico que le gustaba me eligiera a mí. Ni en aquella época. Ni después. Ni siquiera con Alejandro.

A primera hora, Sergio me llamó desde su despacho.

—Raúl ha llegado. ¿Puedes venir?

Me levanté de inmediato, sintiendo un cosquilleo incómodo en las piernas, como si fueran de cartón.

Cuando llegué, ya estaba Vera allí, sentada frente al escritorio. Sergio estaba de pie, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. A su lado, una caja acolchada reposaba sobre la mesa. Blanca, sencilla, pero con el peso invisible de una verdad que podíamos tocar.

—¿Es la pulsera? —pregunté, en voz más baja de lo que pretendía.

—Sí —respondió él—. Raúl acaba de dármela. Me ha dicho que prefiere que un gemólogo externo la revise. Ha traído una tarjeta: un profesional independiente, sin vínculos con Marta ni con nadie del sector, al menos según él.

Vera asintió, seria, casi sombría.

—Es lo mejor. Necesitamos objetividad —dijo.

Objetividad. Qué palabra tan fría para algo tan cargado de emociones.

—¿Vamos los tres? —pregunté, notando que mis dedos jugueteaban con el borde de mi libreta.

—Sí. Quiero que estemos todos cuando se haga el análisis. No quiero más rumores, ni interpretaciones. Quiero hechos —dijo Sergio con firmeza.

Fuimos en su coche, en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Vera miraba por la ventana con expresión dura. Sergio conducía con la mandíbula apretada. Yo repasaba mentalmente cada detalle: la entrada de esa empresa en nuestra red de proveedores, el momento en que esa partida fue aprobada, la forma en que se coló en nuestro catálogo.

¿Habíamos sido tan ingenuos? ¿O tal vez Marta había planeado esto desde mucho antes?

Y lo peor era que podía imaginármelo. Esa sonrisa que no llegaba nunca a los ojos, esa forma de marcar su territorio con amabilidad envenenada. La misma que usó cuando aquel chico y yo empezamos a salir en el instituto.

“No es mi tipo”, decía ella, pero luego lo buscaba para todo. Le pedía ayuda, le dejaba notas en la taquilla. Pequeñas trampas emocionales.

Ahora lo entendía: no era que quisiera a esos hombres. Quería ganarme. Vencerme. O quizá hacerme pagar por algo que ni siquiera sabía que había hecho.

El gemólogo nos recibió en un pequeño despacho en el centro. Era un hombre de unos sesenta años, con voz suave y manos cuidadosas. El tipo de persona que trataba los objetos con más delicadeza que a las personas, como si los secretos estuvieran en las piedras, no en los gestos.

Nos saludó con profesionalidad y revisó la pulsera durante casi treinta minutos bajo distintos instrumentos. Lupas, luces, microscopios. Sus dedos eran metódicos, casi ceremoniales.

Mientras tanto, yo apenas respiraba.

—¿Y si tiene razón Marta? —pregunté en voz baja, incapaz de quedarme callada.

—¿Qué razón? —replicó Vera, sin apartar los ojos del proceso.

—¿Y si de verdad la piedra estaba alterada y Raúl ha cambiado la pulsera antes de dárnosla? —susurré.

Sergio giró el rostro hacia mí.

—Clara, Raúl está jugándose su reputación también. No gana nada ocultando algo ahora. Lo sabe.

—¿Y si ya es tarde para salvarse? —insistí, consciente de lo paranoica que sonaba.

Sergio no respondió, pero sus ojos decían que él también había considerado esa posibilidad. Cuando el gemólogo terminó, levantó la vista hacia nosotros.

—La esmeralda es natural —dijo, con calma—. De excelente calidad, por cierto. No hay rastro alguno de alteración sintética. Si alguien les dijo lo contrario, mintió o se equivocó.

Sergio exhaló con fuerza. Yo sentí las piernas flojas y me apoyé levemente en la mesa.

—Entonces… —murmuré—, todo ha sido un montaje.

—Así parece —dijo Vera, en voz baja.

Un montaje. Una farsa construida desde dentro.

No solo nos habían querido hacer daño, nos habían querido hacer quedar como incompetentes. Y lo peor: Marta sabía cómo herirme. Sabía que mi mayor miedo era ser percibida como alguien que no estaba a la altura.

Y lo había usado.

Regresamos a la oficina al final de la tarde. Nadie hablaba, pero todos sabíamos lo que eso significaba. No solo habían intentado sabotearnos, lo habían hecho con cálculo. Con malicia. Con nombre y apellido.

Ya en el despacho, Sergio cogió su portátil y comenzó a escribir.

—Voy a enviar un informe detallado al equipo legal —dijo—. Y también voy a preparar un comunicado interno. Aún no sé si iremos a los medios, pero esto no se puede quedar así.

—¿Y Marta? —preguntó Vera— ¿La enfrentarás?

Sergio negó con la cabeza.

—Todavía no, pero he pedido una investigación privada. Vamos a ir despacio, pero con precisión. Ella misma se ha cerrado las puertas. Solo estamos recogiendo pruebas —respondió Sergio, sin levantar la vista del teclado.

Me quedé mirándolo un instante. Había en él una mezcla de templanza y determinación que me impresionaba. Como si, en medio del caos, él fuera el único que no se tambaleaba.

Cuando terminó de escribir, me miró y sonrió.

—Gracias por confiar en mí.

Me acerqué y, sin pensar, lo besé suavemente en la mejilla. Él giró el rostro y sus labios encontraron los míos. Fue un beso breve, pero lleno de algo más que deseo. Algo sólido, algo tan real como el hecho de que estábamos los dos allí.

—Por ti haría cualquier cosa, Clara —susurró.

Una parte de mí quería creerle sin reservas. Otra, aún herida por tantas traiciones, se mantenía en guardia.

—Insisto —dijo Vera cuando salimos del despacho—. Vas a ser la próxima en casarte, ya lo verás. —sonrió.

Yo volteé los ojos mientras ella seguía caminando sin dejar de reírse, como si supiera algo que yo todavía no era capaz de aceptar del todo. Pero su risa me alivió. Como un aire nuevo después de una tormenta.

Cuando me senté de nuevo en mi despacho, la energía era distinta. El alivio de saber que no habíamos cometido un error técnico era enorme, pero también sentía una nueva carga: ahora sabíamos que nos querían hundir. Y sabíamos quién estaba detrás.

No tardó en sonar mi móvil. Lo cogí sin mirar el número.

—¿Sí?

—Clara, soy Alejandro.

Me sorprendió el tono amable y ligero de su voz. Como si no llevara una bomba emocional encima.

—¿Otra vez tú? ¿No te basta con haberme comprometido a ir el sábado a tu casa sin preguntar?

—Bueno, llamé a Sergio primero, ¿recuerdas? Él me dio luz verde.

—Sí, sí… ya me lo dijo. Estoy… flipando, como diría Vera —suspiré.

—Tú, tranquila. Solo quiero que pasemos un día en paz. Lucas pregunta por ti cada cinco minutos. Elena ya ha preparado una lista de juegos, y yo… bueno, solo quiero verte bien. Con él. Con tu nuevo mundo.

Su voz sonaba sincera. Había en ella cariño, pero sin segundas intenciones. Me ablandé un poco.

—De acuerdo. Nos vemos el sábado.

—No olvides la tarta.

Colgué y suspiré. Aún me temblaban los dedos.

Me levanté de la silla justo cuando la puerta se abría de nuevo. Sergio entró y se apoyó en el marco, cruzado de brazos.

—¿Alejandro? —preguntó, y asentí.

—Me ha recordado que vamos a su casa el sábado. ¿Lo recuerdas?

—Sí —dijo él, sonriendo de medio lado—. ¿Llevo algo?

—Con que vayas, es suficiente.

—¿Cenamos?

—Me apetece chino —dije mientras recogía.

—Me has leído la mente —hizo un guiño y le sonreí.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía hablar de todo mi pasado con alguien sin que me doliera por dentro. Solo me quedaba un último miedo: el de creer que la felicidad no se iba a escapar otra vez.

Y esta vez… no pensaba dejar que nadie me la robara. Nadie. Ni Marta. Ni el pasado. Ni yo misma.

Capítulo 33



Sergio

El sol de media mañana caía suave sobre el parabrisas mientras nos acercábamos a la casa de Alejandro. Clara miraba por la ventana con una sonrisa contenida y las manos entrelazadas sobre su regazo. Noté cómo sus dedos jugaban con el anillo fino que llevaba en el índice, un gesto nervioso que ya había empezado a reconocer.

No dije nada. Solo llevé mi mano hasta la suya y se la apreté con suavidad. Ella giró el rostro hacia mí y me regaló esa sonrisa suya que lo cambiaba todo. Había algo en Clara que me hacía sentir en casa, incluso cuando aún no habíamos cruzado el umbral de ninguna.

Al llegar, apenas aparqué el coche frente al porche cuando un torbellino sonriente salió corriendo por el jardín, descalzo, con una camiseta empapada y una risa escandalosa que llenó todo el aire.

—¡Tía Clara! ¡Tía Claraaa!

Clara se bajó del coche antes de que yo pudiera rodearlo. Lucas se le lanzó al cuello como si hiciera años que no la veía, aunque según me había dicho ella, solo habían pasado unos días desde la última vez. Ella lo alzó con facilidad y él le llenó la cara de besos desordenados, mientras gritaba que la había echado de menos.

—¡Estás muy grande, campeón! —dijo ella riendo, abrazándolo con fuerza.

Me detuve un instante junto al maletero, contemplando la escena con una calidez inesperada. Había visto a Clara sonreír muchas veces, pero nunca como en ese momento. Con esa mezcla de alegría y ternura que parecía salirle de lo más profundo.

Saqué la tarta del maletero, la dichosa tarta de limón en la que tanto había insistido Alejandro, y justo entonces apareció Elena en la entrada de la casa, con un vestido ligero y una mirada llena de luz.

—Si te vas a quedar con Clara —me dijo con una sonrisa cómplice mientras se acercaba—, tendrás que aprender a compartirla con otro hombre. Porque Lucas siempre será el amor de su vida.

Sonreí al escucharla, porque no me cabía la menor duda de lo que acababa de decir.

—Sergio —me presenté, sujetando la caja con la tarta.

—Elena —respondió ella, dándome dos besos en las mejillas—. Gracias por la tarta. Y por venir.

—Gracias a vosotros por invitarme.

—Clara habla mucho de ti —añadió con una mirada intensa, casi inquisitiva, pero sin hostilidad—. Todo bueno, de momento.

Clara se nos unió con Lucas aún en brazos, y juntos caminamos hacia la terraza trasera. Allí estaba Alejandro, con un delantal ridículo que decía “El Rey de la Barbacoa” y unas pinzas en la mano.

—Vaya, vaya… —dijo Clara, echándose a reír— No dejas de sorprenderme. ¿Tienes más delantales con frases así?

—Si yo te contara… —contestó Elena, volteando los ojos.

Clara y Alejandro se abrazaron con cariño y él le besó la frente como si ese gesto llevara años haciéndolo sin que pesara. No había tensión. No había nostalgia amarga. Solo algo suave, honesto.

—Este es Sergio —dijo Clara.

—Un placer conocerte, Sergio —dijo Alejandro, tendiéndome la mano con firmeza—. Bienvenido a casa. Espero que vengas con hambre.

—Eso espero yo también, con todo lo que huele desde aquí.

El asador chisporroteaba con olor a chuletones, chorizos, pinchos y alitas de pollo. Elena apareció con una bandeja de bebidas: cervezas para nosotros, limonada para ellas y Lucas, que ya corría por el jardín con un cubo de agua en la mano.

—Echa un ojo a la barbacoa, a ver si me vas a poner chorizos negruzcos como la última vez —le dijo Clara a Alejandro.

—Qué ataque más gratuito, por favor —resopló él, y me reí.

Se notaba que, a pesar de lo que habían tenido en el pasado, mantenían una buena relación.

Nos quedamos los dos junto a la barbacoa mientras las chicas se acomodaban en las tumbonas. Clara se quitó las sandalias y se dejó caer en el césped junto a la piscina, riendo mientras Lucas trataba de salpicarla con el cubo.

—Ella lo quiere como si fuera suyo —dijo Alejandro de pronto, sin apartar la vista de ellos.

—Se nota —respondí.

—Y a mí me encanta eso. A pesar de lo que pasó entre nosotros… la quiero cerca. Siempre.

Hubo un silencio breve; solo se escuchaba el crujido de la carne en la parrilla y la risa de Lucas.

—Siento lo que pasó —le dije—. Sé lo del bebé. Clara me lo contó.

Alejandro sonrió con melancolía, bajando la mirada.

—Fue devastador para los dos, pero… —se interrumpió un segundo— Lo peor fue verla apagarse. Cómo se iba cerrando, perdiéndose. Intenté quedarme a su lado. Lo hice, pero… llegó un punto en que ya no podía alcanzarla. Estaba en un lugar al que yo no podía entrar.

Lo miré en silencio.

—Y luego llegó Lucas —continuó él—. Y fue como si la vida nos diera una oportunidad distinta. Con Elena, con él… fue un nuevo comienzo. Pero Clara sigue siendo parte de esta familia. No por obligación. Porque así lo queremos.

—Lo entiendo —dije.

Giró la cabeza y me miró fijamente a los ojos, como haría un padre con el novio de su hija adolescente.

—Si tú no vas a hacerla feliz, prefiero que se lo digas ahora y te alejes. No necesito que vuelva a pasar por algo parecido.

Tragué saliva.

—La quiero —dije con firmeza—. Me preocupa. La admiro. En lo profesional y en lo personal. Y en mis cuarenta años de vida, no me he enamorado así de nadie. No voy a dejarla. Está en mi vida y quiero que se quede ahí.

Alejandro me estudió unos segundos y luego levantó su cerveza.

—En ese caso… bienvenido a la familia. Porque creo que eres de los míos. De los que quieren algo y no paran hasta conseguirlo.

Sonreí y levanté mi cerveza, brindando con él. En ese instante, los gritos de Clara y Lucas rompieron la tensión. Llegaban corriendo desde la piscina, empapados y riendo a carcajadas. Lucas chillaba que Clara había perdido y ella gritaba que no valía hacer trampas con una pistola de agua escondida.

Clara se acercó a mí, aun riendo, y me besó en los labios con esa ligereza espontánea que me volvía loco.

—¿Te está aburriendo con sus clases de cocina?

—Estamos hablando de todo un poco —respondí.

—¡Oye! —protestó Alejandro— Mis clases de cocina no son aburridas.

—Si usted lo dice, rey de la barbacoa… —murmuró ella, y me reí al verla marchar.

Nos sentamos todos poco después. Clara con Lucas en su regazo, Elena sirviendo platos, Alejandro haciendo bromas sobre su "salsa secreta" que nadie debía probar jamás. Y yo… yo observando a Clara.

Tenía la cara iluminada por la sonrisa. El pelo aún mojado, cayéndole en mechones desordenados sobre los hombros. Lucas la abrazaba por el cuello y no dejaba de hacerle cosquillas. Y yo sentí algo en el pecho. Una certeza silenciosa, arrolladora.

Si estuviera en mi mano… haría cualquier cosa para que pudiera ser madre. Para que tuviera lo que más desea.

Por un segundo, cerré los ojos y la vi. Vi a Clara embarazada, riendo con esa misma alegría, caminando descalza por el jardín, con un vestido de lino y una mano sobre su vientre.

Me sentí ridículo. ¿Cómo podía desearlo ya con tanta intensidad? No era solo amor. Era necesidad de construir algo con ella. Algo que durara. Algo real.

La comida transcurrió con esa alegría desordenada que solo se daba en familia. Y aunque no eran mi familia, al menos no todavía, había algo en el ambiente que me hacía sentir parte de algo más grande. De algo que empezaba a tomar forma, que se colaba en los huesos y te hacía sonreír sin darte cuenta.

Lucas hablaba sin parar, saltaba de anécdota en anécdota con la lengua de los niños, donde todo era magia y lógica propia. Clara se reía con él, lo ayudaba a cortar su carne, limpiaba con paciencia las manchas de salsa en su camiseta y se dejaba besar en la mejilla cada vez que él tenía un arranque de cariño.

Y yo simplemente no podía dejar de mirarla. Alejandro no tardó en bromear.

—Creo que Sergio ya entendió cómo son nuestras comidas: ruidosas, largas y con poco protocolo.

—Mientras haya chuletones y risas, no me quejo —dije levantando mi copa de vino.

—¡Y tarta! —gritó Lucas— ¡No te olvides de la tarta!

—La ha traído Sergio, cariño —le dijo Clara, sonriendo—. Así que tendrás que portarte bien con él si quieres repetir.

Lucas se giró hacia mí, ladeó la cabeza y me lanzó una sonrisa sospechosamente encantadora.

—¿Me vas a dar dos trozos?

—Si me enseñas dónde escondes esa pistola de agua que has usado contra tu tía, quizás sí.

—¡Lo sabía! —gritó Clara— ¡Sabía que la tenía escondida!

Nos reímos todos. Y fue en ese instante, en esa mezcla de voces, en la naturalidad del momento, cuando comprendí lo bien que encajaba Clara en ese mundo. Aunque no hubiera sido madre, lo era en esencia. Se le notaba en cada gesto, en cómo se agachaba para hablarle a Lucas a su altura, en cómo le acariciaba el pelo distraídamente mientras hablaban. En la paciencia, en la dulzura, en la alegría genuina que desprendía al estar con él.

Después de la comida, nos tumbamos junto a la piscina. Lucas, incansable, nos convenció para entrar al agua. Clara no tardó en lanzarse con él y, minutos después, ya estaban persiguiéndose entre risas y salpicaduras.

—Vamos, Sergio, métete —me dijo ella, desde el agua—. ¿O tienes miedo de mojar ese peinado perfecto?

Y me eché a reír al escucharla. Me quité la camiseta, dejé el móvil y la toalla a un lado y me lancé de cabeza. El chapoteo fue recibido con un grito fingido de Lucas y carcajadas de Clara.

Pasamos horas ahí. Jugando, lanzándonos al niño como si fuera una pelota, fingiendo ser tiburones, exploradores y hasta chefs acuáticos preparando "sopas de cloro con sol". Nunca me había divertido tanto con un niño. Ni me había sentido tan libre, tan auténtico.

Cuando empezó a caer el sol, salimos del agua y ayudé a Alejandro a preparar la cena. Hamburguesas y perritos calientes que disfrutamos con muchas risas, servilletas arrugadas y más historias de Lucas sobre dinosaurios, naves espaciales y dragones que vivían bajo su cama.

Cuando por fin el niño cayó rendido, Clara lo acompañó a su habitación. Regresó minutos después con una sonrisa serena y algo de melancolía en los ojos.

Nos quedamos los cuatro en la terraza un poco más, disfrutando de la noche. Alejandro sirvió vino para todos, menos para Elena, que se limitó a tomar otro vaso de limonada. Estaba tranquila, pero había algo en su postura que me llamó la atención. Como si estuviera guardando un secreto, uno que estaba a punto de estallar.

Clara lo notó antes que nadie.

—¿Estás bien, Elena? No has tomado ni una sola copa en todo el día…

Elena y Alejandro intercambiaron una mirada breve, cómplice y se cogieron de la mano.

—¡Lo que sea que tengáis que decir, soltadlo ya! Me estáis matando de curiosidad —dijo Clara, entre risas nerviosas.

Alejandro cogió aire, sonrió, y fue Elena quien habló primero.

—Vamos a ser padres otra vez.

La reacción de Clara fue inmediata. Se lanzó hacia ellos y los abrazó a los dos al mismo tiempo, llorando y riendo.

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué felicidad! ¡Voy a tener otro sobri para malcriar!

—Dios nos libre —bromeó Alejandro—. Al final, nuestros hijos nos abandonarán para irse contigo, y tú acabarás con una casa llena de rebeldes malcriados que te llamarán mamá.

—Y yo seré feliz —dijo Clara, riendo y limpiándose las lágrimas—. Muy, muy feliz.

Elena estaba emocionada, le temblaban un poco las manos, pero sonreía como alguien que por fin podía compartir su alegría.

Y brindamos. Por el bebé, por la familia, por las segundas oportunidades. Por todo.

Después de unas risas más y algunos planes improvisados de vacaciones, nos despedimos entre abrazos largos y promesas de vernos pronto. Clara insistió en volver a hacer una cena los cinco, esta vez en mi casa, propuse yo. Alejandro aceptó encantado.

Subimos al coche y, nada más encender el motor, le cogí la mano a Clara. Ella no habló durante los primeros minutos. Miraba por la ventana, en silencio.

—¿Estás bien? —le pregunté, sin soltarle la mano.

Ella giró el rostro y vi que tenía lágrimas en los ojos, pero sonreía.

—Sí. Estoy bien. Muy feliz por Alejandro. Él… él merece esa familia. La que nosotros no pudimos tener.

Me detuve en un semáforo, sostuve el volante con una mano y llevé la otra a su mejilla, acariciándola con cuidado.

—Tú también la mereces, Clara. Y estoy seguro de que algún día la tendrás.

Ella cerró los ojos un instante, luego se inclinó y me besó con dulzura, con esa mezcla de agradecimiento y emoción que no necesitaba palabras.

Apoyé mi frente en la suya y supe que, fuera lo que fuera lo que viniera después, ya no iba a soltarla.

Capítulo 34



Sergio

La casa estaba en silencio cuando entramos. Cerré la puerta con suavidad, dejando fuera la risa infantil, el aroma del carbón de la barbacoa y la energía luminosa de un día que no quería que acabara.

Clara dejó los zapatos junto a la entrada sin decir una palabra. Se soltó el cabello, aun ligeramente húmedo por la piscina, y caminó descalza por mi casa como si conociera cada rincón desde siempre. Como si este fuera su lugar desde mucho antes de llegar.

La seguí con la mirada, atrapado en el magnetismo de ese instante suspendido. Llevaba el vestido blanco de lino con finos tirantes que dejaba al descubierto sus hombros bronceados y parte de la espalda. Y algo en cómo se movía, en la ligereza de sus pasos, me encendió por dentro con una intensidad tan real como visceral.

Se giró justo cuando llegaba al centro del salón y sus ojos buscaron los míos. No dijo nada. No hizo falta. Toda la tensión del día, toda la conexión

emocional acumulada, cada gesto, cada palabra no dicha, desembocaron en ese momento de electricidad pura.

La alcancé en dos pasos.

Nuestros labios se encontraron como si llevaran horas, días, vidas enteras deseándolo. Fue un beso profundo, urgente, cargado de necesidad. De amor contenido. De hambre. Ella se aferró a mi camisa con los dedos mientras respondía al beso con un gemido contenido que me encendió aún más.

Mis manos rodearon su cintura, y las suyas tiraron de los botones de mi camisa con una mezcla de desesperación y torpeza encantadora.

—¿Quién inventó estos botones? —murmuró, frustrada, entre jadeos.

—Yo solo los uso para ver cómo luchas con ellos —le susurré contra los labios—. Me resulta encantador verte así… impaciente.

Nos reímos brevemente, pero el deseo era demasiado para alargar ese juego. Sus dedos, al fin victoriosos, separaron la tela de mi pecho. Mis labios ya bajaban por su cuello, lentos, devorándola con cada beso. Sentí cómo se estremecía al contacto, cómo su respiración se entrecortaba.

La levanté en brazos, Clara rodeó mi cuello con los brazos, apretándose contra mí, y su risa se fundió con un gemido cuando la estreché aún más contra mi cuerpo.

—Estás preciosa —susurré mientras la llevaba hacia mi habitación—. Juro que nunca te he visto más hermosa.

—Y yo nunca me he sentido tan viva —murmuró en mi oído—. Nunca tan tuya.

La besé otra vez, con una intensidad nueva, más profunda. Cada roce de nuestros cuerpos era un incendio contenido. Al llegar a la cama, la deposité con cuidado, como si fuera frágil… pero no lo era. No conmigo. El fuego en sus ojos me lo decía.

Se sentó y, sin apartar la mirada, bajó los tirantes del vestido por sus hombros. La tela cayó con un susurro suave hasta su cintura, y después la dejó deslizar por completo, quedándose desnuda ante mí. Majestuosa. Real.

Contuve el aliento al verla, controlándome para no lanzarme a por ella como un adolescente en su primera vez, impaciente por tocarla, besarla y saborearla por completo.

—Eres arte —le dije con un tono más ronco del que normalmente tenía.

Ella me tendió una mano con esa sonrisa tan suya, tan sensual y sutil que me volvía loco. Me acerqué, me arrodillé frente a ella y recorrí con mis labios su vientre, sus muslos, la línea de sus caderas. Cada beso era una promesa. Un rezo. Ella cerró los ojos, respirando profundamente.

—Sergio… —susurró, temblando— Me haces sentir… amada.

La recosté sobre las sábanas blancas, me quité el resto de la ropa y me tumbé a su lado, recorriéndola con mis dedos, despacio, como si dibujara sobre su piel. Como si la aprendiera de memoria.

Nos exploramos como si no existiera el tiempo. Cada caricia, cada beso, cada roce de nuestras caderas era más que físico. Era emocional. Ella se arqueaba bajo mi cuerpo, se aferraba a mis hombros, me buscaba con la boca, con los ojos, con el alma.

Seguí besando cada rincón de su cuerpo y me detuve en su sexo, ese que ya podía ver brillante por la humedad. La miré fijamente a los ojos y vi el deseo en ellos, la impaciencia, la necesidad. Sin dejar de mirarla, deslicé la lengua entre sus pliegues y lamí rápido, haciendo que mi chica gimiera cerrando los ojos mientras su cuerpo se estremecía y arqueaba la espalda.

No me detuve, no tenía intención de hacerlo en toda la noche, quería saborear cada centímetro de su cuerpo, disfrutar de ella y que disfrutara con lo que le hacía.

Comencé a lamer más rápido y a penetrarla con dos dedos, enloqueciendo con cada uno de sus gemidos y gritos mientras me pedía más y yo se lo daba. Hasta que el orgasmo la alcanzó y se corrió en mi boca con fuerza.

—Me tiemblan las piernas contigo… —murmuró— Me haces olvidar quién era antes.

—Y tú me haces querer ser el hombre que mereces.

La besé en los labios, en el cuello, en esos pechos turgentes y en sus pezones erectos y sensibles, en el vientre. Su cuerpo se abría para mí como si hubiera estado esperándome siempre. Mis manos la acariciaban, la mimaban, la adoraban.

Y ella se entregaba con una mezcla de fuego y vulnerabilidad que me desarmaba.

—Más… —susurraba— Quiero más de ti, Sergio. Más de esto. Más de nosotros.

Entré en ella despacio, mirándola a los ojos. Sus labios se entreabrieron y un suspiro tembloroso escapó de su garganta. El mundo desapareció. Solo existía ella. Su calor. Su cuerpo envolviendo el mío. Su alma latiendo junto a la mía.

Nos movimos juntos con una cadencia profunda, íntima. Ella se aferraba a mi espalda, marcándome con las uñas, con los jadeos, con las palabras que no podía pronunciar.

—Eres mío… —gimió.

—Siempre —le respondí—. Tú me hiciste tuyo desde la primera vez que sonreíste.

Los movimientos se volvieron más intensos. Más urgentes. Nos fundimos como si nuestros cuerpos hubieran estado diseñados solo para encontrarse. Como si estuviéramos terminando una historia escrita desde hacía mucho.

El orgasmo llegó como una ola, arrasando. Nos rompió. Nos curó. Gemimos nuestros nombres entre temblores, entre lágrimas contenidas en los ojos de Clara. Yo me dejé caer sobre ella, solo cubriéndola. Protegiéndola. Amándola.

Y así, abrazados, respirando entrecortadamente y con dificultad, llegó el silencio. No uno incómodo, sino uno denso. Cálido. Verdadero.

Clara apoyó la cabeza en mi pecho, y yo le acaricié el cabello.

—¿Estás bien? —le susurré, sin aliento.

Ella no respondió de inmediato, pero me abrazó más fuerte. Después levantó el rostro; vi que sus ojos estaban húmedos, pero sonreía.

—Estoy completa —murmuró.

—¿Completa?

—Sí… Me has devuelto algo que no sabía que había perdido.

—¿Qué?

—La fe en el amor. En que esto puede ser de verdad.

Mi pecho se apretó y la besé suavemente en la frente. No pude hablar por unos segundos.

—Te quiero, Sergio.

Sus palabras no fueron un susurro temeroso. No fueron una confesión a medias. Fueron una certeza.

Mi mano se detuvo en su espalda.

—No tienes idea de lo que significas para mí —murmuré—. Pero te lo voy a demostrar. Todos los días. Con cada beso. Con cada gesto. Si me dejas, Clara… te voy a amar sin medida.

Ella se incorporó ligeramente, apoyándose en un codo, y me miró como si pudiera leer dentro de mí.

—¿Y si no quiero que me demuestres nada?

—¿No?

—¿Y si solo quiero esto? Que me mires así cada día. Que me abraces así cada noche.

—Entonces lo haré. Pero además… —acaricié su mejilla—, te besaré hasta que no sepas dónde acabas tú y empiezo yo.

Clara rio suavemente, emocionada.

—Dios… ¿Siempre has sido así de intenso? —preguntó, sonriendo.

—Contigo, sí.

Nos quedamos abrazados, desnudos bajo las sábanas revueltas, enredados como si no hubiéramos sido dos personas alguna vez.

—Quiero más de ti —susurró ella contra mi cuello—. Pero esta vez… lento. Despacio. Quiero saborearte. Memorizarte.

—Tienes todo el tiempo del mundo —le prometí—. Y todo mi cuerpo. Toda mi alma.

Ella se deslizó sobre mí, con movimientos suaves, acariciándome como si redibujara mi silueta. Me besó la frente, los párpados, el pecho. Se tomó su tiempo, y yo me dejé hacer. Me dejé amar.

La segunda vez que lo hicimos fue distinta. Más tierna, más profunda, pero no por ello menos intensa, nunca era menos intensa entre nosotros. Nos mirábamos a los ojos todo el tiempo. Nos decíamos cosas suaves entre susurros y jadeos, como si quisiéramos grabar cada segundo para siempre.

Cuando alcanzamos juntos el clímax, nos quedamos en silencio, respirando uno dentro del otro. Y ahí supe, con toda la certeza posible, que esa mujer era la que quería a mi lado el resto de mi vida.

No por cómo me deseaba. Sino por cómo me amaba.

Capítulo 35



Clara

Había algo en el aire de aquel edificio que me revolvía el estómago. Tal vez era la humedad atrapada entre las paredes, o el frío estéril del mármol bajo mis tacones, pero lo cierto es que, desde que cruzamos la puerta de las oficinas de Marta Santisteban, sentí como si todo mi pasado me mirara a la cara con una mueca cruel.

—Tercer piso —murmuré, casi para mí misma, mientras caminaba junto a Sergio y el abogado que habíamos traído con nosotros, Rafael Beltrán, un hombre de voz calmada y sonrisa ausente.

El ascensor se abrió con un sonido metálico y entramos en silencio. Sergio me cogió la mano, apenas un gesto, cálido y firme, que me ancló al presente. No lo miré, pero sentí la seguridad que siempre me transmitía. Iba a necesitarla.

Cuando las puertas se abrieron en el tercer piso, todo en mí se tensó. Reconocí al instante el aroma a perfume caro que siempre flotaba en los

espacios donde Marta se movía. Era fuerte, floral y afilado. Como ella.

La secretaria, una joven de rostro delgado y gafas rojas, nos miró levantando las cejas cuando nos acercamos.

—Tenemos cita con Marta Santisteban —dije, con un tono que no permitía discusión.

La joven se limitó a asentir y, tras una breve llamada interna, nos indicó que podíamos pasar.

Recorrimos un pasillo decorado con fotografías enmarcadas de joyas de fantasía. Marta siempre tuvo buen gusto para el diseño, eso se lo concedía. Lo que no tenía eran escrúpulos.

Al abrirse la puerta de su despacho, sentí que el tiempo retrocedía.

Allí estaba. Marta Santisteban. Alta, delgada, vestida con una blusa blanca de seda y un pantalón de pinzas color gris perla. Su cabello rojizo, liso, perfectamente peinado, caía sobre los hombros con una precisión casi matemática. Se levantó de su silla con una elegancia ensayada y una sonrisa que no tocaba sus ojos.

—Vaya, vaya… Clara San Román. Y acompañada —dijo, como si estuviéramos allí para una cita de cortesía y no a punto de arrastrarla legalmente por difamación y fraude.

—Marta —respondí con frialdad—. No vamos a fingir. Sabemos lo que has intentado hacer, pero no te ha salido bien.

Entramos los tres al despacho. Sergio cerró la puerta con calma. El abogado tomó asiento frente a Marta, abriendo la carpeta de documentos con parsimonia. Yo no me senté. Sergio tampoco.

—¿Qué crees que he intentado hacer? —preguntó Marta, cruzando los brazos con una sonrisa de suficiencia— Porque hasta donde sé, las piezas que están en duda no pasaron la tasación.

—Mentiras —dije con los dientes apretados—. Puras mentiras. Y lo sabes. Usaste la empresa de tu hermano para colocar piedras sintéticas en una partida destinada a *Eterna Joya*. Y después filtraste información falsa para hacer parecer que nuestros diseños estaban basados en piedras no auténticas.

—Tengo un conocido en Barcelona, en la casa de subastas. Fue él quien confirmó mis sospechas —replicó ella, con esa expresión altiva que tanto recordaba de la adolescencia. Siempre por encima. Siempre por delante.

—¿Ese mismo conocido que fue despedido ayer por falsedad documental? —interrumpió Sergio, con una voz firme, cargada de amenaza contenida.

Marta giró lentamente la cabeza hacia él, y la sonrisa le tembló un segundo, algo imperceptible para quien no la conociera.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes —continuó él, sin apartar la mirada—. El tasador confesó que manipuló el informe a petición tuya. Que le prometiste beneficios a cambio de arruinar la reputación de Clara. Pero lo mejor no es eso. Lo mejor es que ya hemos conectado la empresa de tu hermano con esa partida concreta. Y no es la primera vez que sucede.

Marta abrió la boca, pero no dijo nada.

—Así que escucha bien —prosiguió Sergio—. Será la última vez que nos vendáis piedras falsas. Y la última vez que difamas a Clara. Si vuelves a intentarlo, haré que cada trapo sucio tuyo salga a la luz.

La temperatura en la sala descendió un par de grados. Marta parpadeó y su expresión pasó de arrogancia a cautela.

—No puedes probar nada.

Sergio sonrió con frialdad.

—¿No? A ver si te puedo refrescar la memoria —dijo con calma, dando un paso más hacia la mesa—. Me refiero, por ejemplo, a tu relación con cierto empresario casado, padre de cuatro hijos, con quien mantienes una aventura desde hace seis años. De la cual nació una niña. Tres años tiene ya, ¿verdad?

Marta se quedó paralizada. Literalmente. Con los ojos abiertos, los labios entreabiertos y una palidez súbita recorriéndole la cara.

Yo no dije nada. La miraba, simplemente. Y por un momento, vi a la misma Marta de siempre: insegura bajo esa máscara de perfección, obsesionada con ganar, aunque no supiera por qué luchaba.

—Eso no… —empezó, pero su voz se apagó. Tragó saliva— No podéis venir a mi empresa y chantajearme así.

—No es chantaje —dijo Sergio con calma—. Es claridad. Nosotros lo hacemos de frente. Tú lo has hecho todo por la espalda.

El abogado intervino entonces. Con la misma tranquilidad con la que uno entregaba una cuenta de restaurante, colocó un documento sobre el escritorio.

—Este es un acuerdo extrajudicial. Señora Santisteban, en él se compromete a no volver a difamar a Clara San Román ni a interferir con la actividad de *Eterna Joya*. Si se niega a firmarlo, se enfrentará a una demanda por difamación, sabotaje comercial y manipulación de pruebas, todo con penas que incluyen prisión. Y dado el entorno familiar de su hija… sería una pena que su padre solicitara su custodia, ¿no cree?

Marta cogió el bolígrafo sin decir palabra, y firmó. Rápido. Con rabia. Sin mirar a nadie.

Luego nos miró, primero a mí, luego a Sergio, con el mismo odio con el que una vez me miró al saber que aquel chico del instituto me había elegido a mí, y no a ella, al igual que pasó con Alejandro.

—No quiero volver a verte en mi vida, Clara —escupió.

Sonreí con calma, y me arreglé el vestido con dignidad.

—Eso no será un problema —dije—. Porque yo no quiero saber nada más de ti. Y mucho menos de tus intentos de hundirme por algo que pasó hace veinte años y de lo que ni siquiera era consciente.

No dijo nada más, solo nos miró como si ya no supiera cómo derrotarnos. Porque no podía.

Salimos de aquel despacho con la misma tensión con la que habíamos entrado, pero con una diferencia esencial: esta vez, el pasado se había cerrado tras nosotros.

Una vez en la calle, Rafael se despidió con una sonrisa profesional.

—Ha sido un placer. Buen trabajo a ambos. Nos vemos en la oficina si necesitáis formalizar cualquier otro detalle.

Cuando se alejó, me giré hacia Sergio. La luz del atardecer le daba un tono dorado a su cabello, Y yo sentía todavía el pulso acelerado, pero también… una especie de alivio.

—Gracias por lo que has hecho —le dije, y me acerqué para besarle. Un beso lento, lleno de gratitud.

—Para eso estamos los novios, ¿no? —respondió él, con una sonrisa de medio lado, y arqueé la ceja.

—¿Así que ya tenemos etiqueta oficial?

—Desde la boda de David y Vera, pero tú no querías verlo.

Reí, no podía evitarlo. Esa manera suya de poner las cosas en su sitio, con una frase, me desarmaba.

—Eres un idiota encantador, Sergio Herrera.

—Y tú, Clara San Román, eres la mujer más valiente que conozco.

Nos miramos un segundo más, y luego nos encaminamos de nuevo a la oficina.

Lo que no sabíamos entonces es que esa noche no solo celebraríamos una victoria. Empezaríamos también a construir algo nuevo. Algo firme.

Algo nuestro.

Volvimos a la oficina pasadas las seis de la tarde. El sol comenzaba a esconderse entre los edificios, tiñendo el cielo con ese tono ámbar que solo aparecía al final de los días tensos y valientes. Sergio abrió la puerta para que pasara, y aunque traté de mantenerme serena, supe que mi sonrisa lo delataba todo: la sensación de alivio, de justicia, de haber enfrentado a un fantasma del pasado y no haber salido herida.

David y Vera estaban reunidos en la sala acristalada del fondo, frente a un par de portátiles, probablemente ultimando detalles del informe mensual. Cuando nos vieron aparecer, ambos se giraron al mismo tiempo. Vera se incorporó de inmediato.

—¿Y bien? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

No respondí enseguida. Me acerqué a ella y abracé su cintura con una sola mano antes de hablar.

—Todo ha terminado. Firmó el documento.

La expresión de Vera se transformó en puro júbilo.

—¿En serio? ¿Lo firmó?

—Con tanta rabia que casi rompe el bolígrafo —añadió Sergio, apoyándose contra el marco de la puerta con los brazos cruzados y una sonrisa satisfecha.

David soltó un largo silbido mientras cerraba su portátil.

—¿Y qué os ha dicho? ¿Hubo pelea? ¿Se puso en modo drama Queen?

—No os podéis imaginar la escena —respondí, dejando caer el bolso en la silla y sentándome en el borde del escritorio—. Primero lo negó todo. Luego intentó justificarse. Y cuando Sergio sacó a relucir lo de su "historia oculta", casi se desmaya.

—¿Historia oculta? —preguntó Vera, arqueando una ceja.

—Un *affaire* con un empresario casado. Tiene una hija de tres años con él. Y eso la dejó completamente fuera de juego —dijo Sergio, sin pizca de remordimiento.

Vera abrió los ojos como platos de nuevo.

—¿Marta Santisteban? ¿La de los pendientes de media luna? ¿La que se vestía como si fuera a una boda todos los días?

—Esa misma —respondí mientras asentía—. Y no quería volver a verme en su vida.

—Perfecto. Así no tienes que perder más tiempo con alguien que vive anclada en el pasado —dijo Vera, sacando su móvil como si ya estuviera escribiendo un mensaje para organizar algo.

David se levantó y se acercó a la cafetera.

—Esto hay que celebrarlo. ¿Qué os parece una cena en condiciones?

—¿En condiciones tipo sushi y vino blanco? —preguntó Vera.

—En condiciones tipo pizza, risas y brindis hasta que se nos cierren los ojos —replicó Sergio, que se había acercado a mí para rodearme por la cintura.

—Yo voto por eso —dije, girándome para mirarlo con una sonrisa—. Después de todo lo de hoy, creo que nos lo hemos ganado.

—Pues entonces, está decidido —sentenció Vera—. Esta noche, cena en tu casa, Sergio, y no aceptamos excusas. Yo llevo el vino.

—Y yo me encargo de la comida —dijo David—. Que para algo aprendí a hacer una lasaña decente. O eso dice Vera cuando quiere que cocine yo.

Sergio se rio y me besó en la mejilla, murmurando contra mi piel.

—Parece que tenemos plan.

—Sí —le respondí, acariciándole el pecho—, y me encanta.

Sentí, en ese instante, algo muy parecido a la calma. La verdadera. Esa que aparecía cuando todo lo que parecía torcerse empezaba, de pronto, a

encajar. Tenía a mi equipo, a mis amigos y a Sergio, que me había demostrado, una vez más, que estaba dispuesto a protegerme incluso de los demonios que yo no sabía que aún me perseguían.

Pasamos la siguiente media hora ultimando algunos temas menores, cerrando correos, reorganizando citas. Pero había una ligereza en el ambiente que no estaba antes. Un aire distinto. Como si todos supiéramos que ese viernes no iba a ser uno cualquiera.

Cuando salimos del edificio, el cielo era una mezcla de azul oscuro y naranjas quemados y caminamos hasta el coche de Sergio. Y mientras él conducía, yo estaba a su lado con la ventana un poco bajada y el viento jugando con mi pelo.

—¿Estás bien? —preguntó de pronto y lo miré.

—Sí. Más que bien.

—¿Seguro? Marta fue… muy cruel.

—Ya no puede herirme. No como antes. Y tú has tenido mucho que ver con eso —le dije, entrelazando mis dedos con los suyos sobre la palanca de cambios.

Sergio apretó suavemente mi mano. Su mirada, cálida y protectora, me hizo sentir a salvo de verdad.

Y aunque el día había empezado con una sombra larga detrás de mí, ahora solo sentía el sol.

La noche nos esperaba. Con las risas, el vino y la certeza de que, cuando tenías a las personas adecuadas cerca, ningún pasado podía ensuciar tu presente.

Capítulo 36



Clara

La casa de Sergio tenía ese aire acogedor que a veces se encontraba en los hogares vividos, donde las cosas no estaban puestas por diseño, sino por amor. Las paredes en tonos neutros, los muebles de madera cálida, los libros apilados en las estanterías sin demasiado orden. Todo hablaba de él, de su carácter tranquilo, meticuloso y profundamente humano.

Vera y David llegaron pasadas las nueve, con una bolsa llena de botellas de vino y una caja de dulces árabes que no tenía ningún sentido con la lasaña que David traía, pero que provocó una carcajada general cuando Sergio preguntó si eso era parte del nuevo menú internacional.

—Lasaña y *baklava*, la cena perfecta según mi marido —rio Vera, dejando su bolso en una de las sillas del comedor—. Aunque lo hace para compensar por si la lasaña no quedó del todo comestible.

—Muy graciosa —replicó David, quitándose la chaqueta—. La probé antes de salir. Clara, te juro que no envenena. Palabra de chef.

—Eso ya lo veremos —dije, divertida.

Sergio nos sirvió vino a los cuatro y, antes de que nadie pudiera brindar, Vera alzó su copa con una sonrisa amplia.

—Por Clara. Porque nadie, absolutamente nadie, puede destruir lo que has construido con tanto esfuerzo. Y porque esta vez… ganaste tú.

—¡Por Clara! —repitieron al unísono los chicos.

Yo no pude evitar sonreír, algo emocionada.

—Gracias, pero no lo habría conseguido sin vosotros.

—Eso es verdad. Es que soy el mejor amigo del mundo —dijo David, y me eché a reír.

—Y sin Sergio —añadió Vera, guiñándome un ojo—. Que hoy ha sido una especie de caballero con traje y abogado incorporado.

—Y sin armadura —murmuré, mirándolo, y él me devolvió la mirada con esa intensidad que siempre lograba dejarme sin palabras.

La cena fue exactamente lo que necesitaba: sencilla, divertida, llena de anécdotas, de bromas internas, de comentarios sin filtro. Comimos en la terraza, con una guirnalda de luces encendida sobre nuestras cabezas y

música suave de fondo. Vera hablaba sin parar, David se burlaba de su propia receta y Sergio… Sergio me miraba de vez en cuando como si no hubiera nadie más en la mesa.

Y eso bastaba para hacerme temblar.

Después de la lasaña y de los dulces, pasamos al sofá con las copas. Yo me descalcé y me acurruqué al lado de Sergio, con la cabeza apoyada en su hombro mientras Vera contaba la anécdota de cómo casi se cae en la boda de una de sus amigas porque se le rompió un tacón. David se reía a carcajadas, casi sin poder respirar.

—¡Y luego, mi padre diciendo que igual era una señal del universo! —añadió Vera entre carcajadas.

—¿Y tú qué le dijiste? —pregunté entre risas.

—Que, si el universo me quería descalza, al menos que me avisara con tiempo para hacerme la pedicura.

Nos reímos todos, y el ambiente se relajó aún más, si era posible.

Fue después, cuando las risas empezaron a apagarse y las copas ya estaban medio vacías, cuando Vera se inclinó hacia mí con una sonrisa más suave, más íntima.

—¿Y tú cómo estás, Clara? De verdad.

La pregunta me cogió por sorpresa. No por el contenido, sino por la forma en que me la dijo. Como si supiera que debajo de todo aquello, de la euforia y del alivio, aún quedaban restos de lo vivido.

—Estoy bien. Cansada… pero bien —respondí con sinceridad.

Vera me miró un segundo más y luego asintió.

—Me alegro. Hoy ha sido un cierre importante. Y se notaba que estás más libre.

Libre. Sí. Era eso. Justo así era como me sentía.

—Lo estoy —dije, con una sonrisa tranquila.

Sergio entrelazó sus dedos con los míos sobre el sofá. Sentí su calor, su pulso y esa energía firme que siempre irradiaba, incluso en silencio.

David se incorporó de repente.

—Yo creo que esta celebración se merece una foto —dijo sacando el móvil.

—Ni se te ocurra subirla a redes —protestó Vera, ya colocándose el cabello.

—No, no, solo para nosotros. Una de las buenas.

Sergio me atrajo un poco más hacia él y sonrió a la cámara. Vera apoyó su cabeza en el hombro de David y yo, simplemente, me dejé llevar. Cuando vi el resultado, me sorprendió algo: nuestras sonrisas eran verdaderas. Las cuatro.

Como si todos, de algún modo, hubiéramos sobrevivido a algo.

Poco después, ya cansados, recogimos las copas y llevamos los restos de comida a la cocina. Vera y David se despidieron entre abrazos y bromas sobre repetir la cena pronto.

—Pero la próxima vez, sin Marta de fondo —dijo Vera, haciendo una mueca.

—Prometido —contesté.

Cuando cerramos la puerta tras ellos, Sergio y yo nos quedamos un momento en silencio, en la cocina, con las luces tenues, el eco de la música apagándose en el salón, el olor a vino y a comida aun flotando en el aire.
Me giré hacia él.

—Gracias por lo de hoy.

—¿Otra vez?

—Todas las veces que hagan falta —le dije, acercándome.

Sergio me rodeó con los brazos y apoyó su frente contra la mía.

—Tú también me has salvado muchas veces, Clara, aunque no lo sepas.

Suspiré y cerré los ojos, dejando que el aroma de mi chico me envolviera.

—Me haces sentir fuerte. Como si pudiera con todo.

—Porque puedes con todo —contestó con una seguridad que me sorprendió.

Nos quedamos así un instante, respirando juntos, y luego me besó. Con dulzura. Con intención. Con la promesa de que todo lo que había pasado, lo feo, lo sucio y lo injusto, ya era parte de otra vida.

Una que no volvería.

Cuando nos separamos, le acaricié la mejilla.

—¿Sabes? A veces me cuesta creer que esto… tú y yo… esté pasando.

—Pues acostúmbrate, porque no pienso irme a ninguna parte.

Y ahí, justo en ese segundo, lo supe con toda claridad.

Ese hombre era mi hogar.

Nos besamos de nuevo y desde ese instante no hubo más palabras, solo besos, caricias, gestos y miradas que decían todo mientras nos dejábamos llevar y nos entregábamos al placer, al intenso placer que nos envolvía y nos atraía con fuerza, como si fuéramos dos imanes.

Desperté envuelta en la calidez de sus brazos. La madrugada había traído un silencio dulce, solo roto por la respiración acompasada de Sergio. Su cuerpo, tan cercano, era un refugio donde aún podía sentir el eco de la noche, esa mezcla de pasión, ternura y certeza que nos había unido de una forma nueva.

Permanecimos un rato enredados, sin prisa. Él me acariciaba el pelo con delicadeza, abrazándome con esa seguridad que tanto necesitaba. Me cubría con su brazo, y en su pecho podía escuchar sus latidos. El día empezaba a desperezarse fuera de la ventana, tiñendo la habitación de un azul suave.

Con un leve susurro que rozó mi piel, me preguntó si quería quedarme. Quería, pero el hambre me hizo sonreír.

Deslizamos silenciosos las sábanas y salimos del dormitorio a media luz. Yo en pijama corto, él en camiseta y bóxer. El pasillo nos recibió con el eco lejano de una casa que respiraba. En la cocina, él encendió la cafetera mientras yo buscaba pan y mantequilla.

Cuando el aroma del café empezó a llenar el ambiente, Sergio me abrazó por detrás, apoyando la barbilla en mi hombro.

—Buenos días —murmuró, rozando mi piel con un beso suave en la nuca.

—Buenos días… —respondí, con la voz aún adormecida.

Se apoyó contra mí, rozó mi barriga con ternura y bajó hasta mi mano para entrelazar sus dedos con los míos.

—Deberíamos desayunar aquí… —dije, mientras ponía dos tazas de café y un plato con tostadas.

—De acuerdo —respondió él, y me besó el hombro.

Comimos sentados en la encimera, con los pies colgando. Compartimos silencios, risas suaves, migajas y algunas palabras de ternura. Me alisaba el cabello, yo rodaba mi pierna sobre la suya, y el mundo parecía detenerse en esa mañana de aroma a café y pan tostado.

Tras el desayuno, recogimos todo y no pude evitar ponerme de puntillas mientras él lavaba una de las tazas y le di un beso en la mejilla.

—Te adoro —murmuré porque me salió del corazón, quería decírselo y que lo supiera.

—Y yo a ti —respondió, y me atrajo un poco más hacia él para besarme con esa mezcla de ternura y pasión que había conocido con él.

Y nos quedamos un momento así. Sin más planes que el otro, sin otra agenda que estar juntos. Porque en ese instante, cada roce, cada susurro, cada suspiro compartido era lo único que importaba.

Y supe, con cada latido, que eso iba a durar. Porque más allá de la noche apasionada, más allá de la ternura, estaba el deseo de un futuro juntos, de despertar siempre con él, de construir cada mañana así.

Capítulo 37



Sergio

Habían pasado ya tres meses desde aquel pequeño susto con la piedra, ese momento en el que todo pareció tambalearse, pero que, paradójicamente, había servido como catalizador para lo que vino después. Desde entonces, la vida, tanto dentro como fuera de *Eterna Joya*, había ido tomando un brillo especial, como si todo, de repente, encajara con una precisión casi mágica.

La relación con Clara, que ya era fuerte, se había convertido en algo aún más profundo. Era una conexión serena, pero intensa, de esas que no hacían ruido, pero que lo cambiaban todo. En el trabajo, cada mirada, cada decisión, cada proyecto compartido fluía como si lleváramos años trabajando juntos. En lo personal, bueno… en lo personal estábamos mejor que nunca.

La empresa era ahora un hervidero de ideas, energía y buenas noticias. Desde hacía semanas, Sonia, la diseñadora junior, e Iván, el *community manager*, y yo, formábamos un tridente creativo que funcionaba con una

eficacia sorprendente. Sonia tenía un instinto muy fino para entender qué diseños podían convertirse en tendencia, y yo sabía cómo transformar eso en campañas visuales que impactaran. Iván era el alma digital, el que sabía cómo convertir nuestras ideas en imágenes virales, en historias que conectaban con la gente. Nos pasábamos horas ideando, planeando sesiones de fotos, grabaciones y colaboraciones con *influencers* del mundo de la moda. Las campañas funcionaban tan bien que las ventas comenzaron a dispararse, al principio poco a poco, y luego como un cohete.

Clara, que al principio tenía miedo de arriesgar demasiado, finalmente se atrevió a dar el paso al mercado internacional. La ayudé a contactar con Nigel, ese viejo amigo de mis años en Londres, tal como le comenté en su momento. Hicimos algunas videollamadas, intercambiamos muestras y en menos de un mes ya teníamos el acuerdo firmado. Las joyas de *Eterna Joya* comenzaron a venderse en puntos clave de Londres, Edimburgo, incluso en boutiques de París y Berlín. Pero lo más emocionante era que la gente pedía encargos personalizados: anillos únicos, colgantes con significado, pulseras grabadas con mensajes en distintos idiomas. Cada encargo era una historia y eso nos entusiasmaba.

Entre tanto, Clara y yo habíamos creado una rutina propia. Los fines de semana los pasábamos casi siempre juntos. A veces en su piso, a veces en mi casa, aunque con el paso de las semanas, y casi sin que ella se diera cuenta, fuimos trayendo más y más cosas suyas a la mía. Primero fue un cepillo de dientes, luego un neceser, un par de libros, una manta suya que adoraba para el sofá, y de repente ya tenía cajones enteros ocupados. Era mi plan. Ir poco a poco, sin presionarla, hasta que no tuviera escapatoria y le fuera más natural vivir conmigo que no hacerlo. No se lo había dicho aún,

pero deseaba que compartiéramos todo, hasta los silencios. Y sentía que ella también.

Los sábados solíamos ir a casa de Alejandro, a pasar el día con él, con Elena y con el pequeño Lucas, que ya me llamaba "tío Sergio" con esa naturalidad que sólo los niños tenían cuando sentían que formabas parte de su mundo. Elena estaba de cinco meses, esperando otro niño. Nos lo habían contado hacía solo un par de días y la noticia nos había alegrado muchísimo. Clara lloró, cómo no, y yo, aunque no lo dije, no pude evitar pensar en cómo sería si algún día nosotros también tuviéramos uno.

Los viernes o sábados solíamos cenar con David y Vera, en su casa o en la nuestra. Siempre era un plan agradable, lleno de confidencias, risas y vino. Me sentía parte de algo, de una tribu, de una familia que me había acogido con los brazos abiertos.

Los padres de Clara, Antonio y Carmen, me trataban con un cariño inmenso. Y Alfonso, el tío de Clara y padre de Vera, era de esos hombres sabios y tranquilos con los que uno podía hablar de cualquier cosa. Incluso Lucía, la hermana pequeña extrovertida y alocada de Clara, me adoraba. Me llamaba "hermanito" y me ponía cara de niña buena cada vez que quería convencerme de algo. No podía evitar reírme con ella. Era, en cierto modo, como ver a una Clara más joven y desatada. Y la quería muchísimo.

Ese día era mi cumpleaños. Cumplía cuarenta y un años. Clara y yo habíamos quedado para cenar juntos en un restaurante del centro, uno bastante íntimo, elegante, de esos con velas y manteles blancos donde todo parecía más especial. Ella se había ido por la tarde a su piso para arreglarse

y me dijo que nos veríamos directamente allí. Me pareció extraño que insistiera tanto en que llegara puntual, pero no le di demasiada importancia. A veces se ponía así con los planes especiales.

Cuando llegué, noté algo raro desde el primer momento. El restaurante estaba completamente vacío. Me recibió uno de los camareros con una sonrisa más amplia de lo habitual y me acompañó hacia el fondo del salón. Y entonces lo vi.

Las luces se encendieron de golpe y una explosión de voces gritó al unísono.

—¡Sorpresa!

Me quedé paralizado. Allí estaban todos. Clara, David, Vera, Alejandro, Elena con su incipiente barriga, Lucas, que corrió hacia mí y me abrazó fuerte, Antonio, Carmen, Alfonso… y por supuesto Lucía, que se había puesto un vestido rojo con lentejuelas, como si estuviéramos en Nochevieja.

Me llevé la mano al pecho, abrumado por la emoción. Clara se acercó a mí, sonriendo, y sin decir una sola palabra me besó delante de todos. Fue un beso suave, cálido, lleno de intención.

—Feliz cumpleaños, amor —susurró.

—Creo que no he sido tan feliz en mucho, mucho tiempo —le respondí, sin importarme quién nos estuviera mirando.

La cena fue perfecta. Divertida, llena de bromas, anécdotas, brindis y carcajadas. Me hicieron regalos de todo tipo: libros, una botella de whisky que Alejandro juraba que era el mejor que había probado en su vida, entradas para una obra de teatro, incluso una camiseta con una caricatura mía que había dibujado Lucas. Pero el regalo más especial vino al final de la cena.

Clara me entregó una cajita negra, de esas que se usaban para joyas. La abrí con cuidado y me encontré con un reloj de caballero, elegante, con una correa de cuero marrón oscuro y una esfera sobria, pero con un detalle: en el borde, grabado de forma muy discreta, se leía: "Brilla a tu manera".

—Lo he diseñado para ti —me dijo, algo nerviosa—. Y es el primero de una colección masculina que estoy empezando. Relojes, pulseras, gemelos, sellos… Porque los hombres también merecen brillar como una buena joya.

—¡Ese es un buen eslogan! —saltó Vera, entre risas.

Todos aplaudieron, yo no sabía qué decir. El reloj era precioso. Pero lo que realmente me emocionaba era el gesto. El tiempo, el detalle, la dedicación que mi chica le había puesto.

Cuando terminaron de servir el postre, las luces del restaurante se atenuaron ligeramente y una pequeña tarta apareció entre las manos de Carmen, iluminada por unas velas encendidas que parpadeaban tímidamente. Lucas fue quien me la trajo, caminando muy despacito, concentrado en no tropezar.

—Tienes que pedir un deseo, tío Sergio —me dijo muy serio, como si esa fuera una misión sagrada.

Lo miré, luego miré a todos y después la miré a ella. Clara estaba sentada a mi lado, con una sonrisa dulce y el brillo de la luz reflejándose en sus ojos. La rodeé por la cintura con el brazo y cerré los ojos un segundo. Pensé en todo lo que tenía. En ese instante, no me faltaba nada.

Soplé las velas y al abrir los ojos, la besé. Un beso lento y profundo. Como si el deseo ya estuviera cumplido.

—Tú eres el mejor regalo que he tenido nunca —le dije.

Ella se mordió el labio, emocionada. No me dijo nada, pero no le hizo falta. La forma en que me miró lo decía todo.

Entonces me levanté, respiré hondo y metí la mano en el bolsillo del pantalón. Toqué la pequeña cajita de terciopelo azul marino que llevaba semanas escondiendo. Me temblaban los dedos, pero el corazón no tenía dudas de lo que iba a hacer.

Justo cuando empezó a sonar *"Perfect"*, de Ed Sheeran en los altavoces del restaurante, miré a Clara.

Ella me miró también, y se congeló. Sus ojos se abrieron, grandes como platos, y se llevó las manos a la boca. La emoción se le escapaba en forma de lágrimas contenidas. El resto de la mesa enmudeció.

Me arrodillé. Sí, clásico. Tradicional. Pero me salió del alma. No por teatralidad, sino porque sentía que todo mi ser necesitaba estar a su altura en ese momento, allí abajo, mirándola desde el lugar donde me sentía más vulnerable y más sincero.

—Clara… —comencé— Nunca imaginé que alguien pudiera llegar a conocerme tanto sin que yo tuviera que explicarme. Que alguien pudiera hacerme sentir en casa con solo tocarme la mano. Me has dado paz, alegría, un propósito. Has creído en mí, incluso cuando yo no lo hacía. Has llenado mis días de luz, mis noches de calma y mi vida de sentido. Y si tú me lo permites… quiero que esto sea para siempre.

Y abrí la caja. Dentro, descansaba un anillo de platino, con un pequeño diamante central engarzado entre dos esmeraldas de corte ovalado. Elegante. Distinto. Único. Como ella.

—Lo diseñé yo —le dije—. Bueno… con ayuda de Lucía y Vera. No me dejaban cometer errores. Y quiero saber si te gustaría casarte conmigo.

El silencio se rompió con su sollozo. Clara se tapó la boca y asintió. Fuerte. Rápido. Como si no necesitara pensarlo.

—Sí —dijo—. Sí, Sergio. Sí, sí, sí.

Le deslicé el anillo en el dedo temblando como un adolescente y me puse de pie solo para abrazarla y besarla. Ella lloraba, y yo también. Nadie lo decía, pero muchos más estaban con los ojos brillosos. Vera, sin ir más lejos, era una fuente abierta. Carmen y Elena también se secaban

discretamente las lágrimas. Hasta Antonio y Alfonso parecían más serios de lo habitual.

Nos abrazaron todos, uno por uno. Fue un torbellino de felicitaciones, brindis improvisados con lo que quedaba en las copas, besos, fotos, aplausos. Lucía chillaba como si acabara de ganar la lotería, y Lucas, al ver a tanta gente llorando y riendo a la vez, preguntó si eso significaba que iban a casarse “como en las pelis”.

Cuando por fin hubo un momento de calma, Vera se levantó de su asiento, se secó las mejillas y levantó la mano.

—Perdonad que interrumpa este momento perfecto —dijo entre risas y lágrimas—, pero... tengo que decir algo también.

Todos se volvieron hacia ella.

—Estoy embarazada —anunció, con una sonrisa radiante—. De dos meses.

Se hizo un silencio de asombro que duró exactamente un segundo. Luego estallaron los vítores y los abrazos. David la rodeó por los hombros y la besó con ternura. Alejandro dio un salto desde su asiento para abrazarla también, y hasta Lucas aplaudía sin saber muy bien por qué.

—¡Voy a tener un primo! —gritó Lucas.

—¡O prima! —corrigió Elena, divertida.

En medio de la alegría, Lucas, con esa sinceridad imbatible que solo tenían los niños, dijo en voz alta:

—Ya solo falta que la tía Clara y el tío Sergio tengan un bebé también.

Y se hizo el silencio. Clara y yo nos miramos. No dijimos nada. No hacía falta. En esa mirada había una promesa, una certeza compartida, un anhelo latente que se hizo evidente para todos. Queríamos lo mismo. Queríamos intentarlo. Y el momento era ahora.

La celebración siguió durante un buen rato más. Las copas se llenaron y vaciaron al ritmo de las risas, de las anécdotas, de las canciones que Lucía se empeñó en poner en el altavoz del restaurante, convirtiendo la velada elegante en algo más parecido a una fiesta familiar improvisada. David y Alejandro terminaron discutiendo si los años ochenta fueron mejores que los noventa, Carmen bailó con Antonio una balada lenta y Lucas se quedó dormido en el regazo de Elena, ajeno a todo, con la boca entreabierta y una mano aferrada al peluche que siempre llevaba consigo.

Yo no dejaba de mirar a Clara. Ni por un segundo.

Era como si, después de tantos meses juntos, esa noche la viera con otros ojos. No porque fuera diferente, sino porque ahora todo tenía un nuevo sentido. Ahora era mi futura esposa. Mi casa era su casa. Mis días, nuestros. Y aunque en realidad ya lo eran desde hacía tiempo, ponerle nombre a eso… lo hacía más real.

Clara hablaba con Vera en un rincón, las dos con la mirada aún brillante, compartiendo confidencias de esas que solo se podían decir entre hermanas, o primas en su caso. Cuando me vio mirándola, me sonrió y me guiñó un ojo. Y yo me sentí el hombre más afortunado del mundo.

Esa noche, ya en casa, la calma lo envolvía todo. Afuera llovía suave, como si incluso el cielo quisiera susurrar en lugar de hacer ruido. Clara se puso una de mis camisetas, la gris, la que siempre decía que olía a mí, y se metió en la cama mientras yo me desnudaba en silencio, todavía con una sonrisa dibujada en la cara. No hacía falta decir nada. El cansancio nos envolvía, pero también esa felicidad pesada que se colaba por los huesos y lo impregnaba todo.

Me tumbé a su lado, frente a ella, y nos quedamos unos segundos en silencio, mirándonos.

—No puedo creer lo que has hecho —me dijo al fin, en voz baja—. Todo ha sido increíble. Y yo que pensaba, que te iba a sorprender.

—¿Y lo del anillo? ¿De verdad te gusta?

—Es perfecto. Me conoces demasiado bien.

—Me ayudaron tus mujeres de confianza —respondí sonriendo—. Vera casi me arranca la cabeza cuando sugerí que tal vez una piedra azul podría quedar bien.

Clara rio, apagada, pero auténtica, mientras me acariciaba el pecho con la yema de los dedos.

—¿Y sabes qué es lo que más me gusta del anillo? —me dijo— Que lo hayas diseñado tú. Que no fuera solo un símbolo de amor, sino también de dedicación, de cuidado. De que pensaste en mí en cada detalle. Nunca nadie lo había hecho así.

Me incliné para besarle la frente, despacio.

—Nunca nadie me había hecho querer hacerlo así.

Nos quedamos abrazados, piel con piel, silencio con silencio. Las gotas de lluvia golpeaban con suavidad los cristales, y el calor de su cuerpo encajaba con el mío como si hubiéramos nacido para encontrarnos.

Después de unos minutos, Clara habló de nuevo, con una voz tan tenue que casi no la oí.

—¿Crees que seríamos buenos padres?

Me aparté un poco para mirarla bien.

—Lo sé con certeza —le respondí, sin dudarlo—. Tú serías la mejor madre del mundo. Y yo… bueno, haré lo que pueda. Prometo aprender todo lo necesario.

Ella sonrió con ternura, y luego cerró los ojos, como si imaginara algo que aún no se podía ver, pero ya se podía sentir.

—Me gustaría intentarlo —dijo entonces, abriéndolos de nuevo y clavando la mirada en mí—. No mañana. No con prisa. Pero sí… pronto.

—Cuando tú quieras —le susurré—. Estoy listo.

Y lo estaba. Más que nunca.

Nos besamos, y no fue un beso de pasión desbordada ni de urgencia. Fue un beso de esos que sellaban promesas. De los que guardabas en la memoria para cuando todo se ponía difícil, porque recordaban que alguna vez todo fue perfecto.

Nos dormimos abrazados. Afuera, la lluvia seguía cayendo. Y dentro, en ese pequeño mundo que habíamos construido juntos, todo brillaba.

Todo era amor. Todo era calma. Y lo mejor es que apenas era el comienzo.

Epílogo



Clara

Un año después…

Un año. Había pasado un año desde aquella noche en la que Sergio, arrodillado frente a mí, con los ojos brillantes y una cajita de terciopelo azul en la mano, me preguntó si quería casarme con él. Y lo cierto es que no había pasado un solo día desde entonces en el que no me sintiera profundamente agradecida por haber dicho que sí. No solo porque lo amaba, que sí, con todo mi corazón, sino porque esa decisión marcó el principio de una nueva vida. De nuestra vida.

Nos casamos dos meses después, en diciembre, en el jardín de nuestra casa. Porque sí, para entonces ya era también mi casa. Me había mudado con él oficialmente después de su cumpleaños, aunque en realidad llevaba varias semanas casi instalada, con mis cosas colonizando cajones, estanterías y armarios como si la casa siempre hubiera sido mía también. Fue una boda preciosa. Sencilla, íntima, pero cálida. Nos rodeamos de

quienes más queríamos: nuestras familias, nuestros amigos más cercanos y un equipo de fotógrafos que consiguió capturar la esencia de cada instante.

Las luces colgadas entre los árboles, las mantas sobre las sillas por si refrescaba, las flores blancas y lilas decorando cada rincón. Yo llevaba un vestido de manga larga, con detalles de encaje y una capa de tul que me hacía sentir como una heroína de cuento. Sergio… bueno, Sergio iba guapísimo. Traje gris marengo, chaleco claro y esa sonrisa suya que me paralizaba. Nos dimos el "sí, quiero" entre risas, con los ojos llenos de lágrimas y las manos entrelazadas. Fue uno de los días más felices de mi vida.

Pero no fue el único.

Ese mismo año llegaron otras dos alegrías inmensas a nuestra familia. Alejandro y Elena tuvieron a su segundo hijo en primavera, un niño sano, de ojos grandes y dormilón, al que llamaron Carlos. En honor a mí, aunque mi exmarido, siempre tan bromista, lo negaba. Me emocionó más de lo que pude expresar. Ver a Alejandro con un bebé en brazos, con esa ternura natural que parecía haber crecido en él desde que nació Lucas, era una de esas imágenes que se me quedaban grabadas en la memoria.

Y como si la vida quisiera equilibrarlo todo, Vera y David también ampliaron la familia. Su hija, Claudia, había nacido hacía cinco meses. Llegó al mundo fuerte, con un grito que asustó hasta al médico, y desde entonces no había parado de hacerse notar. Era preciosa. Con los ojitos achinados como su madre, y esa forma de mirar que parecía entenderlo todo. Vera siempre dijo que no quería ser madre tan pronto, pero cuando la

veías hablarle a Claudia con ese tono lleno de amor que se le escapaba sin querer, sabías que no podría haber sido de otra manera.

Y luego estaba Lucía.

Ay, Lucía. Mi hermana pequeña, al menos de espíritu, que conoció a uno de los nuevos policías de la comisaría, un tal Óscar, recién trasladado, con barba de tres días y sonrisa fácil. Desde hacía ocho meses estaban juntos. Felices. Cómplices. Como si el universo les hubiera hecho un guiño. A veces pensaba que Lucía, con su torbellino de energía, necesitaba precisamente eso: alguien con los pies en la tierra que supiera volar con ella sin perder el equilibrio. Óscar parecía saber hacerlo muy bien.

Y mientras tanto, *Eterna Joya* seguía creciendo. A veces lo pensaba y me costaba creerlo. Nuestra pequeña empresa, la que fundé con miedo y muchas dudas, se había convertido en un referente. Empezamos vendiendo en España y luego en Londres, gracias a Nigel. Pero también nos contactaron joyerías de París, Milán, Berlín, Nueva York… Cada llamada, cada correo, cada muestra enviada era un paso más hacia un sueño que ya no me parecía tan imposible. Cerramos acuerdos buenísimos. En algunos casos eran colaboraciones puntuales; en otros, acuerdos a largo plazo. Nuestra línea de encargos personalizados se disparó, y a veces teníamos listas de espera de hasta dos meses.

La colección masculina, esa que Sergio inspiró sin querer, fue un éxito inesperado. Diseñé relojes, pulseras, gemelos y sellos pensando en él. En lo que a él le gustaría llevar, en lo que a mí me gustaría verle puesto. Y cuando Vera dijo que aquella frase que dije en su cumpleaños, "Porque los hombres

también merecen brillar como una buena joya", sería un buen eslogan, supimos que ese sería el que usaríamos para la colección.

La campaña fue un bombazo. Elegimos a modelos reales: padres, hermanos, parejas, amigos. Hombres de verdad, de todas las edades y estilos, que brillaban por lo que eran. Y funcionó. Vendimos muchísimo. Y lo más bonito era que muchos de los diseños eran encargos para regalar: un reloj grabado con una fecha especial, unos gemelos con las iniciales de un padre fallecido, una pulsera con la letra de una canción grabada por dentro. Cada historia era un tesoro. Igual que cada cliente.

La vida nos había cambiado a todos. Y a Sergio y a mí… aún más.

Estaba en casa preparando la cena. Había hecho una ensalada, una de las pocas cosas que podía comer sin que me dieran arcadas con el olfato tan sensible que tenía últimamente. Sergio había salido a hacer un recado, o eso me dijo, y yo disfrutaba de un rato de tranquilidad con la música puesta bajita y la casa oliendo a especias.

Entonces llamaron a la puerta. Me limpié las manos en el delantal, caminé con calma y abrí.

Un policía de espaldas, con uniforme, gorra incluida, se mantenía firme en el umbral.

—¿Sí? —pregunté con una ceja levantada— ¿Puedo ayudarle?

Entonces se giró. Y me eché a reír.

—Buenas noches, señora —saludó haciendo ese saludo de inclinar levemente la gorra—. Soy el agente Herrera. He recibido una llamada —dijo él, muy serio, con una voz más grave de lo habitual—. Al parecer hay demasiado alboroto en esta casa. Y vengo a investigar.

—Estás loco —no podía dejar de reír.

—Cuando nos conocimos —dijo, quitándose la gorra con un gesto dramático—, te dije que era policía. Y siempre he tenido la sensación de que te quedaste con las ganas de verme con el uniforme.

—Estás completamente loco —repetí, entre carcajadas.

Entonces vi el coche aparcado en la puerta. Un coche patrulla de verdad.

—¿Has traído el coche de comisaría?

—Le pedí a tu tío el uniforme. Y el coche. ¿Qué te parece?

—Que estás fatal —dije, riéndome aún—, pero me encantas.

Se acercó a mí, me abrazó y susurró al oído:

—Tengo las esposas… y la porra. Podemos jugar al poli y la ladrona.

—Ay, Dios —me mordí el labio, riendo como una tonta—. ¿Tú quieres matarme de un susto?

Me cogió de la mano, dispuesto a llevarme a la habitación, pero en ese momento sentí un latigazo intenso, seco, inesperado. Me detuve en seco y le apreté la mano.

—Sergio…

—¿Qué pasa?

—Creo… creo que me he puesto de parto.

Él me miró, en shock. Luego reaccionó como solo él sabía hacerlo: en modo acción. Corrió a la habitación por la bolsa que teníamos preparada desde hacía dos semanas, llamó a Vera por teléfono para pedirle que avisara a todos y volvió con el uniforme medio desabrochado y el corazón en la garganta.

—Vamos. Te llevo al hospital —dijo, y salí directa para subirme a su coche—. ¿Dónde vas?

—Al coche, ¿o me vas a llevar a caballito?

—No, en el coche patrulla. Ya que lo tenemos, le sacamos partido.

Me reí, entre dolor y emoción.

—Bueno… al menos llegaremos antes.

—Eso sí, como nos pille la policía de verdad, nos multan.

—Tranquilo —le dije—, tenemos enchufe con el comisario.

El trayecto al hospital fue una mezcla entre película de acción y comedia romántica con final feliz. Me subí al asiento del copiloto como pude, entre contracciones que iban cogiendo fuerza, con Sergio sujetándome la mano derecha mientras la izquierda sujetaba el cinturón de seguridad. Cuando él se acomodó al volante, se le iluminó la cara.

—¿Puedo poner la sirena?

—¿Tú estás mal de la cabeza o es que el uniforme te afecta el juicio? —le dije, con una ceja arqueada y la otra fruncida del dolor.

Pero en cuanto la encendió, y el sonido agudo llenó el aire de la noche, me entró un ataque de risa que casi me hizo olvidar la punzada que me cruzaba la espalda.

—Dios… no me puedo creer que vayamos al hospital en un coche patrulla con sirena. Es como una broma del universo.

—El universo tiene buen gusto —respondió él, concentrado en la carretera—. Tú y yo nunca hemos sido una pareja típica.

El tráfico era escaso, por suerte. Sergio conducía con firmeza, pero sin perder la calma. Bueno, al menos eso parecía. Porque cada vez que lo miraba de reojo, tenía la mandíbula apretada como si temiera que me rompiera por dentro.

—¿Todo bien? —le pregunté entre una contracción y otra.

—Sí. O sea… no. O sea… joder, Clara. Vas a dar a luz. En serio. Nuestro bebé va a nacer ya. En serio.

—Sí, cariño. En serio.

—¿Crees que me dejarán quedarme el coche?

—¡Sergio!

Al llegar al hospital, nos estaban esperando. Vera había avisado, y por suerte el personal de guardia ya conocía nuestra historia. Nos ayudaron a salir del coche, yo medio riéndome, medio llorando de dolor; me pusieron en una silla de ruedas y me llevaron directamente a quirófano.

—¿Primera vez? —preguntó una de las enfermeras con voz calmada.

—Y última si esto sigue así —gruñí, llevándome la mano al vientre—. Siento que me voy a partir en dos.

Sergio iba a mi lado, sin soltarme. Le apretaba la mano con cada contracción como si fuera un salvavidas. Me di cuenta de que tenía los nudillos blancos del esfuerzo, pero no se quejaba.

—Aguanta, Clara. Ya casi estamos.

—Eso me llevas diciendo desde hace cuatro malditas contracciones —le solté con los ojos medio cerrados.

—Es que cada vez estás más cerca, lo juro.

Una de las enfermeras, divertida, murmuró:

—Menos mal que es policía, al menos sabe soportar el dolor.

—¿Policía? —repliqué, jadeando— ¡Ni de coña! ¡Íbamos a jugar al poli y la ladrona, pero el bebé decidió unirse a la fiesta antes!

Todas se echaron a reír.

—Yo no me apunto a esta fiesta —dije entre dientes—. Quiero irme. Me lo repensé. ¡Que alguien me saque esto de dentro!

—Eres una campeona —me dijo Sergio, besándome la frente—. Lo estás haciendo increíble.

—¡Quiero una epidural doble, triple…! ¡Quiero que me duerman hasta que tenga nietos!

Y entonces llegó el momento. Me pidieron que empujara y empujé. No sé cuántas veces. Perdí la cuenta. Perdí la noción del tiempo. Solo sabía que estaba sudando, que temblaba, que gritaba, y que Sergio no dejaba de decirme que podía hacerlo. Que ya casi estaba. Que ya venía. Que iba a ser todo perfecto.

Y de pronto, lo oí. El llanto. Ese llanto agudo, claro, inconfundible. El sonido más hermoso que había escuchado en toda mi vida.

—Es una niña —dijo la matrona—. ¡Tenéis una preciosa niña!

Abrí los ojos y estaba llorando. No sabía si de alivio, de agotamiento o de emoción. Tal vez de todo. Pero lloraba con una alegría indescriptible.

Sergio, aún vestido con el uniforme de policía, la cogió en brazos. Temblaba. Tenía las pupilas dilatadas de emoción. Se le caían las lágrimas y no podía dejar de mirarla.

—Es preciosa —dijo, con la voz entrecortada—. Es lo mejor que he hecho en mi vida.

Le dio un beso en la frente diminuta y le susurró algo que no escuché del todo. Solo entendí algunas palabras: “siempre”, “cuidarte”, “promesa”.

Luego se acercó a mí. Y me la puso en el pecho. Y entonces ya no supe qué hacer, más que llorar.

—Hola, pequeña —le dije con la voz temblorosa—. Soy tu mamá. Y te quiero más de lo que pensé que podía querer a alguien.

La arropé con mis brazos y noté su calor, su respiración. Sentí cómo su piel se fundía con la mía, como si siempre hubiéramos sido una. Sergio me besó la sien. Y yo, sin dejar de mirar a nuestra hija, le dije:

—Se llamará Paula. Como tu madre. ¿Te parece bien?

Sergio se quedó mudo. Solo asintió y me besó. Y lloró otra vez.

Horas después, ya en la habitación, el silencio reinaba. Paula dormía entre los dos, en la pequeña cuna blanca junto a la cama. Sergio me acariciaba el pelo mientras yo tenía la cabeza apoyada en su pecho. Estábamos agotados, pero felices. Como si todo en el mundo estuviera en su sitio.

—¿Sabes qué pienso? —le susurré.

—¿Qué?

—Que, si aquella noche en que nos conocimos, tú no hubieras mentido diciéndome que eras policía, nada de esto habría pasado. Y que si esa pequeña mentirijilla me trajo hasta este momento de mi vida… te invitaría a subir a casa una y mil veces más.

Él sonrió y me apretó un poco más contra su pecho.

—Y yo volvería a mentir encantado.

Miré a Paula. A su carita perfecta. A sus deditos cerrados en un puño diminuto.

Pensé en todo lo que había deseado en silencio durante años. En todas las veces que pensé que ciertas cosas no eran para mí. El amor de verdad. Una familia. El hogar, que no es un lugar, sino una sensación.

Y entonces supe que los milagros existían. Que el amor, cuando era real, se construía. Se cuidaba. Se elegía.

Y que los deseos, cuando eran sinceros, siempre acababan encontrando el camino.

A veces en forma de joyas. A veces en forma de miradas. Y a veces… en forma de una niña dormida entre los brazos de quienes la soñaron antes incluso de conocerla.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

[1] Traducción: pero al verte estar solo, de alguna manera toda mi duda desaparece de repente